

LASOMBRA

(Colección: "Old World of Darkness" ~
"Viejo Mundo de Tinieblas", Grupo: «Vampiro»)

(Saga: «Clanes», vol.06)

Richard E. Dansky

"Clan Novel: Lasombra" © 1999

PRIMERA PARTE:

«MINUÉ»

_____ 1 _____

VIERNES, 16 DE JULIO DE 1999, 10:04 PM

TWO LOGAN SQUARE, FILADELFIA, PENNSILVANIA

Morty no entendió realmente el significado de la expresión "golpe carnosos" hasta el último segundo de su existencia, y tampoco le sirvió de mucho. Después de todo, el golpe en cuestión fue el de su propio cuerpo al chocar con el hormigón salpicado de hierbajos de la acera, y la carne... bueno, cuanto menos se dijera de aquella parte, tanto mejor.

Desde treinta y siete pisos más arriba, Lucita miraba desapasionadamente sobre el borde del edificio, su largo pelo negro agitándose en la brisa. El viento movía también sus sueltas mangas y perneras, pero con menos eficacia, y el frío del aire no conseguía alterar su piel bronceada. Hubo un tiempo en el que un viento como

aquél hubiese hecho aflorar lágrimas a sus ojos, pero ya había pasado. Contempló el dibujo que las inmortales tripas de Morty habían dejado sobre el suelo y chasqueó la lengua. Sucio, demasiado sucio. Se volvía chapucera con la edad.

Morty sólo había sido un calentamiento, ni siquiera un encargo. Sencillamente se había cruzado en su camino un año o dos antes, la última vez que ella había estado en Filadelfia, y se había mostrado profundamente molesto. Lucila se enorgullecía de mantener la calma en aquellos tiempos (su sire, que Satán tostase su alma fofa y tiñosa, siempre había hablado de su temperamento como algo que algún día podría matarla), pero seguía habiendo unas cuantas formas de provocar a la única chiquilla del temido Monçada.

Una de ellas era llamarla "muñequita", "morrito dulce" o alguna otra "galantería".

Otra era intentar un magreo rápido, aunque sólo Dios sabía por qué un vampiro iba a sentir la necesidad.

Y una tercera era recurrir a groseros insultos alusivos al origen étnico de Lucita.

Morty se había anotado tres sobre tres en treinta segundos, lo que tenía que ser alguna especie de récord. Como resultado, había sido reclasificado, pasando de la lista de "imbéciles que pueden ser ignorados" a la de "práctica".

Dos noches atrás, Lucita había aceptado un nuevo encargo. El vástago con el que había hecho el trato era del tipo callado, y parecía encontrar todo el asunto amargamente desagradable. Pero se había mostrado cortés y profesional, y Lucita no había visto razón para rechazar la oferta: el precio era correcto, el margen de tiempo asequible... y estaba empezando a aburrirse.

Pero había pasado algo de tiempo desde el último encargo de aquel calibre, y no se hubiese encontrado a gusto zambulléndose de inmediato. Se había sentido oxidada y mal preparada. Se había sentido como si... necesitase práctica.

Y allí estaba Morty Tres Dedos, uno de los hijos de puta más duros que jamás hubiesen dirigido una manada por las calles de Filadelfia, convertido en una mancha de sangre sobre la acera ante una cervecería.

Lucita suspiró y se cruzó de brazos, más por la preocupación que como forma de protegerse del frío. Tal y como iban los calentamientos, ocuparse de Morty apenas había valido la pena, Estaba tras una presa mayor, más poderosa, más inteligente y seguramente con más probabilidades de conocer su *modus operandi* que un matón callejero.

–Éste –dijo sin dirigirse a nadie en particular– podría ser un verdadero trabajo.

Sin echar una mirada hacia atrás, abrió la puerta de la escalera y se internó en las sombras, en su camino para dejar atrás la ciudad.

El tiempo de jugar, como Morty, había llegado a su fin. Tenía trabajo que hacer.

SÁBADO, 17 DE JULIO DE 1999, 10:12 PM
HOTEL PRESIDENTIAL WASHINGTON, D.C.

Sascha Vykos estaba sentada al borde de la impecable cama de su suite, contemplando con irritación una carta escrita a mano. La misiva había estado esperándola aquella noche al salir ella de su refugio. Antiguamente, el Hotel Presidential había albergado a Marcus Vitel, depuesto Príncipe de Washington D.C., pero tras su huida y la confirmación de Vykos como arzobispo, había parecido natural que ella usurpase el hogar de Vitel tal y como había usurpado su dominio. Vykos mantenía también una suite en el Hyatt Regency Capitol Hill, que, incongruentemente, había tomado el Sabbath como cuartel general de campaña en la capital de la nación, lo mejor para ocuparse de asuntos escabrosos sobre la marcha; pero siempre que era posible, Vykos pasaba el día durmiendo en las habitaciones de Vitel. Como mínimo, era más seguro. Después de todo, aparte de sus ghouls y guardaespaldas personales, nadie sabía concretamente dónde tenía

su refugio. En teoría.

Aquello hacía que la presencia de un sobre color crema con un lacre de cera burdeos fuese una sorpresa poco grata. Ninguno de sus atentos ghouls había visto entrar a nadie durante el día o a primera hora de la noche, pero la carta estaba en su puerta, delicadamente colocada, sin una mota de polvo. Vykos sabía quién había enviado el mensaje. Pero se suponía que aquel tipo de mensajes debía llegar a algún buzón previamente acordado. Desde luego, su refugio no era uno de aquellos buzones, lo que sólo podía significar malas noticias.

La nota procedía de su fuente en la Camarilla, e iba firmada "Lucius" como de costumbre, por razones que quizá hubiesen muerto con César en el Foro. De hecho, el breve mensaje no daba buenas noticias: comunicaba que la conferencia en Baltimore de antiguos de la Camarilla había sido reforzada por los poderes fácticos del Viejo Continente. Concretamente, Ash, Vitel *et alia* habían recibido a Jan Pieterzoon, un Ventrue de cierta reputación como estratega y manipulador. Vykos estaba bastante familiarizada con la obra de Pieterzoon, si no con el hombre mismo: aunque no representaba la amenaza que podía suponer un miembro del Círculo Interior o alguno de sus perros falderos, era bastante poderoso.

El resto de la carta era menos electrizante, detallando las reacciones de los diversos miembros de la conferencia ante la inminente llegada de Pieterzoon. Había la dosis habitual en la Camarilla de puñaladas por la espalda y nobles declaraciones de autosacrificio, pero la versión resumida era que la mayor parte de los delegados estaban divididos entre el resentimiento por tener que compartir el mérito en caso de que triunfasen y el secreto alivio por aquella ayuda tan necesaria.

Con un suspiro, Vykos volvió a meter la carta en el sobre. Fue entonces cuando observó que el anillo de sello utilizado sobre el lacre había dejado una marca con la reveladora forma del *ankh* de la Camarilla. Era un detalle bastante bufo, y no lo que ella hubiese esperado de "Lucius". O el espía había desarrollado un cierto sentido del humor, o aquello era un recordatorio de que sus andanzas eran conocidas, y de que aquel conocimiento podía ser transmitido a otros en cualquier momento. Era terrible e innecesariamente complicado,

pero tras pensarlo un poco, Vykos comprendió que casi todos los Cainitas que igualaban o superaban su edad eran sencillamente incapaces de actuar de otra forma. Los simples y directos sufrían muertes simples y directas: sólo los traicioneros y escurridizos sobrevivían.

Tirando la carta al suelo distraídamente, Vykos suspiró de nuevo. La llegada de Pieterzoon era, por decirlo suavemente, una complicación inesperada. Frunció el ceño, cruzó las piernas y las descruzó al momento, y finalmente tuvo que reconocer su inquietud. Aquello no le haría ningún bien, no con el consejo de guerra a punto de empezar para seguir con sus así llamadas deliberaciones.

Repentinamente impaciente, dio dos palmadas. La puerta de la suite se abrió para dejar paso a uno de sus ghouls, un hombre delgado y de buena presencia, con un rostro anguloso adornado por una rala barba rojiza.

–¿Sí, ama?

–Kevin, necesito que hagas una llamada telefónica.

–¿Una llamada, ama? –El rostro y la voz del ghoul mostraron su sorpresa–. Por supuesto. ¿A quién debo llamar, y con qué objeto?

–Me llamarás a mí, y lo harás cuando las circunstancias lo requieran.

Kevin seguía pareciendo confuso, y Vykos se preguntó si hacía bien al confiarle incluso una tarea tan sencilla. Aunque el ghoul no mostraba indicios de desobediencia activa, los de eficiencia eran también muy escasos.

La Tzimisce suspiró. Aunque Kevin no comprendiera lo que debía hacer, o por qué debía hacerlo, su expresión hubiese debido ser de fascinada atención, reflejando una cierta fe en que todo lo que le ordenase ella tendría su adecuada explicación. La confusión, vista desde aquella perspectiva, era una manifestación de desconfianza, y la desconfianza era una forma de deslealtad.

Decidió que debía hacer algo para asegurarse de que la expresión de Kevin no volviese a importunarla, en caso de que el ghoul siguiese sus instrucciones correctamente. Délo contrario, expresaría su disgusto de forma más enfática y permanente.

Y entonces le dijo a Kevin lo que necesitaba que hiciese, y

cuándo, y por qué, y contempló cómo la luz de la comprensión iluminaba su rostro. Pensó que quizá fuera una de las cosas más irritantes que había visto jamás.

–Por supuesto, ama –dijo el ghoul, inclinándose y retrocediendo hasta salir de la estancia.

Quizá le costase a Vykos unos tres segundos decidir que, independientemente de lo bien que cumpliera Kevin con su tarea, no vería la mañana siguiente.

La vida, incluso la vida eterna, era demasiado corta para aguantar aquel tipo de cosas.

Y en el conducto de ventilación, algo que parecía casi igual que un gato arqueó el lomo, se dio la vuelta y desapareció.

*VIERNES, 16 DE JULIO DE 1999, 10:48 PM (HORA LOCAL)
IGLESIA DE SAN NICOLÁS DE LOS SERVITAS, MADRID, ESPAÑA*

El corazón de la iglesia era una estancia enorme y casi vacía con el suelo de piedra. Un hombre gordo sentado en un sencillo taburete de madera contemplaba un tablero de ajedrez. Varias piezas blancas, unos cuantos peones y un alfil, habían sido eliminadas del juego. Lo mismo había ocurrido con unos pocos peones negros, pero aquello era todo. El bando blanco había enrocado y estaba concentrándose en establecer una defensa sólida, mientras que el negro estaba a la ofensiva pero parecía extrañamente desorganizado, y uno de sus caballos se encontraba en peligro.

–Parece una posición difícil.

El Cardenal Ambrosio Luis de Monçada alzó la mirada del tablero, con una beatífica sonrisa en el rostro.

–Ah, Sir Talley. Me alegra verte, hijo mío. ¿Te encuentras bien? ¿Has tenido un buen viaje? ¿Te has alimentado?

Talley, como se hacía llamar el templario, asintió a cada una de

las preguntas de su anfitrión.

–Vuestra hospitalidad, Eminencia, es como siempre impecable.

El recién llegado dejó reposar su largo cuerpo sobre el taburete opuesto al de Monçada. Talley era huesudo y anguloso, con el rostro de un sabueso que acabase de ver al zorro desvanecerse para siempre. Aunque tenía el pelo blanco, sus facciones no le hacían aparentar más de treinta años. Las manos eran su rasgo más destacables: largas y esbeltas, con el dedo anular de cada una más largo que el corazón. En sus días de vida, había sido acusado en una ocasión de ser un hombre lobo a causa de aquella particularidad; tras haber tratado con diversos lupinos a lo largo de los años, encontraba aquello divertido. Llevaba un traje gris oscuro, obviamente confeccionado a mano por alguien que sabía cómo acentuar las limpias líneas de aquel depredador humano.

En contraste, Monçada vestía una sencilla sotana de sacerdote, y sandalias que resonaban sobre el suelo cuando daba golpecitos con el pie, meditando su siguiente jugada.

–Por desgracia, don Ibrahim, mi oponente en esta partida, es del tipo tozudo que luchará hasta el último furioso peoncito –dijo levantando la mirada con cara de burlona preocupación–. ¡Y tú te sientas en su sitio! En verdad, hijo mío, creí que estarías a mi lado en este asunto.

Talley se puso en pie e inclinó la cabeza.

–Perdonadme. Por supuesto, volveré a vuestro lado de inmediato, y pediré humildes disculpas por mi traición.

Monçada soltó una risita: fue un ruido húmedo y pesado.

–No, no. Siéntate. Veo que demasiados de los jóvenes de hoy en día tienen una terrible tendencia a quedar atrapados en metáforas ajedrecísticas. Se trata de pereza mental.

Talley no volvió a sentarse, sino que se inclinó para coger la reina negra.

–Mmm... Considerando el tablero, no me sorprende que los pocos privilegiados que lo ven queden un poco agitados. ¿Lucita?

–preguntó, indicando la pieza que sostenía.

Monçada alargó una carnosa mano hacia ella.

–Claro está. El juego fue un regalo de Vykos. Creo que él hace

un magnífico trabajo. ¿No estás de acuerdo?

–¿Él?

El cardenal se encogió de hombros aparatosamente.

–Él, ella, ello... cambia a capricho. Conocí a Vykos cuando aún conservaba su forma original, y así es como pienso en él. Tiene la cortesía de reasumirla cuando viene de visita.

–Ah. Si es lo mismo, evitaré la cuestión y mantendré esta forma en lo venidero.

Monçada rió, encantado.

–Aprecio mucho tu cortesía, y confío en que mantengas el rostro que mejor encaja con aquel a quien llaman "el Sabueso". –Contempló la pieza y volvió a ponerla en el tablero–. Es una pena que no quisiera posar para la pieza... Ejem –dijo, mirando a Talley–. Te gustaría saber por qué estás aquí, ¿verdad? Aunque disfrute mucho del placer de tu compañía, no es causa suficiente para hacerte venir.

Talley mantuvo su cara de póquer.

–¿Entonces no se trata de una confesión? Me temo que he acumulado una buena lista de pecados en los siglos que han pasado desde que Jeffrey me trajo aquí por primera vez; debo admitir que me he mostrado un poco relajado por lo que se refiere a la iglesia.

–Tendremos que encontrar tiempo para esa cuestión, mi pequeño Sabueso. Tengo fe en que llevarás a cabo la tarea que tengo para ti sin perjuicio alguno, pero no tanta como tengo en otras cosas. Dios es misericordioso, pero sólo si nos ganamos esa misericordia. Y nosotros los que estamos irreparablemente condenados debemos prestar cuidadosa atención al cuidado de nuestra alma. Estamos condenados por una razón en el plan de Dios, pero eso no nos exime de obedecer las leyes que Él nos ha dado.

Talley se removió, incómodo. A diferencia de la mayoría de los arzobispos y cardenales del Sabbat, Monçada había sido un arzobispo en vida, y un pilar de la iglesia en una época en la que la fe era algo palpable. Sorprendentemente, sus creencias no le habían abandonado tras el Abrazo, sino que habían tejido una indescriptible consciencia de su propia condenación. Se trataba de una combinación curiosa y potente, y la capacidad de Monçada de usar la fuerza de su fe era una de las razones por las que era tan temido incluso por quienes le

servían. Por otra parte, la devoción del cardenal a la secta no ayudaba a tranquilizar a los Cainitas de poca o ninguna fe que tuviese cerca. Era una suerte que Monçada pasase todo su tiempo en el corazón de aquel enorme y laberíntico refugio-catedral. El cardenal no salía al mundo; el mundo, cuando él lo consideraba oportuno, se le acercaba humildemente y con la rodilla en tierra.

Las campanas doblaban en la distancia.

–Bueno, bueno... –dijo de pronto el cardenal–. Confío en que mantengas tu cuerpo lo bastante seguro como para albergar tu alma hasta que vuelvas; entonces te oiremos en confesión. Mientras tanto, hay trabajo que hacer.

Talley asintió. Era casi tan viejo como Monçada, con toda segundad más rápido y posiblemente más fuerte. Pero el cardenal tenía una presencia, un aura de sabiduría paterna y puro poder que hacía que se sintiese como un niño, un niño mortal, de nuevo. Sentía la necesidad de ganarse la aprobación de Monçada, de buscar refugio y seguridad bajo la benévola mirada del cardenal. Probablemente se trataba de un truco, un efecto secundario de algún poder que el cardenal ni siquiera notaba estar usando, pero el impacto era devastadoramente real.

Pero de acuerdo con Boukephos, el sire del sire del sire de Talley, Monçada había tenido aquel don incluso cuando estaba vivo. El anciano griego decía que había sido el factor determinante de su Abrazo, efectuado a pesar de las protestas de los miembros musulmanes del clan, afiliados al otro bando de la Reconquista. Ahora, aquellos mismos Cainitas buscaban su consejo en asuntos temporales, si no espirituales.

–¿Y cuál es el trabajo que tiene para mí Vuestra Eminencia?

–Talley tuvo que hacer un esfuerzo consciente para salir de sus pensamientos sobre el cardenal, y supo que Monçada había reparado en su distracción–. Soy más eficiente cuando sé lo que se supone que debo hacer.

–Creo que disfrutarás con ello. Es un pequeño cambio de ritmo. Esta vez no tienes que perseguir y matar a nadie, ni ir de acá para allá por todo el mundo.

–¿No tengo que matara nadie? –Talley adoptó un tono de

burlona indignación—. ¿Y para qué llamarme a mí, entonces?

—Porque he decidido que es el momento de ampliar tu repertorio, entre otras razones. ¿Qué te parece proteger del asesinato a uno de mis servidores?

—Aburrido, la verdad. ¿Por qué queréis que lo haga?

—Tengo mis motivos —fue la terminante respuesta de Monçada. Talley frunció el ceño.

—No me gusta. ¿A quién se supone que debo proteger?

—A un arzobispo en nuestra pequeña aventura allí en América.

¿Tengo que explicarte toda la historia?

Las cejas de Talley se alzaron.

—Por favor.

Monçada meneó la cabeza lentamente.

—Por desgracia, no hay mucho que contar, El plan americano se desarrolla bien, aunque el liderazgo de la operación está dividido. Podría decirse que es algo cismático. Hay tres arzobispos, ahora que Vykos ha sido ensalzado, y estoy seguro de que Boukephos te habrá enseñado lo que ocurre con ese tipo de acuerdos para compartir el poder: uno o dos acaban caídos en la cuneta con una daga en las costillas.

—O en la espalda —añadió Talley con abatimiento.

—O en la espalda —asintió Monçada—. Y en este caso, parece que los engranajes ya están en movimiento. Alguien ha decidido eliminar a uno de mis arzobispos. Alguien ha decidido asegurarse bien de ello. Alguien se ha tomado muchas molestias para alquilar los servicios de un asesino que acabe con uno de quienes sirven a mi voluntad. Naturalmente, no apruebo ese tipo de cosas.

—¿Y qué pasa con Vallejo? La última vez que me reuní con *Les Amies Noir* me dijeron que había sido enviado para observar a Vykos. ¿Por qué no limitarse a ampliar su misión?

—Mi querido Talley —dijo Monçada cansinamente—, tu falta de fe en mi capacidad de juicio es desalentadora, extremadamente desalentadora. Estoy muy al tanto de las dificultades inherentes a este asunto: por eso envío a mi Sabueso, que podrá superarlas gracias a su ánimo y habilidad. Ahora calla, y escucha. Un arzobispo es el blanco de un asesino, sí. ¿Sé cuál de ellos? No; basta con que sé que

ha empezado la caza. ¿Me importa cuál de ellos? No; aunque lamentaría mucho perder a cualquiera de mis tres capaces y dotados servidores. Impedir el asesinato sería el resultado más preferible, por supuesto, pero ni siquiera eso es el objetivo principal.

Talley tamborileó con los dedos sobre la mesa, cuidando de no mover el tablero.

–Ah, ya veo. ¿Así que debo meterme en ese pequeño juego, proteger al arzobispo cuya eliminación parezca más probable, y entregaros la cabeza del asesino en una bandeja de plata? ¡Por las heridas de Cristo, Eminencia, es una broma! ¿Defender a tres blancos potenciales, todos tan arrogantes como Hades y sin duda decididos a demostrar que no me necesitan? Y yo no soy un... un guardaespaldas ni nada de eso. Conseguid a alguien cuyo trabajo sea cuidar de otros.

El cardenal cerró los ojos por un momento y tomó aire profundamente. Empezaron a sonar crujidos entre las sombras de los rincones de la vasta estancia, y las mismas piedras del suelo se volvieron de pronto tan frías como el miedo. Durante un segundo, Talley temió haber ido demasiado lejos, pero en tal caso ya era demasiado tarde para contener sus palabras. También sería demasiado tarde para escapar con vida: la catedral era una trampa mortífera para quien no gozase del favor del cardenal.

–Lo que quiero de ti es muy sencillo. Quiero que *tú* me digas quién está tramando esta necedad; Vallejo lleva demasiado tiempo allí y puede estar comprometido. Dime quién cree que está por encima de mis órdenes y de la necesidad de llevar adelante la guerra contra la Camarilla, por encima de las demandas de la secta y de Dios. Encuentro tal arrogancia intolerable, y averiguaré de quién se trata, aunque cueste las vidas de cien arzobispos. Abrazaré a ejércitos enteros si es necesario para descubrir al traidor, Y tú –dijo acercándose– serás mi instrumento, mi Sabueso tras el rastro de quienes me traicionan. Ve a América, Talley. Observa a los arzobispos, y observa cómo se observan entre sí. Ve quién comete el primer tropiezo. Ve quién cae. –Los ojos de Monçada estaban abiertos ahora, tan negros como las sombras que controlaba, y Talley se encontró incapaz de apartar la mirada–. Emplea las artimañas que sean necesarias: no me importa si les dices que estás allí para cuidar

del último sacerdote de manada o para vigilar la operación en conjunto. Ya he comunicado tu inminente llegada al Arzobispo Polonia. Se preguntarán porqué se lo he dicho a Polonia y no a Vykos, a quien consideran mi representante en todo esto. Veremos qué conclusiones sacan: sin duda, algunas almas emprendedoras lo verán como una retirada de mi favor a Vykos. Pero en realidad es una cuña puesta entre los dos, para ver si reaccionan a las pequeñeces.

»Y no espero que "cojas" al asesino, Talley. Si lo intentas, uno de los dos, o ambos, acabará muy malherido, y prefiero que no corras ese riesgo hasta que me haya ocupado del estado de tu alma, y del de mi chiquilla. Si ocurre lo peor, límitate a decirle a mí querida Lucita que no puede derribar las piezas de mi pequeño tablero de ajedrez.

Talley parpadeó. Dos veces.

—¿Lucita?

Monçada asintió.

—Lucita. Ahora ya sabes por qué no quiero que la "cojas". Siento —suspiró resignadamente— demasiado afecto por los dos. —El cardenal volvió su atención al tablero de ajedrez, con el ceño fruncido—. Todo lo que necesitas te esta esperando con Hidalgo, en la cámara azul. ¿Recuerdas el camino?

Talley asintió sombríamente.

—Bien. Puedes retirarte.

El templario se levantó en silencio, se dio la vuelta en silencio y empezó a andar en silencio hacia la puerta.

—¿Talley? —La voz del cardenal era tranquila y mesurada—. Talley, si ves a don Ibrahim al salir, quizá quieras repetirle tu consejo sobre su posición en el juego. Pero no creo que lo siga. No lo creo en absoluto.

Los teléfonos móviles eran el tipo de maravilla de la tecnología de la que desconfiaban los antiguos del Sabbat. Los antiguos de la Camarilla tampoco se fiaban de aquellas malditas cosas, pero mencionárselas a un Tzimisce de cuatro siglos de edad con un número variable de brazos era una forma segura de acabar convertido en el equivalente vampírico de la melcocha. Por consiguiente, los miembros más jóvenes de la secta se abstenían educadamente de usarlos cerca de aquellos superiores propensos a ofenderse, y procuraban no burlarse de aquellos viejos fósiles pedorros hasta encontrarse a una distancia segura.

Por todo ello fue bastante sorprendente que saliera un sonoro gorjeo de debajo de la chaqueta de Vykos. El consejo de guerra avanzaba de la manera habitual (dos "dignatarios" menores ya habían sido asesinados, y un tercero atravesado con una estaca y almacenado porque había un cierto desacuerdo entre Polonia y Vykos respecto a su utilidad definitiva), con muchos golpes de pecho y poca estrategia verdadera, cuando sonó el teléfono móvil.

Se hizo un silencio mortal en la habitación. Vykos miró a la izquierda, miró a la derecha, y metió una pálida mano bajo la chaqueta de su conservador traje azul para sacar el escandaloso aparato.

Todos los ojos de la estancia se habían clavado en ella. Se hizo cargo de ello con un airoso gesto, abrió el teléfono y se lo llevó a la oreja.

–¿Sí? –Su melodiosa voz recorrió la sala mientras todos los vampiros presentes se esforzaban por mirar en otra dirección, fingir desinterés y escuchar todo lo posible–. ¿Dices que ha llegado? Fascinante, pero no del todo inesperado. –Hubo una pausa, y Vykos respondió asintiendo dos veces–. Excelente. Quiero informes regulares de sus movimientos, contactos y demás.

Otra pausa, y un agitado parloteo al otro lado de la línea del que algunos de los que estaban más cerca de Vykos (y "cerca" era un término bastante relativo en aquel caso) casi pudieron distinguir unas pocas y tentadoras palabras. Vykos escuchó, frunció el ceño y tamborileó con su esbelto dedo de uña afilada sobre la mesa. Por fin,

interrumpió a su interlocutor:

–No. Ésa no es tu misión. ¿He sido lo bastante clara?

Estupendo. Espero tus noticias mañana.

Vykos plegó pulcramente su teléfono y lo guardó de nuevo. Miró a su alrededor, consciente de las intensas miradas que le dirigían los demás Cainitas presentes, y dejó escapar una pequeña sonrisa.

–Lamento terriblemente esta interrupción, Arzobispo –dijo inclinando la cabeza en dirección a Polonia como en una muestra de contrición.

El arzobispo hizo un leve gesto, como si desdeñase la interrupción, y estuvo a punto de sucumbir a la tentación de poner los ojos en blanco. Los vampiros a su alrededor se agitaron y removieron en sus asientos, o gruñeron audiblemente. No obstante, nadie se atrevió a sostener la mirada de Vykos o expresar una queja. La antigua Tzimisce estuvo a punto de reír entre dientes, pero se contuvo. Ver cómo todos estaban tan sobre ascuas por aquella llamada no tenía precio. Estaban tan ansiosos de conseguir cualquier migaja de información, la menor ventaja sobre sus rivales, que harían lo que fuese por saber lo que había oído. De hecho, sospechaba que muchos estarían encantados de matar a cambio de saber lo que le había dicho su interlocutor telefónico. Al fin y al cabo, saberlo seguramente revelaría el enigma que era Vykos, permitiendo descubrir los secretos del tiempo, la verdad tras todos los planes de Vykos y probablemente de qué color era la casulla favorita del Cardenal Monçada. Era asombrosa la importancia que los jóvenes y ambiciosos daban a cada dato trivial que se ponía ante ellos. También resultaba divertido poder manipularlos tan fácilmente para que entrasen en frenesí. Allí habría fácilmente docenas de los mejores líderes de guerra que podía ofrecer el Sabbat americano, endurecidos asesinos y estrategas que se habían abierto camino por la costa este con la admirable eficacia de los tiburones. Y allí estaban, ansiosos como colegiales intentando leer una nota por encima del hombro de un compañero de clase.

Éste, pensó Vykos, es el tipo de momento que pone todas las cosas en perspectiva. Y lo mejor de todo es que voy a montar el quiosco y decirles cuanto quieran saber de todas formas. Se van a llevar una decepción.

–Oh, debería explicar de qué se trata, ¿verdad? –Favoreció al ceñudo Borges con una sonrisa triunfal y fue recompensada con un bufido de disgusto pobremente disimulado. En torno a la mesa, otros vampiros se inclinaban ansiosos hacia delante, o se retrepaban en sus asientos fingiendo desinterés con una profunda carencia de aptitud interpretativa. Sólo Polonia parecía capaz de mantener una verdadera actitud estoica; era muy posible que no le importase.

Por otra parte, también era muy posible que ya supiese lo que iba a revelar Vykos.

–Parece que tengo algunas noticias, información de importancia. Jan Pieterzoon se encuentra en Baltimore.

Las reacciones a su anuncio dieron a Vykos una excelente oportunidad de calibrar el nivel de la sala. Borges y algunos otros mostraron diversos grados de alarma, interés y preocupación, aunque la capucha de sombras de Borges hacía tan difícil como siempre leer su expresión. Casi ninguno de los Tzimisce presentes parecía reconocer el nombre. Y la gran mayoría de los asistentes de menos de un siglo de edad parecían confusos, aburridos o simplemente irritados.

–¿Qué cojones es un Yan Pikerzum?

La voz llegó desde el extremo más alejado de la mesa de conferencias, una sección a la que Vykos había oído una vez que Polonia llamaba "la mesa de los niños", y pertenecía a un vampiro robusto y de aspecto perpetuamente enfadado llamado MacEllen.

Cuando Vykos miró en su dirección, el hombre ya se había levantado a medias de su asiento y apoyado los nudillos sobre la mesa, lo que le daba un aspecto particularmente simiesco que su barba negra y sus ojos hundidos no hacían nada por atenuar. Era el líder de alguna manada errante que había hecho trabajos de vigilancia, limpiando la resistencia de la Camarilla en ciudades capturadas, y que creía que haberlo hecho le capacitaba para hablar de estrategia global. Aunque era molesto, escandaloso y deliberadamente rudo, también era visto como un líder por otros "comandantes" itinerantes del centro de la costa atlántica. Además era un rival de Bolon, comandante de los ghouls de guerra Tzimisce que se encontraba en aquel momento barriendo las últimas bolsas de resistencia en las nuevas ciudades sureñas del Sabbat, por la

sucesión del difunto Averros a la cabeza de la Coalición Nómada. Por tanto, valía la pena mantenerle vivo como forma de controlar a sus seguidores... y como factor en la competición.

De lo contrario, hubiese sido una carrera por ver quién de los presentes era el primero en destriparlo como a un pescado.

A pesar de todo, el hombre los tenía bien puestos. Apenas vaciló cuando Vykos volvió hacia él su mirada expectante.

–Lo digo en serio. Llevamos toda la noche aquí sentados con los dedos en el culo, convierten la cabeza de Seamus en un jodido adorno de sobremesa cuando se le ocurre interrumpir a alguien, ¿y qué pasa luego? La Señorita Buenos Modales recibe una llamada telefónica, paraliza toda la reunión, y anuncia que algún boche follarratas del que nadie ha oído hablar está en Baltimore. Hay que joderse con la noticia. Nos dejaremos caer por su casa para tomar pastelitos de cangrejo y luego iremos todos a ver el acuario. Jodidamente maravilloso.

–MacEllen proyectó agresivamente su mandíbula hacia delante y miró a Vykos. Su rostro estaba enrojecido, y una ligera capa de sudor sangriento brillaba en su frente.

De nuevo, Vykos tuvo que contener el impulso de soltar una carcajada. Oh, MacEllen no suponía una amenaza para ella ni para ninguno de los presentes que importase realmente, pero si no le trataba con la mayor seriedad, era probable que cometiese alguna estupidez y el consejo se convirtiese en un tumulto: aquello significaría perder varias noches reponiendo las bajas, encontrando sustitutos y demás. Sería terriblemente molesto, y seguramente no lo compensaría el placer de licuar el cuello de aquel idiota.

Por suerte, Polonia escogió aquel momento para intervenir.

–*Señor MacEllen* –dijo en voz baja, aunque el efecto de sus palabras en la habitación fue como el chasquido de un látigo. Los seguidores de MacEllen, que habían estado dándole palmaditas en la espalda y entregándose a diversos comportamientos antisociales, guardaron silencio. Unos pocos apartaron discretamente sus sillas.

MacEllen emitió un ruidito desde el fondo de su garganta mientras la sangre desaparecía de su rostro. Había querido marcarse unos cuantos puntos, no forzar una confrontación. Ahora tenía más de lo que había deseado, y la cabeza cortada que había pertenecido al

llorado Seamus y servía ahora como centro de mesa era un mudo recordatorio de las probables consecuencias.

Vykos, complacida por no haber tenido que ensuciarse las manos tratando con el joven Lasombra, se echó hacia atrás en su asiento y observó.

Polonia se había levantado, andando lentamente en torno a la mesa en sentido contrario a las agujas del reloj, hasta llegar a donde estaba MacEllen.

—Veamos si le he entendido correctamente. Opina usted que, al atender una llamada telefónica que nos informa de la llegada de un poderoso y extremadamente eficaz enemigo a nuestra esfera de influencia, la estimada Arzobispo Vykos ha interrumpido esta reunión, la misma a la que su propia aportación hasta ahora ha sido gritar repetidamente "Matad a los mierdosos". ¿Me equivoco?

MacEllen alzó la mirada; para cuando Polonia hubo terminado de hablar, ya estaba de pie a su lado. El Lasombra más viejo era de menor estatura que su adversario, pero Vykos comprendió que el duelo de voluntades era de lo más desigual. MacEllen no tenía ninguna posibilidad. Polonia tenía quinientos años de experiencia dirigiendo a hombres y vampiros, mientras que el Lasombra más joven podía imponerse a alguna chusma. Aquella noche, el arzobispo había desechado el atavío formal de su cargo en favor de un sencillo traje negro y una camisa de cuello blanco, pero llevaba aquellas prendas con pulcritud militar. MacEllen, por su parte, llevaba una mugrienta cazadora de cuero negro con una cremallera que parecía haber sido medio arrancada a mordiscos, unos pantalones vaqueros relativamente limpios y una camiseta de Skynyrd que obviamente había visto décadas mejores.

Además, Polonia tenía la ventaja de saber exactamente lo que estaba haciendo, mientras que MacEllen sólo había pretendido armar algo de jaleo. Tras pensarlo por un segundo, Vykos decidió que describir aquello como "gato y ratón" sólo sería adecuado si el gato en cuestión fuese un jaguar y el ratón muy, pero que muy pequeño. Un súbito ruido hizo que volviese a atender a la escena: al parecer, MacEllen estaba hablando.

—...no digo que ella no sea importante, pero maldita sea, ¿un

teléfono móvil en medio de un consejo de guerra? Esos cacharros son más fáciles de pinchar que un globo. Y...

Polonia le cortó.

–Tengo la convicción de que la Arzobispo Vykos habrá tomado las medidas adecuadas para garantizar tanto la seguridad de sus comunicaciones como la de este consejo, MacEllen. Aunque aprecio su preocupación por el bienestar de todos los presentes –aquello provocó algunas risas burlonas– puede que desee usted haber escogido una forma distinta de expresar esa intranquilidad.

Polonia sonrió, con la sonrisa franca y amistosa que un profesor podría dirigirle a un alumno que no fuese irremediabilmente estúpido. MacEllen se bañó en el calor de aquella sonrisa.

–Bueno, vale, eso puedo entenderlo, pero veré, yo sólo intentaba, o sea...

–Porque –continuó Polonia, poniendo su mano izquierda sobre el crispado puño derecho de MacEllen– si usted volviese a interrumpirnos de esta forma, o se le ocurriese sugerir que la representante escogida por nuestro amado cardenal pudiera ser tan estúpida, me vería obligado a demostrar mi desagrado.

Sin el menor cambio en su expresión, Polonia empezó a apretar. Los ojos de MacEllen estuvieron a punto de salirse de sus órbitas bajo la repentina presión, y el joven Lasombra empezó a debatirse para escapar de la mano del arzobispo. La voz de Polonia mantuvo el mismo tono mesurado.

–Ahora estoy bastante seguro de que, si se me ocurriese romperle todos los huesos de la mano como lección ejemplar de cortesía hacia sus mayores, finalmente sería capaz de curar el daño, siempre que no hubiese pulverizado por completo alguno de los huesos. Lo he hecho en el pasado, para mi desazón. Es una cuestión de control, y cuando me... irrito, mi control flaquea a veces.

El rostro de Polonia adoptó una burlona expresión de pena, haciendo surgir risitas por toda la estancia. El de MacEllen se puso rojo de nuevo, luego púrpura y después azul. Una vena se marcó en su frente mientras intentaba canalizar su sangre en la fuerza que necesitaba para librarse de la presa del arzobispo. No le sirvió de nada, pues ni la mano ni el tono de Polonia se alteraron.

–De hecho, una vez se curase su mano, creo que sería usted más valioso para este consejo de guerra, MacEllen. –Era posible oír los chasquidos bajo la mano de Polonia, y MacEllen gimoteó–. Pero en este momento es usted un crío maleducado, escandaloso y impresentable que no merece un asiento en esta mesa más de lo que se merece un paseo en pony. –Los chasquidos se convirtieron en crujidos, y los gemidos de MacEllen descendieron a un suave sollozo. Una espuma sangrienta cubrió sus labios–. Asuma el hecho, MacEllen. Si es su mano lo que estoy aplastando en lugar de su cabeza es porque su estupidez no ha superado todavía su utilidad. En el momento en que ocurra eso, estaré encantado de convertir su cráneo en una copa de cóctel y dejar que Vykos le saque los ojos para hacerse unos adornos; me han dicho que es muy buena en eso. Si alguno de sus seguidores intentase interponerse –continuó, barriendo la sala con su mirada–, me ocuparía *personalmente* de él, y enviaría lo que quede a Madrid en una cajita con cintas blancas como regalo para Su Eminencia el Cardenal. ¿Me he explicado con claridad?

Ninguno de los seguidores de MacEllen quiso hacer frente a la mirada de Polonia. El arzobispo asintió y un tenue indicio de irritación cruzó su rostro. Un chasquido resonó como un disparo en la sala, y MacEllen calló al suelo entre gemidos. Lo que podía verse de su mano era un amasijo ensangrentado y deforme, con astillas de hueso saliendo en todas direcciones. Polonia sonrió, inclinándose para dar unas palmaditas en la cabeza de MacEllen.

–¿Hemos acabado ya con la interrupción? Estupendo. –El arzobispo se irguió para captar la mirada de Vykos–. Bien, nuestra estimada amiga, creo que estaba a punto de explicarnos a todos por qué nos preocupa especialmente Herr Pieterzoon, ¿verdad? –Se sentó con elegancia en la silla abandonada por MacEllen y apoyó los pies sobre el caído líder de manada–. Adelante, tiene la palabra.

La tensión salió de la sala como si fuese agua. De pronto hubo charlas de fondo otra vez, y el sonido de cuerpos y sillas volviendo a su lugar. Vykos hubiese aplaudido, de haber sido de aquel tipo de persona. Se puso en pie y habló directamente a Polonia:

–Jan Pieterzoon es un Ventrue de edad considerable e impresionante linaje. Pertenece, si mis fuentes no me engañan, a la

progenie de Hardestadt, y está entre los más viejos y peligrosos miembros de la misma. No es alemán, como ha sugerido el Ductus MacEllen, sino holandés. Y creo que tampoco folla con ratas. Pieterzoon es engañoso, eficiente y más que capaz de convertir a muchos de los presentes en montoncitos de ceniza. Su llegada sólo puede significar que el Círculo Interior está a punto de intervenir directamente en los acontecimientos, eventualidad que llevábamos algún tiempo considerando con preocupación. No hace falta decir que sus informes a su sire y sus pares tendrán mucho que ver con el tipo de respuesta que podemos esperar. Por tanto, debemos eliminarle en cuanto sea posible, antes de que informe demasiado, o de que aproveche alguna oportunidad para interferir en nuestros planes de manera más directa.

Borges frunció el ceño al otro lado de la mesa.

–Se encuentra en Baltimore, lo que significa que está atrapado como una rata. Al norte está Filadelfia, al sur nosotros, y el oeste no le lleva a ninguna parte. Propongo que le dejemos quedarse en Baltimore y enviar todos los informes que quiera. El cebo está a punto de cerrarse, y personalmente me gustaría llevarme a ese holandés a casa conmigo. Medina Sidonia apreciaría profundamente el regalo: lleva mucho tiempo esperando ver la cabeza de Pieterzoon en una bandeja.

Un rumor de asentimiento recorrió la estancia. Vykos extendió las manos en un gesto conciliador.

–Si hubiese otro medio, estaría encantada de autorizar su captura, pero sencillamente no podemos permitirnos ese lujo. Si dejamos que Pieterzoon se establezca y se ponga cómodo, se convertirá en un enemigo formidable, y derrotarle puede ser más difícil de lo que piensan. Consideren cómo se agruparían en torno a él los vampiros de la Camarilla supervivientes. Consideren los recursos personales que puede emplear. Consideren esto, y se darán cuenta de la necesidad de destruirle mientras todavía está desorientado, todavía inseguro, todavía...

–¡Todavía con *jet lag*! –gritó uno de los secuaces de MacEllen. Polonia silenció al hombre con una mirada, pero el ritmo del discurso de Vykos se había roto. La sala se deshizo en un caos vociferante. Se

inició una lucha a puñetazos entre un miembro de una de las manadas errantes y otro del séquito de Borges; el Arzobispo de Miami se volvió para resolver el conflicto a su propia manera salvaje. Toda esperanza que pudiese quedar de mantener el orden se desvaneció.

Vykos captó la mirada de Polonia y alzó una ceja con expresión interrogativa. El Lasombra asintió mínimamente y se puso en pie, resignado.

–Creo que ha llegado el momento de un pequeño descanso. Para quienes sientan la necesidad de matarse unos a otros, el sótano dispone de un suelo de cemento en el que el personal podrá fregar sus restos fácilmente. En cuanto a los demás, volveremos a reunirnos dentro de dos horas.

Varios vampiros y algún que otro ghoul se dirigieron a la doble puerta que daba al corredor, su salida marcada por los sonoros chasquidos que provocaba Borges al ocuparse de sus asuntos.. En cuestión de segundos, la sala quedó vacía salvo por dos de los tres arzobispos y el todavía gimoteante MacEllen. Polonia suspiró.

–¿Era realmente necesaria esa última mutilación?

Borges se encogió de hombros, quitándose aparatadamente el polvo de las manos.

–La verdad es que no, pero ha sido agradable. En todos caso, su compañero de juegos MacEllen estaba en lo cierto.

–¿Mmmh? –Distraídamente, Polonia dio una patada al vampiro que seguía en el suelo, sólo para asegurarse de que no se hubiese ido a ninguna parte.

–Recibir esa llamada durante la reunión ha sido un poco ostentoso. Los Nómadas no son gran cosa uno por uno, pero resultan ciertamente formidables cuando apuntan todos en la misma dirección, y ponerse constantemente en su contra cuando no hay verdadera necesidad de ello puede hacer que acaben apuntando contra la mascota del cardenal. Por supuesto, supongo que ella podría ocuparse de todos sin excesivo esfuerzo, pero creo que es mucho más útil tenerlos cumpliendo órdenes. ¿No tengo razón?

Polonia hizo gestos de pensaren ello mientras se ponía en pie.

–Quizá. Por otra parte, necesitan algo de disciplina si queremos que sean una verdadera fuerza de combate en vez de chusma.

Aplastar a un Toreador aislado que se ha retirado a Asheville para dedicarse a tejer cestos de mimbre es una cosa, pero atacar una ciudad con auténticas defensas y que ha tenido tiempo para prepararse... MacEllen y sus amigos serán derrotados y descuartizados, y no puedo permitirme perderlos para nada.

–*Usted* no puede –repitió Borges, a medias para sí mismo–. Por supuesto. Me inclino ante su superior conocimiento de las defensas de la Camarilla, ya que ha pasado tanto tiempo analizándolas en Nueva York, ¿no? Estoy seguro de que a estas alturas ya tiene *un gran* dominio de la materia.

Si Borges estaba esperando un estallido por parte de Polonia, quedó defraudado: el otro Lasombra se limitó a entrelazar los dedos y asentir.

–Es cierto. Conozco bastante bien a la Camarilla, y por eso la respeto, independientemente de lo que hayamos conseguido hasta ahora. Si usted se hubiese molestado en enfrentarse a ella en el campo de batalla, en vez de dejarse arrebatar Miami manzana a manzana por las serpientes Setitas, también la respetaría un poco.

El rostro de Borges se puso púrpura al oír aquello, y por un instante Polonia pensó que el arzobispo más joven saltaría sobre la mesa para atacarle. Pero el momento de furia pasó, y Borges se las arregló para componer una pálida sonrisa.

–*Touché*, Arzobispo. Espero llegar a compartir su sabiduría. –El Arzobispo de Miami ejecutó una perfecta reverencia y giró sobre sus talones para salir de la habitación. El único indicio del enfrentamiento era el aplastado y astillado respaldo de la silla tras la que había estado Borges.

El algún momento a lo largo del diálogo, MacEllen había dejado de hacer ruido. El único sonido en la sala era el murmullo del aire acondicionado, que Polonia encontró repentinamente molesto. Frunció los labios: Borges era un necio y un bravucón, pero estaba en lo cierto. La maniobra de Vykos había tenido como objeto irritar a los Nómadas y otros vampiros poco organizados, y, por una vez en su no vida, Polonia no sabía por qué motivo.

–Mi Cardenal –susurró casi como en una oración–, espero sinceramente que sepáis lo que estáis haciendo al enviarme este

demonio. Dadme guía, dadme fuerzas y, si esta locura continúa, dadme la oportunidad de explicarme después de que haya arrancado las cabezas de todos y cada uno de los idiotas con los que estoy obligado a trabajar aquí.

Satisfecha su piedad, Polonia salió por la doble puerta. A su espalda, un tentáculo de sombras se alargó para cerrarlas suavemente. Y debajo de la mesa, todavía sujetando su arruinada mano, MacEllen no se dio cuenta de nada.

*SÁBADO, 17 DE JULIO DE 1999, 12:09 AM (HORA LOCAL)
IGLESIA DE SAN NICOLÁS DE LOS SERVITAS, MADRID, ESPAÑA*

Don Ibrahim nunca se sentía muy cómodo al entrar en el santuario de Monçada. En parte se debía a la explosión de imágenes de santos que recorrían las paredes de cada pasillo; aquella iconografía era profundamente perturbadora para la conservadora alma de Ibrahim. También estaba el hecho de que cada centímetro de pared libre de grabados estuviese decorado con espejos, ante los que no le gustaba nada pasar. Monçada había explicado aquello diciendo que le permitían ver perfectamente a los visitantes sin que ellos pudiesen verle; pero aun así aquella cantidad de espejos era opresiva.

Además, estaba el hecho de que los dos Cainitas hubiesen intentado matarse mutuamente en numerosas ocasiones desde comienzos del siglo XII, cuando Monçada era todavía un sacerdote cuyas palabras movían a miles de fieles e Ibrahim una espada en manos de los príncipes de las *taifas*. Por supuesto, ambos habían jurado muchas veces desde entonces que el pasado había pasado, que lo hecho estaba hecho y aquel tipo de cosas. Pero la verdad del asunto era que la política del Sabbat los había convertido en aliados, y que si alguno de ellos sentía aún sed de venganza, no tenía aliados

suficientes para permitirse el lujo de saciarla.

Los siglos, pensó Ibrahim con una sonrisa apesadumbrada, *hacen extraños compañeros de cama*. Entró en el *sanctum sanctorum* del cardenal.

Monçada estaba de pie, siempre el cortés anfitrión.

–Don Ibrahim, agradezco que haya venido. –Ibrahim observó que el suelo de piedra estaba cubierto de ricas alfombras, y que el cardenal estaba descalzo; ambas cosas eran muestras de respeto–. Le ofrecería café, pero nos conocemos demasiado bien.

Ibrahim se inclinó de manera exquisita.

–Es un placer verle de nuevo, Cardenal.

–Lo mismo digo, amigo mío. Debo admitir que llevaba algún tiempo esperando su regreso.

Ibrahim se acercó resueltamente a la mesa donde estaba el tablero de ajedrez y se sentó en el taburete del lado de las piezas negras.

–Vaya. No me diga que ha estado tan necesitado de conversación.

El cardenal rió educadamente y maniobró hasta sentarse frente a su invitado.

–No se trata de eso. Simplemente tengo una nueva estratagema que quizá pueda ser eficaz contra sus defensas. Estaba ansioso de probarla.

–¿De veras? –ronroneó el árabe mientras observaba el tablero–. ¿Tan seguro está de su victoria que puede permitirse hacer experimentos?

Monçada se encogió de hombros, casi ruborosamente.

–Para ser sincero, mi último invitado ha expuesto algunas reservas sobre lo sostenible de su posición.

Ibrahim frunció los labios, su barba rizada casi rozando los extremos superiores de su rey y su reina.

–Oh, no lo dudo. ¿Pero cómo sabe que su invitado no lo decía simplemente como un cumplido?

–No creo –replicó Monçada suavemente–. Se trataba de Talley.

–¡Talley!

El cardenal asintió.

–Talley. De hecho, se suponía que iba a comentárselo al salir. Mmmh... creo que le toca mover.

–Talley... –Ibrahim estudió la situación y, tras pensarlo debidamente, adelantó uno de sus peones –. ¿Y por qué, si puedo preguntar, le ha honrado el Sabueso con su presencia?

–Porque yo se lo pedí, por supuesto. A Talley no se le ocurriría venir sin invitación previa. Creo que su primera visita le asustó demasiado para volver a sentirse cómodo cerca de mí. –El robusto cardenal se chupó meditabundo la yema de un dedo, y después movió un alfil –. Tenía trabajo para él.

–Por supuesto que lo tenía. –Otro peón avanzó para bloquear la diagonal del alfil al peón que protegía una torre –. ¿Qué servicio podría ofrecer el apreciado inglés Talley que no estuviera al alcance de sus otros servidores menos notables?

–¿Está seguro de que quiere hacer ese movimiento? Le permitiré anularlo, si lo desea. –Ibrahim se limitó a mirarle, y tras un momento el cardenal llevó una torre a una fila más o menos despejada –. Ejem. Quiero que Talley vaya a América. Hay algo allí que no me gusta.

–¿Sí? –Ibrahim cogió una torre blanca para mirarla de cerca –. ¿Sería obtuso por mi parte no haber reparado en lo fielmente que representa esta pieza a su querido templario?

–Oh, en absoluto, en absoluto. Muchos de mis asociados no se dan cuenta de nada, ni se fijan en las demás caras.

Ibrahim emitió un gruñido de respuesta, y siguió observando el tablero con nuevos ojos.

–Ese bastardo de Medina Sidonia, Chardin, Muntz... ¿ése es Skanderberg? Mmmh... ¿Y por qué Lucita es ahora mi reina? Cuando empezamos la partida, estaba en su mitad del tablero. ¿A qué se debe el cambio?

El cardenal carraspeó casi avergonzado.

–Cuando Vykos hizo el juego, le pedí que hiciese dos reinas. Un... un momento de debilidad por mi parte, debo admitirlo. El bando en el que juega Lucita depende de mi humor, y de los últimos informes que tenga sobre sus andanzas. A veces –dijo, con una sacudida de risa –, está en ambos bandos.

Don Ibrahim cogió su reina para examinarla. La Lucita que tenía entre los dedos era alta y esbelta, con pómulos altos y un aire de arrogancia en sus facciones. Su vestido era largo y suelto, algo que Ibrahim dudaba que hubiese llevado jamás, y tenía las manos recatadamente dobladas en la cintura.

–El parecido es muy notable. ¿Por qué se ha unido ahora a las filas de sus enemigos?

–La verdad es que la razón es la misma por la que necesitaba a Talley.

–No me diga que está azuzando al Sabueso contra su chiquilla. Ella no puede haber hecho nada tan terrible. –Ibrahim devolvió la reina al tablero, adelantándola dos casillas –. Y su alfil está amenazado.

–Sí, así es –replicó el cardenal, haciéndole retroceder una casilla –, y Lucita parece haberse implicado en algo que podría afectar al progreso de la campaña en la que intervienen Vykos y Vallejo. Tengo noticias de que alguien considera que el asesinato es una forma adecuada de ocuparse de un arzobispo incómodo, y desapruuebo firmemente ese tipo de cosas. Lucita es, en este momento, una herramienta de quienes actúan en contra de mis intereses. He enviado a Talley para que defienda a sus posibles objetivos. Oh, no espero que tenga éxito, necesariamente. Ni él ni Lucita tienen una clara ventaja en ese aspecto. Pero el hecho de su presencia debería bastar para que quien haya contratado los servicios de Lucita se lo piense dos veces. Yo también puedo enviar asesinos cuando es necesario. –Tras un momento de silencio, el cardenal añadió: – Y voy a comerme a su reina en tres movimientos, amigo mío.

Ibrahim miró el tablero.

–No lo creo –dijo suavemente –. Podría cobrársela en tres movimientos con la torre, pero usted no quiere que Talley lo haga.

Monçada se irguió en su asiento, perplejo.

–Quizá no.

Ibrahim devolvió su reina a una posición segura, tras una fila de peones.

–¿Tiene alguna idea de quién puede encontrarse tras esta complicación?

–Ninguna. Pero, por supuesto, sospecho de todo el mundo. –Un caballo avanzó cautelosamente–. Hay muchos jugadores interesados en esa partida, don Ibrahim, y algunos podrían estar ocultando sus verdaderas lealtades. Lo mejor que puedo hacer es moverme para proteger mis intereses y los del Sabbat. A partir de ahí, será la voluntad de Dios.

–*Bismallah*. Pero Alá ayuda a los que se ayudan. Ha invertido mucho en este asunto: ¿va a arriesgarse sobre un terreno tan poco firme?

–Con la gracia de Dios, todo saldrá bien.

–Sabe usted más de lo que está diciendo, por supuesto.

–Por supuesto. Venga. He mandado preparar un refrigerio. ¿Compartirá una comida conmigo, ahora que somos amigos?

–Cuenta con ello. ¿Volveremos al juego cuando hayamos terminado?

–Ciertamente. El juego siempre estará ahí.

Ibrahim se puso en pie.

–Por desgracia, amigo mío, me temo que tiene usted toda la razón.

SÁBADO, 18 DE JULIO DE 1999, 12:29 AM

HYATT REGENCY CAPITOL HILL, WASHINGTON D.C.

La habitación era pequeña, con paneles de madera y una gruesa alfombra en el suelo. Los muebles eran de caoba, y de una calidad sorprendente para un hotel. Siempre que fuera posible, Vykos prefería hospedarse en lugares así cuando el Destino la obligaba a visitar Norteamérica, al menos si no había otro sitio más sólido. A cierto nivel, lo nuevo del lugar seguía incomodándola, pero al menos verse rodeada del trabajo de expertos artesanos le permitía dejar de pensar

en la transitoriedad de la construcción.

La reunión había sido un fracaso, por supuesto. No había esperado otra cosa. Tras las primeras y fáciles victorias, la Coalición Nómada (apenas podía recordar el nombre sin reírse) se había vuelto casi ingobernable. Por desgracia, seguía siendo necesario invitar a sus representantes a todas y cada una de las sesiones del consejo. Al menos, aquello servía para tenerlos alejados de la calle varias horas cada noche, y coincidía con la opinión de Vallejo de que, si se les permitía correr libremente y sin supervisión durante una semana por una sola ciudad, probablemente harían más daño a la operación a causa de la pura estupidez que la Camarilla mediante la más tenaz resistencia. El toque de queda establecido en la ciudad era prueba suficiente de que la falta de discreción tenía sus consecuencias; no había necesidad de echar más gasolina a aquel fuego.

Con todo, seguía encontrando terriblemente aburrido tratar con los Nómadas y otros de su ralea.

Alguien llamó suavemente a la puerta. Aquello era extraño. Había dado al ghoul que montaba guardia órdenes estrictas de que nadie la molestase. Por otra parte, los asesinos raramente eran tan educados como para llamar... exceptuando a su querido Parménides, pero en todo caso él estaba fuera, colaborando en el asedio de la capilla Tremere.

—¿Sí?

Polonia habló desde el otro lado.

—Mil perdones por la intrusión, pero me preguntaba si podríamos conspirar un poco antes de que se reanude el consejo.

El hombre siempre era cortés, y más o menos tan inofensivo como un cuchillo clavado en el riñón. Por supuesto, era mejor tener una idea de sus pensamientos antes de reiniciar la reunión.

—Por supuesto. Esperaba que viniese. Adelante.

—Es muy amable —replicó el arzobispo, y la puerta pareció abrirse por su propia voluntad. Polonia pasó al interior, percatándose de la posición de Vykos en la gran silla tras el escritorio, y tomó la decisión de quedarse de pie. Tras él, algunos tentáculos de sombra cerraron de nuevo la puerta, y una masa de negrura a sus pies que se parecía sospechosamente a un gato caminó silenciosamente.

–Tenía la impresión de que el hotel no admitía mascotas, Arzobispo.

–Es sólo un juguetito de sombras que llevo conmigo de vez en cuando. Lo encuentro relajante. Además, resulta notablemente eficaz para atrapar ratones.

–¿Ratones?

–Me he expresado mal: alimañas. Ratones, ratas... de todo tipo. Por cierto, si respetásemos la prohibición de las mascotas, ¿dónde dejaría eso a sus ghouls?

Vykos dejó que el fantasma de una sonrisa recorriese sus labios.

–Es verdad. Pero no puedo evitar recoger animalitos abandonados.

Polonia soltó una risita.

–Con fines que no va a explicar, no me cabe duda. Pero dejémoslo, dejémoslo. ¿Cómo va el asedio? ¿Han decidido ya los Tremere que es hora de izar la bandera blanca?

–Ningún cambio. Sólo es cuestión de tiempo. –Vykos hizo un gesto de desdén y se estiró lánguidamente. Polonia no reparó en el efecto, pues se había inclinado para rascar a su gato de sombras entre las orejas.

–Supongo que tiene un cierto sentido. Por favor, manténgame informado de los progresos.

–Por supuesto.

Polonia volvió a erguirse.

–Agradezco su amabilidad. En cuanto a los demás asuntos, me pregunto por qué motivo se tomaría usted tantas molestias para irritar a MacEllen: no estoy de humor para cuidar de niños traviesos, Vykos, y odiaría pensar que me está poniendo a propósito en tal situación.

–Tch, tch, mi querido Arzobispo. Me ofende usted. Ya sabe que esa llamada era importante.

–Estoy muy al tanto de su importancia, y de quién es Pieterzoon, y de cuántos de mis conocidos en los consejos de mi clan...

–¿*Les Amies Noir*? –Vykos pronunció el nombre distraídamente, consciente de que nadie que no perteneciese a la sangre de los Lasombra debería saber nada de la existencia de *Les Amies*.

Pero si estaba esperando una reacción de Polonia, el plan falló:

el arzobispo ignoró su acotación por completo.

–Muchos estarían encantados de despedazar a ese hombre miembro a miembro. También sé que recibió usted una carta de remitente desconocido antes de que empezase el consejo de guerra, y que ya estaba al tanto de la llegada de Pieterzoon a Baltimore. –Su voz era suave–. ¿Acaso pretende complicar esto?

–No, ni mucho menos. Sencillamente, MacEllen necesitaba provocar un poco más antes de que usted se sintiese obligado a... ¿cómo lo diría?... reafirmar su lugar en el orden jerárquico.

–Realmente, preferiría no tener que matarlos a todos, Vykos. Sé que el Sastrecillo está trabajando muy duro para reponer nuestras pérdidas en Atlanta, pero ambos sabemos que, traiga lo que traiga, no será tan efectivo como lo que hemos perdido. Si perdernos también a todos nuestros irregulares veteranos, eso retrasará el proyecto entero, y no creo que nuestro apreciado cardenal se sienta muy satisfecho.

–Quizá. Pero los dos sabemos que no tendrá que matar a MacEllen. La razón por la que él sigue vivo y Averros no es que MacEllen retrocederá cuando se vea superado. Y usted, señor de Polonia, supera a MacEllen como el sol a... mmmh... la menor de las lunas de Marte.

Polonia rió a su pesar.

–Me decepciona, querida. Había oído que sabía usted adular mejor –dijo, tosiendo una vez–. La verdad, creo que simplemente le he enfurecido lo bastante como para odiarme en silencio en vez de seguir alterando la reunión. Se dedicará a buscar una oportunidad para desahogar su ira sobre alguno de sus seguidores, con el fin de salvar su ego. De todas formas es una molestia o dos menos en el consejo.

Vykos asintió.

–Cierto. Una molestia o dos menos. Me alegra haber podido ser útil al respecto.

Polonia sonrió sin humor.

–Su ayuda es apreciada, como siempre. Ahora, si me disculpa...

Vykos no protestó, y Polonia fue hacia la puerta. Su gato le siguió tranquilamente, unos pasos por detrás. Cuando ya tenía la mano sobre el picaporte, el arzobispo se dio la vuelta.

–Oh, casi lo olvido. Pensé que debía avisarla; no sólo la Camarilla va a recibir alguna compañía adicional desde el Viejo Mundo.

–¿No? –La voz de Vykos mostró más sorpresa de lo que a ella le hubiese gustado.

Polonia asintió con la cabeza.

–Así es. Al parecer, alguien se siente preocupado por la seguridad de nuestros mejores generales, o algo así. Ha habido rumores de intentos de asesinato y estupideces similares. Como resultado, vamos a recibir un guardaespaldas. Tiene unas credenciales considerables, y su linaje es fascinante.

–Estoy segura de ello –contestó Vykos, recuperando su autodomínio–. ¿Y cuándo llega esa maravilla?

El arzobispo consultó su reloj con gestos ampulosos.

–Más o menos en media hora, si el tráfico es bueno. Lo que me dará mucho tiempo para presentárselo antes de que se reanude el consejo de guerra.

Polonia se dio la vuelta de nuevo y salió de la habitación seguido por su gato, tan arrogante como su amo.

El tono del consejo de guerra había cambiado por completo al reiniciarlo Polonia. Para empezar, MacEllen tenía menos partidarios, pero los que seguían leales estaban unidos en un amargo odio que dirigían a través de la mesa hacia donde se sentaba el causante de su humillación. Borges parecía agitado, pero no hablaba, limitándose a tamborilear con los dedos sobre la oscura madera. Más allá, Vallejo, que se había mostrado ausente antes, se sentaba erguido como un palo e irradiando un obvio desprecio hacia la chusma que tenía a su

derecha. Vykos parecía tan fría e inescrutable como siempre, aunque Polonia creyó detectar algún placer por la incomodidad de Borges. Y a su mismo lado derecho estaba el delgado Talley, con su aspecto de supremo aburrimiento. Era evidente que había tenido un viaje incómodo, y esperaba la reunión con toda la alegría de una monja ante una película de Tarantino. *Bueno, pensó Polonia. Cuanto antes empiece, antes acabará todo esto y antes podré desearte buenas noches a este fantasma ambulante.*

–Amigos míos –dijo, poniéndose en pie–. Tengo el gran honor de presentar a un ilustre recién incorporado a nuestra empresa. El Cardenal Monçada –pudo ver que el férreo control de Vykos aflojaba por un momento– ha estimado oportuno enviarnos otro invitado, el apreciado *señor* Talley, que desempeña el alto cargo de templario entre los servidores del cardenal. Está aquí para asegurar el éxito de nuestros esfuerzos protegiendo a aquellos de nosotros que corren riesgo de ser cobardemente asesinados.

Vykos frunció el ceño. Polonia no lo pasó por alto, pero decidió lanzarse hacia delante.

–Ya hemos tenido noticias de uno de tales intentos contra nuestra querida Arzobispo Vykos. Nadie quiere arriesgarse de nuevo a una pérdida de tal magnitud, ni tampoco que otro se convierta en un blanco secundario. ¿No está de acuerdo, Arzobispo Borges?

El Arzobispo de Miami asintió prestamente, con el aspecto de un hombre a quien le acabasen de decir que su hijo no era suyo.

–Por supuesto. Debemos tomar todas las medidas para proteger a Vykos de un nuevo ataque.

Polonia sonrió suavemente: la trampa estaba a punto de cerrarse.

–Oh, he comunicado al cardenal que Vykos no necesita más protección –dijo Vallejo–. Talley está aquí para protegernos a todos, querido Arzobispo.

Borges, como observó Polonia con satisfacción, parecía ya un hombre que acabase de descubrir que ninguno de sus hijos era suyo, y que su esposa tenía problemas para recordar su nombre. No sólo le habían dicho que iba a ser observado muy de cerca por un vampiro extremadamente poderoso que parecía un cadáver recalentado y no

aguantaba tonterías de nadie, sino que había sido arrastrado a una posición en la que su negativa a aceptar aquella vigilancia hubiese parecido una deslealtad.

Y si la rechazaba y ocurría algún accidente que privase a la operación de sus servicios... bueno, *lo que sea, será*, o como dijese la maldita canción.

Borges balbuceó algo completamente incomprensible, mientras al otro extremo de la mesa los seguidores de MacEllen mostraban su diversión al ver a uno de los ensalzados y poderosos recibiendo un golpe en plena cresta para variar.

–Es suficiente. –Talley tenía una voz grave y susurrante que acallaba todas las demás al entrar en contacto con ellas –. Arzobispo Borges, he sido asignado por mi cardenal, como muestra de su estima por todos los comandantes reunidos, para servir como protección a algunos entre ustedes. Ha llegado a oídos del cardenal que puede tener lugar un atentado contra al menos uno de los arzobispos aquí reunidos con el objetivo de alterar nuestras operaciones mientras la Camarilla consigue tiempo para consolidar sus defensas. Estoy aquí para hacer que ese plan fracase.

»El hecho de que atraigan mi atención no significa que usted o usted en particular sean el blanco de algo más que mi presencia durante una noche. Si mi conversación les desagrada, tienen mi palabra de que pronto pasaré a otro. Por lo demás, no vean en ello nada más de lo absolutamente necesario, y recuerden que no conseguí mi actual cargo siendo negligente en mis funciones. Bien, todo lo que he oído hasta ahora me dice que esta operación ha progresado con excepcional facilidad, y confío en que las reuniones de planificación hayan sido igualmente tranquilas. Mi señor Polonia, me dedicaré a observar, pero deben perdonarme si abandono este lugar de honor y me ocupo de mis deberes. El cardenal insistió en que empezase de inmediato.

Talley se puso en pie y avanzó hasta quedarse detrás del asiento de Borges. El Arzobispo de Miami permaneció sentado, furioso y con la cara roja.

–Por favor, Excelencia. Pretenda que ni siquiera estoy aquí. La reunión, pensó Polonia, avanzaba satisfactoriamente. La

presencia de Talley era suficiente para incomodar a Borges, lo que le impedía hacer demasiado ruido. Vykos seguía sin parecer muy alegre por la presencia del templario, pero Polonia achacó su descontento al hecho de que él se hubiese enterado primero. En cuanto al propio Talley, bien hubiese podido tratarse de un mueble o una estatua.

Los asuntos habían avanzado con notable ligereza, y sólo quedaban dos puntos en la agenda: la llegada del maldito Pieterzoon, que Polonia había preferido dejar para el final, y otra cuestión que requeriría una cierta delicadeza. El asunto de Pieterzoon iba a ser profundamente desagradable, así que decidió empezar por él y quitárselo de encima.

Los ghouls sirvieron aperitivos y se llevaron los desechos. El disgusto de Polonia ante aquellas criaturas era mucho menos pronunciado que el de la mayoría de sus compañeros de clan: simplemente las odiaba a ellas y a todo lo que hacían. La cabeza del desdichado Seamus había sido retirada hacía ya un rato, dejando sólo una mancha de sangre sobre la mesa, pero Polonia prefería un área de trabajo relativamente limpia para el consejo: al fin y al cabo, cuanto menos pedazos de cuerpo hubiese esparcidos, menos se distraerían los hambrientos.

–Me complace decir que casi hemos acabado con los planes por esta noche. Sé que muchos se sienten cansados, y yo me alegraré tanto como ustedes al terminar. Creo que el siguiente asunto es el de Herr Pieterzoon. ¿Vykos?

Sascha Vykos se puso en pie, tan elegante como siempre. Algunos Tzimisce presentes empezaron a entonar su nombre en un cántico, pero fue un esfuerzo poco sincero; la verdad era que todos estaban condenadamente cansados. En uno de los raros momentos animados de Vallejo, el hombre había afirmado que los consejos de guerra le cansaban tres veces más que la verdadera lucha, y que estaba seguro de que se aburriría hasta la muerte antes de que la Camarilla encontrase una forma de derribarle.

–Como dije antes, sugiero al consejo que nos ocupemos de Herr Pieterzoon de inmediato. Como podemos ver –señaló a Talley con un elegante gesto–, las apuestas se han elevado. Sencillamente no podemos permitirnos ninguna demora, o la Camarilla reunirá sus

fuerzas contra nosotros.

Borges gruñó con desdén.

–Sí, Vykos, ya ha dicho eso antes. No creo que las cosas hayan cambiado tanto –dijo mirando al impassible Talley– en las últimas horas. Explíquenos cómo y porqué tenemos que acabar con ese bastardo. Haga un buen trabajo, y estaré con usted.

–Bien, Arzobispo, gracias por sus palabras de apoyo. –La voz de Vykos se convirtió en un peligroso ronroneo–. Consideremos porqué ha sido enviado Talley aquí. Está aquí porque Europa ha entrado en la lucha, y porque el asesinato se ha convertido en un arma admisible. Es obvio que una de nuestras grandes ventajas hasta ahora, aparte del empeño y la ferocidad que han mostrado ustedes los soldados del Sabbat, es la pequeña contribución hecha por mí, el comandante Vallejo, el Sastrecillo y otros. Estamos aquí. Nos hemos afianzado. Somos parte de todo lo que se hará. Al dejar que Pieterzoon siga vivo, le permitimos recortar nuestra ventaja. Y si se establece aquí, ¿cuánto tiempo pasará antes de que lleguen sus aliados? ¿Antes de que se frene nuestro avance? No, debemos mantener nuestra ventaja... cualquier general de cualquier época diría lo mismo. Si Narses estuviese aquí, se reiría de nuestra indecisión.

–Vykos se volvió hacia Talley, captando su mirada–. En cuanto a la otra razón... creen que pueden recurrir a la daga porque les ha fallado la espada. Sí volvemos la daga contra ellos, la abandonarán. Si el artífice de su campaña de asesinatos (y no se confundan: tiene el hedor de Pieterzoon) desaparece, sus esfuerzos se vendrán abajo. Y estoy segura de opinar lo mismo que todos los presentes que puedan convertirse en el blanco de los asesinos de los Ventrue.

»¿Qué debemos hacer entonces? ¿Eliminar a Pieterzoon antes de que sea una amenaza mayor, pues ya es una amenaza y crece a cada hora que pasa, o dejar que nuestro enemigo cobre fuerzas mientras nos sentamos tranquilamente a esperar el cuchillo en la oscuridad? ¿Qué haremos?

Un rugido de aprobación salió de docenas de gargantas. Vykos se bañó en él, bebiendo la adulación, glorificándose en ella. Incluso Borges parecía convencido. Sólo Polonia, Vallejo y Talley parecían no haberse inmutado. Polonia meneó la cabeza: la suerte estaba echada.

Los vítores tardaron diez minutos en extinguirse, y Vykos no parecía tener ninguna prisa por calmar las cosas. Por fin, Polonia interrumpió los rugidos:

–Bien, la moción parece haber sido aceptada, Vykos. Ahora: ¿cómo haremos para ejecutar la voluntad del –abarcó la sala con un gesto– pueblo?

Vykos sonrió ponzoñosamente.

–Por favor, mí querido Arzobispo. Eso es responsabilidad suya. Es usted quien está al mando: yo me limito a actuar como anfitriona de la reunión en virtud de mi condición de arzobispo de la ciudad. Jamás se me ocurriría usurpar su autoridad. Dejo todo el asunto en sus capaces manos.

Polonia miró ceñudo a Vykos durante un largo instante, hasta que el incómodo silencio fue roto por un asistente al consejo que hasta el momento había permanecido en silencio.

–Yo lo haré. Mis chicos y yo... nosotros lo haremos.

Algo parecía distinto. Calebros contempló intensamente la copia impresa de SchreckNET que le había entregado Umberto unos minutos antes. Las palabras sobre el papel –la manifestación física en sí del pensamiento– eran secas y cortantes. A Calebros no le gustaba. Recordó que Umberto había dicho algo acerca de sustituir la rueda de margarita por una impresora láser... o alguna tontería por el estilo; nada de aquello le interesaba mucho. Prefería el sólido peso de su máquina de escribir, y que Umberto se quedase con sus aparatitos de la era espacial. Quizá, pensó Calebros, el mundo sería un lugar mejor si lo gente siguiese usando plumas de ave y tinteros. Se encogió de

hombros. Quizá no.

La forma del mensaje, por supuesto, era menos importante que el contenido. El informe de Courier incluía unos pocos bocados de conocimiento. *¡Si al menos pudiese acceder a la cámara del consejo de guerra Sabbat!* suspiró Calebros. Pero no podía ser. Además, mediante la extrapolación era posible descubrir gran parte de lo que estaba oculto. El tiempo revelaría el resto.

COPIA DE ARCHIVO

18 de julio de 1999

Ref: Baltimore / Washington

D.C., Courier informa ...

Talley llegado a EEUU, reunión con consejo de guerra Sabbat.

Balt., Colchester informa ...

J. Pieterzoon considerando empleo de "especialista"; la presencia de Talley puede afectar a su decisión final.

(Calebros pasó varios minutos integrando aquel nuevo conocimiento en lo que ya sabía, y después alargó la mano hacia su fiable Smith Corona...)

~ Sé de un posible candidato que sugerir.

Actualizar archivo: Talley

Lucita se sentó con las piernas cruzadas en la habitación del hotel, extendiendo ante ella todos los papeles que le había entregado su cliente. El expediente de su objetivo era deprimentemente completo: lo cubría todo, desde manifestaciones observadas de facultades sobrenaturales hasta armas favoritas, compañeros, vestuario y ghouls, pasando por gustos musicales, expresiones comunes y preferencias en su alimentación. El expediente incluía también una serie de fotos, que iban desde irrisantemente borrosas imágenes de cámaras de seguridad hasta primeros planos que con toda seguridad habrían costado la vida del fotógrafo.

Meneó la cabeza, el largo pelo negro oscilando mientras lo hacía. Vestida con un sencillo pijama negro, miró pensativa el reloj de la mesilla de noche. Quedaban unas pocas horas hasta el amanecer, así que había tiempo de sobra para familiarizarse con los detalles del objetivo. Memorizaría todo el material y destruiría las pruebas.

La habitación ya había sido asegurada contra la luz, por supuesto: las cortinas fijadas, la puerta protegida de intrusos y personal de limpieza y todo lo demás. También había cubierto el alargado espejo de la pared frente a ella colgando una sábana por encima: a medida que iba envejeciendo tenía menos ganas de ver espejos vacíos allí donde debería estar su cara. Consideró brevemente la idea de dormir en la bañera, una táctica de viaje popular entre los vampiros más jóvenes, pero desechó la idea. Al fin y al cabo, si llegaba un problema no iba a detenerse por la endeble puerta del baño. De hecho, aquellas finas paredes tampoco supondrían ningún obstáculo para el tipo de enemigos que ella solía encontrar. Llegaba un momento en el que sencillamente debías dejar de preocuparte y seguir adelante con tus asuntos nocturnos. Era una lección que el viejo y querido papi nunca había aprendido, cada vez más confinado en su venenosa tumba de Madrid.

Él había intentado convertirla también en *su* tumba. Le había dicho que era su hogar, explicándole su deber como chiquilla leal. Le había dicho cómo esperaba de ella que se quedase a su lado a lo largo de los siglos, y cómo podría ayudarle, por la gloria de Dios y del clan.

Y después le había revelado cuánto, *cuánto* la amaba, a ella, su única chiquilla.

Lucita se había lanzado contra él en aquel momento, con sombra y con acero. Pero él la había sometido entre carcajadas, atrapando fácilmente la daga que ella había creído que sería la llave de su libertad. Después había cogido su mano, dándole unas palmaditas burlonas como para dejar claro qué niña tan lista era.

Casi se había dislocado el brazo para escapar. Él no la había perseguido ni enviado a sus servidores o bestias de sombra tras su pista. Todo lo que siguió a Lucita en la noche fue la risa de Monçada, y una alegre despedida.

Esperaba volverá verla, había dicho.

Ella había jurado no volver nunca, pero más o menos una vez cada siglo algo la arrastraba de vuelta a Madrid, al edificio de piedra donde se congregaban los fieles y los condenados. En cierta época había temido que fuese una trampa, que en una de sus visitas a "casa", encontrase aguardándola a la secta que había repudiado. Pero parecía que Monçada seguía amando a su chiquilla y la protegía de la ira de su grey.

Habían pasado setenta años desde su última visita, Sorprendentemente, su sire no había estado solo: le acompañaba un viejo conocido, el Tzimisce Sascha Vykos. Vykos llevaba su piel original, la que ella recordaba de su primer y desagradable encuentro. Lucita había empezado a convocar a las sombras, pero Monçada había intervenido: Vykos estaba allí invitado por él, cumpliendo un encargo especial. Monçada quería un juego de ajedrez, un juego muy especial.

Y necesitaba que Lucita posase como la reina negra.

–Por supuesto, yo saldré de la habitación, mi querida chiquilla. La modestia me impide quedarme.

Monçada se había dado la vuelta y se había marchado, dejándola a solas con el Tzimisce.

–Por favor, Lucita. –Aquello fue todo lo que dijo Vykos, y después no hubo nada salvo silencio y el rumor del trabajo durante toda la noche.

Lucita se había arriesgado a salir poco antes del amanecer una

vez terminado el trabajo, pues no quería pasar el día bajo el techo de su sire. En sus tiempos había matado a cientos, si no a miles de personas. Se había bañado en sangre y festejado la muerte, había aniquilado a sus enemigos con las sombras y entregado sus chiquillos a las llamas... pero algo en la casa de su sire –y la sensación de sus ojos sobre ella mientras posaba– hacía que se sintiese mancillada.

Lucita se sacudió para salir de sus meditaciones.

Concéntrate, Lucila. Concéntrate. Eres una profesional, ¿recuerdas? se dijo mientras volvía a estudiar el expediente. Quería estar preparada para emprender el trabajo desde el principio de la noche siguiente.

Su teléfono móvil sonó alegremente en la mesilla de noche.

–¡Maldita sea! –Cogió el aparato–. ¿Sí? ¿Qué?

Reconoció al instante la voz al otro lado de la línea. Se trataba del vampiro que le había propuesto el contrato poco tiempo atrás. Lucita no estaba segura de para quién trabajaba, aunque tenía la retorcida sospecha de que se trataba de alguno de los supuestos aliados de su objetivo.

–¿De qué se trata? –dijo, poniendo menos intensidad en la pregunta de la que sentía.

–Mi patrón ha pedido que mantenga contacto con usted en lo referente a nuestros acuerdos. Supuse que una llamada sería menos molesta que una visita. ¿Me he equivocado?

Lucita contuvo sus tres primeras respuestas, que eran "Sí", "No vuelva a hablarme nunca" y "Si hubiese llamado a mi puerta, ya estaría muerto". En lugar de ello, se limitó a decir:

–No me gustan las interferencias en mi trabajo. Los plazos se están cumpliendo y el encargo será resuelto tal y como acordamos. Ahora dígame: ¿sólo intenta impresionarme con el hecho de haber conseguido mi número, o es que tiene algo útil que aportar?

Hubo una pausa.

–Mil perdones. Por supuesto, yo no sé nada de esta clase de trabajo. –Otra pausa–. Si está interesada, tengo cierta información que puede facilitar su tarea.

–¿Sí?

–Estamos en proceso de disponer una... situación para su

beneficio, de forma que tenga una buena ocasión para actuar. La fecha y hora le serán comunicadas cuando estemos más cerca de conseguirlo.

El disgusto del vampiro por aquel encargo era obvio. Lucita sospechó que pensaba que estaba siendo obligado a vigilar a una aficionada.

–Comprendido. ¿Hay algo más que deba saber?

–No en este momento. Que tenga felices sueños, *mademoiselle*. Buena caza.

Lucita colgó sin contestar, súbitamente harta de aquellos juegos idiotas y tanta esgrima sin sentido. Tantos bailes y amenazas veladas y *double entendres*, y al final todo se reduciría a su habilidad, su rapidez y las sombras despojando de su vida a otro desgraciado bastardo. Aquello era todo, aparte de las formalidades y los rituales y las pequeñas agudezas ideadas para que todo el mundo supiese quién era el más listo: eran simplemente formas de proteger a su especie de su propio salvajismo.

Ella prefería el combate a la charla aquellas noches. Era más honesto, y la honestidad era una de las pocas virtudes que le quedaban después de tantos años.

Unas horas más tarde, con la información memorizada y el expediente destruido, se sentó en la cama y cerró los ojos. Empezó a cabecear y notó algo raro: tenía el teléfono móvil debajo. Cogió el aparato y lo miró con curiosidad por un segundo. El secuaz, de su cliente lo había usado para dar con ella, *ergo* estaba comprometido. Con un mínimo esfuerzo, cerró el puño en torno al plástico y fue recompensada con un crujido. Los fragmentos del móvil cayeron al suelo sin hacer ruido sobre la alfombra.

Mientras cerraba los ojos para pasar el día durmiendo, Lucita sonrió.

DOMINGO, 18 DE JULIO DE 1999, 2:19 AM
HYATT REGENCY, CAPITOL HILL, WASHINGTON D.C.

Peter Blaine tenía muchos apodos, ninguno de ellos amable. El más suave era "Lurch", por su asombroso parecido con el mayordomo de las historietas de la familia Addams, y era el único al que respondía con algo que no fuese una obscenidad. Por desgracia, él mismo no ayudaba a su causa con su predilección por los trajes baratos de color negro y corte conservador y los zapatos capaces de abrir su propio negocio de fumigación. El hecho de que su cara, sus hombros y su estructura en general pareciesen obra de un escultor perezoso aficionado a las líneas rectas tampoco arreglaba las cosas.

Blaine era uno de los primos pobres del Sabbat, un *antitribu* Ventrue cuya misma herencia provocaba risitas despectivas entre los "verdaderos" clanes de la secta. Además, carecía de la instintiva gracia de los Lasombra o del poder o la delicadeza de los Tzimisce, por lo que cuando estaba en compañía de alguna de aquellas líneas se sentía lerdo. Estúpido, Torpe. Patoso. Fuera, en el campo de operaciones, cuando se trataba sólo de él y su manada (que incluía un miembro de cada uno de los Dos Grandes Clanes, pero allí sabía mantener a raya a Sonny y Terrence), se sentía como si estuviera al mando; pero cuando se acercaba a los chicos mayores perdía la confianza.

Para ser sinceros, los *antitribu* constituían la clase media baja del Sabbat. Refugiados de la tiranía de la Camarilla o descendientes de otros refugiados, su número era relativamente bajo y estaban desorganizados a causa de su temperamento. Si todos los *antitribu* se uniesen para exigir igualdad en el trato serían lo bastante fuertes para conseguirla. Pero los *antitribu* Gangrel estaban demasiado ocupados gruñendo a los *antitribu* Brujah, mientras los *antitribu* Toreador intentaban ignorarlos a todos y avergonzar a sus primos de la Camarilla y los *antitribu* Ventrue se esforzaban el doble por demostrar al resto del Sabbat lo capaces y leales que eran. Mientras tanto, los Lasombra y los Tzimisce se limitaban a reír por lo bajo y enviar a los

antitribu a la muerte cuando les apetecía.

Francamente, todo aquello le daba dolor de cabeza a Blaine si lo pensaba demasiado. Se había unido voluntariamente al Sabbat para escapar del idiotizante sistema de clases de la Camarilla. Pero poco a poco empezaba a sospechar que había saltado de la sartén a las brasas, si no directamente a la llama.

Quizá fuera por eso por lo que había hablado, interrumpiendo el frío silencio que rodeaba el duelo de miradas entre Vykos y Polonia. O quizá sólo quisiera salir del consejo de guerra: había visto a muchos líderes menores sufriendo abusos, siendo atacados y decapitados, y pensó que no le apetecía nada ser el siguiente.

En cualquier caso, en medio del silencio que siguió al desafío de Vykos, la voz de Blaine fue la primera en oírse.

–Yo lo haré. Mis chicos y yo... nosotros lo haremos.

El Arzobispo Borges soltó una carcajada.

–Muchas gracias, capitán...

–Blaine. Y los míos y yo lo haremos.

–Bien, capitán Blaine: esto no es la escuela de enfermeras. No pedimos voluntarios para los asuntos importantes. –Borges rió con dureza, y algunos de sus seguidores le imitaron.

Pero Blaine observó que ni Polonia ni Vykos estaban riendo... y ellos eran, supuso, los que importaban. Quizá no estuviese cerca de lo alto de la escalera, pero Blaine tenía un buen olfato para las corrientes de poder, y en aquel momento era obvio que Borges y el poder no tenían mucho que ver entre sí en el consejo. Saber aquello le dio el coraje para intentarlo.

–He dicho, Excelencia, que yo tomaré a mis hombres y me ocuparé de ello. Usted no me conoce, no conoce a mi manada, y no sabe una mierda de Jan Pieterzoon. Yo sí. Usted no sabe qué aspecto tiene; yo he trabajado con sus chiquillos y me he reunido con él. Sé como habla, sé cómo se mueve, y sé cuáles son los estúpidos caprichitos que necesita para sentirse cómodo. –Por el rabillo del ojo, Blaine vio que Polonia asentía lentamente, con el rostro convertido en una máscara impasible.

–Bah. ¿Dice que conoce a sus chiquillos? Maravilloso, así ellos podrán identificar su cadáver –contestó Borges. Su voz cobró un

burlón tono plañidero—. Oh, mira, Percy. Es ese Comosellame Blaine. Está muerto. ¿No es de lo más risible? —Borges se sentó de nuevo, encrespado—. Para enviarle a usted, también podríamos no enviar a nadie.

—Encuentro un tanto intrigante su evaluación de las aptitudes del capitán Blaine —intervino Vykos suavemente—. Y estoy segura de que tiene excelentes razones para decir eso, ¿verdad, Arzobispo? Habrá visto en acción a la manada del capitán Blaine, supongo. —Miró a Borges, que se había ruborizado—. ¿Qué? ¿No? Entonces habrá tenido noticias de su ineficacia... ¿Tampoco? Dios mío, ¿en qué basa entonces esa evaluación?

Diversos ataques de tos enmascararon las risitas de varios de los presentes. Borges miró furioso a sus torturadores, y después a Talley, como si esperase que él hiciese algo.

—¡No tengo por qué aguantar esto! —rugió finalmente—. No pienso dejar estropear las cosas a este advenedizo, este traidor, este...

—¿*Antitribu*? —preguntó Blaine en tono tranquilo.

—¡Sí, un presumido *antitribu* ignorante que cree que porque una vez lamió las botas de un antiguo sabe cómo arrancarle el corazón!

Polonia, observó Blaine, había dejado de asentir. Pisaba terreno peligroso.

—Quizá. O quizá yo sepa algo que usted no sabe, pueda hacer algo que usted no puede y no necesite un guardaespaldas venido del otro lado del mundo para mantenerme sano y salvo en mi propia habitación del hotel. ¿Le asusta el servicio de habitaciones, Excelencia?

—¡Desgraciado hijo de puta! —Borges intentó saltar de su silla, pero sólo había conseguido levantarse a medias cuando la mano de Talley cayó como un martillo pilón sobre su hombro, haciéndole volver bruscamente a su asiento.

—Por favor. Excelencia, siéntese —dijo Talley con amabilidad—. El Cardenal Monçada me ha pedido que le mantenga a salvo de cualquier amenaza, y eso incluye las que provoque usted mismo. —Se volvió hacia Blaine—. Pero no quiere decir que usted esté libre de culpa: agradezca que el Arzobispo Borges no esté verdaderamente

enfadado. –Su voz adquirió el sonsonete de un sargento instructor–. Bien. Supongamos que Su Excelencia hubiese saltado por encima de la mesa: ¿qué hubiese hecho usted?

Blaine mostró los dientes en una sonrisa desprovista de humor y se irguió.

–Si hubiese saltado por encima de la mesa hubiese sido un completo idiota, ya que hubiese debido usar las sombras en lugar de ponerse al alcance de esto. –Se inclinó y arrancó la pata delantera derecha de su silla: a nadie le sorprendió que el pedazo de madera tuviese un extremo afilado y cortante–. He pasado toda la noche trabajando en ello. Supuse que podría serme útil.

Talley chasqueó la lengua.

–Interesante. ¿Qué más?

El *antitribu* exhibió la improvisada estaca, haciendo que circulase de mano en mano.

–No mucho, aparte del hecho de que mi gente se lanzaría como una jauría contra el arzobispo si yo no lograra pararle con el primer golpe. Y aquí tenemos un montón de patas de silla.

Talley enarcó una ceja, asintiendo.

–Tosco, pero potencialmente efectivo. No obstante, será mejor que en lo sucesivo muestre más respeto ante alguien del poder y la posición del arzobispo.

Polonia frunció los labios y se aclaró la garganta ante la exhibición.

–Pasable –dijo el Arzobispo de Nueva York–. Apruebo su previsión. Mmmh... así, capitán Blaine, que de veras piensa que usted y su manada tienen lo necesario para ocuparse de ese Pieterzoon.

Blaine vaciló por un instante. Sabía que aún podía salir de aquello. Pieterzoon era un hijo de puta lleno de trucos. Por otra parte, la oportunidad de ver retorcerse a aquel gordo bastardo de Borges...

–Podemos hacerlo. ¿De cuánto tiempo disponemos?

–Debe ser tan pronto como pueda –intervino Vykos–. Le deseo suerte, capitán Blaine. Mi personal ha preparado todo lo que necesitará para llevar adelante la operación. Supongo que ustedes podrán ocuparse de sus propias armas y transporte.

El *antitribu* asintió.

–Por supuesto. –Hizo una pausa y miró a sus compañeros de manada–. Mañana a medianoche tendrán la cabeza de Pieterzoon en una bandeja –prometió. Después se volvió hacia Borges–. Su Excelencia puede venir a mirar si lo desea.

–No, gracias –dijo Borges, envarado.

Una mirada de aviso de Polonia le dijo a Blaine que había ido demasiado lejos.

–De acuerdo. Si puede decirme dónde tiene su personal la información... –Su voz se perdió mientras miraba a Vykos–. Por favor.

–El material está esperando fuera de la sala, capitán Blaine.

El *antitribu* hizo una última inclinación de cabeza y salió seguido por sus compañeros de manada, que mostraban un cierto nerviosismo en sus pasos. La silla con sólo tres patas que uno de ellos había estado sosteniendo vaciló por un instante y acabó cayendo al suelo.

Nadie se movió para recogerla.

Las puertas se cerraron tras el último miembro de la manada de Blaine, el enorme ghoull de guerra que había pasado la mayor parte de la velada intentando grabar su nombre en el techo con la punta de su cuerno: las lecturas más precisas revelaron que era algo así como "Atas".

–Bien, ¿hemos terminado por esta noche? –Borges se estiró y volvió ansiosamente la cabeza hacia la puerta.

–Casi –dijo Polonia. De alguna forma, tenía un gato negro hecho de sombra en el regazo, y lo acariciaba distraídamente–. Queda una cuestión por aclarar antes de que podamos dar por concluida la sesión.

Hubo gruñidos y protestas por toda la sala.

–Oh, Dios.

–¿Y ahora qué?

–¿No puede esperar, joder?

Polonia esperó a que todos hubiesen terminado de quejarse y aceptado la idea de que no iban a marcharse todavía.

–Se trata de algo muy sencillo y que podemos resolver en un momento si todos cooperamos.

–¿De veras? –Borges estaba claramente irritado.

–Considérelo una simple exhibición, Arzobispo Borges. Bien,

Vykos, ¿puede contestar?

La Tzimisce no pareció sorprenderse.

–Haré lo que pueda. Aunque preferiría que nos diésemos prisa. Tengo –dijo con una sonrisa– que hacer una llamada telefónica.

–Oh, apenas nos llevará un momento. Sólo quiero saber exactamente cómo ha conseguido toda esa maravillosa información interna sobre Herr Pieterzoon y todo lo demás. A fin de cuentas, estamos basando temporalmente toda nuestra estrategia en su *llamada telefónica* –las palabras eran ligeramente cortantes–, y antes de que enviemos más buenas manadas a territorio enemigo, me gustaría saber de quién proceden los datos. –Dejó el gato sobre la mesa, y se quedó allí, inmóvil–. Puede que Blaine no sea un arzobispo, pero él y su manada son valiosos. *Odiaría* saber que los hemos derrochado por una información poco fiable.

–Tengo mis fuentes –dijo la Tzimisce en voz baja–. Son bastante precisas.

–Ah, pero ahí está el problema. Usted tiene sus fuentes, y yo –Polonia miró al gato– tengo las mías. El Arzobispo Borges tiene las suyas. Todos tenemos nuestras fuentes. –El arzobispo empezó a pasearse–. Incluso apostaría a que el ilustre MacEllen tiene algunas. Sin embargo, eso no quiere decir que todas las fuentes sean precisas. Verá, unas pueden ser mejores que otras. Y las suyas parecen excepcionalmente bien informadas, lo que hace que me pregunte cosas. ¿Quién es su informador, Vykos?

–¿De verdad importa, si la información es buena?

–Si no me lo dice, yo no tengo forma de saber si es buena o no, ¿verdad?

–El cardenal...

–El cardenal no está aquí. Yo sí. Y deje que le diga, mi bizantina amiga, que no va a salir de aquí ninguna manada, ningún ghoul, ninguna bala, ni siquiera un soplo basados en su información mientras no nos revele sus fuentes. Soy más joven que usted, pero también lo bastante viejo como para saber cuándo algo parece demasiado oportuno. Y parece demasiado oportuno que fuese usted la primera en enterarse de la llegada de Pieterzoon, y desde luego también parece demasiado oportuno que usted tuviese tanta información preparada

tan pronto para entregársela a una fuerza de ataque que usted necesitaba enseguida. No me gustan todas esas coincidencias. ¿Me he explicado con claridad?

Vykos observó la habitación. Había algo nuevo allí, una especie de carga en el aire. Polonia había electrizado incluso a los que estaban más cansados. Hizo un recuento mental de sus aliados y concluyó a regañadientes que no tenía bastantes en aquel asunto concreto.

–Le entiendo perfectamente, Arzobispo. Mejor de lo que piensa. Sin embargo, no creo que revelar el nombre de mi informador a todos los presentes, cualquiera de los cuales podría ser capturado y obligado a confesar, sea precisamente una buena idea.

Polonia se inclinó profundamente.

–Por supuesto. No lo había pensado. Entonces, dejaremos que se vayan todos estos valientes y nos lo dirá sólo a nuestro colega arzobispo, su guardaespaldas y yo mismo, ¿de acuerdo? No tiene sentido poner en peligro a nadie más. –Enfrentó su mirada a la de Vykos, y curiosamente la Tzimisce fue la primera en ceder.

–Muy bien. Que los demás salgan de aquí.

Los demás asistentes salieron sin que nadie se extrañase por ello. La habitación tardó muy poco tiempo en quedar despejada: en cuestión de unos minutos, sólo quedaban en ella, Talley, Borges, Vykos y Polonia. Vallejo había salido tras recibir una severa mirada de Vykos; tanto Polonia como Talley se preguntaron qué habría en aquello.

–Y bien, Vykos, ¿qué es lo que tenemos? –preguntó Borges con voz cansina, aunque hubiese luchado con uñas y dientes por no ser excluido–. Compártalo con nosotros.

Vykos apoyó las manos sobre la mesa.

–No voy a darles el nombre de mi informador –dijo, alzando una mano para acallar el coro de protestas–. El nombre carece de importancia, y que ustedes lo sepan puede ser más perjudicial que beneficioso.

–¿Entonces por qué esta charada? –La tranquila voz de Talley, como de costumbre, fue directamente al centro del asunto–. Me siento bastante decepcionado, después de tanta expectación.

–Porque, sinceramente, no me siento con energías para enfrentarme a otro tumulto. Y, por supuesto, les diré cuanto necesitan saber.

–¿Que es...? –preguntó Borges, escéptico.

–Que es que mi informador, como dicen ustedes, es un miembro de la Camarilla que tiene acceso a los planes de defensa contra nosotros. Él, o ella, está intentando crear oportunidades para nosotros, así como filtrar toda la información que puede. Aparte de eso, no puedo decirles más, y les advierto que no confíen demasiado en la buena fe de mi fuente. La lealtad, como todos sabemos, es algo muy frágil. –Paseó su mirada de una cara a otra–. Y tendrán que quedarse por satisfechos con esto, caballeros. Si me disculpan...

Vykos se puso en pie y salió de la habitación. Borges la siguió, igual que Talley. Sólo se quedaron Polonia y su gato, reaparecido desde algún rincón en sombras.

–Me temo que no estoy muy satisfecho –murmuró el arzobispo–, pero tendrá que bastar con eso, al menos por ahora.

Polonia salió de la habitación. A su espalda, un tentáculo de sombra salió disparado para apagar las luces.

El gato, abandonado por su dueño, emitió su primer y último sonido, un quejumbroso maullido. Segundos más tarde, se disolvió en la oscuridad de la sala, como si nunca hubiese existido.

La cabina del ascensor bajaba a una velocidad constante, emitiendo un constante zumbido. Alguien había arrancado el altavoz del techo unos cinco minutos después de que el consejo de guerra

llegase al hotel. Ahora sólo se oía el ruido de la maquinaria y el siseo del aire acondicionado.

Cinco monstruos y un pliego de papel manila eran sus únicos ocupantes. Uno de ellos, el Lasombra llamado Sonny (en realidad era Santiago, pero nadie quería tratarle con tanto respeto), se esforzaba por ocultar el ruido del ascensor bajo un torrente de maldiciones.

–Por el puto Jesucristo, Blaine, ¿en qué coño nos has metido? Si la mitad de las batallitas de "cuando era un cachorro explorador de la Camarilla" que nos cuentas para ponernos firmes son ciertas, ese tal Pieterzoon va a ser más difícil de eliminar que cualquiera de los chuloputas de ahí arriba, incluyendo a la Señorita Tornillo Suelto Chimiche.

–*Shimishe* –dijo Terrence, que era alto y flaco y llevaba unas gafitas redondas a lo John Lennon que nunca conseguía mantener limpias de sangre–. Se pronuncia *Shimishe*.

Sonny se volvió hacia él con la furia propia de los muy bajitos y conscientes de ello.

–Me importa una mierda de rata si se pronuncia Chimiche, Goldfarb o Tu Madre, es una jodida loca, y tú, Blaine, eres un jodido loco estúpido por meternos en esta misión suicida... aunque cuanto más pienso en ello más prefiero el suicidio a pasar una noche más escuchando a esos capullos de Nueva York y Miami mientras se putean unos a otros y de vez en cuando convierten a uno de los tipos pequeños en una jodida especie de aperitivo...

–Sonny –dijo Blaine amablemente–, cierra la puta boca.

–Pero, Blaine...

–No digas nada: así estarás seguro de no soltar ninguna otra parida que me cabree. Esta operación ya es bastante difícil sin que tenga que meterte en un buzón de correos antes de empezar.

Sonny cayó en un malhumorado silencio. Nadie dijo nada durante un minuto, y las puertas se abrieron de pronto en el decimosegundopiso. Había una anciana allí, pulsando con impaciencia el botón de bajada: dio un paso adelante cuando se abrieron las puertas, pero sus ojos se abrieron como platos por el terror.

Atascador, el enorme ghoul de guerra, sonrió a la mujer, con su cuerno rozando casi el techo. La anciana retrocedió diciendo algo que

sonaba como "Oh dulce Jesús", y se dejó caer contra la pared opuesta del rellano, resbalando hasta el suelo. Los vampiros pudieron oír un grito de "¡Dios mío, abuela!" desde el pasillo mientras las puertas se cenaban de nuevo. El Lasombra se dobló de risa.

–Mierda, cómo ha molado. –Los demás se unieron a las carcajadas, y hasta Blaine sonrió–. ¿Habéis visto cómo se le han puesto los ojos al ver a Atascador? "¡Oh, Zeñod Jezúz, zálvame del azcenzor maliiiiigno!"

Sonny aún estaba riendo cuando las puertas se abrieron en el nivel inferior del aparcamiento subterráneo del hotel.

La furgoneta de la manada, una Dodge muy modificada con algunas fascinantes innovaciones ilegales en la mayoría de los estados, esperaba ominosa junto a las escaleras. Era negra, con neumáticos negros de goma sólida y cristales tintados.

Blaine había pensado en deshacerse de ella, pues la policía había desarrollado perfiles de asesinos en serie que hacían que los agentes estuviesen muy atentos las furgonetas de aspecto sospechoso. La situación no era peligrosa todavía, pero sí bastante molesta, y a Blaine le gustaba evitar las molestias.

Salvo, por supuesto, aquellas con las que trabajaba.

–¿Entonces tenemos una posibilidad en el infierno, Blaine?

–Era Terrence de nuevo. Sonny estaba demasiado ocupado imitando al nuevo cadáver de la planta doce, y los demás se reían con él.

–¿Sinceramente? Sí, podemos cargarnos a ese tío. Yo conozco a Pieterzoon. Da miedo. Es frío, y más retorcido de lo que puedas imaginar. Pero también es un bastardo miedica, y odia librar sus propias batallas. Eso quiere decir que intentará huir en vez de hacernos frente cuando deba, lo que nos da un pequeño margen de maniobra. Y eso –dijo mientras abría la puerta del conductor– es mejor que quedarse con los capullos de allí arriba.

Subieron al vehículo, Terrence al lado de Blaine, con la escopeta, y el resto en la parte de atrás. Sonny maldijo a Atascador por sentarse sobre su arma, y la discusión de costumbre empezó de nuevo. Blaine dio a Terrence el paquete que le había entregado el ghoul de Vykos.

–Debería haber un mapa ahí dentro.

El Tzimisce buscó entre los papeles hasta sacarlo.

–¿Vas a fiarte?

–A estas alturas, podría creerme cualquier cosa –gruñó Blaine, arrancando el vehículo. Algo cayó al suelo, probablemente un carcaj de flechas de ballesta, a juzgar por el ruido–. Ahora mismo lo único que pretendo es llegar a Baltimore y encontrar un refugio antes de que amanezca. Ya nos ocuparemos mañana por la noche de eliminar a Pieterzoon y a la docena o así de secuaces que intentarán pararnos.

–¿Has pensado algún plan? –Terrence bajó su ventanilla y se lamió los dedos para comprobar el viento. Lo hacía antes de cada viaje, y Blaine lo encontraba extrañamente tranquilizador.

El *antitribu* asintió.

–Atascador y Lox arman jaleo y le hacen bajar la guardia. Tú y yo entramos y le distraemos durante unos diez segundos, y en algún momento de esos diez segundos, Sonny aparece con ese rifle de asalto del que está tan orgulloso y le revienta la cabeza al hijoputa –dijo en voz baja, para evitar que Sonny lo oyese y se excitase de nuevo.

La furgoneta salió del garaje y se dirigió hacia el norte, buscando la entrada de la I-495. Terrence parpadeó.

–¿No tienes un plan mejor?

–¿Quieres la verdad? Todavía no. Si mañana sigo queriendo hacer lo mismo, puedes empezar a preocuparte.

–Si no te importa, prefiero empezar ya.

Blaine sonrió.

–Tú mismo. Por cierto, haremos una parada en, cómo se llama, Chesapeake House, para reponer combustible y alimentarnos. Asegúrate de no estar demasiado hambriento antes de empezar el baile mañana. No tendremos tiempo para cazar, y esto es lo mejor que puedo hacer.

Terrence asintió.

–¿Reclamarás tu derecho a la sangre de Pieterzoon?

–preguntó, casi en un susurro.

Por *supuesto*, pensó Blaine. *¿Crees que voy a dejar que tú o el risitas de ahí atrás le pongáis las zarpas encima? Después de todo, yo soy el puto ductus de la manada. Pero dijo otra cosa:*

–Ya se preocuparán de eso los supervivientes cuando hayamos cobrado la pieza. No tiene sentido discutirlo hasta entonces.

–Claro que no –dijo Terrence–. Ningún sentido.

SEGUNDA PARTE :

«TROYA»

_____ 12 _____

JUEVES, 18 DE JULIO DE 1999, 2:11 AM

HOTEL SHERATON INNER HARBOR, BALTIMORE, MARYLAND

El mensaje en el mostrador de recepción había sido dejado por un tal señor Schreck, lo que hizo que Lucita pusiese los ojos en blanco. *Schreck* significaba *terror* en alemán, y además era el apellido del actor que interpretó al primer vampiro cinematográfico en la versión de 1922 de *Nosferatu*. En resumen, la nota era la encantadora manera que tenía una rata de cloaca de decir que quería ponerse en contacto con ella y que no le importaba que supiese que era un Nosferatu.

Lucita aceptó graciosamente la hoja de papel de manos del recepcionista, hizo el número de leerla (*Llamaré luego*, dijo) y después la rompió en pedazos mientras se dirigía hacia el ascensor. Dejó caer los pedazos en un cenicero mientras entraba en la cabina, que por suerte estaba vacía.

El viaje de subida hasta su piso fue misericordiosamente breve, lo que Lucita consideró un pequeño favor. El hecho de que el Nosferatu hubiese anunciado su presencia significaba negocios... bueno, eso o una increíble arrogancia, pero aquello no era algo que

tuviesen muchos Nosferatu de cierta edad. Aunque ya estaba comprometida en un contrato –que cada noche parecía complicarse más, a medida que la ofensiva Sabbat barría viejos refugios y pisos francos que le había llevado años establecer–, no tenía nada en contra de ganarse alguna comisión adicional. Por otra parte, quizá su contacto tuviese información para vender, lo que simplificaría su encargo.

El ascensor aminoró su velocidad hasta detenerse, y Lucita salió al decimocuarto piso. Su habitación estaba orientada al norte, lo que le daba la máxima protección contra la luz solar, y la señal de "No molestar" seguía colgando del picaporte. Abrió la puerta y pasó al interior. La habitación estaba imaculada: se quitó los zapatos con sendas patadas y se tumbó sobre el colchón demasiado blando para esperar el inevitable contacto del Nosferatu. Había desechado la posibilidad de una trampa casi al instante. La Camarilla tenía mayores problemas de los que ocuparse en aquel momento, y sencillamente no tenía sentido que le dedicasen todos los recursos que necesitarían para neutralizarla. Hacía tiempo que Lucita había calculado los efectivos necesarios para eliminarla: sacar toda aquella potencia de fuego del frente costaría a la secta otra ciudad, como mínimo. El Sabbat también tenía preocupaciones más urgentes: había recibido información de que su sire estaba personalmente interesado en el asunto americano, y aquello era otra garantía de su seguridad, al menos por lo que se refería a los vampiros que le habían dado la noticia. El Cardenal Monçada no miraría bien a quien destruyese a su chiquilla.

Lucita era consciente de que aquella lógica no la protegería contra los ataques de necios, ignorantes o suicidas, pero confiaba en sus habilidades para defenderse.

¿Y si estaba equivocada? Ya se había equivocado en otras ocasiones, muy pocas, y había sobrevivido. También lo haría ahora.

Exactamente tres minutos más tarde, alguien llamó a la puerta.

–¿Señorita? Servicio de habitaciones –dijo una voz amortiguada por la puerta.

–Sí, ya voy. –Lucita se levantó de la cama y abrió la puerta sin mirar antes por la mirilla. Ya sabía quién estaba esperando al otro

lado.

El joven con el carrito de servicio parecía claramente incómodo con su uniforme.

–La cena que pidió, señorita –dijo mientras empujaba el carrito al interior de la habitación.

Lucita sonrió, divertida.

–Por favor, quítese ese ridículo disfraz, señor... ¿Schreck? Prefiero que esté cómodo mientras hablamos de negocios.

El botones retrocedió un paso, apartándose del carrito, y se dobló por la cintura. Al erguirse de nuevo, ya no era un joven de rostro agradable, sino un hombre calvo y lleno de verrugas con la complexión de un defensa de fútbol americano. Seguía llevando el uniforme de botones, que le sentaba tan bien como cabía esperar. El gorro reglamentario se alzaba airosamente sobre la cabeza calva y llena de cicatrices.

–No quería asustar a los demás huéspedes tan pronto, señorita. Y apuesto a que le dice lo mismo a todos los botones.

–A los que tengo que eliminar luego, sí. ¿Se está ofreciendo voluntario?

Lucita se sentó en una butaca junto a la puerta del balcón, dejando que su "invitado" buscase algún sitio para sentarse. Demasiado tarde, se le ocurrió que quizá la criatura decidiese sentarse sobre su cama, ensuciándola, pero no fue así.

–No, nada de eso. Y no soy Schreck. Sólo trabajo para él. –El falso botones se sentó en el suelo cruzando las piernas–. No obstante, tengo poderes para negociar en su nombre.

–Es bueno saberlo. ¿Cuánto tiempo llevaba esperándome en el ascensor?

El Nosferatu era bastante desenvuelto.

–Una hora, más o menos. Pasé un buen rato usando los viejos yuyus para ahuyentar al ganado y asegurarme de que usted lo usaría.

–Hizo una pausa, parpadeando–. Sólo por curiosidad profesional: ¿cómo lo ha sabido?

–Para empezar, los ascensores que están fuera de servicio durante tanto tiempo no se quedan con las puertas abiertas. Las huellas fangosas en la alfombra fueron otra pista. Y después está el

olor: tendrá que mejorar si quiere sobrevivir.

El otro vampiro se frotó pensativo la barbilla llena de bultos.

–Mmmh... no había pensado en el ángulo de la puerta, y dejé el carrito aquí arriba para mantener despejada la cabina. De todas formas, se sorprendería de cuánta gente ignora todo lo demás. En cualquier caso –se aclaró la garganta–, he venido para hablar de negocios. Pensaba que quizá apreciaría la comodidad de un ascensor para usted sola –dijo con una espantosa sonrisa–. Es el tipo de pequeño detalle que ayuda a cerrar un trato, después de todo.

Lucita hizo un elegante gesto con la mano izquierda.

–Por supuesto. Pero usted no ha venido para jugar al ascensorista por mí. ¿Qué ofrece el señor Schreck?

–Seis millones de dólares americanos, una copia de dos páginas del Fragmento de Sargón, todos los recursos que usted necesite, la mejor protección contra represalias que pueda darle, transporte en forma de pasajes aéreos a su conveniencia y el vehículo terrestre que usted elija, imprevistos, gastos, equipo y otras menudencias incluidas pero que no vale la pena mencionar aquí, y, si he leído bien la letra pequeña, cien horas de conexión gratuita a América Online. Esto último es negociable, por supuesto.

El único indicio de remoto interés por parte de Lucita fue una ceja enarcada.

–¿El Fragmento de Sargón? Interesante. El señor Schreck pone mucho énfasis en que acepte el encargo, ¿Qué espera que haga?

El Nosferatu se encogió de hombros.

–Lo que mejor hace usted. Devolver a cierta gente al estado en que se supone que debe estar la gente muerta.

–¿Gente?

–Nuestra clase de gente..

–Claro. Además, el señor Schreck parece dispuesto a no reparar en gastos. ¿Puedo preguntar dónde está la trampa?

Agradeció al Nosferatu que no intentase mostrarse ingenioso preguntando qué quería decir exactamente.

–El señor Schreck confiaba en que una oferta generosa le demostrase su seriedad y eliminase todo ese, y cito sus palabras, "molesto regateo", que considera de mal gusto.

Lucita se puso en pie y empezó a pasearse.

–Bonita respuesta, y además evita la pregunta por completo.

¿Donde está la trampa?

–En la falta de tiempo, para empezar. Y en la calidad de los objetivos, por otra parte.

–La oferta no es tan impresionante si se trata de varios objetivos.

–El señor Schreck está al tanto de sus tarifas habituales, y señala que la oferta no se limita exclusivamente a una suma de dinero. Además, considera que puede que usted disfrute con alguno de los encargos.

Lucita se volvió hacia el Nosferatu. Una parte de ella reparó en la inteligencia de su visitante: sentarse deliberadamente con las piernas cruzadas en una postura indefensa era lo más parecido que podía hacer un vástago a decir "soy inofensivo". También había escogido el suelo, no la cama u otro lugar que ella pudiera usar, y no había comentado nada de los espejos. Estaba bastante por encima del nivel habitual de los mensajeros con los que trataba, así que Lucita se encontró dispuesta a, al menos, seguir escuchándole y ver cuál era el cebo.

–¿Quién?

–Cuatro objetivos. Un arzobispo, que vale 3.400.000 dólares y el texto. Otro pez gordo, a quien puede que ya conozca. Dos líderes de guerra menores que muestran un cierto potencial: cada uno de ellos vale medio millón. Necesitamos que lo haga pronto.

–Por favor... Nunca haga saber a sus artistas que el tiempo apremia, mi pequeño Nosferatu. También debería aprender a usar mejor los eufemismos: alguien que estuviese escuchando con, digamos... un micrófono direccional podría oírlo todo y usar la información.

El Nosferatu meneó la cabeza casi imperceptiblemente.

–Para ser sincero, un amigo esta en la azotea, manteniendo agitadas a las palomas justo ante su ventana. Eso basta para arruinar cualquier micrófono direccional, y también las escuchas de microondas. Le sorprendería saber lo eficaz que es una pared de plumas para este tipo de cosas. Pero seguiré su consejo, y le doy las

gracias por él. Ahora, ¿está interesada?

Lucita frunció los labios.

–Por supuesto. Pero no voy a comprometerme de inmediato. Me gustaría disponer de algo más de información para decidirme.

En su interior, Lucita ya se había decidido. El Fragmento de Sargón era algo que había estado buscando durante mucho tiempo, y la oportunidad de conseguir aunque sólo fuesen dos páginas no era algo que pudiese pasar por alto. Además, ya había sido contratada para ocuparse de un arzobispo: ¿qué importaba otro más? Y las demás presas no eran preocupantes. Las tarifas de al menos tres de los cuatro serían dinero fácil... pero el saber nunca estaba de más.

En respuesta, el Nosferatu se irguió, con las palmas de las manos hacia arriba para resaltar el hecho de que no suponía una amenaza. Dio dos pasos hacia su carrito y levantó la tapa de metal que normalmente hubiese contenido cualquier delicia de la cocina. En lugar de ello había varios pliegos unidos por bandas de goma. Puso la bandeja sobre la cama.

–Aquí tiene todo lo que necesita, incluyendo condiciones de pago, los recursos que el señor Schreck ha puesto a su disposición, y horarios de los movimientos conocidos del enemigo. Tómese unas horas. Léalo. Si decide que está interesada, baje al vestíbulo y siéntese en la silla frente a los ascensores. Alguien se acercará para llevarla a donde pueda reunirse con mis superiores. La contraseña es muy sencilla: mi hombre le preguntará si ha leído el último número de *Blackwood's*. Teniendo en cuenta que esa revista desapareció hace décadas, no es el tipo de cosa que puedan preguntarle por casualidad.

Lucita frunció el ceño.

–Preferiría otro lugar. Esa silla está ante... ciertos elementos decorativos que delatan mi estado.

El Nosferatu soltó una risita.

–Nosotros también necesitamos nuestra *bona fides*, señorita. No se preocupe, todo será muy rápido. Por cierto, hay un aperitivo en la plataforma inferior del carrito por si le apetece. Al señor Schreck le gusta hacer que la gente se sienta cómoda –explicó con una inclinación–. Ahora, si me disculpa...

–Por supuesto. –Lucita le hizo un gesto de despedida mientras

el Nosferatu volvía a adoptar su disfraz. Ya tenía la atención puesta en los papeles.

De pronto, su bandeja pareció estar muy llena.

JUEVES, 29 DE JULIO DE 1999, 11:08 PM

SUBSÓTANO, EDIFICIO WESLEYANO, BALTIMORE, MARYLAND

Contrariamente a lo que hubiese cabido esperar, la reunión no se celebró en una alcantarilla. Tuvo lugar en un subsótano con una cañería goteante que hacía que el suelo de cemento estuviese salpicado de charcos. Lucita supuso que aquello sería para que sus anfitriones pudiesen seguir el rastro de sus movimientos por el ruido. O aquello, o estaban al tanto de los trucos que había aprendido de Fátima y se limitaban a cumplir con el estereotipo. Su guía la había llevado hasta allí, le había dicho que esperase y se había desvanecido. Probablemente Lucita hubiese podido seguirle, pero decidió jugar según las reglas del cliente: hacer lo contrario sería descortés.

La estancia en sí era absolutamente negra. Pero ya había tratado con aquel Nosferatu antes, y tenía una razonable confianza en su intención de mantenerla viva. De todas formas, la cautela nunca estaba de más. Dio un paso hacia delante.

—¿Schreck?

La voz que respondió era grave y áspera, pero inconfundiblemente femenina:

—El señor Schreck no ha podido venir, y envía sus disculpas. No obstante, quiere que usted sepa que una cuarta parte del pago ha sido ya transferida a su cuenta en las Islas Caimán, de acuerdo con sus instrucciones habituales, como muestra de su buena voluntad. Si es necesario, podemos aportar pruebas de ello.

—Confío en el señor Schreck, aunque debo decir que me siento

decepcionada por su ausencia.

Hubo una pausa.

–El señor Schreck es un hombre muy ocupado. Dispongo de toda su confianza para actuar en su nombre.

Lucita rió.

–Lo mismo dijo el botones. El señor Schreck es bastante liberal con eso.

La respuesta sonó un poco forzada, y Lucita supo que se había anotado un punto.

–El señor Schreck confía en sus subordinados más capaces. ¿Nos ocupamos de los negocios?

–Negocios. Por supuesto. Así que su señor Schreck quiere un arzobispo... Es toda una tarea.

–Sí, queremos un arzobispo concreto, aunque si se siente usted codiciosa y decide eliminar a varios no nos molestará demasiado.

–Apuntan alto, ¿eh?

–Apuntamos a los blancos necesarios, independientemente de su altura. ¿Le parece aceptable el precio?

–¿Por los cuatro? Apenas.

–Es más de lo que le pagaron por sus últimos seis trabajos juntos, Lucita. Además, creo que al menos uno de los cuatro es alguien a quien estaba considerando sacar de sus miserias *gratis*.

–Bastante cierto. Excelentes informes, ya que hablamos de ello.

–Gracias. Nos enorgullecemos de ese tipo de cosas. Ya sabe que según los rumores somos muy buenos en eso.

–Sí, eso he oído. ¿Alguna cosa más?

–Unas pocas. Hemos dispuesto un medio de transporte que esperamos sea de su agrado, y está esperando en el exterior, junto a la entrada que ha usado. Por supuesto, el papeleo ha sido solucionado. Es suyo desde ahora mismo, Su guía está esperando fuera de esta cámara, y la llevará allí con la debida presteza. Cuando tengamos más información sobre el paradero y circunstancias de sus objetivos, puede estar segura de que se la transmitiremos.

–¿Margen de tiempo para la primera muerte?

–Tan pronto como sea posible.

Lucita frunció el ceño.

–Eso es bastante vago, y un tanto apresurado.

Su interlocutora rió amargamente.

–Créame, nos gustaría darle más tiempo, pero las circunstancias han cambiado repentinamente. Nos esperan grandes cosas: cada líder de guerra Sabbat que desaparezca esta noche será una ofensiva que no sufríremos mañana. Y cada sacerdote de manada que esté buscándola entre las sombras será otro que no se concentre en sus obligaciones. Eso nos da más tiempo. Consíganos el suficiente, y tendrá pruebas tangibles de nuestra satisfacción.

–Con tan poco tiempo, no puedo hacer promesas.

En algún lugar de la negrura, una rata chapoteó en el agua estancada.

–Deprisa y buena caza, Lucita.

–Suena igual que mi sire cuando dice eso: no es algo que me inspire confianza.

Alguien rió quedamente en el extremo opuesto de la habitación.

–Todos cometemos errores.

Unas pisadas resonaron sobre el húmedo suelo de cemento, y Lucita se encontró de nuevo sola en la oscuridad. Esperó hasta que la estancia quedase en absoluto silencio y empezó a deshacer sus pasos. Cumpliendo la palabra de la representante de Schreck, su guía estaba esperando al otro lado de la puerta, y guió amablemente a Lucita a través de un laberinto de túneles y oscuros corredores. Lucita pensó que probablemente hubiese podido encontrar el camino de regreso sin ayuda, pero aceptó ser guiada como la muestra de cortesía que era.

Tras una interminable media hora de camino, la pareja salió por una puerta de incendios. El Nosferatu la abrió para Lucita y se desvaneció en la oscuridad. En la calle había un coche claramente pensado para ella: no se le ocurría otra razón por la que pudiese haber un BMW 325i aparcado justo allí. Las llaves estaban puestas y las puertas cerradas, pero aquello no fue un gran problema: se limitó a imponer su voluntad a una sombra en el interior del coche. La sombra se alzó como una serpiente y abrió la puerta. Lucita entró y la cerró de nuevo. En el asiento del pasajero había otra carpeta, con algo escrito con un rotulador negro. Una rápida comprobación de la guantera

reveló un grueso fajo de billetes con la etiqueta "para gastos".

Lucita dedicó un segundo a reflexionar sobre la situación. No era lo que ella hubiese escogido, pero era con lo que tenía que bregar. La paga era bastante buena, y el cliente sonaba lo bastante desesperado como para sacarle algunas concesiones adicionales. No estaba del todo mal.

El reloj del salpicadero marcaba las 12:34. Tenía tiempo de sobra para leer las nuevas instrucciones antes de que amaneciese. Su cliente había tenido el detalle de proporcionar dos series de discos compactos: datos sobre todos sus blancos y una selección de música clásica. Puso uno de los primeros (grabaciones domésticas y marcadas con la misma letra de la carpeta) en el reproductor y arrancó el coche.

VIERNES, 30 DE JULIO DE 1999, 12:53 AM

SUBSÓTANO EDIFICIO WESLEYANO, BALTIMORE, MARYLAND

–¿Un sótano?

Las hileras de luces fluorescentes cobraron vida al detenerse el ascensor y abrirse las puertas. Jan Pieterzoon, retoño de un noble linaje Ventrue y superviviente de un atentado Sabbat frustrado casi dos semanas antes, salió parpadeando bajo la cruda luz, y se encontró en medio de un charco de agua. A su lado, su guía Nosferatu soltó una risilla preocupada.

–En realidad es un subsótano, Herr Pieterzoon. Me temo que es el tipo de cosas que se espera de nuestras operaciones comerciales.

–Quien hablaba era una Nosferatu robusta y de baja estatura. Al menos, Pieterzoon pensaba que era una mujer, aunque no podía estar absolutamente seguro—. El agua en el suelo añade el toque de

encanto fecal que la gente parece esperar cuando negocia con nuestro pequeño consorcio. La verdad, es una pena que Monsieur Rafin no se encuentre aquí en este momento: suele ofrecer una magnífica interpretación.

–Sí, sí, estupendo. Pero ¿un subsótano?

La Nosferatu se encogió de hombros.

–Es seguro, es tan defendible como la virtud de su hermana pequeña y nos ayuda a conseguir que la otra parte se relaje al estar tratando con los "típicos" Nosferatu. Creen que saben con quién están trabajando, y se relajan. Y no se les ocurre buscar juguetes como las ametralladoras giratorias dispuestas en fuego cruzado que controla Nigel. Nigel es el tipo que está detrás de ese falso espejo de la pared sur: es un loco de los videojuegos con un gatillo más rápido de lo que usted podría creer. Las balas son de teflón con recubrimiento de acero... hacen el mismo efecto que abrir la cavidad torácica, apoyar una escopeta del diez sobre el esternón y apretar el gatillo. Hasta el ghoul de guerra más cabronazo tiende a detenerse cuando se le llena de agujeros del tamaño de tapacubos.

–Ah. Muy inteligente. –Pieterzoon exploró los confines de la estancia, procurando no pisar los charcos–. ¿Es la única medida de seguridad?

El guía de Pieterzoon soltó una risita que Jan asoció instintivamente con los estadios terminales de una consunción.

–Bueno, no. Pero no quiero aburrirle con los detalles.

El Ventrue cerró los ojos y rezó pidiendo fuerzas. Sencillamente no tenía tiempo para aquel tipo de cosas, no con el Sabbat arrasando la costa como una plaga. Tenía muchas cuestiones de las que ocuparse, y los Nosferatu listillos no estaban en la lista.

–Maravilloso –dijo al fin–. Al menos, la reunión iría bien.

–Oh, perfectamente. Entró con mucho garbo, aceptó verbalmente el encargo, admitió haber leído los documentos que dejó Claude, y se marchó a hacer sus cosas. Al parecer encontró la información satisfactoria, aunque puso algunas pegas al margen de tiempo.

–Ejem. Sí, bueno, eso no puede evitarse. Sencillamente no tenemos suficientes fuerzas en el campo de operaciones en este

momento... *¿Dónde está Parma cuando le necesitas?* Tampoco es que no podamos usar a otro estratega... hacer las cosas de forma distinta.

–Lo que sea. –La repulsiva criatura se encogió de hombros, o hizo algo parecido–. A mí no me pregunte: todos me dan miedo. Pero puedo prometerle algo, Herr Pieterzoon: si llegan a entrar aquí, no salen. –La Nosferatu (Pieterzoon estaba casi seguro de que era *la*) sonrió de manera repelente y dio golpecitos en la pared con un dedo deforme–. Estamos preparados.

Jan Pieterzoon se las arregló para componer una débil sonrisa.

–Espléndido.

*SÁBADO, 7 DE AGOSTO DE 1999, 11:48 PM
LORD BALTIMORE INN, BALTIMORE, MARYLAND*

Era una noche ajetreada para los vampiros de la Camarilla, sobre todo para los privilegiados (o desafortunados) que se encontraban en Baltimore, centro neurálgico de la resistencia de la secta contra el Sabbat. Vástagos y ghouls se afanaban por todas partes con tareas de mayor o menor importancia. La amenaza de la noche anterior por parte del Justicar Gangrel Xaviar de que su clan abandonaría la Camarilla era a la vez un secreto a voces y una eventualidad que requería no pocos ajustes en la estrategia de la secta. Encerrado en su suite privada, Jan Pieterzoon discutía nuevas tácticas de emergencia y otros planes desesperados ya puestos en marcha con Marston Colchester, un aliado Nosferatu.

Los trabajos para reforzar las defensas seguían adelante por toda la ciudad, incluso sin la supervisión directa de Theo Bell. El arconte del clan Brujah había acudido a Buffalo para ocuparse personalmente de la ciudad que más peligro corría por la desertión de

los Gangrel. Todos los vampiros habían sido afectados por el salvaje giro de los acontecimientos.

En medio de los frenéticos preparativos, un Vástago en particular tuvo que retirarse a causa de un terrible dolor de cabeza. Los demás se mostraron muy comprensivos y dejaron que se marchase con algunos deseos de buena salud más o menos insinceros.

Una vez en "casa", el vampiro se sentó y escribió una breve carta sobre un papel notablemente caro, describiendo la estrategia de la Camarilla para la defensa del estado de Nueva York, el sur de Nueva Inglaterra y demás. Los estrategas de la secta habían decidido, tras acaloradas discusiones, que no había forma de conservar todas las ciudades. Estaban de acuerdo en que lo mejor sería concentrar todas las fuerzas restantes. Aquello significaba evacuar ciudades, sobre todo Buffalo, y dejar atrás pantallas de humo de Vástagos recién Abrazados y ghouls para dar el aspecto de una defensa sólida. Con un poco de suerte (y ocasionales apariciones en público de Vástagos de alto nivel juiciosamente distribuidas), el engaño duraría lo bastante para retrasar la ofensiva del Sabbat y mantener ocupados sus recursos. Aquello daría tiempo a la Camarilla para reforzar sus defensas, rearmarse y por fin recuperar el territorio perdido.

Aparte de ello, la carta contenía algunos detalles inconsecuentes sobre el último despropósito de Pieterzoon, e iba firmada "Lucius". El Cainita la dobló, metiéndola en un sobre con el nombre "Sascha" en el exterior. Aquella descuidada informalidad enfurecería a su destinataria. Era un tipo de entretenimiento que resultaba muy divertido aquellas noches.

A pesar de todo, pensó el traidor, la Camarilla había elaborado un buen plan. Hubiese podido llegar a funcionar... si el enemigo no dispusiera de todos los detalles a las pocas horas de su concepción. El vampiro se concentró durante unos segundos, alargándola mano para llamar a un correo seguro. Llegaría en cuestión de minutos y llevaría la carta a Washington. Allí, sin duda tendría efectos muy interesantes sobre el plan de batalla Sabbat para Buffalo.

Juguetando distraídamente con las alas desplegadas de un alfiler de solapa, el Vástago se echó hacia atrás en su silla y pensó en la inminente carnicería con cierta satisfacción.

*DOMINGO, 8 DE AGOSTO DE 1999, 4:13 AM
HYATT REGENCY, CAPITOL HILL, WASHINGTON D.C.*

Polonia odiaba los aparcamientos subterráneos. Eran ruidosos, hediondos, agobiantes, estéticamente desagradables y generalmente estaban húmedos a causa de los constantes goteos. En un aspecto más práctico, estaban iluminados de una forma que hacía casi imposible encontrar sombras útiles; generaban ecos que impedían medir bien las distancias por el oído; y daban a todo tipo de idiotas la idea de que eran espléndidos lugares para emboscadas. Sólo durante el año anterior, el propio Polonia había sido atacado, no una ni dos, sino tres veces por jóvenes Cainitas emprendedores. Ninguno de los ataques se había acercado remotamente al éxito, pero aquellos asuntos seguían dejando un mal sabor de boca al arzobispo.

Por eso salió del ascensor al aparcamiento del hotel con cierto disgusto, aunque sin verdadero nerviosismo. Por suerte, aquella planta estaba casi desierta. Sólo había unos pocos coches aparcados aquí y allá, y al otro lado estaba la furgoneta que MacEllen y su manada se ocupaban de cargar. Había cajas, bultos sospechosamente envueltos y diversas armas de fuego formando un semicírculo en torno a las puertas traseras de la furgoneta, mientras MacEllen y un vampiro robusto y de baja estatura, con el pelo cortado al estilo tazón y brazos como conductos de plomo cargaban los objetos con sorprendente cuidado.

Polonia consideró brevemente la idea de acercarse a donde estaban los otros, pero al final decidió que no: MacEllen estaba lo bastante loco como para arriesgarse a alguna estupidez, y en todo caso acercarse estaría por debajo de su dignidad. Qué MacEllen acudiese a él.

No pasó mucho tiempo antes de que uno de los demás Cainitas

que estaban alrededor del vehículo viese a Polonia con los brazos cruzados, esperando junto al ascensor. Un penetrante silbido atrajo la atención de todos sus camaradas, incluyendo a MacEllen: el hombretón miró a Polonia con indisimulado odio, y empezó a cruzar la superficie de hormigón. Un par de vampiros le siguieron.

Polonia se permitió el lujo de una sonrisa.

–Tengo órdenes para usted –dijo cuando MacEllen se hubo acercado lo suficiente para oírle–. Importantes.

MacEllen escupió.

–No me joda, qué gran honor. ¿De qué se trata, va a ordenarnos que vayamos detrás del resto del ejército con una escoba y una pala? ¿Es eso?

–Al contrario, la operación es suya. Por completo.

MacEllen se quedó sin habla por un momento, pero la sospecha cubrió sus rasgos.

–Esto tiene que ser una trampa. ¿Por qué ese cambio?

–Nueva información. –Polonia sacó de la chaqueta un pequeño fajo de hojas de papel pulcramente dobladas–. Esto es para usted: detalla la operación, sus objetivos y los recursos de que dispone. Tendrá otra manada bajo sus órdenes, la de Einar, y estará a cargo del ataque contra Buffalo.

–¿Con dos manadas? –preguntó MacEllen, asombrado–. ¿Se ha vuelto loco?

–Como ya he dicho –repuso Polonia con frialdad–, tenemos nueva información. Buffalo es su objetivo: la defensa será muy débil. La Camarilla está retirando sus fuerzas, salvo un pequeño grupo de resistencia. Sólo encontrará frente a usted vampiros recién creados sin verdadera noción de su potencial, y algún que otro ghoul. No debería tener problemas.

–¿De dónde ha salido esa información, del topo de Vykos?

–De la mejor de las fuentes. Las respuestas al resto de sus preguntas –dijo entregándole los papeles– están aquí.

Sin decir una palabra, MacEllen cogió el fajo y lo desplegó bruscamente. Los otros dos vampiros se acercaron a él para mirar por encima de sus hombros. Polonia los ignoró, estirándose tranquilamente hacia atrás para apretar el botón de llamada del

ascensor.

–Tendrá completa autonomía en el campo de operaciones, MacEllen. Espero un éxito inmediato y total, considerando el calibre de la oposición que encontrará. Si falla, no se moleste en volver: yo le encontraré para discutir su actuación.

La puertas del ascensor se abrieron en el momento oportuno. Polonia se dio la vuelta y entro en la cabina; las puertas se cerraron tras él a los pocos segundos.

MacEllen observó la marcha del arzobispo con una mezcla de miedo y odio. A su alrededor, los miembros de su manada empezaron a lanzar vítores al circular la noticia de que encabezarían el asalto a Buffalo. Pero MacEllen no estaba tan seguro de que hubiese que alegrarse.

–Hijo de puta –dijo, más o menos para sus adentros–. Es una trampa. Tiene que serlo. –Podía verlo en su mente: falsifica una "nueva información", coge al duchas que está haciendo demasiado ruido, dale las noticias y envíale a ser masticado por una trituradora de carne. Toda su manada, y la de Einar, serían sacrificadas sólo para deshacerse de él. Probablemente, Vykos ni siquiera tuviese un verdadero espía.

Pero comprendió que la única forma de salvarse de aquella trampa sería entrar en ella y salir por el otro lado. No podía huir, o tendría a las dos sectas a la caza de sus pelotas. Demonios, la mitad de su manada intentaría volarle el culo si sugiriese cortar en aquel momento, sólo por la posibilidad de sustituirle. No tendría que enfrentarse a lo que le estuviese esperando y volar su culo. Adelantando la mandíbula con torva determinación, volvió a la tarea de cargar la furgoneta, con un poco más de cuidado que antes.

–¿Así que tengo que abandonar la ciudad? –Lladislas, Príncipe de Buffalo, Niágara y las regiones circundantes, estaba un tanto disgustado—. ¿Ciento dieciséis años manteniendo este lugar libre del Sabbat, violaciones de la Mascarada, incursiones lupinas y el dólar canadiense, y ahora tengo que recoger la tienda y dejar mi casa? Bell, estás peligrosamente cerca de extralimitarte en este asunto.

Lladislas era un hombre de complexión media, con un pelo corto y de color arena que no se había decidido aún a formar un pico de viuda. Llevaba un traje que parecía haber salido de una percha de Marshall's, y que obviamente le estaba estrecho en los hombros. Pero seguía siendo el príncipe, y la verdad era que había hecho un trabajo bastante bueno en sus dominios.

Y por ello, en pocas palabras, Theo Bell no le había puesto firmes aún. Además, Lladislas era Brujah, y los príncipes Brujah eran lo bastante raros como para que Theo no quisiera perderle. Lladislas había surgido de las plantas de envasado de carne, un veterano de la Guerra de Secesión y temprano líder obrero. Había llegado al puesto de príncipe a una velocidad meteórica, primero como candidato de compromiso elegido por una primogenitura bloqueada, y después por sus propios medios.

En resumen, Lladislas era un tipo duro y un buen soldado, y Bell odiaba tener que quitarle su ciudad. Por eso estaba siendo educado. Le correspondía a él, Theo Bell, capullo designado y portador de malas noticias de la condenada Camarilla, sacar de la ciudad a Lladislas, su primogenitura, chiquillos, séquito y posesiones personales. Si todo funcionaba según lo planeado, Buffalo no sería atacada, y las fuerzas de Lladislas podrían ser empleadas con mayor eficacia en otra parte. Por descontado, Lladislas no iba a retirarse por las buenas ante un ataque que "quizá" tuviese lugar, así que Theo estaba preparado para mentir un poco, o más si era necesario, en cuanto a la inminencia del asalto.

Theo suspiró teatralmente. Estaba listo para una nueva exhibición del Señor Vampiro Amable, y después Lladislas sería enviado lejos de allí como el saco medio lleno de mierda que era.

–Por última vez, Príncipe Lladislas: la Camarilla reconoce y aprecia sus servicios, y tiene en alta consideración el trabajo que ha realizado aquí. Por eso vamos a evacuarle junto con su súbditos, en lugar de dejar que se queden para que el Sabbat los use como una jodida piñata. Pero si quiere quedarse, es usted muy libre, y cuando volvamos y liberemos la ciudad me aseguraré de poner un bonito monumento de piedra justo sobre la manchita grasienta del suelo que será cuanto quede de usted. ¿Me explico? Cuando aparezca el Sabbat, no tendrá ninguna posibilidad frente al tipo de fuerzas que atacaron Atlanta. Ahora, reúna a su gente, póngala en marcha, y hágalo con discreción.

Vale, pensó Theo. Quizá no *haya sido tan amable*.

Lladislas se quedó sentado, con los ojos abiertos como platos. Abrió y cerró la boca varias veces sin decir nada. Estaba claro que se hallaba al borde de alguna especie de ataque.

–¿No tiene nada que discutir? –preguntó Bell–. Me gusta eso en un príncipe. Voy a explorar los alrededores y hacerme una buena idea del terreno. Cuando vuelva, hablaremos de la logística de la evacuación y de las defensas que dejará atrás. Ah, y por amor de Dios, búsquese un traje mejor.

Lladislas seguía boqueando cuando Theo se alejó en la noche.

* * *

Algunas horas más tarde, Bell encontró a Lladislas en la iglesia, nada menos. Concretamente, el príncipe estaba en el exterior de la Catedral Episcopaliana de San Pablo, contemplando el edificio con una triste sonrisa. En el interior brillaba una sola luz: un encargado haciendo su ronda, sin duda.

–Voy a echar de menos este lugar, Bell –dijo Lladislas sin volverse–. Lo construyeron cuando yo era un muchacho. Recuerdo que todo el mundo estaba muy emocionado, de una u otra forma. Significó trabajo para un montón de hombre. Significó muchas cosas. Pero fue hace mucho tiempo. Ojalá signifique algo todavía.

–¿Despidiéndose? –Bell siempre se sentía vagamente incómodo en aquellos momentos sentimentales; pensaba que, una vez

muerto, no debías seguir preocupándote tanto. Por otra parte, el afecto de Lladislas por una iglesia era una minucia comparado con algunas de las manías que había visto en Europa. Decidió que aquello lo equilibraba. Lo equilibraba todo.

El príncipe rió sin una pizca de humor.

–Más o menos. O hago eso, o me enfado, le llamo cretino y dejo que mi temperamento me clave a una esquina para hacerme matar de nuevo. Oh, tiene razón; hemos de marcharnos. Pero no espere que me sienta feliz ante la perspectiva.

Bell anduvo hasta la esquina y contempló el halo que la tenue neblina de la noche formaba en torno a las luces de las farolas. De vez en cuando pasaba algún coche, sin disminuir apenas la velocidad.

–Nadie espera que se sienta feliz, Lladislas, salvo por un par de gilipollas del consejo que sin duda querrán que les bese las botas porque se fijaron en su pequeño problema y me enviaron para resolverlo.

Lladislas sonrió torcidamente y miró al arconte enmarcado por la luz.

–Pueden ser una pandilla de bastardos, ¿verdad? –Bell asintió–. Pero esta vez tienen razón. Tengo ocho, quizá nueve Vástagos que valgan algo aquí, y unos cuarenta ghouls. Ofreceríamos una buena lucha, pero no somos suficientes. Demonios, ni siquiera quedaría nadie para contar a la siguiente ciudad cómo habíamos resistido –dijo escupiendo sangre a una boca de cloaca–. Tenemos que irnos.

Bell se irguió, con un chasquido en la espalda que demostraba que había pasado demasiado tiempo de pie.

–Lo sé. Créalo o no, lo siento. Ha hecho un buen trabajo aquí.

–Ya se han ocupado de ello. –El tono del príncipe era llamativamente plano–. Como sugirió, un par de nuestros Vástagos más jóvenes están Abrazando a un pequeño grupo de crédulos idiotas que lucharán como pantalla de nuestra huida. Los ghouls más valiosos serán evacuados. Ya hemos empezado a ordenar transferencias, buscar puestos de trabajo en otras ciudades, nuevas viviendas y todo eso. Uno de mis guardaespaldas insiste en quedarse. Su nombre es Haraszty, y se ocupará de coordinar las defensas.

–Tozudo. No es una buena cualidad en un ghoul.

Lladislas asintió.

–Casi un fanático. Normalmente lo canaliza hacia los deportes: le he visto en la televisión, durante los juegos. Es uno de esos idiotas a los que les gusta pintarse de azul. Pero es un magnífico tirador.

El príncipe empezó a andar por Pearl Street. Tras un momento, el arconte le siguió. Formaban una extraña pareja: el príncipe sobrenaturalmente pálido con ropas formales y su compañero de piel tan oscura como lo permitía su condición vampírica, vestido con una chaqueta suelta sobre una camiseta roja y unos vaqueros. El arconte llevaba una enorme pistola en una funda de sobaco, y otra más pequeña sujeta a la pierna. Las pistolas no servían de mucho contra los Vástagos, pero podían convertir en carne picada a muchos ghouls, incluyendo los ghouls de guerra Tzimisce.

Lladislas iba desarmado. Al fin y al cabo seguía siendo el príncipe de la ciudad.

–¿Tiene idea de cuándo llegarán?

Bell asintió, aunque en realidad no lo sabía. Esperaba que no fuese nunca, pero las esperanzas solían desvanecerse con mucha rapidez, así que pensó que lo mejor sería dejar las cosas claras cuanto antes.

–Una semana, como mucho. Hemos trazado la línea de defensa en la Ronda, más o menos, así que no pueden seguir avanzando por allí. Eso significa que empezarán a moverse hacia el oeste... a través de Wheeling, subiendo hasta Pittsburgh y después aquí.

–¿Y cuánto territorio vamos a ceder?

Pasaban junto a farolas, buzones y coches aparcados. Nada les molestaba. A lo lejos pudo oírse el canto de un pájaro especialmente emprendedor. Bell vaciló antes de contestar.

–Eso depende del consejo. Es toda la mierda habitual de puñaladas por la espalda. Por eso me gusta estar sobre el terreno. Es más limpio. –Sonrió de pronto–. Daría mi huevo derecho por tener aquí a Parma, o a alguno de los auténticos peces gordos de Europa. O por que mi jefe lograra sacarse la cabeza del culo y venir aquí antes de que se desmoronase todo.

Los dos vampiros compartieron una carcajada. Siguieron

andando hasta dejar atrás el tribunal del distrito, con el abandonado centro de convenciones a su derecha.

–¿Es tan buena idea seguir cediendo terreno?

Bell lo pensó por un momento.

–Sí. Claro que lo es. Mírelo así: tal y como están las cosas, tenemos mucho territorio que cubrir. Eso significa que debemos dispersarnos mucho. Digamos que tenemos a cien Vástagos para cubrir cien millas cuadradas, y diez ciudades en ellas que hay que defender. Eso significa diez Vástagos por ciudad, ¿no? Digamos que el Sabbat aparece con cincuenta Vástagos. Si tuviésemos a todos nuestros efectivos en un mismo sitio podríamos con ello, ¿verdad? Los superaríamos dos a uno, y eso sería todo. Pero si en vez de eso nos dividimos en grupos de diez, tendremos un montón de peleas de cincuenta contra diez. Y con tal desventaja en cada ciudad el Sabbat no tendrá muchas bajas. Así que perdemos a nuestros cien Vástagos, las diez ciudades y todo el territorio.

»En lugar de eso, lo que vamos a hacer es llevar a todos nuestros hombres al límite más lejano de ese territorio de cien millas cuadradas, y dejarlos en dos ciudades. De acuerdo, perdemos bastante terreno, pero ahora el Sabbat tendrá que pelear en igualdad de condiciones. Y aún mejor: si atacan una ciudad con todo lo que tienen, y no tendrán más opción a esas alturas, podemos sacar a la mitad de nuestros vampiros de la otra ciudad y meterles una buena puñalada en su riñón colectivo.

Lladislas asintió.

–Sólido.

–Más vale que lo sea, maldición. Es el único plan que tenemos, y si va mal, ya no tendrá que preocuparse de ser príncipe de nada. No habrá ningún lugar del que ser príncipe. No en la Costa Este.

Lladislas soltó una carcajada.

–Demonios, Theo. No va haber lugar para mí como príncipe pase lo que pase. ¿Cree que van a dejarme volver? Le apuesto dos a uno a que entregan mi ciudad a algún arrogante niño Ventrue, "como recompensa por los servicios prestados", y yo me quedo con el culo al aire.

–No puedo prometer nada, Lladislas, pero hablaré en su favor.

Pero eso será mañana, si llega a ser. Tenemos cosas más urgentes de las que ocuparnos, como la evacuación.

–Cierto. ¿Alguna idea?

–Unas cuantas. Cuando empiecen a crear neonatos para que reciban las balas, asegúrese de que son de decimocuarta generación, como mucho decimotercera. Sé que es tentador hacer uno mismo el trabajo, pero si deja atrás a sus chiquillos, algún capullo del Sabbat los convertirá en su aperitivo personal, y le habremos dado ayuda y comodidades al enemigo. No tiene sentido dejarles más de lo que puedan atrapar por sí mismos. Mmmh... otra cosa: que la carne de cañón sea Brujah o Nosfi. De lo contrario, alguien empezará a quejarse de falta de representación, demasiados Tremere y mierda por el estilo. Lo he oído de Nueva York, donde el príncipe los tiene hasta el culo de bebés Ventrue. Pero nuestra sangre hace los mejores luchadores recién creados sin tener que ocuparse de toda esa mierda Gangrel del noble solitario. Y los Nosfis... bueno, a nadie le importa cuántos Nosferatu haya; no juegan a la política donde hay luz, así que la panda del Elíseo puede pretender que no existen.

El Príncipe de Buffalo bufó divertido.

–Hermoso. ¡Y tan cierto!

Bell le devolvió la sonrisa.

–¿A que sí? Estamos luchando por nuestras vidas, pero los Ventrue y los Tremere siguen meándose mutuamente en los zapatos cada vez que pueden, y lo único que quieren hacer los Toreador es criticar el color del chorrillo.

Lladislas se puso serio de pronto.

–Patético, ¿verdad?

–Desde luego –confirmó Bell, mirando su reloj–. Maldita sea. Hay que darse prisa: queda mucho por hacer antes de que la mierda llegue al ventilador. ¿Tiene coche?

Lladislas señaló con la cabeza a la bruñida limusina negra que les había estado siguiendo discretamente.

–Siempre. El rango conserva aún sus privilegios.

El coche se detuvo, y el conductor, un hombre robusto de espeso bigote, salió para abrir la puerta. Lladislas le paró con un gesto y abrió la puerta él mismo. Hizo subir a Bell y después entró él. El

vehículo salió discretamente hacia el refugio favorito de Lladislas. Al este, el cielo mostraba las primeras señales del amanecer. Al oeste, había nubarrones y rumor de truenos.

MARTES, 10 DE AGOSTO DE 1999, 12:22 AM

INTERESTATAL 270, CERCA DE GARRETT PARK, MARYLAND

MacEllen no era del tipo de vampiro que admitiese tener muchos amigos. Aquello funcionaba en ambas direcciones, pues pocos vampiros reconocerían tener buena opinión de MacEllen. El ductus era temido, sí, e incluso respetado a regañadientes por su capacidad para ganar más peleas de las que perdía, pero incluso entre los antisociales Cainitas del Sabbat se le consideraba todo un grano en el culo.

No obstante, MacEllen sentía verdadero afecto por un miembro de su manada, *un antitribu* Brujah llamado Tolliver. Tolliver medía aproximadamente un metro sesenta y cinco de alto y casi lo mismo de ancho, y tenía la complexión de un rompeolas. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía iba al centro de la cuestión lo más rápido posible: la mitad de su conversación se consagraba a decir a los demás miembros de la manada que cerrasen el jodido pico. En combate era igual de directo, tratando a quien se enfrentase a él con una mezcla de ecuanimidad y salvajismo.

La verdad, aquello último era por lo que le caía tan bien a MacEllen. El temperamento del Lasombra era, para decirlo suavemente, explosivo, y solía desmadrarse de forma regular. De hecho, la falta de disciplina fue la razón dada para rechazar su candidatura a los consejos de *Les Amies Noir*; le dijeron que sencillamente no se podía confiar en que mantuviese la calma en momento en los que el control fuese necesario.

Él había respondido haciendo todo lo posible por destrozarse el

estudio de su sire, y era una especie de milagro que no hubiesen acabado con él allí mismo. El notable temperamento de MacEllen seguía acosándole a él y a todos sus actos, y afectaba especialmente a su trato con otros vampiros que sabían cómo aprovecharlo.

Tolliver también tenía el tipo de temperamento que te hacía hablar de él en susurros si no querías que te arrancasen los brazos y te partiesen por la mitad. Aquello era el elemento común que mantenía unidos al fanfarrón Lasombra y el arisco *antitribu* Brujah. A aquel nivel se entendían de una forma que ni siquiera sus compañeros de manada podían alcanzar. Cada uno había sacado al otro del peligroso frenesí, cada uno había visto al otro volverse loco en la batalla, y cada uno comprendía visceralmente lo que sentía el otro.

Y por ello MacEllen había decidido abandonar a Tolliver en un área de servicio justo al norte de Washington.

A cierto nivel, mientras conducía la furgoneta de la manada a lo que él consideraba una velocidad moderada, MacEllen admitió que debilitar así sus fuerzas la víspera de la batalla era una idiotez. Al fin y al cabo, era probable que la lucha fuese sangrienta y desesperada, y Tolliver era lo mejor que tenía. Por otra parte, si aquello era una trampa –y estaba seguro de ello–, no quería que Tolliver cayese con él. Ciertamente, era cortarse su propia garganta, pero algo le decía que debía hacerlo.

Así, por el bien de su amigo, MacEllen había pasado la última noche tramando planes para dejar inconsciente al hijoputa en cuanto hubiese encontrado un buen lugar para dejarle. Pensaba que tenía una buena idea, pero sería mejor que funcionase o iba a tener a un Tolliver muy cabreado yendo a por su culo, y sólo Dios sabía por dónde podía saltar el resto de la manada si llegaba a ocurrir.

Un cartel a la derecha anunciaba gasolina, comida, habitaciones y con suerte alguien de comer a tres kilómetros. MacEllen se mordió el labio lo bastante fuerte como para que sangrase, y anunció que iban a detenerse para repostar. En la parte trasera del vehículo sonó el acostumbrado coro de gruñidos y vítores; MacEllen no se molestó en advertir a sus hombres que no se entretuvieran si se alimentaban. No tenía sentido.

–El depósito está todavía a medias –dijo Tolliver con expresión

burlona desde el asiento del copiloto. Acunaba su arma favorita, una escopeta automática de estilo militar, entre las rodillas—. ¿Por qué nos paramos?

MacEllen gruñó en respuesta y se desplazó un par de carriles, casi provocando un accidente.

—La siguiente gasolinera está muy lejos. Si empezamos a pisar mierda, prefiero tener el depósito lleno para poder huir.

Aquello era bastante flojo como excusa, MacEllen lo sabía, pero en lugar de discutir, Tolliver se limitó a emitir un ruido mezcla de incredulidad y resignación y mirar por la ventanilla.

Por suerte, a aquella hora de la noche el área de servicio estaba casi desierta. Había unos pocos coches diseminados por el aparcamiento, y camiones de dieciocho ruedas bufando ruidosamente un poco más allá. Un solitario encargado se sentaba, presa del aburrimiento, en una cabina en el centro de la gasolinera. Las luces de la oficina cercana estaban apagadas. Con la habilidad de la experiencia, hizo que la furgoneta se detuviera en una de las plazas.

—Muy bien, todo el mundo fuera. Estirad las piernas y no arméis mucho jaleo.

Las puertas se abrieron de golpe y los vampiros salieron al exterior, dispersándose en busca de presas. MacEllen salió a su vez y los vio marchar con un sorprendente acceso de satisfacción.

Al rodear la furgoneta, se alegró de ver que Tolliver no se había ido. El *antitribu* estaba agazapado sobre sus tobillos, con los dedos entrelazados tras la cabeza.

—¿De qué va todo esto? ¿Querías que se marchasen un rato?

—El tono de Tolliver indicaba que no se creía una palabra. Con la cabeza gacha, MacEllen inició el laborioso proceso de llenar el depósito de la furgoneta.

—Quería que se alejasen para poder hablar. A ti no me importa decírtelo, Víctor; todo este asunto apesta.

Tolliver asintió, poniéndose en pie.

—Así es. Huele a trampa. ¿Cuál es tu plan?

—Averiguar de qué trampa se trata. Averiguar para quién está preparada. —Con un siseo y un click, la gasolina dejó de manar. MacEllen sacó la manga y consultó la lectura del surtidor—. Joder.

¿Veintitrés dólares por sólo medio depósito?

Tolliver ignoró la digresión.

—¿Y entonces qué?

—Y entonces sacar tu culo de la línea de fuego.

MacEllen alzó el extremo de la manga con todas las fuerzas que pudo reunir canalizando el poder de su vitae, y golpeó a Tolliver bajo la mandíbula. El impacto rompió el hueso e hizo que el vampiro se elevase en el aire. Tolliver aterrizó a unos cinco metros de distancia, su cráneo golpeando el suelo con un ruido que incluso hizo estremecerse a MacEllen.

Cautelosamente, el ductus dejó caer la manga y se acercó a donde yacía Tolliver; si el *antitribu* Brujah seguía consciente, todo iba a irse a la mierda en un momento.

Un olor a sangre marcaba el punto donde la cabeza de Tolliver había golpeado el hormigón: su amigo parecía fuera de combate. MacEllen miró por encima del hombro, sin ver al resto de la manada. Perfecto.

Con un gruñido, se echó a Tolliver al hombro y trotó hasta uno de los enormes contenedores de basura. Apenas le costó esfuerzo meter a su amigo en uno de ellos. Aquello apestaba, pero protegería al *antitribu* de la luz solar hasta que estuviese en forma para valerse por sí mismo.

Sin despedirse siquiera, MacEllen corrió de vuelta a la furgoneta. Los demás harían preguntas, por supuesto, pero les diría que Tolliver tenía una misión especial o algo por el estilo. Empezarían a dar el coñazo, a quejarse y a desconfiar, pero no discutirían. Adele podía hacerse cargo de las funciones de Tolliver, y todo saldría bien. De alguna manera, todo saldría bien.

–No puedo hacerlo, Lladislas. No hay forma de que pueda hacer eso.

Quien hablaba tenía una de las mejores nariz de coliflor de todos los tiempos, y aquello era su mejor rasgo. Su piel era del color de una bolsa de papel húmeda, excepto por las verrugas de la calva, que tenían un imposible tono verdoso. Sus ojos eran porcinos y pequeños, encajados en profundas cuencas y ocultos por la piel arrugada. En la barbilla tenía un irregular matojo de algo que en tiempos hubiese podido ser una barba, pero que ahora servía para disimular una costrosa herida que nunca parecía curarse. Llevaba una chaqueta azul de anchas solapas sobre los ruinosos restos de lo que había sido un perfecto conjunto de mono y camisa de trabajo. Sólo sus brillantes botas negras, altas hasta la rodilla, parecían nuevas. Se llamaba Tomasz, era el representante Nosferatu en el consejo de primogenitura de Lladislas y estaba profundamente disgustado.

–No puedo, sencillamente no apoyaré esta *parodia* de plan. No ofreceré mi clan para la matanza.

–¡Por última vez, Tomasz, no es tu clan! –El príncipe estrelló su fuerte puño sobre la mesa. Una fina telaraña de grietas se extendió por la madera–. Tú y tus chiquillos y sus miserables chiquillos seréis evacuados si seguís mis instrucciones. Si no, os dejaré aquí para que muráis, y enviaré un ramo de margaritas todos los años a la tumba del Nosferatu Desconocido. ¡Maldita sea!

Lladislas cogió un cáliz medio lleno y lo lanzó contra la pared; la sangre dejó una mancha dentada. Los ghouls se disponían a limpiarla cuando Lladislas hizo que desapareciesen con un gruñido.

Tomasz cogió su propia copa, que seguía llena, y sorbió ruidosamente.

–Vigila ese temperamento, Lladislas. No vas a impresionarme rompiendo los muebles, no vas a impresionarme nada. Ahora, a menos que puedas decirme algo, lo que sea, para convencerme de que ese plan idiota va a funcionar, me iré y haré mis propios arreglos.

–¿Y qué demonios se supone que significa eso?

El príncipe Brujah se inclinó sobre la mesa, su cuerpo estremecido por una furia apenas contenida. Tomasz vio cómo los

dedos se hundían en la madera y decidió mostrarse conciliador.

–Sólo significa que... no estoy convencido, nada convencido de que este plan vaya a funcionar, y esperaba que pudieses hacerme cambiar de idea.

Lladislas hizo retroceder sus labios en una sonrisa que mostró demasiados dientes.

–Te lo he dicho: es muy sencillo. Y, antes de que empieces a quejarte, no ha sido idea mía, así que insistir no te servirá de nada. Tenemos que evacuar la ciudad. Nada de "si", nada de "y", nada de "pero". Estoy seguro de que habrás leído los informes desde Atlanta, y también de que tienes mejores fuentes que yo. Siempre las tienes. Y, habiendo leído esos informes, ¿qué posibilidades crees que tenemos frente a lo que se avecina?

Tomasz frunció los labios.

–Entre ninguna y ninguna.

–Exactamente. Y como tú, no tengo ninguna intención de dejarme matar. Y tampoco quiero que el Sabbat se aproveche de mi ciudad. Quiero que Buffalo sea un clavo en su neumático, una espina en su costado. Quiero que pierdan tanto tiempo aquí para conseguir tan poca sangre que consuman a sus recipientes pensando en el mal negocio que han hecho. ¿Te gusta la idea?

–Por supuesto. Pero no veo cómo piensas conseguirlo.

–En realidad es idea de Bell, pero creo que es brillante. La versión resumida es: cogemos a tu neonata más joven... ¿cómo se llama, Ashleigh?

–Phoebe Ashleigh, sí. ¿Qué tiene ella que ver con todo esto?

–Va a vivir la fantasía de muchos antiguos: derecho de creación casi ilimitado.

–¡Pero eso es absurdo! Apenas ha sobrevivido a... Quiero decir, ¿por qué vas a... –Una súbita luz de comprensión brilló en los ojos del Nosferatu—. Aja. Muy inteligente.

–Como ya te he dicho, el mérito es de Bell. Ashleigh es sólo la candidata más conveniente.

Tomasz se encogió de hombros.

–¿Qué quieres hacer con Phoebe? ¿Simplemente dejarla suelta? Me parece una mala idea, muy mala.

–Ya lo he pensado. Le decimos que vaya a las discotecas y escoja a media docena... no, una docena de chicos y chicas guapos, del tipo que antes era ella. Phoebe los lleva a una casa segura que yo proporcionaré. Los abraza a todos, y entonces una misteriosa y sombría figura... en realidad había pensado en ti para el papel, pero si no quieres, yo mismo lo haré... puede aparecer y decir a los niños que su única esperanza de recuperar la humanidad es derrotar a los monstruos invasores, y bla bla bla... –Lladislas alzó una mano para acallar la inevitable explosión–. ¿Y qué vas a hacer, decirles la verdad? Una mitad huirá a la carrera y la otra se unirá al Sabbat. Si no les mentimos, no tendrán incentivos para luchar por nosotros, y todas las razones para no hacerlo. Además, si les enseñamos la zanahoria de devolverles su humanidad, conseguiremos que respeten la Mascarada. Y ahí los tienes, dispuestos y ansiosos de luchar.

–Iba a decir –acotó Tomasz con un tonillo ácido– que no estoy muy seguro de su preparación para el combate, si el ataque va a producirse tan pronto como dices.

La expresión de Lladislas siguió fría.

–Sinceramente, Tomasz, no importa que estén en forma o no. No se espera que venzan. –Adoptó un tono más amable–. Ni siquiera se espera que sobrevivan.

–¿Y si lo hacen? –preguntó el Nosferatu. Lladislas se limitó a mirarle–. Ah, ya veo.

–No hay otra opción. Sólo necesitamos a esos Vástagos como badén, para que el Sabbat reduzca la velocidad, se detenga y empiece a mirar a su alrededor, tomándose su tiempo para establecerse aquí antes de avanzar a la siguiente ciudad. Eso nos dará tiempo para mejorar nuestras defensas. Voy a hablarte claro, Tomasz: no me gustas especialmente. Por mí, me daría igual que tú o Ashleigh os cayeseis por una boca de alcantarilla y os comiese uno de vuestros cocodrilos mutantes. Pero soy el Príncipe, y tengo un deber, un deber que me tomo muy en serio. Es el de responsabilizarme de la ciudad y los Vástagos que la habitan, y por ahora eres parte de esa responsabilidad. Cuando salgamos de aquí eso habrá terminado, al menos temporalmente: tendrás libertad para escupir en mi cerveza, vomitar en mis zapatos y decirle al resto del mundo lo malo que he

sido. Pero por el momento soy el Príncipe. Esto es lo que vamos a hacer, porque lo dice el Príncipe y porque es la única posibilidad que tenemos de recuperar la ciudad alguna vez.

Tomasz alzó la mirada.

–Apesta, supongo que te habrás dado cuenta. Apesta hasta el cielo, y habrá muchas cosas que arreglar, incluso aunque funcione.

–Ya te has ocupado de desapariciones masivas antes. ¿O es que no recuerdas el noventa y seis?

–¿Mil ochocientos o mil novecientos?

–¿Importa eso?

–No, la verdad. Pero alguien tendrá que rendir cuentas por esto.

Lladislas hizo un gesto despectivo.

–Tomasz, somos Vástagos. Hay una cuenta pendiente por cada cosa que hacemos, y otra cuenta pendiente para esa cuenta, y así sucesivamente a lo largo de los siglos. Lo sabes tan bien como yo. Así que haz una anotación en tus libros, deja que Ashleigh haga la suya, y que el ajuste de cuentas llegue cuando tenga que llegar. Pero mientras tanto, haz lo que te digo o no tendrás tiempo de hacer esa anotación. –El Príncipe de Buffalo cerró los ojos por un momento–. Ten en cuenta que, aunque te niegues, el plan seguirá adelante. Baughman también va a hacerlo; incluso ha accedido a quedarse atrás y supervisar la fase inicial con Haraszty. Puedo hacer esto sin ti, pero preferiría hacerlo contigo: hará que todo tenga mejor aspecto desde fuera, lo que facilitaría mi trabajo. Y la verdad es que no necesito nada que pueda complicarlo. ¿Nos entendemos, Tomasz?

–Sí, nos entendemos. A la perfección. Si me disculpas... –El Nosferatu se puso en pie y se alejó hacia la puerta. Al llegar a ella, hizo una pausa y miró por encima del hombro–. Te enviaré a Phoebe dentro de una hora: tendrá una cierta idea de lo que está pasando, pero no creo que vaya a encajar bien el golpe de que todos sus chiquillos sean exterminados. Quizá también debas dejarla aquí. Por el bien del plan, por supuesto.

Tomasz salió, con la espalda tan erguida como le fue posible. Uno de los ghouls cerró la puerta tras él, y Lladislas se encontró solo en la sala, sin más distracción que el tenue olor de la sangre derramada.

Se quedó allí sentado durante un cuarto de hora, hasta que el ghoul de la puerta llamó tímidamente, asomando la cabeza.

–¿Majestad? Me dijo que le avisara cuando llegase el señor Baughman, y, uh, ya ha...

Lladislas se volvió sin molestarse en ocultar su expresión, y el ghoul se puso pálido y empezó a tartamudear.

–Que pase.

El ghoul se apresuró a obedecer. Volvió a los pocos minutos, escoltando a un Vástago bajo y nervudo vestido con vaqueros y una camisa de un repulsivo color naranja.

–Señor Baughman, me alegro de que haya podido venir. Tengo un pequeño trabajo para usted, algo que espero encuentre interesante. Por supuesto, si no está interesado lo comprenderé: ya he hablado con Tomasz, acerca de su parte del mismo y puede hacerse cargo de todo. Pero si quiere, hay sitio para usted. Francamente, este asunto necesita la mano de un Brujah, si entiende lo que quiero decir.

Baughman volvió la mirada hacia la puerta, que acababa de cerrarse. El ghoul había desaparecido. Estaba a solas con el príncipe. El mismo príncipe, le recordó una vocecita interior, contra el que había pasado quince años agitando a la oposición. Había vuelto a la rutina de la Camarilla, más o menos asentado, pero aquella situación se parecía demasiado a una trampa...

–Por supuesto, Majestad –dijo mientras tomaba asiento–. ¿En qué puedo servirle?

Muchos Vástagos de Buffalo se hubiesen sorprendido al descubrir que el refugio de Tomasz el Nosferatu no estaba cubierto de

agua cenagosa hasta la altura de los tobillos. Tampoco había olor a basura o desechos fecales, ni siquiera un mueble roto y rescatado del vertedero. La cara de Tomasz podía parecer un animal atropellado una semana atrás, pero le gustaban las comodidades, y su refugio principal era una prueba de ello.

El refugio estaba en un conducto de desagüe, cierto, pero se trataba de una cámara lateral elevada por encima del nivel del túnel que llevaba hasta ella. Hongos fosforescentes marcaban el corredor: algunos señalaban trampas que Tomasz había ido disponiendo laboriosa mente a lo largo de los años, y otras rutas seguras. Sólo él y algunos de sus chiquillos sabían distinguir unos de otros. En la oscuridad, los atentos ojos de las ratas centinela reflejaban la tenue luz. Nadie, mortal, Vástago u otra cosa, podía acercarse al refugio de Tomasz sin que él lo supiese.

El tiempo de respuesta era algo importante para el inmóvil corazón del Nosferatu, y siempre intentaba asegurarse de tener suficiente. Pero por el momento no tenía nada, y aquello no le gustaba en absoluto. Y se encontraba atendiendo a un visitante que incluso él encontraba incómodo en su refugio. No era que Dustin fuese particularmente feo. Para tratarse de un Nosferatu era casi guapo, capaz de pasar por normal con poca luz. En aquel momento estaba sentado en una de las elaboradas sillas talladas a mano de Tomasz (llegadas desde Cracovia con muchas dificultades y a un precio muy alto), siendo un perfecto invitado y atendiendo a cuanto decía su anfitrión.

No, la causa de la ligeramente perturbadora reputación de Dustin, hasta entre sus compañeros de clan, era que le gustaba jugar con fuego, y aquello era el tipo de cosas que preocupaba incluso a los demás Nosferatu.

–No me gusta esto, no me gusta nada. –Tomasz se paseaba arriba y abajo sobre una alfombra persa que tenía cincuenta años y no mostraba ni una hebra fuera de su sitio. Detrás de él, la luz brillaba sobre una colección de plata vienesa amorosamente reunida a lo largo de un siglo—. Hay algo que no está bien. Dustin, te necesito.

El joven Nosferatu se removió incómodo en su silla.

–¿Por qué a mí? ¿Dónde está Phoebe?

Tomasz hizo una mueca.

–Está en... tiene otros asuntos. Pero esto es algo que entra más en tu especialidad.

Dustin sonrió, mostrando unos dientes que salían en todas direcciones.

–¿Quiere decir que necesita que alguien muera, y la pequeña y dulce Phoebe no puede hacer el trabajo sucio?

Tomasz meneó la deforme cabeza.

–No, no exactamente. Necesito que observes por mí. Que mates si es necesario, pero sobre todo que observes.

–No lo entiendo. –Dustin se levantó y limpió cuidadosamente el polvo de la silla, con movimientos justo al borde de la exageración–. Así que necesita que alguien vigile algo. Envíe a sus ratas y déjeme al margen.

–No, las ratas no sirven para esto –dijo Tomasz moviendo un dedo como gesto de aviso–. Necesito unos ojos agudos, pero también una mente despierta tras ellos. Si hubieses estudiado más, sabrías que las ratas son algo limitadas en algunos aspectos, aspectos muy importantes.

Dustin no logró disimular su expresión de aburrimiento, y dio un paso hacia el túnel de salida.

–Qué bien. ¿Y entonces?

–Entonces te quedarás cuando Phoebe y yo nos marchemos, y te mantendrás vivo para poder contarme lo que ocurre. No me fío de esto.

–Supongo que no tengo la opción de negarme.

–El rechazo siempre es una opción, pero parte de esa opción es aceptar las consecuencias del rechazo.

–Ah. –Dustin abrió la boca y la cerró de nuevo–. Capto. ¿Puedo al menos defenderme si me descubren?

Tomasz abrió las manos en un gesto de generosidad.

–Por supuesto. Muerto no nos sirves de nada, así que haz lo que debas. Tan sólo recuerda por qué estás allí. Tienes una reputación de... excesivo entusiasmo. No te será útil en esto.

El joven Nosferatu soltó una risita.

–Oh, no se preocupe. Me gusta mi pellejo, y he preparado unas

cuantas sorpresas. Saldré de aquí en una pieza.

–Más vale, Dustin. Confío en ti. Y supongo que encontrarás adecuadas las recompensas por tu tarea.

–Ciertamente. Bien, tendremos que discutir eso cuando nos veamos de nuevo. Haga que las ratas me señalen el punto de encuentro. Tengo trabajo que hacer.

Dustin se escurrió en la oscuridad. Tomasz musitó algo que pudo tratarse de una maldición o una despedida, y se puso a hacer el equipaje. En la negrura fuera de su hogar, las ratas intercambiaron suaves chillidos.

MARTES, 10 DE AGOSTO DE 1999, 11:02 PM

BAJO LAS CALLES LOUISIANA Y SENECA, BUFFALO, NUEVA YORK

A diferencia del refugio de Tomasz, el de Dustin era literalmente un agujero. Para ser exactos, se trataba más de un taller que de otra cosa. Dustin era un manilas, y desdeñaba las aficiones "normales" entre los Nosferatu de criar ghouls monstruosos, cultivar hongos y demás estereotipos en favor de construir aparatos que hacían que sus compañeros de clan recelasen de su compañía. Había sido un mecánico en vida, y el gusanillo de desmontar cosas sólo para volver a montarlas con algunas mejoras no le había abandonado tras el Abrazo. Sencillamente, su interés se había dirigido hacia cosas más relacionadas con su actual condición.

Ahora estaba inmerso en uno de aquellos proyectos: lo tenía casi totalmente desmontado sobre un banco de trabajo, mientras calentaba las cizallas e iba cortando tiras de cinta aislante. Silbando algo que debía de haber sido una pieza de Offspring antes de que la estropease, ajustó las correas, dobló el tramado de plástico y usó la parte plana de las cizallas aún calientes para fundir un sello. Una

pequeña llama de gas ardía alegremente sobre el banco de trabajo; había un tubo desde el quemador hasta un depósito ominosamente grande. Muchos Vástagos se hubiesen alejado a toda prisa de tal instalación, pero Dustin era un tipo raro declarado. A un nivel intelectual, sabía el tipo de daño que podían hacerle las llamas, especialmente las del tipo como la que tenía en su banco de trabajo. Había pasado semanas de agonía regenerando la carne de sus manos tras un par de accidentes particularmente feos, y podía sentir el demencial miedo al fuego que se agitaba en su interior cada vez que encendía el gas.

Pero aquello no era nada comparado con el subidón de ver el fuego, de contemplar su danza y su agitación. En sus raros momentos filosóficos, Dustin pensaba que, a cierto nivel visceral, sabía cómo se sentían las polillas cerca de una luz.

No obstante, su obsesión tenía un beneficio práctico: hasta los demás Vástagos consideraban que Dustin estaba más colgado que una percha, y tendían a dejarle tranquilo. Aquello le parecía estupendo, pues le interesaba muy poco la política, y menos todavía aguantar al patético quinteto de Vástagos colgados de los faldones del Príncipe Lladislas. Dustin prefería permanecer en la oscuridad, a solas con sus juguetes, y hacer hervir la floja sangre de Tomasz de vez en cuando. Aparte de aquello, el resto de la existencia no valía nada.

Con un gruñido, Dustin encajó las correas en la parte trasera de un gran tanque metálico y volvió a calentar las cizallas para fijarlas en su sitio.

–Espero que esta maldita cosa funcione –dijo para sí mientras empezaba a ajustarse el tanque de aluminio a la espalda.

Tolliver había pasado más de veinticuatro horas en un contenedor de basura, y francamente, lo odiaba. Su mandíbula seguía rota en tres pedazos allí donde le había golpeado el bastardo de MacEllen. Le dolía la parte de atrás de la cabeza, aunque al menos había podido arreglárselas grietas del cráneo y detener la hemorragia. Y para rematarlo todo, olía a una mezcla de comida basura pasada, agua de lluvia estancada y vómito. Un resumen, estaba hecho una mierda, pero al menos había tenido suerte de que no vaciasen el contenedor a lo largo del día.

Por inhóspitos que fuesen los alrededores, había necesitado tiempo para curarse, y suponía que se quedaría allí hasta encontrar un medio de transporte adecuado. Mientras tanto, disponía de alimento y cobijo, y podía ser un vampiro muy paciente si era necesario.

Pasaron los minutos. Agazapado sobre la tapa del contenedor, aguardó la llegada de un vehículo adecuado. Las minifurgonetas iban y venían, así como Fords hechos polvo, maltrechos Toyotas y casi todo lo imaginable. Por fin llegó un espécimen perfecto.

El coche era un descapotable negro, uno de aquellos pequeños BMWs que habían estado de moda más o menos un año antes. La capota estaba bajada, y Tolliver pudo ver a la conductora, una mujer que viajaba sola. Parecía ausente de todo salvo de sí misma y de su coche, lo que significaba que podría acercarse a ella sin problemas.

Además, por lo que podía ver, era un bombón.

Sin hacer ruido, bajó de su atalaya y se acercó a los surtidores. Otros coches iban y venían, pero Tolliver los ignoró: estaría fuera de allí tan rápidamente que no importaría que alguien le viese.

La conductora estaba entrando de nuevo en el coche cuando él llegó. Le daba la espalda. Era perfecto.

–¿Señorita? –dijo Tolliver mientras se preparaba para cogerle las llaves–. ¿Podría darme unas monedas?

Lucita se volvió hacia él, clavándole la mirada.

–No creo. Sube.

–Oh, mierda –dijo él débilmente mientras ocupaba el asiento del pasajero. Su cerebro le gritaba que huyese, pero no podía hacerlo. La voluntad de Lucita animaba sus miembros y le obligaba a sentarse

dócilmente. Salieron lágrimas de sus ojos mientras intentaba resistirse, pero fue inútil.

Lucita se sentó, cerró la puerta y puso el coche en marcha. A su lado, Tolliver estaba literalmente estremecido por el odio y los esfuerzos para resistirse, pero no hizo ningún otro movimiento. Con un olisqueo despectivo, Lucita apretó el acelerador para volver a la autopista.

Pasaron unos minutos de silencio, y por fin Lucita habló distraídamente:

–¿Qué estás haciendo aquí?

Tolliver siguió sentado sin decir nada.

–Tienes cien metros para contestarme –dijo ella en tono neutro–. Si no lo haces, me voy a enfadar.

Tolliver siguió callado. Un cartel indicador pasó zumbando junto a ellos.

–Muy bien, si insistes... Abre la puerta.

Lenta, inexorablemente, la mano de Tolliver se acercó a la manilla de la puerta y tiró de ella. La puerta se abrió por un segundo para volver a su sitio enseguida. Sin poder evitarlo, Tolliver luchó por mantenerla abierta. Sus ojos buscaron los de Lucita para enviarle su odio, y se dio cuenta de su error demasiado tarde.

–Mantén la puerta abierta. Saca el pie derecho y apóyalo en el asfalto. Aprieta pase lo que pase. Podrás levantarlo cuando estés dispuesto a hablar.

Desesperado, Tolliver vio cómo su pierna derecha asomaba al exterior y el pie empezaba a descender hasta el asfalto. Era un hombre valiente y no temía al dolor, pero contemplar lo que iba a pasarte, irremediable, lentamente, estuvo a punto de destrozarle los nervios.

Entonces su pie empezó a rozar el asfalto a ciento cincuenta kilómetros por hora, y no tuvo tiempo para sentir miedo.

Pero sí lo tuvo para gritar.

MARTES, 11 DE AGOSTO DE 1999, 2:20 AM
THE SANCTUARY CLUB, BUFFALO, NUEVA YORK

Phoebe odiaba la música que ponían en las discotecas en los últimos tiempos. No tenía elegancia ni estilo... simplemente ritmos machacones que le hacían pensar en hombres picando piedra en una cantera con cadenas en los pies. Por extensión, odiaba a la gente guapa que iba cada noche a bailar al ritmo de aquellos martillos pilones. Aún tenían su belleza, la belleza que le habían quitado a Phoebe por reírse una noche del hombre equivocado. Ellos podían seguir mirándose en el espejo sin llorar por lo que habían sido, por las miradas de admiración perdidas y los corazones que Phoebe nunca tendría ocasión de romper.

No era sorprendente que disfrutase cazando en las discotecas, y que fuese un poco más brutal al alimentarse que la mayoría. Pero aquella noche, su odio servía a los intereses de todos: los suyos, los de Lladislas y los de Theo Bell.

–Phoebe –había dicho el príncipe, todo sonrisas y amabilidad–, necesito que me hagas un favor.

Tras él había un arconte gigantesco, callado y con el ceño fruncido, claramente para hacer de poli malo si fallaba la persuasión de Lladislas. Bell la asustaba de la misma forma que los grandes felinos, todos músculo y gracia que podían desplegarse con mortífera velocidad. Con un esfuerzo, volvió a dirigir su atención a lo que decía Lladislas.

–Así que ya ves, no hay tiempo que perder. Necesito... *necesitamos* que empieces de inmediato.

–Veamos si lo he entendido –dijo ella lentamente–. ¿Se supone que debo ir a la ciudad y traer media docena...

–Diez –dijo Bell.

–...diez guapos jóvenes a casa y convertirlos en... en lo que soy, y después salir por la puerta y no volver a verlos jamás?

–Exactamente. –Lladislas asintió con la urgencia de un hombre que quiere que la maldita reunión termine de una vez para poder ir al

baño o a jugar al golf—. Tú eliges. No te preocupes por ocultar las desapariciones: ya tengo a Haraszty ocupándose de ello. Tenemos un sitio seguro en Lancaster para los Abrazos, así que tampoco tienes que molestarte por eso. Lo único que importa es el tiempo: nos queda muy poco.

Phoebe cruzó las manos sobre su regazo.

—No tengo inconveniente en discutir el asunto, cariño, pero una vocecita en mi cabeza no deja de preguntar qué saco yo a cambio.

—La gratitud de gente muy importante —murmuró Bell—, algo que vale mucho más de lo que tú puedas pensar.

La Nosferatu mostró una sonrisa triunfal.

—Por supuesto, pero me preguntaba si podría recibir una prueba más tangible de ese agradecimiento.

Bell lanzó una mirada a Lladislas, que se la devolvió con expresión resignada, suspirando.

—¿Qué es lo que quieres?

—Si nunca voy a ver a esos chiquillos, quiero uno al que pueda conservar. Cuando todo esto, sea lo que sea, haya terminado, quiero crear uno al que no tenga que dejar.

—Hecho —dijo Lladislas, sin mirar siquiera a Bell—. Hay un coche esperándote escaleras abajo. Dile a Trietsch adonde quieres ir, y él se ocupará del transporte. Te veré mañana por la noche para que me cuentes cómo ha ido.

—Necesitaré ir a casa para prepararme. No querrá que salga con estos pelos, ¿verdad?

—Muy bien, lo que sea —intervino Bell, claramente molesto—. Dile al chófer dónde debe recogerte. Pero no tardes demasiado.

Y con aquello la despidieron. El hecho de que Lladislas hubiese accedido tan fácilmente a su petición hizo pensar a Phoebe que podía haber pedido más. O eso, o que el príncipe no tenía intención de honrar su palabra, pero intentó alejar aquella preocupante idea de su mente. Así que allí estaba, entrando en *Ash's* (suponía que el nombre era algún juego de palabras; despreciaba aquel tipo de cosas), la más reciente de una serie de discotecas que surgían para atraer a la multitud durante una estación y marchitarse después. Debía ser cuidadosa: ya había visitado otros cinco locales en busca de reclutas

(no podía pensar en ellos de otra forma), y no creía que pudiesen reconocerla allí, pero nunca se sabía. Algunas noches la masa estaba inquieta y circulaba de una discoteca a otra como el agua. Si alguien la había visto en *Gabriel's Gate*, y después en *Zoobar*, y la había visto salir cada vez con alguien distinto...

Sintió pánico durante un momento, y pensó en cambiar el rostro que llevaba por otro –por ejemplo el de aquella chica McClemens que había conocido en un viaje a Savannah– pero era demasiado tarde. Ya estaba dentro, y si iba al cuarto de baño para cambiar de cara sin cambiarse de ropa, quizá se diesen cuenta, y entonces sería el desastre. *Demasiado tarde, chica*, se dijo. *Pero después de este sitio, iré a casa para cambiarme de ropa y de cara*. Irguió los hombros y cambió un poco su forma de andar antes de mezclarse con la multitud.

No le costó mucho tiempo encontrar un posible recluta: era alto y delgado, con una mano que agitaba constantemente al hablar, y un fino bigote. Llevaba el pelo corto y un chaleco rojo sobre una camisa blanca y unos pantalones grises. Phoebe pensó que parecía el camarero de un restaurante italiano, y no le hubiese mirado dos veces si él no se hubiese pegado a ella al verla pasar.

Tampoco se le podía culpar, comprendió. Se había arreglado bien aquella noche, dándose una perfecta piel de alabastro, un corto cabello rubio agresivamente cortado, y un rostro con el tipo de pómulos altos, penetrantes ojos azules y rasgos élficos que podía llevar a ciertos hombres ofensivos a pensamientos ofensivos. Quizá la ropa negra fuera demasiado severa, pero no afectaba a su tasa de éxito. Y ya tenía a su presa en la palma de la mano, e iba apartándola poco a poco, pero con firmeza, de sus amigos, llevándola hacia la noche. En aquel momento, el joven estaba muy ocupado habándole de sí mismo, con la esperanza, sin duda, de excitar su admiración y su deseo. Por supuesto, aquello le parecía hilarante: habiendo visto a vampiros de quinientos años de edad cantando nanas a decenas de miles de ratas, atraer ejecutivos no le parecía muy impresionante.

Phoebe dejó que siguiera hablando mientras iban hacia la puerta. Cuando él hizo una pausa para tomar aliento, la aprovechó:

–Isaiah, encanto: eso es absolutamente fascinante, pero me temo que no puedo oír la mitad de lo que me dices en –dijo haciendo

un gesto que abarcaba todo el local, desde la cabina del DJ escaleras arriba hasta la atestada pista de baile, pasando por las mesas envueltas en humo al fondo – este sitio tan ruidoso. No me gustaría acabar la velada tan pronto. ¿Qué te parece si... –Dejó que la frase se perdiese en el aire, y se llevó un dedo a la boca–. No, no. No podría pedirte eso. Es demasiado directo, y pensarías mal de mí.

–Oh, no, no, no. Nada de eso. Dime lo que quieras –contestó Isaiah, inclinándose hacia delante con una ansiedad casi febril. Phoebe había notado que al hacer ella su pequeño encogimiento de hombros, el joven evitaba el contacto ocular. Aquello, unido a la pequeña pero visible banda de piel pálida en su dedo, allí donde debería haber un anillo de boda, debería facilitar las cosas.

–Estaba pensando que no quiero acabar la noche tan pronto. Por supuesto, si no estás cansado de mi compañía.

Isaiah se lamió los labios con nerviosismo.

–Mmh... claro. Quiero decir, ¿adonde te apetece que vayamos? Te diría que a mi casa, pero está hecha un desastre: soy fatal como amo de casa, tengo que admitirlo...

...y probablemente a tu mujer no se tomaría bien que aparecieses con una rubia en casa, cariño, pensó ella.

–No pasa nada. ¿Qué te parece si vamos a la mía?

Isaiah asintió.

–Estupendo. Y no tienes por qué preocuparte: no creo que pueda cansarme jamás de tu compañía.

Trietsch esperaba al otro lado de la calle, silencioso y eficiente, en la limosina que Lladislas le había cedido a Phoebe para el trabajo. El ghoul salió del coche y abrió la puerta.

–Buenas noches, señorita Phoebe. –Miró a Isaiah–. Señor.

–¿Puedo acompañaros a casa, mi dama?

–Oh, eso sería un placer –dijo Phoebe–. Todo un placer.

MIÉRCOLES, 11 DE AGOSTO DE 1999, 3:08 AM
INTERESTATAL 270 (DIRECCIÓN NORTE).
AL SUR DE FREDERICK, MARYLAND

Tras pensarlo mejor, Lucita admitió que probablemente hubiese podido sacarle las respuestas a Tolliver mediante el poder de su mente, sin recurrir a la tortura, pero Tolliver era el tipo de vampiro que incitaba a aquellas cosas. Había sido descuidadamente brutal y cansinamente vicioso, y Lucita había perdido la paciencia con él desde su primer encuentro, años atrás. Torturarlo era como atormentar a un sapo o una babosa: uno no tenía la sensación de estar jugando con algo remotamente humano.

Oh, se había venido abajo a los tres kilómetros, balbuceando todo lo que sabía. Había revelado sus compañeros de viaje, su punto de destino, quién les había dado sus órdenes, y mucho más. Al parecer, MacEllen y los demás tenían un refugio preparado para ellos a unos cincuenta kilómetros de Buffalo, un punto de reunión donde se encontrarían con la manada de Einar. Desde allí arrasarían la ciudad, que al parecer estaba muy poco defendida. Aquello era una noticia para Lucita. Había preguntado a Tolliver por otros movimientos de tropas y cosas así, pero el vampiro había jurado no saber nada. Teniendo en cuenta que, a aquellas alturas, su tobillo había desaparecido, Lucita tendía a creerle.

Con todo, toparse con Tolliver de aquella manera en el área de servicio había sido un golpe de suerte. Lucita odiaba depender exclusivamente de la información suministrada por los Nosferatu, así que se había dirigido a D.C. para averiguar algunas cosas sobre sus objetivos por sí misma. Al fin y al cabo, si iba a por vampiros del Sabbat, tendría que internarse en su territorio. Y Tolliver había tenido la amabilidad de presentarse.

Cuando el *antitribu* hubo soltado todo lo que sabía, Lucita había aminorado la velocidad y le había empujado fuera del coche, entre las hierbas de la cuneta. El sol saldría en cuestión de horas y Tolliver quedaría frito. O no. En realidad, no importaba mucho.

El coche de Lucita aceleró en dirección norte.

Tolliver no se había movido mucho cuando Talley lo encontró dos horas después. Un centinela Sabbath (estaban dispuestos a lo largo de la Ronda) había jurado sin dudarle que había visto pasar a Lucita en un descapotable, así que Talley, tras asegurarse de que los tres arzobispos estuviesen bien protegidos, había ido a investigar.

Tras un rato conduciendo, Talley se encontró con lo que un mortal hubiese tomado por un bicho atropellado y arrastrado por un coche. Pero el agudo olfato del Sabueso pudo reconocer la vitae Cainita, a pesar de que estuviese diseminada a lo largo de un rastro de tres kilómetros de autopista. No muy lejos del final del rastro, había encontrado a Tolliver: el tipo estaba hecho una pena, pero aún vivía, más o menos.

Talley se hizo un corte en la mano con el extremo cortante de un silenciador de tubo de escape abandonado que había por ahí. Unas pocas gotas de sangre revivieron a Tolliver lo suficiente para que pudiese musitar algunas respuestas a sus preguntas sobre Lucita.

–Buffalo... grupo de MacEllen –gemía Tolliver en sus breves episodios de lucidez–. Quería saber... Buffalo... grupo de MacEllen.

Talley perdió sólo unos segundos telefoneando para que alguien fuese a recoger a aquel pobre bastardo. El Sabueso se dirigiría hacia el norte. Podía reconocer una oportunidad al verla: Lucita iba a Buffalo, por la razón que fuese. Era su oportunidad, sin tener cerca a los malditos, arrogantes e intratables arzobispos, de hacerle saber que no debía molestarse en perseguir a ninguno de ellos, de que él, el Sabueso, no lo permitiría. Era su oportunidad, de acuerdo con los deseos de Monçada, de ahuyentarla.

También era la oportunidad de *Lucita*. Si ella no la aprovechaba, Talley sabía que tendría que matarla.

La casa era nueva, en un nuevo complejo urbanístico a la orilla del lago. Era vagamente colonial, pintada de blanco con toques de azul. La luz del porche estaba encendida, dándole a todo un aire extrañamente animado. Los setos estaban bien recortados y el césped parecía el de un campo de golf. Era un lugar completamente suburbano, aunque un poco demasiado masculino para una criatura tan frágil y femenina como supuestamente era Phoebe. Por supuesto, a Isaiah le encantó.

Trietsch abrió la puerta del Lincoln y después se desvaneció al estilo de los buenos sirvientes, dejando a Phoebe y su víctima solos en el paseo. Isaiah había intentado ponerse retozón un par de veces por el camino, pero Phoebe le había parado juguetonamente, señalando al chófer.

–Pronto –le había susurrado–. No tardaremos en llegar a casa.

Y ya estaban en "casa"... al menos era la casa de alguien... y pronto habría terminado todo. Llevó al joven hacia la puerta y se entretuvo buscando las llaves. Isaiah aprovechó la oportunidad para intentar robarle un beso. Riendo, ella le contuvo.

–Pronto.

La puerta se abrió a la oscuridad. Phoebe avanzó y a largó la mano hacia la izquierda en busca del interruptor. Isaiah la siguió, cerrando la puerta tras él. El suelo era de madera dura, y la luz se reflejaba en él. Un poco hacia la izquierda, una escalera alfombrada llevaba al piso superior, y más allá el elegante salón seguía oculto por las sombras. Pasando el vestíbulo estaba el rincón del desayuno, y una cortina que ocultaba la puerta del patio. Las paredes estaban pintadas de color cáscara de huevo, y un paisaje de alguien que había tomado al menos unas cuantas clases colgaba de la pared a la derecha. Phoebe pensó que era la cosa más cursi, monótona e insípida que hubiese visto jamás.

–Muy bonito –comentó Isaiah–. ¿Lo has decorado tú misma?

–Oh, no –dijo Phoebe, sobreponiéndose a la necesidad de rechinar los dientes–. Encargué que lo decorasen por mí. Pero el piso de arriba es mucho más bonito. ¿Quieres que te lo enseñe?

–Por supuesto –contestó él–. Tú primero. –Hizo un gesto que quizá una chica bebida hubiese podido considerara sofisticado. A Phoebe le pareció simplemente torpe.

–No, no. Después de ti. Quiero que te sorprendas cuando llegues al final de la escalera.

–Si insistes... –Isaiah empezó a subir sin molestarse en buscar una luz, con la mente puesta en lo que creía que le esperaba. Phoebe, que no necesitaba luz, le siguió. Mientras le miraba subir por la escalera, se sintió de pronto muy harta de él, de sus poses y sus evidentes expectativas, de su apenas velado desprecio por ella y de su elevado concepto de su propio atractivo y encanto. Francamente, matarle iba a ser un alivio.

Isaiah llegó al rellano, sus pisadas amortiguadas por la alfombra. Phoebe se unió a él segundos más tarde.

–Interesante –dijo él–, pero un poco oscuro. ¿Qué era lo que querías enseñarme?

–Esa puerta, cariño –contestó Phoebe–. Da al dormitorio, que decoré yo misma.

–¿De verdad?

–Oh, sí –dijo ella con una risita traviesa. *Dios todopoderoso*, pensó. *Estoy haciéndole un favor a la mujer de este tipo*. Abrió la puerta y la sostuvo para él–. Pasa, encanto. –Isaiah obedeció, y ella entró tras él, cerrando la puerta a su espalda–. Cierra los ojos: quiero que te llesves una sorpresa cuando encienda la luz.

Él siguió sus instrucciones, hasta el punto de taparse los ojos con las manos. Phoebe se quitó la chaqueta y la blusa, y se despojó después de su disfraz., sonriendo mientras lo hacía. Se acercó a él, con la habitación iluminada sólo por la luz de la luna que pasaba por las persianas venecianas. Isaiah seguía con los ojos cerrados, y su aliento sonaba un tanto jadeante.

–¿Ya estás lista? –preguntó con una especie de patética esperanza.

–Casi –dijo ella, poniéndole las manos sobre los hombros–. Ahora.

Isaiah abrió los ojos y gritó. Phoebe se limitó a sonreír.

–¿Qué te parezco a la luz de la luna, encanto? –preguntó

obligando al joven a besarla. Él se debatió, pero las manos de Phoebe sobre sus hombros le atrajeron irremisiblemente—. ¿Qué te parezco ahora?

Isaiah gritó de nuevo, una vez, antes de que Phoebe acabase con él y le arrastrase hasta el sótano con los demás. Dos de ellos estaban empezando a agitarse, pero era asunto de Tomasz, no suyo. Ella se dedicaba sólo a los recursos humanos.

—Ya van seis, quedan cuatro —dijo a nadie en particular, cerrando la puerta al salir.

Trietsch esperaba sentado junto al camino. Abrió la puerta del coche para ella con impecable cortesía, y se puso al volante.

—Está usted muy guapa esta noche, señorita Phoebe —dijo mientras el Lincoln se ponía en marcha.

—Oh, gracias, encanto —dijo ella, genuinamente complacida—. Pero siempre lo estoy, al menos con la luz adecuada. Siempre lo estoy.

*MIÉRCOLES, 11 DE AGOSTO DE 1999, 5:29 AM
STONE HEDGE COMMONS, LANCASTER, NUEVA YORK*

El sótano era condenadamente oscuro, una de las razones por las que le gustaba a Tomasz. Desde su posición en lo alto de las escaleras, podía ver cuerpos en el suelo. Algunos se movían y otros no: eran los primeros los que le preocupaban. Los otros habían sido arrojados allí por algunos de los matones de Lladislas para que los nuevos chiquillos tuviesen con qué alimentarse: de lo contrario, se hubiesen descuartizado unos a otros, arruinando la operación. Por un momento, se preguntó quiénes serían las víctimas. Vagabundos quizá, o gente a la que Lladislas quería fuera de la circulación por uno u otro motivo. No tenía mucha importancia en el conjunto, ya no.

Tomasz había visto a Phoebe a la vuelta de su última cacería:

parecía cansada, y no había forma de que pudiese seguir. Se alegraba de que su parte hubiese concluido, pero no le gustaba que la *suya* propia estuviese a punto de empezar.. Pero *alea jacta est*, como hubiese dicho el Padre Andreas allá en la vieja patria.

Tomasz miró a la oscuridad, todavía envuelto en las sombras de la mente. Estaba acostumbrado a la oscuridad, acostumbrado a detectar pequeños detalles en ella, y podía ver claramente la escena ante él. Había diez figuras en movimiento, algunas más activas que otras. Dos estaban acurrucadas en rincones, meciéndose hacia delante y hacia atrás como si fuesen presa del terror. Otras chupaban en silencio de los cadáveres del suelo, como monstruosos bebés amamantados por una madre muerta. Uno se lanzaba contra una pared sin descanso, sin objeto, sin sentido. Otro se tambaleaba sobre manos y rodillas, llorando quedamente y prometiendo a quien pudiese oírle que nunca volvería a hacerlo. Bajo la escasa luz, a Tomasz le recordaron a gusanos, degradados e inhumanos.

Cuanto antes acabase con aquello, mejor, decidió. Así que dejó caer su máscara de invisibilidad. Preparándose para hacer frente al grupo, pulsó el interruptor de la pared y parpadeó furiosamente cuando los tubos fluorescentes del techo cobraron vida. Ante el súbito destello de luz, las cosas bestiales del suelo del sótano se detuvieron y alzaron la mirada. Tomasz pudo ver miedo en sus ojos, y también un frío odio. No había hecho ningún esfuerzo por disfrazarse, así que su repulsiva fealdad estaba al descubierto. Esperaba que aquello bastase para hacerse escuchar, o al menos para impedir que su audiencia cometiese alguna estupidez. La luz revelaba las primeras verrugas que empezaban a florecer sobre la piel de los vampiros, las primeras señales de su monstruosidad.

Se sentó sobre los escalones y sonrió tan amablemente como pudo.

–Hola –dijo–. Me llamo Tomasz, y estoy aquí para ayudaros.

Todos le miraron con una repentina y terrible esperanza en sus ojos. Le creían, comprendió Tomasz. Le creían porque no tenían más opción que creerle. No creerle era aceptar una verdad demasiado horrible para soportarla. No creerle era admitir que se habían convertido en monstruos como Phoebe.

O como él.

Tomó aire profunda e innecesariamente, y soltó la historia que había fraguado a regañadientes con Lladislas mientras Phoebe hacía el trabajo sucio del príncipe. Le parecía torpe, incoherente e increíble, pero él ya sabía la verdad y, a diferencia de los hombres del sótano, no estaba desesperado.

Al fin y al cabo, los hombres desesperados creían casi cualquier cosa.

A las pocas frases, Tomasz supo que los tenía atrapados. Una parte de él se alegró, pero otra parte le hizo pensar: *Lucharán por nosotros. Morirán por nosotros, y no puedo sino decirme que será lo mejor para ellos.*

No faltaba mucho para el amanecer cuando Tomasz acabó con su historia, y prometió a los hombres que alguien volvería a la noche siguiente para ayudarles. Les dijo que iban a quedarse en el sótano para resguardarse del mortífero sol, y que dormirían sin sueños. Después dejó que se tendiesen entre los demás cadáveres y cerró la puerta. Dos ghouls se quedaron montando guardia con escopetas, supuestamente para evitar intentos de fuga. Tomasz asintió al pasar junto a ellos.

—No creo que vayan a dar problemas —dijo.

Escaleras arriba había un dormitorio a prueba de la luz del sol. Lladislas se lo había ofrecido generosamente a Tomasz, y el amanecer estaba tan cerca que el Nosferatu había tenido que aceptar la invitación.

La habitación era cómoda, con una gran cama de limpias sábanas blancas y ventanas selladas. No había más muebles. Tomasz se sintió un tanto decepcionado por la decoración mientras cerraba la puerta y se tendía en la cama.

Mañana cogeré a Phoebe y mis tesoros y nos marcharemos de aquí. Nadie sabrá jamás lo de esta noche.

JUEVES, 12 DE AGOSTO DE 1999, 9:42 PM

APARCAMIENTO DEL EDIFICIO GUARANTY, BUFFALO, NUEVA YORK

Los vampiros de Buffalo, al menos los pocos que quedaban, se estaban marchando. Todos salvo Lladislas, Tomasz y Phoebe se habían marchado la noche anterior. Bell había partido tras el primer avistamiento del Sabbat. Había parecido un tanto sorprendido, como si no hubiese estado anunciando el desastre desde su llegada. Sólo había hecho una breve parada, para asegurarse de que Lladislas le seguiría pronto, antes de partir hacia Baltimore. Baughman iba a quedarse, igual que Dustin (aunque el Nosferatu lo hacía sin el conocimiento ni la autorización de Lladislas). Los ghouls estaban en sus puestos, armando a la carne de cañón recién Abrazada y llevándola a posiciones estratégicas. Haraszty ladraba órdenes a sus subordinados por un transmisor mientras paseaba nerviosamente.

Los camiones de mudanzas llevaban todo el día saliendo de la ciudad y dirigiéndose hacia el sudoeste por la I-90, conducidos por ghouls y transportando las posesiones más apreciadas de los vampiros evacuados. Muchos de los conductores serían relevados al menos dos veces antes de llegar a su destino final: los que estaban al volante en aquel momento no tenían idea de cuál era ese destino. Casi ninguno se preocupaba por ello; estaban lo bastante bien pagados o bien condicionados para no ser fisgones. Aquello hacía de ellos mejores sirvientes.

Los pocos vampiros restantes iban escoltados por ghouls bien armados. Otros ghouls seguían en coche a los vampiros. Tomasz y Phoebe se quedarían en Syracuse hasta tener noticias de Dustin, mientras que Lladislas se dirigía a Baltimore para unir sus fuerzas a las de los antiguos locales. Los demás vampiros notables de la ciudad habían optado en su mayor parte por Ohio, al menos temporalmente. Sin duda, algunos volverían al este y otros seguirían huyendo.

Lladislas estaba a punto de subir a su Lincoln cuando Haraszty le hizo un gesto.

–Jefe, tenemos otro avistamiento.

–¿Sí? –Lladislas no se movió, quizá sabiamente–. ¿A qué

distancia?

–A unos veinte minutos hacia el oeste por la 90; son mejores de lo que yo pensaba si han conseguido acercarse tanto sin que mi gente se diese cuenta. He dicho al conductor de los Nosferatu que corte por la nacional 20 y vaya hacia el este. Han cogido una ruta muy rara para venir, pero ¿qué se puede esperar del Sabbat?

–¿Cuántos son?

–Hasta ahora, dos furgonetas. Probablemente avanzadas de exploración. –Haraszty hizo una pausa y miró a su alrededor–. Supongo que debería marcharse ya, señor. Ha sido un placer. Le veré en Baltimore.

Lladislav asintió, súbitamente incómodo.

–Sí, claro. Gracias, Gustav. Sabes cuánto aprecio tus servicios. Haz lo que tengas que hacer.

–Siempre lo hago, jefe. Que tenga un buen viaje.

Sin más comentarios, el príncipe de Buffalo subió a su coche y cerró la puerta. Trietsch, el chófer, esperó un momento a que su pasajero se acomodase y arrancó. Otros tres coches, cargados de ghouls bien armados, siguieron al Lincoln.

El último Príncipe de Buffalo había abandonado oficialmente la ciudad.

Haraszty contempló la partida de los coches y se sintió de pronto muy solo. Hizo unas cuantas preguntas por su transmisor y recibió respuestas satisfactorias. Baughman había ocupado su posición con algunos de sus chiquillos. Los demás Brujah recién creados estaban dispuestos en el centro urbano, aunque uno había insistido en apostarse en los elevadores de grano. Los Nosferatu habían dado más problemas, pero el ghoul estaba convencido de que lucharían bien cuando llegase el momento. Muchos de ellos estaban en Delaware Park. Otros estaban diseminados por la ciudad para dar la impresión de una defensa sólida. Había unos cuantos ghouls en lugares estratégicos, tanto para tener listos a los vampiros como para suministrarle información precisa.

Buffalo estaba todo lo lista que podía estar.

–Lo que no es gran cosa –dijo Haraszty a nadie en particular. El transmisor zumbó en respuesta, y el momento de reflexión quedó

olvidado.

JUEVES, 12 DE AGOSTO DE 1999, 10:04 PM

INTERESTATAL 90, JUSTO AL ESTE DE BUFFALO, NUEVA YORK

–Buffalo: 20 kilómetros. –Adele leyó el cartel con tangible entusiasmo–. Estupendo.

–Mierda, Mary, ¿has visto? ¡Adele sabe leer! ¡No sabía que pudiese! –La furgoneta se estremeció con el coro de risas mientras la nueva segunda al mando de MacEllen gritaba una serie de maldiciones.

MacEllen miró a su manada por el retrovisor. Estaban preparados. Cada uno tenía su misión, desde acerías hasta parques, pasando por iglesias. Incluso tenían algunos datos sobre los vampiros con los que podían encontrarse, los pobres bastardos dejados atrás para aguantar la cortina de humo. Aquel los vampiros eran el objetivo de su manada. La de Einar debía armar jaleo para mantener ocupadas a las autoridades mortales, y atrapar a los rezagados. Entre ambas manadas, eran justo el número suficiente para hacer bien el trabajo... si todo estaba en orden y no se trataba de una de las jodiendas que habían hecho famoso a Polonia.

MacEllen seguía convencido de que toda la operación era una trampa. No obstante, también se había convencido de que podía salir victorioso incluso sin Tolliver (y chico, cómo iba a cabrearse por haberse perdido los fuegos artificiales). Si su equipo y el de Einar tenían éxito, saldrían como héroes. Aparte de ello, había empezado a especular con lo que podía significar para él el trabajo de aquella noche. Quizá el sudeste estuviese sobrecargado de arzobispos, pero el estado de Nueva York estaba muy lejos de su jurisdicción. Buffalo sería su punto de partida.

Las furgonetas entraron en la ciudad, y la de Einar tomó otro camino, lanzando un saludo con las luces largas. MacEllen sonrió. Era demasiado tarde para volverse atrás.

La batalla por Buffalo estaba a punto de comenzar.

JUEVES, 12 DE AGOSTO DE 1999, 11:05 PM

SALIDA N2, INTERESTATAL I-190, BUFFALO, NUEVA YORK

–No es buena idea ir por esa parte de la ciudad después del anochecer, señorita –le había dicho el anciano. So había mostrado amistoso y cortés, cosas que Lucita no había visto por parte de un desconocido en décadas, y había parecido sinceramente preocupado por el bienestar de la joven preciosidad que se dirigía a un mal vecindario. Aparentaba unos setenta y cinco, y estaba solo detrás del mostrador de la tienda-gasolinera a aquellas horas de la noche. Lucita supuso que algún Vástago local le protegía, o que guardaba una recortada bajo el mostrador. De lo contrario, no había forma de que el anciano sobreviviese mucho tiempo sin sufrir unos cuantos atracos y perder su simpática disposición.

Lucita le había dado las gracias por su preocupación y pagado la gasolina antes de irse en su coche. Normalmente, prefería los vehículos más discretos, pero algo en aquel trabajo le decía que sería bueno tener un coche capaz de quemar el asfalto en caso de emergencia. El motor ronroneó mientras enfilaba la I-90, dirigiéndose hacia el norte desde el centro de Buffalo.

Los Vástagos mas jóvenes solían pensar que era genial robar tonterías porque eran vampiros, pero Lucita había aprendido que las tonterías solían acarrear problemas. Robas algo de gasolina y cabreas al dueño de la estación. Cabreas al dueño y él llama a la poli. La poli recibe la llamada, empieza a buscarte, y de repente alimentarse sin problemas se vuelve casi imposible (porque Dios sabe que los polis

prefieren buscar a un ladrón de gasolina en lugar de meterse con una banda o interrumpir una riña doméstica). Por tanto, lo más fácil era pagar los doce pavos y evitar complicaciones. De haber sido necesario, no hubiese vacilado en matar al anciano y aprovechar su sangre, pero como la situación no lo requería, no tenía sentido buscarse problemas. Después de todo, las mujeres normales que hacían cosas normales tendían a borrarse de la memoria de los testigos... y a Lucita no le gustaba dejar recuerdos.

Sinceramente, aquella simpleza era toda la lógica tras la maldita Mascarada. No era porque hubiese vampiros que fuesen "buenos" (aunque algunos pasaban años, décadas o incluso siglos intentando interpretar el papel) y la Mascarada fuese alguna cosa altruista ideada para el bien de la humanidad. No, sencillamente facilitaba el trabajo. Y significaba menos competencia y menos incordios por parte de mortales con antorchas y escopetas. Muy pocos vampiros a ambos lados de la línea comprendían aquello: no se trataba de rendir pleitesía a los Antediluvianos ni de mantener el mundo a salvo para la pobre y frágil humanidad, sino de hacer las cosas con el mínimo esfuerzo adicional. No tenía nada que ver con el idealismo. Simplemente a Lucita le gustaba evitar las complicaciones innecesarias.

La capota del BMW estaba subida, pero a pesar de ello y del ruido del motor, Lucita pudo oír las sirenas. Dos columnas de humo se elevaban a lo lejos; no cabía duda de que el Sabbat estaba rompiendo cosas para distraer a la poli mientras los Vástagos locales eran cazados y pasados a cuchillo. Todo era parte del *modus operandi* básico: distrae a las autoridades, y te dejarán el campo libre para perseguir a los vampiros. Los Vástagos locales tendrían que protegerse a sí mismos y a la Mascarada, y sus recursos acabarían agotándose. Un lado u otro se vendría abajo, y la jerarquía vampírica de la ciudad sería devorada.

–Simple pero efectivo –dijo Lucita a la noche. En el asiento del pasajero reposaba el expediente del objetivo de aquella noche. Un plano de la cara demostraba que se trataba de alguien poco atractivo según todos los criterios, salvo el de una madre o un Nosferatu, con un rostro tosco y porcino y un ceño fruncido que casi le daba aire de petulancia. Sus cejas eran negras y espesas, su pelo era negro y

espeso, y tenía un grueso cuello de toro. Al parecer, la foto había sido tomada en un momento en que el sujeto estaba en medio de alguna especie de ataque de berridos, pues su boca estaba abierta y sus labios cubiertos de chorros de saliva.

El nombre en la parte inferior de la fotografía era el de Roger MacEllen.

*VIERNES, 13 DE AGOSTO DE 1999, 12:47 AM
ACERÍA BETHLEHEM BUFFALO, NUEVA YORK*

El infierno, decidió Baughman, debía de estar formado exclusivamente por aceñas abandonadas. Y la que estuviese en su mismo centro sería exactamente igual a la monstruosidad por la que se estaba retorciendo en aquel momento. Bethlehem había abandonado el lugar años atrás, pero sencillamente era demasiado grande para derribarlo. Lo habían dejado allí, una invitación para chavales en busca de problemas, pandillas, camellos y, por supuesto, vampiros.

Como cualquier otro aspirante a Anarquista de la ciudad, Baughman se había refugiado en la aceña en alguna que otra ocasión. Aquello fue antes de darse cuenta de que el Príncipe Lladislas y sus consejeros mantenían el sitio en pie para que sirviese como el equivalente vampírico de fumar porros detrás del garaje antes de graduarse, madurar y conseguir un trabajo respetable manipulando la prensa local o algo por el estilo.

No obstante, en aquel momento era una trampa mortal. Baughman estaba seguro de ello. Había sido engañado – *¿cómo me he dejado meter en esto?* seguía preguntándose – para quedarse atrás con la enclenque tropilla que iba a defender la ciudad después de que Lladislas y los peces gordos saliesen huyendo. En otras palabras,

estaba allí para que le matasen espectacularmente y llevarse por delante a tantos enemigos como pudiera en el proceso, sólo para impedir que el Sabbat se diese cuenta del engaño.

La situación, concluyó tras reflexionar sobre ello, apestaba profundamente.

Por desgracia, ya era demasiado tarde para hacer nada al respecto. Había oído a los demás entrando en el edificio unos minutos antes, y aquello significaba que ya no había salida. También había oído a algunos miembros de su así llamada tropa de apoyo cayendo ruidosamente, y aquello tampoco hacía gran cosa por mejorar su ánimo.

Se arrastró hasta el borde de la plataforma en la que estaba y apuntó cuidadosamente su AK-47 para cubrir la entrada. El arma era un pedazo de mierda fabricada en China, pero era todo lo que había podido conseguir tras llegarle las órdenes. Tenía más o menos tanta precisión como la previsión local del tiempo, pero cuando conseguía acertarle a alguien con él, el blanco tendía a seguir en el suelo, al menos el tiempo suficiente para que él rematase la faena. Estaba seguro de que personalmente no tenía la potencia de fuego suficiente para enfrentarse a un cabronazo del Sabbat, y menos a una manada entera, pero un arma bien grande, como le gustaba decir a su sire, era una forma jodidamente buena de nivelar las cosas.

La estancia era una maraña de pasarelas, conductos, hornos abandonados y otras cosas menos identificables. En tiempos, había acogido reuniones estratégicas, fiestas y cosas así para Baughman y sus amigos; ahora había vuelto a ella porque era el lugar del edificio con más rutas de huida en potencia.

Unas voces en la habitación de al lado sacaron a Baughman de sus pensamientos. Alguien se acercaba... no, dos alguienos, y estaban discutiendo.

–Juraría que le he visto esconderse por ahí –dijo una voz masculina, dañada por los cigarrillos y el whisky.

–Más vale que tengas razón. Ya vamos retrasados, y no somos suficientes para compensar los fallos de horarios.

Aquella respuesta sorprendió a Baughman: le habían dicho que Buffalo estaba a punto de caer bajo oleadas de vampiros del Sabbat.

Si lo que había oído era cierto, no había tantos en la ciudad... y en tal caso, quizá hubiese una oportunidad de rechazarlos.

Por añadidura, el hecho de que no hubiese tantos para su supuesta gran ofensiva contra un objetivo del tamaño de una ciudad indicaba que el sistema de información de alguien tenía algún cruce. O eso, o el consejo dado a Lladislas había sobrestimado de mala manera las fuerzas enemigas...

–O nos han vendido. Hijo de puta –se maldijo a sí mismo por hablar al oír un ruido en el suelo. Mientras estaba perdido en sus pensamientos, los vampiros del Sabbat habían entrado en la habitación y dejado atrás su campo de fuego. Y ahora le habían oído hablar y sabían dónde estaba.

Bueno, al infierno con ello. Lo que había descubierto era más importante que llevarse por delante a uno o dos cabezas de pala. Su primer objetivo era escapar. El segundo, decirle a alguien, *a quien fuese* de rango superior en la Camarilla que la operación entera estaba en peligro. Se puso en pie silenciosamente mientras sus perseguidores corrían por el suelo, y retrocedió hacia un rincón en sombras en el que había una salida de incendios, con una escalera que daba al exterior. Si conseguía llegar a la escalera y salir de allí, podría robar un coche y salir huyendo como un demonio. Dando gracias a Dios por no tener que respirar, movió sigilosamente un pie y luego el otro, dando pasos minúsculos para no hacer más ruido.

Los dos Sabbat de abajo sonaban como si aún estuviesen discutiendo. Perfecto. La puerta estaba sólo a unos metros a su espalda, oculta por la sombra que proyectaba una gran pila de maquinaria. Por primera vez desde que le echasen a los lobos, se atrevió a tener esperanza.

Y entonces la sombra hacia la que se dirigía Baughman decidió acelerar el proceso, y se lo tragó de golpe.

–Oh, jod... –fue cuanto pudo decir el Brujah antes de que acabase todo. El AK-47 cayó sobre la pasarela de metal, alertando a los dos vampiros de abajo, que alzaron la mirada y se rieron antes de salir.

MacEllen había cumplido con el horario, y ellos también.

*VIERNES, 13 DE AGOSTO DE 1999, 12:58 AM
BALTIMORE STREET, BUFFALO, NUEVA YORK*

Sheldon y Mary bajaban por la calle Baltimore sin una sola preocupación en el mundo. Estaban cazando vampiros de la Camarilla, y no les importaba que se enterase toda la ciudad. Sheldon era alto y delgado, con el tipo de un corredor y la complexión de un loco de la informática. Llevaba pan talones de camuflaje y botas pateamierdas, y un pistolón acojonante en una funda en la cintura. Tenía la cabeza afeitada, pero sus brazos eran lo bastante peludos como para que pudiese tumbarse ante una chimenea y hacer de alfombra de piel de oso.

Por su parte, Mary era baja y robusta, y parecía haber estado trabajando en un desguace hasta hacía un rato. Se vestía como una madre tierra drogada salida de la pesadilla de algún predicador, y arrastraba un bate de béisbol sobre el asfalto. Su compañero parecía ansioso y alegre: ella sólo cabreada.

–El maldito hijoputa tiene que estar por aquí –murmuró Sheldon–. Las instrucciones decían que el pequeño y feo bastardo tiene su agujero en esta parte de la ciudad, así que sólo tenemos que descubrir qué agujero es y enchufarle esto –dijo sacando su pistola, una baqueteada Desert Eagle.

–Mira que puedes ser gilipollas –replicó su compañera sin especial emoción–. Estamos persiguiendo a un Nosfi. El muy mierdoso te habrá oído venir desde dos manzanas, se habrá metido en las alcantarillas y ahora estará ya a medio camino de Cleveland. Y todo porque tenías que sacarte esa polla cromada de los pantalones y menearla un poco. Capullo.

–¿A quién llamas capullo? –Sheldon se detuvo, giró sobre los talones y se encaró con Mary–. MacEllen me ha puesto al mando del

equipo, así que si vuelves a llamarme capullo te volare esa fea cabeza.

–Inténtalo y te arranco las pelotas.

–No llegas tan alto.

–Ella tiene razón: eres un capullo.

La voz había llegado desde un punto a más o menos metro y medio detrás de Sheldon, y pertenecía a una criatura que no había estado allí un minuto antes. Tenía un rostro parecido al fondo de un cubo de basura, y un enorme bulto en la espalda, bajo su andrajosa gabardina color crudo. El brazo izquierdo le colgaba en un ángulo extraño, y en la mano derecha sostenía algo que solo podía ser un Zippo.

–Bueno, bueno... Hola, chico rata –dijo Sheldon–. Estábamos buscando tu culo, y ahora que lo hemos encontrado, vamos a dejártelo plano a patadas. –Mary se abrió hacia la derecha, mientras Sheldon apuntaba su Desert Eagle a la cabeza del Nosferatu. –Quédate quieto y sólo te dolerá un montón.

–Idiota –dijo Dustin con toda claridad, mientras apretaba el gatillo del surtidor que llevaba en la manga izquierda. Encendió el mechero con la mano derecha y puso la llama en contacto con la nube de gasóleo.

La llamarada fue impresionante, pero fue superada por el efecto que tuvo sobre los dos vampiros. Sheldon ni siquiera tuvo tiempo de gritar; Mary dispuso de medio segundo para intentarlo antes de que el fuego destrozase su cara y se metiese por su garganta para abrasarla desde dentro.

Desapasionadamente, Dustin pasó la llama sobre las dos figuras que se retorcían durante un minuto más, hasta asegurarse de que no se levantarían.

–A Darwin le hubiese encantado conocerlos, ¿sabéis? –dijo, mientras seguía avanzando en busca de más objetivos.

VIERNES, 13 DE AGOSTO DE 1999, 2:12 AM

EXTERIOR DEL EDIFICIO GENERAL DONOVAN, BUFFALO, NUEVA YORK

—¿Y qué hacemos aquí? —MacEllen clavó su larga uña en el plano, Tenía el rostro congestionado y enrojecido, y el cuello de su camisa estaba húmedo por toda la sangre sudado. Acababa de terminar el barrido de la acería Bethlehem, y apenas podía contener su energía nerviosa. La información de los exploradores había sido perfecta: la ciudad estaba defendida por una fachada de neonatos recién Abrazados, unos pocos ghouls lameculos y uno o dos auténticos vampiros dejados allí para hacerlo más creíble. En algún lugar el Infierno debía de haberse congelado, puesto que Polonia no le había hecho ninguna jugarreta. Por supuesto, aquello no quería decir que fuese asunto fácil: había un *montón* de aquellos bastardos recién hechos, y luchaban como demonios. En cierto momento se sorprendió a sí mismo echando de menos a Tolliver, pero no había nada que hacer al respecto. La batalla estaba siendo librada allí y en aquel momento.

Adele, con el rostro cubierto por una fina capa de sudor sangriento, acercó su propia garra al mapa para señalar una zona no muy lejos de donde estaban.

—Tenemos algunos problemas por aquí. Scaz dice que vio, lo creas o no, a un Nosferatu con un lanzallamas. Sea lo que sea, llevamos media hora sin oír nada de Sheldon y Mary, y se suponía que iban a estar ahí.

—¿Un lanzallamas? —MacEllen se rascó distraídamente el sobaco derecho—. Lo lógico sería que se volviese loco de miedo con eso colgando.

Adele dio dos golpecitos sobre el plano.

—No estoy segura de creérmelo. Scaz también es propenso a comer bichos y saltar desde edificios para ver cuánto duele. Por otra parte, asumiendo que la información sea buena, sospecho que es más fácil ser valiente con el fuego cuando el lanzallamas no te apunta a ti.

—Miró a MacEllen hasta que su jefe retiró el dedo; luego ella quitó el

suyo y plegó el mapa—. Aparte de eso, estamos barriendo la ciudad: la resistencia es brava pero incompetente, como nos habían dicho que sería. –Escuchó un mensaje por los auriculares y asintió—. Muy bien, Delaware Park está despejado. Tres críos con armas de gran calibre. Saltaron gritando desde los árboles, y Einar los eliminó sin problemas. –Los auriculares hicieron algo de ruido—. Un momento. Watts quiere que te diga que sólo tardó noventa segundos, y que le debes algo en lo que realmente no quiero ni pensar. En otras palabras, todo está bajo control, salvo esa pequeña zona.

MacEllen gruñó lo que podía ser una distraída aprobación. Perder aunque sólo fuesen dos vampiros en algo que supuestamente era un juego de niños no le ayudaría mucho a quedar bien en el siguiente consejo de guerra. El problema, aunque sólo se tratase de Sheldon y Mary haciendo el tonto, debía ser resuelto de forma rápida y limpia. Lo contrario (y casi podía oírsele decir a aquella santurrón comadreja de arzobispo), daría una imagen muy... pobre... de su capacidad como líder.

Bueno, a la mierda con aquello. Ya habría tiempo para ocuparse de la situación, fuera la que fuese.

–Muy bien, vamos.

–¿Adonde?

–A buscar lo que queda de Sheldon y Mary, o a patearles el culo por no cumplir el horario. Si están bien, estupendo, habremos arrasado. Y sí Scaz ha visto algo real esta vez, tendrás ocasión de mancharte las manos.

Adele tenía reputación de dejar que otros hiciesen su trabajo sucio, y a MacEllen le gustaba recordarle el tema. No quería agobiarla demasiado todavía –era demasiado útil, y podía conseguir lo que quisiera de ella con poco trabajo– pero no le importaría que tuviese que cargar contra algún tipo duro, y que le partiesen el lindo culito en el proceso.

Adele estaba demasiado satisfecha con el rincón que se había buscado al margen de todo: tenía que aprender que nadie estaba seguro, y que sus remilgos no tenían cabida allí.

–Lo que tú digas. –Adele estaba claramente cabreada, y aquello le pareció perfecto a MacEllen.

Se dirigieron hacia el Oeste, hacia el lago y el punto problemático.

–¿Y cuál es tu brillante plan, suponiendo que ese tipo se real?
¿O simplemente entramos gritando, con la esperanza de que Scaz haya estado mordiendo a borrachos otra vez?

–Muy sencillo. Tú atraes su atención, yo le ataco por la espalda y me lo cargo. Los lanzallamas son jodidamente engorrosos, y no podrá darse la vuelta lo bastante rápido como para freímos a los dos.
¿Alguna otra pregunta estúpida?

Adele se paró en medio de la calle.

–Ya. ¿Y si me dispara antes de que te encargues de él?
MacEllen siguió andando, sin siquiera volverla mirada.

–Pues te agachas.

Mientras Adele le escupía un chorro de maldiciones, MacEllen se limitó a reír y siguió andando.

*VIERNES, 13 DE AGOSTO DE 1999, 2:15 AM
CRUCE DE LAS CALLES SCOTT Y WASHINGTON,
BUFFALO, NUEVA YORK*

Talley había decidido que odiaba Buffalo aproximadamente dos minutos después de poner el pie en la ciudad. Le recordaba desagradablemente a algunas ciudades de las Midlands, chicas feúchas intentando ponerse guapas para los turistas ocultando toda su mugre y suciedad.

MacEllen no tenía idea de que estuviese allí, por supuesto. Dejar que el irritable vampiro se enterase de que alguien estaba observando su operación le haría imposible de manejar. Así que el templario se había limitado a seguir los acontecimientos desde la sombra, observando las tácticas de MacEllen y ayudando discretamente de vez en cuando mientras esperaba la aparición de Lucita. Talley no podía

imaginar que estuviese interesada en ningún miembro del escuadrón de ataque aparte del propio MacEllen.

En general, decidió Talley, el trabajo de MacEllen aquella noche había sido brutal pero poco inspirado. No le haría ganar mucho reconocimiento en las altas esferas, pero por otra parte era difícil discutir con el éxito.

Ahora MacEllen iba personalmente a alguna parte, guiado por aquella mala hierba de su ayudante. Frunciendo el ceño con curiosidad, Talley pensó en dar a conocer su presencia, pero al final decidió no hacerlo, y siguió a la pareja de sombra en sombra. Ninguno de los dos miraba hacia atrás, por lo que no tuvo problemas. Por fin doblaron una esquina y le dejaron atrás durante un segundo: sin ninguna razón en especial aquello alarmó al Sabueso.

Iba a ocurrir algo estúpido, estaba seguro de ello. O algo había ido inesperadamente mal, o más probablemente, MacEllen había decidido que debía montar un gran espectáculo sobre lo mucho que estaba haciendo personalmente por vencer en aquella lucha.

De pronto, un grito rasgó la noche, y un audible rumor hizo que a Talley se le erizasen los pelos de la nuca. Pudo oír a MacEllen maldiciendo, y después unos disparos. Pero los gritos no cesaron.

Talley apretó el paso hacia el origen del ruido. Aquello podía ser lo que –y *quien*– había estado esperando.

*VIERNES, 13 DE AGOSTO DE 1999, 2:19 AM
CRUCE DE LAS CALLES HAMBURG Y SOUTH PARK,
BUFFALO, NUEVA YORK*

Dustin se sentía acalorado, y aquello no era muy bueno para un Vástago cargado con varios litros de gasóleo a la espalda. Después de achicharrar a los dos payasos que le habían estado buscando, había

seguido buscando diversión, pero sin encontrar nada. Todos los soldaditos de papel dejados allí por Lladislas habían sido aplastados a aquellas alturas. Había visto los cadáveres de los Nosferatu creados por Phoebe, y no tenía muchas esperanzas en cuanto a los Brujah que estaban al norte y al oeste.

Consultó su reloj: habían pasado cuatro horas desde el comienzo del asalto, y por lo que podía ver, era el único defensor de Buffalo que seguía en pie. La lógica dictaba que saliese de allí a toda prisa, se reuniese con Tomasz en Syracuse, contase a Phoebe unas cuantas mentiras piadosas sobre lo bien que habían luchado sus chiquillos, y se fuesen a Baltimore. Eran sus órdenes, y ya había visto lo bastante para saber que algo no estaba claro. Por las instrucciones de Tomasz, Dustin había esperado docenas, si no cientos de oponentes –ghouls de guerra avanzando atronadores por la calle, manadas de *antitribu* a la caza, arrasando refugios e incendiando edificios, caos generalizado–, llevando el lanzallamas sólo como último recurso para salir de una situación apurada.

En lugar de aquello, había visto más o menos a una docena de invasores en total. Estaba claro que alguien había jugado sucio. Nada concordaba, y aunque no era su misión descubrir por qué, Dustin tenía la molesta sensación de que sí lo era llevar esa información a alguien que pudiese sumar dos y dos y decir algo más que "las mates son duras".

Dustin miró a su alrededor. Podía ver a lo lejos el humo de los numerosos incendios elevándose en el cielo nocturno. Las sirenas sonaban en cada rincón de la ciudad. Una escopeta ladró, una vez, hacia el noreste. No había duda de que la lucha había terminado. Era el momento de marcharse.

–De acuerdo, una última mirada a esos dos para asegurarme de que están bien muertos, y me desvanezco como el humo.

La noche se negó a hacer comentarios sobre su ingenio, y Dustin suspiró. Consideró la idea de meterse en las cloacas para ir más seguro, pero decidió no hacerlo. Supuso que perdería más tiempo abriendo las jodidas bocas de alcantarilla del que ahorraría gracias a aquel atajo. Además, era condenadamente difícil levantar una enorme pieza de metal en medio de la calle de forma discreta y silenciosa.

Con aquello en mente, se limitó a cerrar los ojos por un segundo e imaginar que era invisible, y después empezó a andar calle abajo, dejando atrás los coches abandonados (y un deportivo negro extremadamente incongruente que no tenía nada que hacer en aquel vecindario salvo ser desguazado). Tomasz decía usar una técnica distinta para desvanecerse, pero Dustin prefería usar la suya. Desaparecer no hacía que él se sintiese distinto, pero te dejaba ver los efectos en el mundo que le rodeaba, y le gustaba hacerlo.

Le gustaba especialmente cuando le permitía mearse a unos tarugos como aquella pareja de cazadores que había flambeado unas horas antes.

Sonriente y satisfecho de sí mismo, Dustin dobló la esquina tras la que había dejado las carbonizadas formas de sus víctimas. Por desgracia, ya había alguien allí.

Era una mujer esbelta y llena de cicatrices, con largo pelo negro y unos auriculares. Vestía de negro, por supuesto, y tenía una cara que decía claramente "he aquí una mujer que ha estado cabreada desde el día en que nació". Estaba agachada junto a un montón de carne ennegrecida que Dustin reconoció de inmediato como una de sus víctimas, y llamaba a alguien que estaba cerca pero no a la vista.

Dustin se preguntó si se trataría de otro Nosferatu, y recordó una serie de tópicos acerca de la mejor parte del valor. Además, si esperaba un minuto, el socio de la vampira podía hartarse de sus graznidos y aparecer aunque sólo fuera para que se callase.

Pero no hubo esa suerte, y tras un eterno minuto o dos, empezó a acercarse a la mujer. Era obvio que pertenecía al enemigo, y también que era tan brillante como un saco terrero. Además seguía sin haber señales de su colega, lo que significaba que podía tostarla y desaparecer sin ser visto.

La otra posibilidad, por supuesto, era que su compañero estuviese oculto, esperando a que Dustin se mostrase. Aquello, con todas sus variantes, era estrategia básica Nosferatu, pero así era la vida en la gran ciudad. Dustin decidió arriesgarse. La vampira se había puesto de pie y seguía lanzando maldiciones al aire. Dustin se acercó y puso el aspersor en posición. La mujer no tenía la menor idea de su presencia. Preparó el encendedor y echó una última mirada en busca

de su otra presa. No había un alma en la calle. Sonriendo, dejó caer su manto de invisibilidad –estaba demasiado excitado para mantener la concentración– y dejó que las llamas cobrasen vida entre rugidos.

*VIERNES, 13 DE AGOSTO DE 1999, 2:23 AM
BALTIMORE STREET, BUFFALO, NUEVA YORK*

Lo que quedaba de Mary era un rescoldo en el centro de la calle. Quizá se moviese todavía, o quizá fuese sólo que el cadáver se encogía por el calor. Adele la vio primero, escupió una maldición y corrió hacia ella.

–¿MacEllen? –llamó, pero el ductus había desaparecido. No queriendo perder un segundo más con aquel mierda que había huido al ver que podía salir herido, pensó amargamente, Adele se arrodilló junto a Mary para ver de cerca lo que le habían hecho. Un crujido bajo sus pies le anunció que también había encontrado los restos de Sheldon. Observó el cadáver de Mary con mirada de experta: su dictamen profesional era que quien la hubiese quemado no había usado un lanzallamas, sino una imitación bastante buena. En otras palabras, se enfrentaban a un aficionado brutal e inteligente. Miró a su alrededor en busca de su aliado desaparecido.

–Maldito seas, MacEllen, ven aquí. Deberías ver esto.

Pasó un minuto sin recibir respuesta, y se puso en pie resignadamente. Aún llevaba puestos los auriculares, y decidió llamar a uno o dos de los otros, sólo por si el grillado amante del napalm seguía por allí.

En aquel momento fue alcanzada por las llamas. Se apartó violentamente hacia la izquierda, pero no lo suficiente. El fuego envolvió su brazo derecho y parte de su espalda, y un grito salió de su garganta mientras caía al suelo. Pudo oír las maldiciones de su

atacante, sus pisadas sobre el asfalto mientras se acercaba para rematarla. Rodó desesperadamente en un intento de extinguir las llamas, y después cedió al puro pánico animal y empezó a aullar en serio.

–Cierra el pico, puta estúpida –dijo Dustin. Después se dio la vuelta, disparando un chorro de llamas en un arco semicircular a su espalda. Entre las sombras de la casa abandonada, MacEllen lanzó un rugido de rabia y se dejó caer al suelo–. Jódete, capullo. *Yo uso ese truco: ¿crees que voy a ser tan tonto como para picar?* –Dustin ya se había puesto en movimiento, volviéndose invisible mientras avanzaba. MacEllen alzó su pistola y disparó unas cuantas veces en la dirección del Nosferatu, pero las balas sólo dieron sobre ladrillo, vidrio y metal. Adele, con la cabeza envuelta en llamas, seguía gritando. Su mano derecha dejaba huellas humeantes sobre el asfalto mientras se arrastraba hacia la esquina.

Habiéndose apagado las llamas en su cabeza, MacEllen se puso en pie cansinamente. El Nosferatu seguía por allí, en alguna parte, con un lanzallamas nada menos, y él tenía que estar a tope. Los frenéticos aullidos de Adele le distraían, así que tras pensarlo un segundo le metió una bala en la cabeza. Ella soltó un último gorgoteo y cayó al suelo. De pronto, el único sonido en la calle fue el suave crepitar de las llamas devorando la forma tendida de la vampira, mezclado con el siseo de la grasa al derretirse.

–Hijo de puta –dijo MacEllen muy claramente mientras empezaba a apartarse de los restos de Adele. Tenía la pistola en la mano, y los ojos atentos a cualquier señal de su oponente. Consideró la posibilidad de una retirada estratégica: podía reunir a algunos de los otros y volver. Con algo de ayuda que no fuese de la inútil de Adele, podría ocuparse de aquel bastardo y ponerle las pilas. Entonces aquella pequeña operación habría terminado y él saldría oliendo a rosas... con toda la ciudad de Buffalo sometida en una sola noche.

Pero desechó la idea al instante. No pensaba pedir ayuda, ni de coña. Era su operación, su mando, y llamar a alguien debilitaría su posición. No, sería mejor asumir el riesgo –y los beneficios– a solas.

Y entonces oyó un súbito ruido a su espalda, y MacEllen supo que estaba muy, pero que muy muerto.

*VIERNES, 13 DE AGOSTO DE 1999, 2:25 AM
BALTIMORE STREET, BUFFALO, NUEVA YORK*

Talley entró en las sombras a unos trece metros de donde ardía Adule. No muy lejos de ella, MacEllen disparaba a ciegas. Una de las balas estuvo a punto de darle a él, y el templario anotó mentalmente otro punto negro en contra de la competencia de aquel hombre.

Contempló desapasionadamente cómo el matón silenciaba los gritos de Adele. Aquello era un derroche de recursos. Con sólo pensarlo un poco, MacEllen hubiese podido apagar las llamas con sombras, o encontrar otra forma de salvar a su razonablemente útil segunda al mando. Pero el ductus ya estaba perdido en su propio viaje de fantasía a aquellas alturas, actuando según instintos viscerales en vez de usar la razón, y aquello le costaría caro.

MacEllen se apartó delicadamente del cadáver de su lugarteniente y empezó a describir una serie de giros, supuestamente para asegurarse de que nadie le sorprendiese por la espalda. En realidad le hacían parecer ridículo, como un hombre gordo con uniforme de camuflaje fallando dianas en un campo de tiro, pero a Talley no le importaba: estaba demasiado ocupado observando la calle en busca del autor de la matanza.

Sólo tardó unos segundos en localizar al Nosferatu con un incómodo bulto bajo el abrigo. Confiado en su invisibilidad, el vampiro no se molestaba en ponerse a cubierto ni protegerse de ninguna otra forma. En lugar de ello, se reía e imitaba uno o dos de los más ridículos *faux-jeteés* de MacEllen. Parecía estar pasándoselo en grande. Por desgracia para él, Talley era lo bastante viejo y poderoso como para verle a pesar de su invisibilidad.

–Nunca eres el último eslabón de la cadena, amigo –murmuró el Sabueso–. De haberlo tenido presente, hubieses podido salir de aquí.

Talley sintió la tentación de dejar que MacEllen recibiese su merecido, pero si el Nosferatu acababa con el ductus, Lucita podía no aparecer, y aquel viaje al norte se convertiría en una pérdida de tiempo.

Se agachó y cogió un guijarro del suelo: era una astilla de cemento, de unos dos centímetros de ancho y con bordes dentados. Sin duda, se habría desprendido de una acera cercana a causa de algún golpe o por el mal tiempo, pero aquello carecía de importancia. Talley lo miró con calma; serviría..

En la calle, el Nosferatu había dejado de moverse y apuntaba cuidadosamente al casi espasmódico MacEllen. Un segundo más y estaría en posición perfecta: volvió lentamente la espalda a Talley para seguir los giros de su objetivo.

Talley chasqueó la lengua. Puso el guijarro en la palma de su mano izquierda y entornó los ojos para asegurar su puntería. Alzó la mano, se concentró y lanzó la piedra justo al centro de la deformada espalda del Nosferatu.

El ruido que hizo la piedra al atravesar el tanque hubiese podido confundirse con un disparo. El que hizo al salir por el estómago del Nosferatu fue indescriptible. Pero los resultados fueron fáciles de distinguir. El vampiro vaciló, llevándose una mano al estómago. Se dio la vuelta para buscar a su atacante con una expresión de sorpresa en el rostro, tambaleándose. Había una húmeda mancha de gasolina o algo así en la espalda de la criatura, y el líquido goteaba hasta el suelo; una mezcla sangrienta corría por entre sus dedos.

MacEllen se dio cuenta de lo que había ocurrido (con varios segundos de retraso, observó Talley desapasionadamente), y se volvió con un rugido. Talley se limitó a coger otro guijarro. En la calle, el Nosferatu emprendió una torpe carrera, intentando deshacerse del abrigo y del tanque de la espalda. MacEllen corrió tras él, gritando imprecaciones.

El Sabueso lo ignoró y se preparó para lanzar de nuevo. No apuntó al fugitivo, sino al agrietado asfalto bajo él. La piedra salió con un zumbido y golpeó el suelo justo donde había querido el Lasombra. El impacto provocó un chispazo.

Los resultados fueron impresionantes. El fuego cubrió el abrigo

del Nosferatu en cuestión de segundos, inspirando un gemido de miedo y dolor. El vampiro se tambaleó unos pocos pasos más, y entonces las llamas llegaron al tanque. Aquello no fue exactamente una explosión. Más bien fue una bocanada de fuego que más o menos hizo desaparecer el tercio superior del cuerpo del Nosferatu, y envió minúsculos fragmentos del tanque silbando por todas partes. MacEllen se libró por poco, tirándose al suelo cuando estalló el tanque.

Desde una distancia segura, Talley se permitió una sonrisa desprovista de humor, que se desvaneció rápidamente al ver que MacEllen se levantaba para avanzar cautelosamente hasta el cadáver en llamas. Le dio una patada, con cuidado, y los llameantes restos de lo que había sido un brazo volaron unos metros. MacEllen saltó hacia atrás, sorprendido, y maldijo de nuevo, momento en el que Talley consideró llegado el momento de revelar su presencia: salió a la amarillenta luz de las farolas, y aguardó a que MacEllen reparase en él.

–...y simplemente ha explotado. Nunca había visto nada parecido sin que hubiese un Tremere cerca, nada como esto... ¿Qué cojones hace *usted* aquí?

Talley inclinó la cabeza con un gesto preciso.

–Salvarle. En contra de mi opinión.

–Así que ha sido usted...

–Desde luego. He sido yo. Ahora es el momento, Ductus MacEllen, de que deje de balbucear y me dé las gracias.

MacEllen se acercó un poco.

–Hijo de puta. Era usted. Ha estado aquí todo el rato.

Talley asintió.

–Creo que eso ya lo hemos dejado claro. De hecho, he estado observándole desde el principio de la operación, lo que incluye seguirle por la acería, escuchar sus conversaciones con su segunda al mando y todo eso. Debo decir que estoy impresionado por la velocidad con que ha llegado aquí. Si se hubiese movido un poco más despacio, también hubiese podido proteger a Adele. Por cierto, creo que está muerta: quizá quiera pisotear sus pedazos para asegurarse.

–Así que lo ha visto todo. –MacEllen dio unos cuantos pasos más, lanzando sólo una breve mirada a lo que quedaba de su

compañera—. ¿Por qué está aquí? ¿Me está espiando para Polonia y esos capullos? ¿Es eso, está aquí para hacerme quedar mal?

—¡No, idiota! ¡Lucita está en la ciudad! ¿Quiere enfrentarse a ella usted solo? —Talley se puso en guardia. Por imposible que pudiera parecer, daba la impresión de que MacEllen fuese a atacarle. Hubiese sucumbido o no a sus demonios interiores, estaba claramente desquiciado, y quizá intentase deshacerse de cualquier testigo de su autoinfligida humillación.

Las posibilidades de MacEllen de hacer daño a Talley eran risibles, pero la situación podía complicarse mucho. Así que Talley, como el eficiente vampiro que era, se limitó a trabar su mirada con la de MacEllen y extender su voluntad. No le sorprendió que la resistencia fuese mínima.

—Siéntese —dijo, y MacEllen obedeció—. Compórtese —ordenó a continuación, súbitamente irritado sin saber por qué. MacEllen asintió, patéticamente bien dispuesto, y el Sabueso resopló disgustado. Aquel idiota temperamental, que claramente no podía controlarse a sí mismo en cualquier situación más tensa que una partida de dardos, iba a hacerse matar tarde o temprano, independientemente de lo que hiciese Talley. Por un segundo, consideró la posibilidad de entregárselo a Lucita como un soborno para que no molestase a ninguno de los arzobispos. Tuvo que admitir que era una idea atractiva.

Se volvió hacia MacEllen con disgusto, preparado para cargar con él de vuelta hasta la base de operaciones, cuando de repente todo se volvió muy oscuro.

Lucita había seguido los acontecimientos desde un tejado frente a donde estaba agazapado MacEllen. Lo había observado todo con cierta diversión ante la cadena de vampiros, cada uno de ellos convencido de ser invisible e invencible, como en una comedia barata. Ya había visto antes a vampiros cazando vampiros, pero aquella combinación de factores –La extravagante elección de arma del pequeño Nosferatu, la jactancia y la cobardía de MacEllen, la heterodoxa solución de Talley– lo convertían todo en algo a la vez hilarante y terrible.

Ver a Talley la había sorprendido al principio. Su patrón le había advertido ya de la llegada del Sabueso: según los rumores, había sido enviado por el propio sire de Lucita para proteger a sus queridos arzobispos. Pero que Talley estuviese en Buffalo mientras los arzobispos encontraban supuestamente en cualquier otra parte, carecía de sentido.

A menos que estuviese tras su pista.

Aquel pensamiento hizo que Lucita se preocupase. La presencia de Talley era una complicación inesperada. El Sabueso era bueno, muy bueno, y podía alterar sus planes para el objetivo. El propio MacEllen no era nada. Casi había sido eliminado por el chiquillo del lanzallamas, y estaba claramente muy por debajo de Lucita en cuestión de talento, poder e inteligencia. Pero Talley era otro asunto, un asunto muy poderoso y decidido.

Lucita y el Sabueso ya habían cruzado sus caminos antes, unos ochenta años atrás, en la ciudad de Nueva York. Ella estaba allí por placer, y Talley por negocios; se habían encontrado en el notorio distrito de Five Points. Talley había sido enviado por Monçada para librar a la ciudad de un problemático vampiro llamado Karl, que había alterado escandalosamente algunos de los planes a largo plazo del arzobispo. Por desgracia, Karl era también el Vástago responsable de gran parte de la diversión de Lucita en aquel momento, y ella tomó cartas en el asunto cuando Talley intentó asesinarle. El duelo había sido largo y sangriento, iniciando una pelea multitudinaria en las casas y tabernas clandestinas que rivalizó con los tristemente célebres tumultos de la banda de los Conejos Muertos. En el centro de la refriega, los dos ancianos hijos de la sombra se habían lanzado uno

contra el otro con inimaginable furia, envolviendo toda una manzana en una neblina impenetrable. Los periódicos hablaron de un corte en las líneas eléctricas como explicación, pero en realidad habían sido Lucita y Talley persiguiéndose en la oscuridad, alimentándose con las vidas de los cientos de personas atrapados en su campo de batalla.

Lucita había ganado, por un estrecho margen. Karl, herido, había logrado escapar durante la furia de su contraataque. Ella supo más tarde que había dejado el país, y que Talley le había destruido en Vancouver en 1934. Para entonces, por supuesto, ya había dejado de importarle. El propio Talley se había marchado exhausto pero relativamente ileso, despidiéndose con una burlona inclinación y un saludo para su sire. Y ella había salido de allí tambaleándose, agotada pero más o menos triunfante, y convencida de que Talley era, si no su igual, como mínimo uno de los oponentes más temibles que había visto.

Y ahora estaba al otro lado de la calle, murmurando para sí. Sin duda, su sensibilidad profesional había sido ofendida por la actuación de MacEllen. Estaría un tanto irritado, lo que significaba que también estaría distraído: si Lucita se movía con rapidez, todo iría de maravilla.

Llamó a las sombras al otro lado de la calle que poco antes habían ocultado al propio Talley: respondieron a su llamada, convirtiéndose en tentáculos que se extendieron para envolver al templario. Sin vacilar, Talley se agachó y rodó hacia la izquierda. Uno de los tentáculos logró agarrar su brazo, pero él lo hizo trizas con la facilidad de la experiencia. Lucita sonrió, enviando más tentáculos negros contra él. La idea no era matar a Talley, ni siquiera herirle, sino mantenerle desequilibrado y alejarle del todavía aturdido MacEllen. Después, cuando fuese demasiado tarde, se limitaría a acabar con su objetivo y dejaría de acosar al templario, marchándose sin problemas.

Por supuesto, aquel plan dependía de que lograra mantener a Talley a la defensiva, y aquello iba a exigir toda su habilidad. Frunció el ceño, y otro tentáculo de sombra salió de una boca de alcantarilla en medio de la calle. La tapa metálica se elevó unos diez metros en el aire y estuvo a punto de caer sobre Talley mientras el templario esquivaba el nuevo ataque. Poco a poco, inexorablemente, el Sabueso avanzaba hacia el centro de la calle, iluminado por las

farolas. Las sombras de Lucita se estiraban para alcanzarle, pero él las eludía con facilidad.

–Lucita –llamó, mirando a su alrededor en un intento de localizar el origen del ataque–. ¡Me alegra verte de nuevo! Tu sire te envía recuerdos, por si te lo estabas preguntando. –Esquivó otro latigazo, y después destrozó el tentáculo–. Dijo que quizá estuvieses en Estados Unidos; ¡es una suerte que tuviese razón!

Lucita maldijo, enviando más sombras desde la alcantarilla abierta. Se alzaron como un geiser cayendo sobre Talley como un martillo hecho de la noche. El templario se hizo a un lado, y el impacto de las sombras agrietó el asfalto con el ruido de un trueno.

–¡Lucita, no vas a cogermé así! Sal para que podamos hablar. ¡Al menos, me debes una revancha! –dijo Talley sin dejar de esquivar y golpear, mientras enviaba sus propios tentáculos de sombra y se movía con una gracia hipnótica. Enormes mazas de oscuridad golpeaban la superficie de la calle, dejando enormes agujeros y haciendo volar escombros por todas partes. Talley reía en medio de aquel caos, y Lucita vio por primera vez el puro placer que sentía aquel hombre con su trabajo.

Era una pista tan buena como cualquier otra para acabar con el asunto. Convocó a un último tentáculo de sombras y lo lanzó gritando contra el Sabueso. Talley lo esquivó fácilmente, y ella hizo que se dividiese en tres más pequeños. Dos de ellos siguieron acosando a Talley, mientras el tercero se dirigía como una flecha hacia el desprevenido MacEllen. Talley se dio cuenta y llamó desesperadamente a sus propias sombras en un vano intento de desviar la de Lucita. Mientras lo hacía, los dos primeros tentáculos le golpearon como martillos. El sabueso gritó, la primera vez que Lucita le oía hacerlo, y aflojó su control de las sombras.

Mientras Talley caía, el último tentáculo de Lucita llegó hasta MacEllen, se enroscó sobre su cuello y le arrancó la cabeza con un brutal apretón. Hubo un momento de silencio, y el cuerpo del ductus cayó al suelo con un ruido sordo, apenas audible. La sangre salía a borbotones de su cuello, formando un charco entre la basura y las hojas muertas. La cabeza se detuvo a unos pocos metros, con la cara hacia abajo. Talley se levantó despacio y en silencio, mientras los

tentáculos de oscuridad creados por ambos vampiros se desvanecían en la nada. Lucita séquito el polvo y retrocedió un par de pasos para alejarse del borde del tejado, agudamente consciente de que le quedaba poca sangre en caso de que Talley decidiese proseguir la discusión.

–Lucita –dijo el Sabueso en un tono de lo más razonable–. Muy bien hecho, mi elegante *señorita*. Lo recordaré para el futuro. Parece que esta vez *tú* eres la cazadora, y yo el protector. Considera como una muestra de cortesía profesional mi consejo de dar por zanjado el asunto con esta muerte. –Hizo un gesto hacia MacEllen–. De lo contrario, tu sire y yo nos sentiremos muy disgustados.

Talley saludó con una ligera inclinación y se alejó de allí. Lucita consideró la idea de seguirle, pero el hambre que roía sus entrañas le dijo que hacerlo sería estúpido, si no suicida. En vez de ello, bajó por la escalera de incendios de la parte trasera del edificio y recorrió las tres manzanas hasta su coche. Con suerte, encontraría algo de comer mientras salía de la ciudad: después buscaría cobijo en territorio de la Camarilla y se relajaría para planear el siguiente trabajo.

Salió del callejón a donde había aparcado su coche. Maravilla de maravillas, aún seguía allí. Y lo que era mas asombroso, ni siquiera le habían rajado los neumáticos. Subió y puso el motor en marcha, oyendo su cálido ronroneo.

Algunas noches, pensó, las cosas salían como debían. Era una pena que la ciudad estuviese condenada de todas formas, pero a fin de cuentas no era asunto suyo.

Con una sonrisa, metió la primera marcha y se alejó rugiendo en la noche.

Talley estaba frente a la acería abandonada. Sería un refugio temporal tan bueno como cualquier otro. Los supervivientes del ataque habían ido regresando a lo largo de las últimas horas. Estaban bastante animados: habían aplastado la patética resistencia de la ciudad, y aunque un par de ghouls tenían heridas de bala, casi todos estaban ilesos. Se rieron y bromearon y contaron historias sobre cómo habían despachado a varios de los idiotas enviados contra ellos. Si alguien echaba en falta a Sheldon o Mary, o incluso a Adele o MacEllen, no lo parecía. Las tropas se alegraban de que la lucha hubiese terminado y de haberle pateado el culo al enemigo.

Y a Talley le resultaba difícil estar en desacuerdo con ellas.

Cuando el último de los supervivientes entró en el edificio, Talley contempló las calles. Los cuerpos carbonizados habían sido arrojados sin mucha ceremonia a contenedores de basura. Los incendios y tiroteos iniciados por los vampiros habían mantenido a la policía y otras molestias mortales lo suficiente ocupadas como para que no interfiriesen.

En cuanto a MacEllen, no era una gran pérdida por lo que respectaba a Talley. Aquel viaje al norte había tenido casi tanto éxito como él esperaba. Había advertido a Lucita. Si ella no seguía su consejo... bien, no vacilaría en tratarla con más dureza en su siguiente encuentro.

Habiendo conseguido aquel objetivo secundario, Talley estaba listo para volver a Washington y centrar su atención en el asunto que, para Monçada, era más urgente incluso que el bienestar personal de sus arzobispos: ¿quién había contratado los servicios de Lucita?

Por el momento, Talley entró en la acería y cerró la puerta. Fuera, el sol empezaba a salir sobre la ciudad Sabbat de Buffalo.

TERCERA PARTE :

«COLUMNA DE HUMO»

SÁBADO, 14 DE AGOSTO DE 1999, 11:18 PM
HYATT REGENCY CAPITOL HILL, WASHINGTON, D.C.

Mi Eminente y Amado Cardenal (empezaba la carta). Dado que no tengo la menor idea de que he hecho para disgustar a Vuestra Eminencia hasta el punto de que hayáis decidido imponerme una penitencia en este cubil de dementes, brutos y mentirosos, os suplico humildemente que me lo digáis para que pueda enmendar mi falta y terminar así con todo este asunto.

Talley se detuvo y dejó la pluma por un segundo. Quizá fuese un poco fuerte, pero no se sentía de humor para delicadezas. Además, Monçada le apreciaba demasiado a él y a sus servicios, esperaba, como para enfadarse por una carta. Y si el cardenal tenía razón y había un Dios inclinado a derramar milagros sobre los indignos, aquella misiva podía servirle para salir de allí.

Meneó la cabeza para despejarse y tomó la pluma de nuevo.

La ofensiva contra Buffalo tuvo un éxito limitado. Aunque la ciudad fue tomada, como sin duda habrá oído Vuestra Eminencia, las bajas fueron algo mayores de lo esperado. La información proporcionada por el espía de la Arzobispo Vykos era correcta en su mayor parte, pero como ambos sabemos, el diablo acecha en los detalles.

Uno de esos detalles fue Lucila, que apareció en la ciudad. Por la razón que fuese, tenía como objetivo al ductus designado por el arzobispo Polonia para hacerse cargo de la operación. Me parece extraño que los talentos de Lucila fuesen requeridos para --y disculpadme por decirlo-- acabar con un Lasombra tan patético.

Mi lado paranoico me recuerda vuestra mención de un traidor potencial. De los miembros del alto mando que he observado aquí en el Nuevo Mundo, sólo los arzobispos podrían tener acceso a los recursos financieros necesarios para atraer a vuestra chiquilla pródiga. Polonia y Borges sacan beneficios de las drogas, la corrupción, et cetera, en sus respectivas ciudades;

Vykos ha tenido siglos para acumular tesoros. Hay otros, por supuesto, en la Internacional Sabbat que podrían tener los intereses y los medios para destruir a un arzobispo --la regente es un ejemplo-- pero habéis restringido el campo a mi desabrido triunvirato, y en esto confío en vuestro impecable juicio.

Sin embargo, no puedo creer que ninguno de los arzobispos contratase los servicios de un asesino, y menos tan caro como Lucita, de haber querido despachar a ese MacEllen. Borges le hubiese aplastado; Polonia se hubiese limitado a agarrarle el cuello y darle la vuelta --por lo que he oído, estuvo a punto de hacerlo en una reunión justo antes de mi llegada-- y Vykos le hubiese convertido en un bonito reposapiés o algo por el estilo. Y ninguno hubiese tenido que temer recriminaciones.

Todo huele a una influencia externa. Sospecho que esto ha dejado de ser un asunto de familia. Aunque la posibilidad de terceros intereses no significaría exonerar a nuestros queridos arzobispos de sus designios.

Hablando de los arzobispos, son verdaderamente un grupo estupendo. Vykos, cuando no está ocupada con el asedio contra los tozudos Tremere (que sigue adelante sin resultados notables), es la perfecta anfitriona, dejando a Polonia casi todas las cuestiones de estrategia y concentrándose en sus deberes como arzobispo de esta ciudad plagada de moscas. No parece tener mucha prisa por que la ofensiva avance hacia el norte, ahora que su territorio y su posición están bastante seguros. Con Washington situado entre Miami y Nueva York, se vería beneficiada si Borges o Polonia sufriesen alguna desgracia, como ellos se verían a su vez si le ocurriese algo inesperado.

En cuanto al Arzobispo Polonia, resulta algo más enigmático. Su devoción a la secta parece llegar a lo obsesivo y sus estrategias son excelentes. ¿Por qué disfruta tanto provocando al Arzobispo Borges? ¿Por pura perversidad? Ciertamente, Vykos es la amenaza más formidable para la ascensión de Polonia a un puesto preeminente sobre el Sabbat americano. ¿Por qué se arriesga entonces a llevar a un enemigo potencialmente peligroso a los brazos de su rival? Tiene poco sentido para mí, pero lo cierto es que no hemos sufrido ningún revés serio en el campo de batalla, ni hemos perdido a Cainitas importantes.

Por último tenemos al Arzobispo Borges, que parece empeñado en desafiar a sus colegas a la menor oportunidad, generalmente con un resultado ventajoso para Polonia o Vykos. Puede que Borges se haya abierto camino a

mazazos hasta lo alto de ese montón de basura que es Miami, pero carece de la sutileza de sus rivales. ¿En qué pensaban Les Amies Noir cuando le hicieron el mayor de los honores que puede ofrecer el clan? Su especialidad es el ataque brutal y directo; pasa la mayor parte de sus noches estudiando febrilmente los informes del terreno de operaciones, buscando pruebas de que su gente huya hecho algo digno de elogio. Quizá se sienta intimidado: muchos de sus partidarios se han dispersado con la ofensiva, mientras que el Arzobispo Polonia tiene cerca a sus apoyos. No me extrañaría que fuese el objeto o el instigador de las atenciones de Lucila.

Aparte de eso, hay poco que comunicaros. Vallejo parece estar inclinándose por el servicio a Polonia, presumiblemente porque le desagrada servir con una Tzimisce. Suele ausentarse por asuntos propios, que parecen consistir en viajes al terreno de operaciones para observar a algunas de las manadas más eficaces en acción. Quizá esté buscando posibles reclutas.

En general --aparte del absolutamente desastroso intento de asesinato del Ventrue Pieterzoon-- la operación progresa satisfactoriamente. La información circula de forma regular. No obstante, desde las sorpresas de Buffalo (entre las que hay que incluir, además de Lucila, a un pequeño y astuto Nosferatu que resistió lo bastante como para convertirse en una grave molestia), se ha decidido que los datos del espía deben ser completados con informes más extensos de los exploradores. Se ha enviado a una media docena de ellos, incluyendo algunos de los subordinados favoritos de Borges y Polonia. Los suministros siguen llegando sin problemas, aunque tratar con Munro, el antitribu que supervisa esta parte de la operación, sigue siendo tan desagradable como siempre.

Por lo demás, los territorios capturados están siendo asegurados y la ciudad de Buffalo está ya ocupada. Varias ciudades pequeñas de los alrededores --Rochester, o la irónicamente llamada Syracuse-- también han caído, con poca fanfarria. La resistencia también fue mínima. El enemigo parece estar concentrándose en Baltimore, y me pregunto con qué fin exactamente. ¿Una contraofensiva para dar un respiro a los Tremere de Washington? Sensato, pero improbable; todo esto se parece a la Guerra de Secesión americana, con las capitales enfrentadas y mirándose ceñudas desde unas pocas docenas de millas mientras la guerra arrasaba todo lo demás. ¿Atlanta? Tonterías, está demasiado aislada y alejada de cualquier otro teatro de operaciones importante. De todas formas, he recomendado a los

diversos arzobispos que se preparen para un recrudecimiento de la resistencia de la Camarilla. Incluso un perro moribundo puede morder.

En cuanto a mí, generalmente permanezco dentro de la ciudad, escoltando a un arzobispo u otro. Borges se muestra resentido, Vykos, distante, y Polonia absolutamente despreocupado. No ha habido señales de Lucita desde Buffalo, aunque no creo que tarde en revelar su presencia. No tengo más noticias que daros. Pronto se llegará a una decisión sobre la presencia Giovanni en Boston y el próximo objetivo de nuestros ataques --espero que la así llamada Nueva Inglaterra reciba la mayor parte de los mismos-- pero sólo tengo especulaciones ociosas al respecto, por lo que no malgastaré vuestro tiempo.

Espero que esta carta os encuentre bien de salud, y os ruego que me mantengáis al tanto de la partida de ajedrez que habíais iniciado con don Ibrahim. He estado pensando en la situación del tablero, y creo que puedo haber encontrado una forma de hacer que ganen las negras.

*Vuestro con el Mayor de los Respetos,
~ Talley*

El Sabueso contempló la carta con el ceño fruncido. No era gran cosa como pieza literaria, pero serviría para tener informado a Monçada. Se apresuró a meterla en un sobre y escribir la dirección; uno de los correos que circulaban constantemente entre América y Europa la entregaría en breve. Esperaba que el mensajero fuese lo bastante inteligente para no abrirla y leerla por el camino: los buenos correos eran muy difíciles de encontrar.

Lucita había visitado Tierra Santa en varias ocasiones, y podía

decir con razonable certeza que no se encontraba sobre una colina dominando la I-84 en el centro de Connecticut. No obstante, el cartel de la puerta decía "HolyLand USA". En lo alto de la ladera, una enorme cruz perfilada con luces fluorescentes amarillas y blancas proyectaba un resplandor enfermizo sobre algunas de las desangeladas representaciones de la vida de Jesús que salpicaban la colina.

En tiempos, aquel lugar había sido una curiosidad, un inspirador parque de atracciones para la buena gente de Waterbury. Pero aquello había sido años antes, y ahora era sólo una ruina de hierbajos y figuras rotas de alambre y fibra de vidrio. La descreída juventud de Waterbury se había abierto paso allí tiempo atrás, y los restos del parque mostraban los efectos de su larga ocupación. Las figuras supervivientes de Jesús, María, José y los discípulos estaban mancilladas por las pintadas. Algunos de los discípulos carecían de cabeza; Lucita estaba bastante segura de haber pisado un pedazo de Pedro después de saltar la ineficaz verja. Parte de las figuras habían sido aplastadas o profanadas de alguna manera, y al menos una había sido adornada por un joven particularmente emprendedor con un tosco pentagrama invertido grabado sobre su superficie.

Lucita se detuvo por un momento al ver aquello, sorprendida de notar aún en sus tripas una cierta punzada de ira. Hacía mucho tiempo que había dejado atrás a la Iglesia –las atenciones de su sire habían tenido mucho que ver al respecto– pero encontraba irritante aquel mezquino sacrilegio. Ella había visto el mal –para algunos, ella misma era su personificación– y aquel tributo a lo que algún crío idiota consideraba una travesura empequeñecía cuanto había visto y hecho. Tomó nota mental de, cuando hubiese acabado su trabajo allí, encontrar al autor de aquella indignidad y mostrarle precisamente a qué rendía patética reverencia.

Pero aquello sería más tarde. Ahora era el momento de trabajar. Al infierno con Talley y Monçada... tenía un contrato.

Había cristales rotos, colillas y otras cosas menos identificables esparcidas por el suelo. Un cazador menos cauto hubiese sido traicionado por el ruido de los omnipresentes cristales al romperse bajo sus pies, pero Lucita había tomado precauciones. Sonrió. Aun sin

haber sabido que su presa estaba allí, hubiese supuesto que elegiría un lugar por el estilo.

El tráfico en la autopista era constante. Sería útil para ocultar los ruidos que pudiera hacer el objetivo de Lucita... y cualquier compañía que tuviese. No obstante, el continuo flujo de coches sumaba otra preocupación: todo lo que hiciera en aquella colina sería visible para los mortales de abajo, lo que significaba que su arsenal estaría limitado. Las tácticas que había usado para distraer a Talley de MacEllen no servirían allí. Los tentáculos monstruosos y las siluetas de sombras, recortados ante una cruz de siete metros de alto, podían ser considerados por sus patrones como una violación de la Mascarada, y parte de las condiciones de los contratos con la Camarilla era acatar sus normas.

Miró a su alrededor. Nada se movía en la colina. Lucita frunció los labios, y la luz amarillenta del icono sobre ella hizo que casi pareciese una enferma de ictericia. Tendría que hacer salir a Torres. Oh, por supuesto que estaba allí. De aquello no había duda. Había indicios si sabías dónde buscar: rastros en la hierba de alguien arrastrando un cuerpo, viejas salpicaduras de sangre sobre el suelo, un zapato tirado al lado del camino que no parecía más viejo de una semana. De hecho, por la cantidad de señales, parecía claro que Torres estaba acompañado.

Bueno, mejor empezar cuanto antes. Lucita se agazapó, concentrándose. La cruz luminosa, en lugar de ser la perdición que sus fabricantes hubiesen esperado, la ayudaba: había sombras tras cada roca y cada arbusto, y surgían de cada una de las piezas supervivientes de ruinoso piedad.

En realidad, era muy simple. Torres no estaba a la luz. No podía moverse por miedo a ser detectado. Aquello significaba que estaba oculto en algún lugar de las sombras. Y no importaba lo duro o experimentado que pudiera ser: las sombras no le ocultarían de las atenciones de Lucita.

Cerró los ojos y escuchó *con* la oscuridad. Los ruidos de los coches y del viento silbando entre las figuras se desvanecieron. El mundo de Lucita quedó lleno de oscuridad. Envió su consciencia de un lugar a otro, buscando el más ligero ruido, el menor movimiento...

Allí. Y allí. Y allí. Había tres de ellos, todos esforzándose por no ser vistos. Aquello significaba que la habían visto venir y probablemente sabían quién era. Aquello complicaría su trabajo. Se apartó de las sombras mientras sentía los movimientos de los tres atacantes, y giró para hacerles frente.

Ya había dos cuchillos en el aire cuando Lucita se puso en pie. Se movió hacia la izquierda para esquivarlos, pensando en el milagro de los panes y los peces, y fue recompensada con dos ruidos sordos cuando las hojas se clavaron en la fibra de vidrio tras ella. Pudo ver a los tres avanzando al ataque, con Torres un poco más rezagado. Parecía dudar entre ayudar a sus amigos o huir, y aquella indecisión era exactamente lo que ella necesitaba.

Los dos atacantes más próximos tenían un aspecto bastante normal para tratarse de vampiros. Uno era alto y flaco, con una desastrada barba roja y una cola de caballo aún más descuidada, mientras que su compañero era más bajo y robusto y tenía el pelo oscuro. Los dos llevaban lo que había oído llamar muchas veces "uniforme Sabbat": cazadora de motorista de cuero negro, vaqueros, botas y guantes de piel. El más alto ya había sacado otro cuchillo, mientras el otro cargaba contra ella con un grito. Atrás, Torres parecía haber tomado ya una decisión, huyendo a la carrera.

Lucita sonrió. Al acercársele el vampiro más bajo, con los brazos abiertos y los colmillos desnudos, se limitó a dejarse caer sobre una rodilla y darle un puñetazo en las tripas con fuerza suficiente para combar una puerta de coche. El grito del hombre se transformó de pronto en una boqueada al sentir que algo en sus entrañas cedía, y de pronto cayó sentado con expresión aturdida. Intentó ponerse en pie, pero Lucita le dio una patada que le rompió el pómulo y la cuenca ocular. El vampiro se vino abajo con asombrosa rapidez.

Mientras Lucita se erguía, el otro vampiro le arrojó su cuchillo, preparándose para lanzar otro. Fue un buen lanzamiento, y la hoja atrapó la luz al girar.

Lucita no se agachó, sino que se limitó a extender el brazo izquierdo. A su lado, el enemigo al que acababa de derrotar gimoteó de dolor. Ella le ignoró.

Y el cuchillo se clavó limpiamente en su mano, con la hoja

saliéndole por el dorso. Lucita rechinó los dientes, pero no acusó el impacto de ninguna otra forma. Una espesa sangre goteó desde la herida hasta el suelo sin que ella hiciese caso. A unos cinco metros de distancia, el lanzador de cuchillo se detuvo a mitad de gesto mientras Lucita se arrancaba el último.

–¿Quieres intentarlo otra vez? –dijo ella, mientras se cerraba el agujero en su mano. El cuchillo que tenía ahora en la mano derecha estaba resbaladizo por su sangre, pero estaba bien afilado y equilibrado. La hoja medía unos ocho centímetros y había sido pulida hasta brillar. Ociosamente, Lucita se preguntó cuántos cuchillos más llevaría encima su adversario.

El vampiro gruñó algo que podía ser una maldición, y atacó con el cuchillo que le quedaba. Pero había perdido la puntería, y falló por treinta centímetros a la derecha. Lucita rió, provocándole, y el vampiro saltó por encima de las figuras que tenía delante para llegar a ella. Lucita giró hacia la derecha, poniendo al vampiro caído entre los dos, y fintó primero a la izquierda y luego a la derecha con su hoja robada. Su adversario retrocedió, obviamente desacostumbrado a su propia medicina, y en aquel instante Lucita arremetió con su cuchillo contra el vampiro del suelo. La punta del arma le salió por la nuca, atravesándole el cuello como si se hubiese hundido en el barro, y el vampiro se sacudió una vez antes de venirse abajo por completo.

El otro atacante no se preocupaba por su amigo, o quizá simplemente se dio cuenta de que el cuchillo de Lucita estaba atascado entre dos de sus vértebras cervicales. Cargó hacia delante, embistiendo a Lucita con la obvia intención de derribarla y valerse de su mayor tamaño y peso para inmovilizarla. Detrás de él, Lucita pudo ver a Torres en la verja. Aquella visión bastó para centrarla: era el momento de acabar con aquello e ir a por el verdadero objetivo.

Mientras su adversario cargaba, Lucita levantó por los tobillos el cuerpo del vampiro caído con todas sus tuerzas. Era capaz de levantar un coche pequeño si se esforzaba de veras, así que le fue fácil lanzar el cadáver contra su atacante lo bastante rápido como para que no pudiese evitarlo. El vampiro cayó al suelo cuando el peso muerto de su compañero le hizo perder el equilibrio. La mandíbula se estrelló contra el suelo con un audible crujido, y antes de que pudiese ponerse

en pie, Lucita ya estaba apretando su bota sobre la cabeza del vampiro.

El cráneo se rompió como un huevo, y el pie de Lucita estuvo a punto de salir por el otro lado. Miró el cadáver durante un segundo, y después sacudió el pie para liberarlo y se lanzó en pos de Torres.

Su objetivo estaba ya en lo alto de la verja. Lucía recurrió al poder de la sangre en su interior (era menos de la que había esperado, pues curarse la herida de la mano había tenido un precio), y corrió hacia él, Presa del pánico al verla, Torres se dejó caer al otro lado de la verja y corrió hacia la autopista tan rápido como pudo. Lucita vio que llegaría en cuestión de segundos. Había poco tráfico, y con un poco de suerte Torres podría cruzarla y perderse en el laberinto de edificios al otro lado. Una vez allí, quizá pudiese cogerle y quizá no. Y si Torres conseguía escapar, se enterraría tan profundamente que pasarían semanas antes de Lucita pudiese encontrarle de nuevo.

Tenía que acabar con él ahora, y al infierno con los testigos. Dejó de correr y se concentró en una sombra al otro lado de la verja.

Torres estaba a apenas siete metros de la autopista, y los faros de los coches que se dirigían al este le iluminaban fugazmente. Lucita musitó una plegaria.

El tentáculo de sombra salió disparado, enroscándose en torno al pie de Torres. El vampiro gritó y cayó al suelo, con fuerza. Sonriendo, Lucita hizo un gesto de "ven aquí". En respuesta, el tentáculo de nebrura empezó a arrastrar a su aullante presa lejos de la autopista. Torres clavaba los dedos en la tierra, que se deshacía entre sus manos; se aferraba a las hierbas, que se partían bajo la inexorable presión del sirviente de Lucita.

Un coche que acababa de tomar la curva redujo la velocidad, y un rostro miró por la ventanilla. Con una maldición, Lucita envió más oscuridad para ocultar la escena. Ningún otro vehículo daba muestras de haber visto nada, y Lucita se relajó un poco. Torres bramaba obscenidades, pero quedaban silenciadas por el ruido de los coches al pasar: estaba tan solo y perdido como si se encontrasen en medio del Sahara.

–Mis más sinceras disculpas, Rey –dijo Lucita, sin importarle

mucho que él la oyese o no. Le sopló un beso a Torres, y otro tentáculo de sombras se unió al primero. Ahora podía oír sus gritos por encima del tráfico, mezclados con súplicas y maldiciones. Las sombras habían arrastrado a su víctima hasta la verja, y Lucita añadió distraídamente un tercer tentáculo. Los tres izaron a Torres por encima de la verja, y Lucita hizo otro gesto.

El tercer tentáculo se enroscó en torno al pecho de Torres y puso al vampiro boca arriba. Los otros dos seguían agarrándole por los tobillos, sujetándole contra la verja. Torres se debatió inútilmente.

Lucita se acercó a donde aguardaba su prisionero y le clavó un dedo en la espalda.

–Es un placer verte de nuevo, Rey.

–Anda y que te jodan, Lucita –escupió Torres–. ¿A qué demonios estás jugando?

–Yo podría preguntártelo mismo, ¿no? Esto está bastante lejos de tu nido habitual.

–Soy un turista. Estoy de vacaciones. ¿Alguna otra pregunta estúpida?

Lucita hizo la pantomima de estar reflexionando sobre aquella mentira, aunque Torres no podía volver la cabeza lo suficiente para verla.

–Oh, ya entiendo. Pero cómo he podido estar tan equivocada. Y yo pensando que estabas aquí como explorador, y que intentabas preservar tu inútil pellejo unos segundos más a base de agudezas, lo que nunca ha sido tu fuerte. Es más, creo que no tengo especial interés en quedarme por aquí más tiempo del necesario, rey, así que no creo que tu pequeña táctica dilatoria vaya a funcionar demasiado bien.

–Ah, ¿de veras? –Había una capa de fanfarronería sobre la desesperación en la voz de Torres–. ¿Y entonces por qué no te vas?

–Porque todavía no estás muerto –dijo ella–. Pero eso puede remediarse. Te sorprendería saber lo poco que me pagan por tu vida. ¿Y sabes otra cosa, Torres? Olvidé comer antes de venir. Imagínate qué tonta.

Cuando hubo acabado de alimentarse, Lucita se limpió las manos de los restos de Rey y se dirigió de vuelta a la colina. Dejó los

cuerpos de los otros dos vampiros más jóvenes pulcramente colocados frente a los restos de la Última Cena. Parecía bastante apropiado, pensó... al menos por lo que se refería a Rey.

*MIÉRCOLES, 18 DE AGOSTO DE 1999, 2:57 AM
INTERESTATAL 84, CENTRO DE CONNECTICUT*

El teléfono sonó tres veces antes de que alguien contestase. Hubo algunos ruidos, y finalmente alguien susurró con voz ronca:

–¿Dígame?

–¿Tengo el placer de hablar con la secretaria personal del señor Schreck? –Lucita estaba de buen humor: circulaba hacia el este por la I-84, con la capota bajada, el viento en el pelo y un encargo finalizado más.

La Nosferatu (pues Lucita había reconocido la voz como la de la "mujer" del sótano en Baltimore) al otro lado de la línea soltó una breve risita.

–Si es así como quiere llamarme por el momento. Buenas noches, Lucita. ¿Qué tal va el descapotable?

–El coche es estupendo, gracias. De lo más satisfactorio –contestó Lucita. La Nosferatu iba a decir algo, pero ella siguió hablando–. ¿Ha terminado ya con la cháchara sin sentido y puedo presentar mi informe, o quiere seguir fingiendo que de verdad le gusta hablar conmigo?

A la derecha, un cartel señalizador de la salida para la I-691 y Middletown pasó como un destello en la noche. Lucita lo ignoró y giró a la izquierda, haciendo un rizo.

Hubo un momento de silencio en la línea.

–Y yo que suponía que todos los Lasombra apreciaban las gracias sociales...

–La cortesía, sí. Un cierto sentido de lo adecuado, también... incluso aunque uno ya no sea bienvenido entre los cariñosos brazos de su clan. Pero la familiaridad no ganada es algo muy distinto. No suponga en una relación de negocios, y no pretenda que me conoce a mí o a los míos. Ahora, ¿quiere el informe de esta noche, o cuelgo el teléfono y me limito a disfrutar de este maravilloso coche que me han dado?

El viento hizo difícil oírle respuesta de la Nosferatu, pero Lucila estuvo segura de que se trataba de algo muy grosero. Siguió un silencio expectante, así que se pasó el teléfono a la mano izquierda, sujetándolo bajo la barbilla, y enumeró los detalles de la noche.

–Torres ha muerto. La información de su observador era correcta, y una vez en Waterbury pude encontrarle con facilidad. Su hombre no mencionó que Torres tuviese secuaces, pero me lo esperaba. También me he ocupado de ellos, pero dejé sus cuerpos como un mensaje.

–¿No lo sabía? –La Nosferatu sonaba sorprendida–. Hubiese debido constar en la última transmisión.

–Ya no importa a estas alturas. Los dos están muertos. –Tocó el claxon al acercarse hasta casi rozarlo a un Infiniti, que tardó un momento en pasar al carril de la derecha–. Y no, no oí nada de eso. Interesante.

–Resulta curioso. Bien, maldita sea. ¿Dice que acabó con los dos?

–En efecto. Como muestra de mi buen corazón, ni siquiera los incluiré en la factura. –Lucita hizo una pausa–. Debo admitir que me sorprendió ver a Rey precisamente allí.

–Fue un golpe de suerte –admitió distraídamente la Nosferatu–. Sabíamos que habrían enviado exploradores, así que pusimos gente para observar las autopistas y carreteras principales. Uno de nuestros centinelas volantes de la interestatal se fijó en él por accidente en Dutchess County y llamó. Desde entonces, ha sido cosa sencilla. ¿Sigue a por los otros dos blancos?

La expresión de Lucita se deshizo en un ceño fruncido. El siguiente objetivo era insignificante, pero en cuanto al arzobispo, había sido contratada no una, sino dos veces para eliminar a aquel blanco, y

Talley, malditos fuesen él y su "cortesía profesional", se opondría a ella. En el fondo, el dinero carecía de importancia: era cuestión de principios. Nadie impedía a Lucita que cogiese lo que había reclamado para sí. Nadie.

Ya no.

–¿Lucita? ¿Sigue ahí? ¿Lucita?

–¿Mmmh? Sí. Es sólo... el tráfico se ha complicado.

Hubo una deliberada pausa al otro extremo de la línea.

–¿Está segura de que podrá manejar a Talley? –preguntó la Nosferatu, como si estuviese leyendo la mente de Lucita a larga distancia –. Le podemos enviar ayuda si hace falta.

La frente de la Lasombra se oscureció de ira.

–Buenas noches –dijo, cortando después la conexión.

Ya cerca, las luces de Hartford oscurecían las estrellas y volvían el cielo nocturno de un enfermizo tono púrpura. La ciudad seguía por el momento en manos de la Camarilla. Se quedaría allí unas cuantas noches, preparándose, y después seguiría adelante. Un encargo más, y después llegaría el turno del grande.

Por no mencionar, pensó, a Talley.

Calebros manejó la larga cerilla de madera con considerable habilidad a pesar de las retorcidas garras que tenía como dedos. Encendió la última vela del candelabro... un objeto que mantenía lo más lejos posible de su escritorio lleno de pliegos y papeles, aunque lo bastante cerca como para beneficiarse un poco de la vacilante luz. Su antigua lámpara de mesa había parpadeado una vez de más, y Calebros había reaccionado... bueno, con violencia. Por eso el candelabro.

Al menos la luz de las velas *debía* vacilar. Calebros ya tenía bastantes fuentes de tensión en su no vida sin necesidad de caprichosos artículos de escritorio. Hacía mucho que había optado por la Camarilla, a diferencia de muchos de sus compañeros de clan allí en la Gran Manzana, y en aquel momento todo parecía ir en favor del Sabbat. Quizá hubiese puesto demasiada fe en Pieterzoon, pero si un chiquillo de Hardestadt no lograba arreglar el día, por así decirlo, ¿qué esperanza podía quedar?

Calebros volvió a su trabajo, tomando un informe de varias noches atrás de su escritorio y exorcizando su agitación con una pluma roja.

COPIA DE ARCHIVO

15 de agosto de 1999

Ref: Avance del Sabbat

El fin del toque de queda en D.C. ha permitido al Sabbat consolidar su control sobre la ciudad; los Principes Gariotte y Vitel ya han tirado de todos sus hilos para que sea enviada la Guardia nacional de Maryland (más manejable) en lugar de tropas federales; todo indica que el sur está firmemente controlado por el Sabbat tras su blitzkrieg.

Buffalo perdido ... ¿fallo del plan de Pieterzoon o de nuestro espionaje?

~ *¿O traición? La fuerza del ataque era sorprendentemente pequeña; parecía esperar una defensa mínima.*

Sin señales de la ofensiva de Buffalo por parte de Ravenna / Parmenides; ¿perdido? ¿vendido? Según Courier, pasa la mayor parte de su tiempo en el asedio de la capilla Tremere, lejos de Vykos.

*JUEVES, 19 DE AGOSTO DE 1999, 3:49 AM
WISCONSIN AVENUE, WASHINGTON, D.C.*

Cuatro vampiros solían poder hacer con seguridad lo que ningún mortal en sus cabales intentaría jamás, en aquel caso pasearse por las calles de Washington D.C. tras el crepúsculo sin temer por su seguridad personal. El hecho de que tres de los cuatro fuesen arzobispos del Sabbat, y el cuarto un guardaespaldas capaz de derrotar a cualquiera de ellos en cualquier noche dada, no alteraba mucho la situación. Simplemente quería decir que el cuarteto era inconmensurablemente poderoso, en vez de extremadamente duro.

En aquel momento, los cuatro –la Arzobispo Sascha Vykos de Washington, el Arzobispo Domingo Polonia de Nueva York, el Arzobispo Borges de Miami, y el ominoso y callado Sir Talley, que andaba a cuatro pasos por detrás de los demás– caminaban tranquilamente por la principal avenida de Georgetown, entre tiendas de CDs de segunda mano cerradas y pizzerías cerradas. Los vagabundos que normalmente salpicaban la calle después de que estudiantes, turistas y eurobasura hubiesen vuelto a casa, echaron una mirada a lo que se acercaba y, uno a uno, se retiraron hacia portales y callejones, temblando hasta que los cuatro depredadores se hubieron marchado. Pero no tenían por qué preocuparse: tres de los cuatro iban tras una presa mayor, y el último no perseguía a nadie en particular.

–Parece que tenemos dos problemas –dijo Vykos, que había tomado del brazo a los dos Lasombra que la flanqueaban. Borges había dado un respingo ante su contacto, mientras que Polonia lo había aceptado sin titubeos. Talley, detrás del trío, reparó en ello como reparaba en todo lo demás. Pero la mayor parte de su atención estaba sobre todo lo demás. Tenía un ojo puesto en los tejados, los portales y los callejones, y especialmente en las sombras. No esperaba que sus advertencias hubiesen servido a más propósito que permitirle decir

que había hecho todo lo posible por seguir al pie de la letra las instrucciones de Monçada de no dañar a su chiquilla.

Talley *no creía* que Lucita fuese tan osada de intentar algo allí, pero Lucita había sido osada desde antes de que su sire la llevase de la vida a la no vida. No podía estar tan loca como para atacar a los cuatro simultáneamente... pero decidir que ella no podría hacer algo significaba dejar de defenderse de aquella eventualidad concreta.

Lucita era muy, muy buena descubriendo los puntos débiles en las defensas de sus rivales. Así que Talley decidió que lo mejor sería no dar nada por hecho, prepararse para cualquier cosa y usar eso como excusa para ignorar la discusión de los tres vampiros a los que escoltaba. De hecho, era algo sorprendentemente difícil. Su mirada seguía desviándose hacia la obvia tensión que tenía delante. Para un observador casual, el trío podía parecer un grupo de amigos en plena salida nocturna, posiblemente estudiantes, o, dado lo exótico de sus rasgos, agregados de alguna de las embajadas cercanas.

Pero Talley podía leer el lenguaje corporal de aquellos tres tan fácilmente como un mapa, de una simple ojeada, y lo que leía le intranquilizaba. Los movimientos de Polonia eran garbosos para el criterio humano, pero comparados con los de la arzobispo Vykos, parecían los de un muñeco de madera. Era obvio que su mente estaba en otra parte.

En contraste, la Tzimisce se mostraba casi ostentosamente relajada. Se reía demasiado alto y con demasiada frecuencia. Su paso seguía siendo depredador, pero exagerado.

En cuanto a Borges, se movía con un férreo control. Cada roce con Vykos, cada carcajada, le hacía envararse más.

–En efecto, dos problemas –oyó que decía Polonia–. Primero está el asunto del notable y honrado Theo Bell, que parece estar tras muchos de nuestros contratiempos. Da la impresión de que Pieterzoon se apoya mucho en él. Me encantaría ver qué pasaría si le quitásemos ese bastón, y especialmente si el Ventrue cayese al suelo como resultado.

Borges escupió:

–¿Deberíamos estar discutiendo esto aquí? No es el momento ni el lugar para planear asuntos serios.

–Al contrario –la voz de Polonia era suave y sonaba un tanto divertida–. Son el momento y el lugar perfectos. Por una vez no hay Panders idiotas golpeando la mesa, ni ghouls tomando el aperitivo en un rincón ni sacerdotes de manada que deban ser disciplinados sólo para que podamos ponernos todos de acuerdo incluso en que el fuego quema. Nosotros, y el señor Talley ahí detrás, somos los verdaderos poderes. Lo que decidimos es lo que ocurre. El resto no es sino un juego de sombras chinescas, un espectáculo de marionetas para que los demás nos sigan de buen grado. Pero por el momento –y una nota de sorpresa afloró en su voz. – me siento un poco harto de interpretar de cara a la galería.

»Sí, tenemos un problema. Dos, en realidad, pero creo que deberíamos ocuparnos de Bell antes de pasar al otro.

Borges carraspeó.

–Creo que deberíamos escuchar cuál cree que es el otro problema, Arzobispo. Seguimos intentando resolver las cosas por piezas aisladas, y temo que estemos malgastando tiempo y esfuerzo al hacerlo. Quizá uno de nuestros problemas pueda ayudarnos a resolver el otro, ¿no?

Vykos soltó una risa argentina.

–Oh, Arzobispo Borges, es una excelente idea –dijo. Borges estuvo a punto de perder el paso y Talley pudo ver cómo se tensaban sus hombros, de la misma forma que había visto hacer a los galgos loberos antes de saltar al ataque–. ¿Qué más tenemos pendiente. Arzobispo Polonia?

Polonia se desembarazó con elegancia del brazo de Vykos e hizo un gesto más o menos equivalente a un encogimiento de hombros.

–No veo cómo puede ayudarnos en este caso, pero la otra preocupación que tengo es Boston.

–¿Boston? –bufó Borges incrédulo–. ¿Qué pasa con Boston? Lleva años maduro para la cosecha. Es como un poste podrido: todo lo que tenemos que hacer es apoyarnos y se vendrá abajo.

–Por lo que concierne a la Camarilla, sí. No obstante, hay otro poder allí que me preocupa mucho más: los Giovanni son fuertes en esa ciudad, y al contrario que la Camarilla, no siguen reglas al jugar.

–Bastante cierto –admitió Borges –. La mitad del tiempo puedes confiar en que sus propias Tradiciones entorpecerán a la Camarilla en combate. Pero los nigromantes no se preocupan por ellas: por desgracia, luchan para ganar.

–Es verdad. Y sus aliados entre los muertos hacen de ellos una oposición más formidable de lo que parecería por su número. –Vykos sonaba un poco preocupada, pero Talley hubo de admitir que también podía ser sencillamente un tono reflexivo. Conocía a Vykos desde mucho tiempo atrás, sabía *de* ella desde mucho antes, y en todo aquel tiempo sólo había oído preocupación en la voz de la Tzimisce en dos ocasiones. Le gustaba oírla asustada: le permitía saber que, de ser necesario, podría derrotar a la recién nombrada Arzobispo de Washington.

Pero había bastante diferencia entre "quizá algo preocupada" y asustada de verdad, y Talley era consciente de ello.

–...diciendo que deberíamos ignorar a la Camarilla por el momento y concentrar nuestras fuerzas sobre Boston? –La voz de Polonia sonaba incrédula.

–No ignorarla. Seguir con los ataques e incursiones en las ciudades del frente, esperar a que el amigo de la Arzobispo Vykos nos diga cuáles son los puntos débiles y golpearlos con pequeñas unidades. Esa táctica nos permitió tomar Buffalo, ¿no es cierto? Y mientras tanto, ir a por los hijos de puta de los Giovanni con todas nuestras fuerzas disponibles, y darles tan duro que Venecia se hunda un palmo más por simpatía. –Borges estaba sonrojado por la excitación, su mano izquierda trazando mapas en el aire mientras perfilaba su plan.

Vykos le interrumpió con el ceño fruncido.

–Es una buena idea, ¿pero cómo la llevamos a la práctica?

Polonia evitó un montón de basura en medio de la calle y asintió.

–El problema está en llevar hombres allí. No podemos bajar desde Montreal porque el territorio intermedio es hostil: está plagado de lupinos, y perderíamos la mayor parte de nuestras fuerzas antes de acercarnos a la ciudad. Avanzar hacia el norte desde Nueva York nos obliga a atacar a través de territorio de la Camarilla, algo que niega la base de nuestra excelente estrategia. Arzobispo Borges. Lo mismo se

aplica a cualquier movimiento hacia el este desde Buffalo. Y los Giovanni tienen un control muy firme del aeropuerto y los muelles, así que las maniobras por mar o aire son improbables en el mejor de los casos.

–¿Está seguro de esto último, Arzobispo? –preguntó Vykos.

–Bastante. He tenido ocasión de usar sus servicios –contestó Polonia. Aquello casi hizo tropezar a Vykos, y Talley soltó una corta risa que disimuló como un acceso de tos –. Oh, sí. Son de lo más profesional.

–¿Puedo atreverme a preguntarle por qué se puso en sus manos? –La risa y el tono de coquetería habían desaparecido de la voz de Vykos –. ¿Por capricho? No creo.

Polonia se rió.

–Más bien una misión de recogida de hechos. Quería ver de primera mano cómo se las arreglaban para introducir a tantos Ventrue en Nueva York. Llegué un tanto empapado y muy impresionado. Tienen un sistema estupendo, casi envidiable.

–¿Y descubrió cómo detener la afluencia de vampiros de la Camarilla a su ciudad, Arzobispo? –El tono de Borges era engañosamente mesurado, como implicando que aquel asunto era una pequeñez que cualquier arzobispo medianamente competente podría resolver sin demasiado esfuerzo.

–No –dijo Polonia suavemente –, pero descubrí otras cosas *muy* interesantes.

Las implicaciones quedaron suspendidas en el aire por un momento, y Talley observó atentamente las reacciones de los otros dos. Por desgracia, se sintió tan decepcionado como esperaba.

–Ah –dijo Borges, desoyendo el comentario de Polonia –. Bueno, tarde o temprano no tendrán de dónde llegar, ¿no?

Talley casi pudo oír a Polonia forzando una sonrisa en su rostro ante aquel insulto.

–El hombre con serpientes en el jardín tiene más de qué preocuparse que el hombre con huéspedes no invitados, Arzobispo Borges. Haría bien en recordarlo.

Borges dio un respingo, y por un momento Talley pensó que tendría que intervenir. Afortunadamente, Vykos actuó antes.

–Una frase deliciosa, pero aún no he oído lo que pretende que hagamos.

Polonia dio un paso más hacia delante, giró sobre sus talones e hizo una profunda inclinación de cabeza.

–La noble arzobispo tiene razón, por supuesto. ¿Puedo pedir un poco más de paciencia para explicar mis planes?

Borges frunció el ceño.

–La mantequilla no se desharía en su boca, Polonia.

–Ni en la suya, hombre muerto. Ahora frene su lengua por un minuto, antes de que salga demasiado y acabe cortada.

Aquella respuesta llevó a Borges al límite, haciendo que cayese en un furioso balbuceo. Talley estaba bastante seguro de que era lo que había pretendido Polonia desde el principio.

–Tal y como yo lo veo, la clave sigue siendo Bell. Pieterzoon se apoya en él, confía en él. Es el medio por el que el maldito Ventrue se integra en la máquina de la Camarilla americana. Pronto, ambos funcionarán en armonía, coordinando sus esfuerzos y maximizando sus resultados. Y es en ese preciso momento cuando deberemos eliminar a Bell de una vez por todas. Si lo hacemos, tendremos un doble éxito. Primero, al destruir a Bell, sacamos del tablero a una peligrosa pieza del enemigo. Y lo que es mejor, desjarretamos a Pieterzoon, que de pronto deberá andar sin su fiable muleta. Le llevará más tiempo reconstruir sus operaciones del que le llevó organizarlas, y mientras tanto la ventaja será toda nuestra.

–Ambicioso –murmuró Vykos.

–Una sencilla ley de todo estadista –replicó Polonia–. Es axiomático que uno elimina al espía después de haber detectado toda la red local, no antes. Esto afectará a todos sus planes realizados a medias, y hará que el siguiente maestro espía tarde mucho más tiempo en establecerse. –Polonia soltó un ladrido de risa–. Si quieres saber quién ha estado espiando, solía decir mi sire, mira quién ha sido deportado.

Vykos asintió.

–Bien, ha dado razones por las que Bell debería ser eliminado, pero no planes para hacerlo.

–Paciencia, mi querida Arzobispo. He aquí lo que haremos,

combinando nuestros problemas tal y como ha sugerido el Arzobispo Borges. Mataremos a Bell. Con Bell eliminado, las operaciones de Pieterzoon se hundirán temporalmente en el caos. Aprovecharemos la oportunidad para avanzar hasta Boston a través del corazón de Nueva Inglaterra. Prepararemos el camino enviando una manada exploradora durante la primera parte de la operación: podrá aprovechar la confusión para cruzar las defensas de la Camarilla hasta el mismo Boston, y después se ocultará y empezará a preparar el terreno para un ataque a gran escala contra los Giovanni. –Polonia sonrió, pero no era una sonrisa amable–. Como parece usted un poco corto de personal, Arzobispo Borges, cederé voluntariamente una de mis manadas para que se infiltre en Boston; de hecho, estoy pensando en una que ha estado haciéndolo durante años, y que ha establecido una especie de refugio seguro allí. Usted, mi respetado par, puede tener el honor de liderar la operación, con Sir Talley a su lado.

–Mmmh... –Vykos movió perezosamente un dedo en el aire, como si estuviese dirigiendo una orquesta inaudible para todos salvo ella–. Creo que hay un fallo en su plan, Arzobispo.

–¿Sí?

–Ha dicho "matar a Bell" como si fuese así de fácil. ¿Tiene alguna idea de cómo conseguirlo, o simplemente confía en que Júpiter envíe un rayo de lo más oportuno?

–Tsk, tsk... qué blasfemia. Su patrón no lo aprobaría. Más bien, yo pensaba recurrir a su herramienta política favorita.

–Ah, entiendo. –El rostro de Vykos carecía de expresión–. Ya sabe que esa táctica falló en el pasado.

Polonia desdeñó la objeción con un gesto.

–Fallamos con el amo, ahora lo intentaremos con el hombre. Dudo que sea un objetivo tan difícil. Además, la Camarilla tiene un punto ciego en su visión táctica: por alguna razón, creen que si frustran una estratagema una vez, nunca más podrá funcionar. No hay duda de que Pieterzoon y Bell y Vitel y todos los demás están sentados y felicitándose por el hecho de haber sido más listos que los asesinos enviados contra el holandés. Seguramente no deberíamos cometer la torpeza de intentar otra vez el mismo truco: no esperan que lo hagamos, no lo esperan en absoluto.

Vykos entrelazó los dedos, con el ceño fruncido.

–Espero que tenga razón, Arzobispo. ¿Debo suponer que esa parte de la operación es competencia mía?

Polonia inclinó la cabeza.

–Está usted en lo cierto, Arzobispo. E incluso aunque fallemos en eso, tendremos éxito: habremos sacudido la fe de la Camarilla en lo que "saben" de nosotros. Arruinaremos su certeza de estar a salvo, haremos que se preocupen. Y un enemigo preocupado, como ambos saben es un enemigo derrotado.

–Pensaré en ello –dijo Borges bruscamente antes de darse la vuelta y alejarse. Polonia enarcó una ceja, y Vykos asintió y fue tras él. Mientras se iba desvaneciendo el ruido de sus pisadas sobre los húmedos adoquines, el Arzobispo de Nueva York miró a Talley, que seguía detrás de él.

–Muy bien jugado, Arzobispo –dijo Talley en tono *neutro*.

Polonia miró al templario sin mucho interés.

–Se refiere usted a...

–A su forma de ponerle un cebo al Arzobispo Borges. Hace que caiga en... en la grosería. Lo conduce a actos que podrían perjudicarlo.

–¿Y ofende eso su sensibilidad, mi querido Templario?

–preguntó Polonia distraídamente–. Dígame, si cree que el Arzobispo Borges está en peligro, ¿por qué sigue aquí conmigo?

Talley extendió las manos.

–Le aseguro. Excelencia, que me limito a hacer mi trabajo.

–Ah, ya veo. ¿Y cuál es ese trabajo?

–Mantener en activo al Arzobispo Borges, entre otros. ¿Le sorprendería oír que las verdaderas órdenes que me dio el Cardenal Monçada son ligeramente distintas de las que le fueron comunicadas?

Polonia inclinó un poco la cabeza.

–No, en absoluto. Camine conmigo, Templario.

Sin mirar atrás, el arzobispo empezó a andar calle abajo, en dirección opuesta a la tomada por Borges. Talley frunció el ceño y le siguió.

–Entonces –dijo Polonia– ¿qué es lo que hace aquí? ¿O el cardenal no quiere que se sepa?

–Más o menos lo que usted espera. Estoy aquí para protegerle a usted y los demás arzobispos, pues aunque tenemos pruebas sólidas de que uno de ustedes ha sido marcado para el asesinato, los detalles siguen un tanto oscuros, y en general para que mi presencia sea públicamente conocida. –La voz de Talley era inexpresiva, y sus ojos estaban en todas partes menos sobre Polonia.

–¿Conocida para quién?

–Para quien haya contratado los servicios de Lucita, Excelencia. Polonia suspiró.

–¿Y eso le lleva hasta mí?

Talley evitó un cubo de basura.

–Considérelo una medida preventiva, Excelencia. Rey Torres, uno de los más leales asociados de Borges, ha sido enviado lejos, y no podría llegar hasta el arzobispo en caso de peligro. El propio Borges es el blanco de continuas provocaciones, y tarde o temprano estallará de forma incontenible. Tengo el deber de encontrar la fuente de ese problema y terminar con él.

Polonia se dio la vuelta, enarcando una ceja.

–No tenía idea de que Torres fuese un asunto de importancia.

Talley asintió.

–No lo es por sí mismo. Es un cobarde y un bravucón, pero en estos momentos estoy más interesado en descubrir dónde encaja en todo el rompecabezas.

–Dónde *encajaba*, espero, a estas alturas. Pero no es aquí ni allí. Mmmh... De haber sabido que mis motivaciones le hacían sospechar tanto, hubiese insistido en que Torres se quedase por aquí. Eso sí, seguro que entonces Borges me hubiese acusado arrebatarme a su gente la oportunidad de ganarse la gloria, y... –El rostro de Polonia se retorció con una expresión de desprecio por un segundo. Después, el arzobispo levantó la mirada—. Pero eso no tiene importancia. Diga lo que está esperando para decir, antes de que salgamos caminando de la ciudad.

Talley se detuvo, sentándose sobre un escalón.

–Si insiste, Excelencia... Dígame, ¿porqué quiere muerto al Arzobispo Borges?

–Es fácil: yo no quiero eso.

–¿No? –Talley casi soltó un bufido de incredulidad–. Entonces, por favor, explíqueme por qué le señalan tantos indicios.

Polonia sonrió ligeramente.

–Permítame explicarle algo, Sir Talley. Borges es un hombre impetuoso. Es un hombre de fuerza y pasión, pero tiene poco control o sutileza. Se le puede provocar como a un toro en la plaza, despertar su ira y convertirle en un blanco. Como tal, es útil mientras dure la guerra, y yo no desecho herramientas cuando aún tienen utilidad. Esta lucha no ha terminado todavía, y a pesar de todos sus defectos, el Arzobispo Borges sería muy difícil de reemplazar. Además, sospecho que el temperamento de Borges le matará mucho antes de que yo considere necesario llevar su nombre ante *Les Amies Noir* para ser juzgado o ejecutado. Así que no quiero muerto a Borges; más bien, permítame decir que no le quiero muerto ahora más que hace dos siglos, y posiblemente ahora sea menos. Si yo le quisiera muerto –dijo en voz baja– Borges habría desaparecido antes de que el cardenal le enviase a usted aquí. ¿Me comprende, Templario?

Talley casi tuvo que contener un respingo. Era más viejo que Polonia, y probablemente más poderoso, pero aquel hombre tenía un aire de velada amenaza que helaba la sangre.

–Pero, por supuesto –Polonia dejó de andar al tiempo que hacía una pausa– me pregunta si he contratado a Lucita para que destruya a otro arzobispo: ¿qué otra cosa esperaba que dijese?

El Arzobispo de Nueva York siguió su camino, dejando a Talley solo en la noche.

–Siento curiosidad, Cardenal. Dígame: ¿a qué está jugando en

realidad?

El Cardenal Monçada extendió las manos beatíficamente.

–Oh, al ajedrez, por supuesto. Y voy a permitirle deshacer ese último movimiento, a menos que de verdad quiera sacrificar ese alfil.

–Creía que usted iba a sacrificar un arzobispo –gruñó don Ibrahim, observando el tablero–. Dejemos el movimiento como está. Preferiría perder a aceptar la caridad y anotarme una victoria mancillada, *bismallah*.

–Si insiste... –Monçada se inclinó meditabundo sobre el tablero y apartó el alfil a un lado con su caballo–. Admito que el simbolismo del movimiento resulta ya un tanto empalagoso. Uno puede llegar a leer demasiado en estas cosas. Como le dije a Talley antes de su partida, la metáfora del ajedrez está agotada.

Ibrahim cruzó los brazos y se echó hacia atrás.

–Si está agotada, eso es porque ha rendido honorables servicios con mucha frecuencia. ¿Cuál es su verdadero juego, Cardenal? Sacie mi curiosidad: sabe que no tengo intereses en esas disputas americanas, y que no me importa quién viva o quién muera.

–¿No le importa nadie?

–Talley volverá.

–Eso espero. –Monçada alzó su inmensa masa de la silla y se quedó en pie, parpadeando– Y también Lucita. ¿Vykos? Probablemente: es viejo y poderoso, y cuando se encuentra en peligro, es un hábil superviviente. En cuanto a los demás, bueno... si Lucita sobrevive, uno de ellos no lo hará. Es simple lógica. –Monçada empezó a describir un lento circuito por la estancia, frotándose las manos entre suspiros–. En cuanto a cuál es mi juego, debo confesarle que no tengo ninguno. Me limito a proteger mis haberes e intentar descubrir a un traidor. Hay demasiados sutiles indicios de que algo va mal emanando de todo esto. Hay demasiados poderes en un mismo sitio, demasiadas agendas. Tarde o temprano, todo saldrá a la luz, y quiero asegurarme de que lo hace de modo ordenado. En realidad, no espero que Talley tenga éxito en su supuesta misión: sólo espero que su presencia elimine el derroche y las matanzas innecesarias.

Ibrahim asintió mientras estudiaba el tablero. Adelantó un peón, amenazando al caballo de Monçada.

–Sensato. Verdaderamente sensato. ¿Pero qué hará usted cuando el humo se haya despejado?

Monçada detuvo sus pasos y observó un tapiz que era casi tan viejo como él. Representaba la apertura de la tumba de Jesús al tercer día, y tenía una curiosa mancha en el lado izquierdo.

–Lo veremos cuando llegue el momento, don Ibrahim. Puede que alguien necesite un castigo, si ha mostrado demasiada avidez en seguir sus propios designios en detrimento de los superiores que Dios nos ha permitido señalarle.

La última frase fue pronunciada en un tono suave y objetivo que podría engañar a cualquiera que no conociese al cardenal. Pero Ibrahim tenía una idea muy clara del concepto de "castigo" de Monçada, y de pronto se sintió algo nervioso.

–¿Y si es uno de sus arzobispos?

Monçada frunció el ceño.

–Entonces castigaré a un arzobispo.

Ibrahim asintió.

–Me place oír eso. Algunos de ellos se vuelven demasiado confiados si se les deja a sus propios designios mucho tiempo. –Le llegó un súbito pensamiento: – ¿Y que hará si Talley llega a tener éxito?

El cardenal se dio la vuelta, con una abierta y enfermiza sonrisa en el rostro.

–¿De verdad cree que puede tenerlo frente a mi hija don Ibrahim?

Ibrahim guardó silencio tanto tiempo como se atrevió a hacerlo, y después volvió al tablero.

–Es su turno de mover, Eminencia –dijo en voz baja.

–Y tanto que lo es, amigo mío. Gracias por recordármelo. Y tanto que lo es.

Monçada se acomodó en su silla y contempló el tablero, concentrándose de nuevo en la partida.

...VIERNES, 27 DE AGOSTO DE 1999, 4:16 AM
ESTACIÓN DE FOREST HILLS, JAMAICA PLAIN, MASSACHUSETTS

–Lo que tenemos aquí –dijo Angela con una sonrisa artificial– es un problema de comunicación.

El hombre al que estaba hablando no contestó, posiblemente porque tenía la boca llena de cristales rotos y fragmentos de sus propios dientes. Pero aquello no parecía una excusa aceptable para Angela, que se inclinó para agarrarle por la manchada pechera de la camisa y le hizo ponerse en pie. El hombre pateó débilmente, una o dos veces, pero no le sirvió de nada. Por encima de sus cabezas llegaba el rumor ocasional de algún coche que pasaba por Jamaica Way; en la distancia, un tren de la Línea Naranja chirrió de camino a la estación de Forest Hills. Pero por lo demás, la noche estaba desierta, lo que inspiró en Angela algo parecido a la lástima: para ella, un testigo sería una buena excusa para hacer más ejercicio del que ofrecía su víctima del momento.

Era un hombrecillo de pelo negro y facciones morenas que quizá hubiese sido guapo antes de que Angela tuviese el detalle de aplicarle un molde de neumáticos en la mandíbula inferior. Llevaba una camisa que había sido blanca en tiempos, pero ahora estaba manchada de tierra y sangre, un chaleco negro y pantalones del mismo color. Había un parche ensangrentado en su cabeza allí donde Angela le había arrancado parte del cuero cabelludo llevada por el entusiasmo, y un rastro de sangre salía de las ruinas de su boca. Cuando respiraba, se le formaban burbujas de espuma rosada en los labios.

Angela supuso que le quedarían unos cinco minutos, diez como mucho. Tiempo de sobra para conseguir las respuestas que necesitaba y divertirse un poco de paso. Pensó por un segundo, y luego agarró a su víctima, poniéndola cabeza abajo. El hombre escupió cuajarones de sangre semicongelados sobre los adoquines.

–Tienes una oportunidad de hacer que sea indoloro –dijo ella–. Dime dónde aparca el coche tu jefe, y terminaré ahora mismo. Pero si te pones cabezota, acaba ras como ellos –amenazó haciendo un

gesto con la mano libre.

El hombre siguió su mirada. Justo encima de ellos estaba el paso que llevaba Jamaica Way por encima de la terminal sur de la Línea Naranja de metro: cuatro pistas de acero y hormigón que se prolongaban diez metros hacia arriba. Bajo la construcción había cadáveres, docenas de ellos. Estaban empalados sobre pinchos que salían del paso hacia abajo, y atados y amordazados de manera tosca pero efectiva. Un hedor a podrido bajaba perezosamente, para mezclarse con el espeso olor a basura y orina que flotaba en la brisa.

–¿Mmmh? –preguntó Angela.

El hombre se rió, y Angela le dejó caer, sorprendida.

–¿Qué es tan divertido, mierdecilla? ¿Qué tiene esto de divertido?

El hombre escupió mas sangre, ahogándose con ella incluso mientras intentaba contener la risa.

–Eh, no lo captas, ¿verdad? ¿Me amenazas con eso? No tienes ni puta idea. –Su voz sonaba confusa y gangosa, pero el tono de burla resultaba inconfundible.

Angela bajó la mirada hacia él, le dio un golpecito en la mandíbula con el pie, y esperó.

–Deja que te explique una cosa, ¿vale? ¿Vas a matarme? Estupendo. ¿Vas a romperme todos los huesos del cuerpo? Maravilloso. Vas a hacerme más daño del que nadie me haya hecho nunca, y después me matarás. Fantástico, joder. Hazlo. Gritaré todo lo que pueda, si eso hace que te sientas mejor. Pero lo que no entiendes es que al final terminará: me mataras y ya no podrás hacerme más daño. –Tosió una vez, con un ruido en el pecho que no había sonado antes–. Cuando me mates todo habrá acabado. Y si hablo, bueno, muero de todas formas y es entonces cuando empieza el verdadero dolor. ¿Sabes una cosa? Cuando mi jefe pone las manos encima de un alma, duele *para siempre*. –Escupió y sonrió con la boca llena de sangre–. Haz todo lo que puedas, puta. Yo no me voy a ninguna parte. –El hombre empezó a reír de nuevo, lo bastante alto para que se pudiera oír a pesar del atronador ruido del camión de dieciocho ruedas que pasaba por encima de sus cabezas.

Angela le miró pensativo por un rato.

–Mmmh... Es cierto. Pero por desgracia para ti, has pasado por alto lo que está ocurriendo aquí debajo del puente. Vuelve a mirar a la gente de ahí arriba y dime cuántos de ellos siguen moviéndose.

El hombre volvió a mirar, y sus ojos se abrieron mucho.

–Oh –fue cuanto dijo. Angela sonrió con cierta simpatía.

–El sol nunca llega aquí abajo, ya lo sabes, y ponemos una carpa para que parezca que hay alguien haciendo trabajos de mantenimiento. Ha funcionado durante años.

–¿Años?

Ella asintió.

–Años. Es el tiempo que llevo haciendo visitas a la ciudad por orden de Polonia. Es el tiempo que Arnold lleva ahí arriba... recuerdas a Arnold, ¿verdad? Creo que ocupaba el mismo puesto que ahora tienes tú, hasta que desapareció. Ni siquiera tu jefe supo qué le había pasado, ¿verdad? Bueno, he aquí la historia: él tampoco quería hablar, así que decidí dejarle colgado hasta que cambiase de opinión.

–Se inclinó sobre el hombre y le besó la frente con un gesto casi maternal—. No te preocupes, Danny: tú también vas a subir.

Ya casi había amanecido cuando Angela volvió a ponerla carpa, con una pequeña ayuda por parte de un equipo temprano de reparaciones telefónicas al que puso bajo su control mediante una de sus facultades vampíricas mejor desarrolladas. Danny estaba allí arriba, con la boca todavía abierta en un pequeño y estúpido "oh". Aún no había hablado, pero Angela estaba segura de que no tardaría en hacerlo.

Y cuando lo hubiese hecho, le dejaría allí de todas formas, como pequeña recompensa por haberse reído de ella.

Los primeros viajeros ya estaban recorriendo el camino hasta la estación. Algunos miraban legañosos a Angela, tomándola sin duda por alguien que volvía tarde de una noche de fiesta (sin tener en cuenta que todo estaba cerrado en Boston a partir de la una de la noche). Todos pasaban por debajo del lugar donde estaba Danny, con medio metro de metal afilado bajo el esternón. Nadie se molestó en mirar hacia arriba; había momentos en los que la vampira pensaba que la carpa que ocultaba su pequeña colección era un esfuerzo innecesario.

Angela se descubrió sonriendo, y aceleró el paso. El refugio temporal en el que los demás esperaban sus noticias estaba sólo a unas manzanas, así que no había necesidad de apresurarse. Pero se sentía bien. El chófer del Giovanni no tardaría en venirse abajo, y entonces sabrían todo lo necesario para ocuparse de su amo. Aquel conocimiento pasaría al Arzobispo Polonia, y él se lo transmitiría a quienes debiesen saberlo.

Angela decidió que iba a ser un día absolutamente hermoso.

SÁBADO, 28 DE AGOSTO DE 1999, 11:23 PM

RESIDENCIA DE D. PETER MUNRO, ESQ. NEWARK, DELAWARE

—Llegas tarde. —La voz resonó en la habitación vacía. El único mueble que había en la estancia era una silla de madera de respaldo recto, ocupada por un hombre de pelo negro y baja estatura que llevaba una cazadora de motorista inmaculada y chirriantemente nueva. Sus botas estaban plantadas rectas sobre el suelo y tenía las manos pulcramente colocadas sobre el regazo. La luz de la luna que entraba por el ventanal a su espalda recortaba su silueta, pero nada en su postura denotaba la menor tensión o miedo. Las grandes puertas de madera a ambos lados de la estancia estaban cerradas desde fuera, y las paredes eran totalmente blancas. Un solo candelabro, manchado por las gotas de cera de incontables velas, colgaba silencioso y negro de su cadena.

Lucita salió de las sombras como Venus emergiendo de las olas en Chipre. La oscuridad fluyó a su alrededor, dejando que se enfrentase a su presa sola. Llevaba su ropa de trabajo habitual, y se había recogido el pelo hacia atrás con un sencillo cordón negro. Llevaba un cuchillo de hoja ancha en la mano izquierda, pero mantenía la derecha libre.

—Estoy decepcionada, Munro. Los datos de mi cliente decían

que serías difícil de eliminar, pero te encuentro aquí, esperándome.
¿Cansado de la existencia?

Munro soltó una risita que cortó exactamente a los dos segundos.

–Difícilmente. Aunque confieso que te esperaba. ¿Has pasado mucho tiempo buscándome? –Su voz conservaba restos de su origen escocés, un acento casi borrado por los años lejos de su tierra natal.

–No mucho. Mi cliente ha sido bastante preciso en la mayor parte de su información. En este caso, me dijo dónde y cuándo podría encontrarte, las defensas que tendrías, el plano de la casa y que era probable que llevaras esa cazadora. Ha sido –dijo asintiendo con un gesto– un acuerdo satisfactoriamente profesional.

El hombre de la silla parpadeó.

–¿Vas a destruirme por un acuerdo satisfactoriamente profesional? No parece muy justo.

Lucita negó con un dedo.

–Claro que no. Voy a destruirte porque me han pagado mucho dinero, así como otros beneficios, por hacerlo. El hecho de que piense que eres ridículo, y que mi cliente está derrochando su dinero al contratarme para que haga esto, es una consideración totalmente aparte. Nunca hubieses debido desviarte, *antitribu*. El Sabbath no es para ti.

Munro cruzó las piernas, sin hacer ningún otro gesto.

–Hasta esta noche, estaba contento con la elección. –Dio un pequeño tirón a la chirriante manga de cuero–. El vestuario es un pequeño sacrificio.

–Resulta bastante pobre. Pareces un payaso, Munro. –Lucita empezó a tirar el cuchillo al aire y cogerlo con la mano libre. La quinta vez que lo hizo, el cuchillo no llegó a bajar, sin que ella pareciese darse cuenta–. Pero no importa: tu historia acaba aquí. Te dejaré un minuto para rezar, si lo deseas. Eras todo un *kirk*, ¿verdad? Mi sire ha elogiado tu devoción.

Munro mostró una sonrisa forzada.

–Creo que no es necesario. Además, Lucita, todavía no estoy preparado para morir. ¿Lo estás tú? –dijo, dando una palmada.

No ocurrió nada, salvo que Lucita decidió por fin alzar la mirada

en busca de su cuchillo: estaba suspendido en el aire, con la hoja reflejando la luz de la luna en forma de diamante sobre el suelo de madera.

–¿Mmmh? –dijo–. ¿Esperabas a alguien?

Claramente irritado, Munro dio otra palmada, sin que hubiese más respuesta que el silencio. Se puso en pie de un salto, volcando la silla.

–Maldita sea, ¿dónde estáis? ¡Entrad de una vez! ¡Está aquí, conmigo!

Lucita se volvió hacia él, con los ojos muy abiertos en una burlona expresión de sorpresa.

–Oh, no me lo digas. Estás llamando a esos veinte hombres que tenías esperando fuera, ¿verdad? Los que se suponía que iban a entrar a la carga cuando me acercase a ti y derrotarme por la simple ventaja numérica –dijo. Munro la miró boquiabierto por la sorpresa–. Lo siento mucho, Munro. Han sufrido un pequeño accidente–. Lucita hizo una pausa, reconsiderando sus palabras–. Bueno, no exactamente: los diez al otro lado de esa puerta –señaló a la izquierda– han sufrido un terrible accidente. A los diez de la otra puerta los he matado. ¿Lo deja todo claro? Creo que el siguiente paso es que me ataques movido por una furia ciega, y que yo te mate. Después me marcharé, recogeré mi paga y me tomaré unas noches libres antes de prepararme para mi próximo objetivo. ¿Sí?

Munro la miró con puro odio durante un momento, y después se lanzó hacia la ventana. Sorprendida, Lucita se quedó quieta durante medio segundo. Después se limitó a apuntar al vampiro que huía. El tentáculo de sombra que sostenía el cuchillo salió disparado como un látigo, golpeando las pantorrillas de Munro. El vampiro cayó al suelo, al igual que el cuchillo. Lucita cloqueó desaprobadoramente y se acercó hasta donde su presa se retorció en el suelo, luchando todavía por alcanzar la ventana.

–Me decepcionas, Munro –dijo–. ¿Dando la espalda al enemigo? Una táctica muy pobre, aun para un idiota como tú.

Se agachó para recoger el cuchillo y, tras considerar sus opciones, lo usó para clavar la mano del hombre al suelo.

–Ahora, ¿qué debo hacer contigo?

Los balbuceos que llegaban del suelo podían ser maldiciones o súplicas. Sumida en sus meditaciones, Lucita los ignoró de todas formas. Por fin, tras un largo minuto, se inclinó hasta la oreja de Munro para susurrarle.

–Peter, quiero que sopas una cosa: no me importa nada que mueras ahora, salvo como con trato resuelto con un mínimo de problemas. Me han dicho que tu muerte es necesaria para limitar la capacidad del Sabbat de conseguir ciertas armas de fuego y otros juguetes, pero la verdad es que no me importa. Lo que me importa, hombrecillo, es que has echado a perder mi velada con esta postura tuya. Eres un villano penoso, el papel te viene grande y hubieses hecho mejor quedándote en tu sitio. –Lucita se acuclilló–. También eres un ingenuo y un cobarde, y ambas cosas me disgustan intensamente. Por eso me estoy tomando un momento para hablarte en lugar de sacarte de tu miseria de inmediato.

Con un gruñido, Munro liberó su mano del suelo y buscó la garganta de Lucita. La asesina se apartó con elegancia, evitando fácilmente el ataque. El cuchillo resonó sobre el suelo y Munro intentó cogerlo, pero ella lo alejó de una patada. Munro se puso de rodillas, recibiendo un puñetazo en la nariz. El hombre gorgoteó y estuvo a punto de caer de espaldas, con el miedo en los ojos cuando Lucita dio un paso hacia él. La Lasombra alzó el puño para golpear de nuevo a Munro, que cayó como un saco al recibir el golpe en la garganta.

Lucita le miró, asqueada por la ruina de su rostro. Había sangre por todas partes, pero aquello no era nada interesante: la vitae de Munro, supuso Lucita, sería tan débil y desagradable como él mismo.

–Adiós, Peter –dijo–. Ya no voy a jugar contigo nunca más.

Munro alzó los ojos, muy abiertos por el terror y el odio, mientras sus piernas heridas se agitaban desesperadamente. Elevó un brazo intentando defenderse, pero Lucita lo apartó de un manotazo. Después, lentamente, se puso la mano debajo de la boca y le tiró un beso.

Munro boqueó. No pasó nada por un momento, y después Lucita sopló como si estuviese apagando una vela.

El rostro de Munro explotó, a todos los efectos. Lucita no parpadeó cuando algunos pedazos salpicaron sus piernas, pero tomó

nota mental de hacer quemar aquellas ropas en cuanto tuviese ocasión. Munro era precisamente la clase de alma llorona que tendía a quedarse como un fantasma, y Lucita decidió darle las menos posibilidades que pudiera. Sin una segunda mirada a lo que quedaba de su objetivo, abrió la puerta de la izquierda. La carnicería del exterior era más brutal todavía que la infligida a Munro. Había restos y pedazos de matón de alquiler y vampiro de bajo rango esparcidos por toda la estancia, desde el curiosamente immaculado piano hasta el sofá empapado de sangre. Lo ignoró todo y siguió caminando hasta la cocina para marcharse. El horno era una enorme antigüedad de hierro fundido, bajo y ominoso. Pero lo más importante eran sus cuatro quemadores de gas. Lucita los abrió uno por uno y después apagó la luz piloto. Era una pena destruir una casa tan antigua y bonita, pero peor sería dejar el cadáver de Munro contaminando la noche.

Dos minutos después, estaba de camino a Hartford, marcando el número de contacto del misterioso señor Schreck para comunicar a su cliente que tres de los cuatro objetivos habían muerto, y que las noches del último estaban contadas.

...DOMINGO, 29 DE AGOSTO DE 1999, 3:55 AM
HYATT REGENCY, CAPITOL HILL, WASHINGTON D.C.

—¿Qué es lo que opina?

—Creo que Lucita va a por usted —dijo Talley cuidadosamente—. Y yo soy su única posibilidad de salir indemne de esto, Excelencia. Por supuesto, me inclinaré ante su experto análisis si no está de acuerdo conmigo, pues usted es un arzobispo y yo un humilde templario. No tiene ninguna importancia que yo lleve haciendo este tipo de cosas unos seis siglos y haya adquirido una cierta familiaridad con las reglas básicas de las operaciones, mientras que usted fue un producto

secundario de aquel ridículo tratado de mil ochocientos...

El Arzobispo Borges alzó una mano carnosa.

–Es suficiente, gracias. Sí, me fío de su análisis. El cardenal me ha proporcionado sus servicios, y parece prudente hacer uso de ellos. Ahora, ¿qué sugiere que haga al respecto? –preguntó, levantándose de su silla de escritorio de cuero negro. A su espalda, un salvapantallas se dedicaba a dibujar tuberías en un monitor.

–Ya sabrá, por supuesto –dijo Talley mientras empezaba a avanzar lentamente– que la asesina de la que se supone que voy a protegerle es Lucita. –Borges palideció al oír el nombre, y la sonrisa de Talley dejó sus colmillos al descubierto por primera vez desde que estaba en América–. Ah, veo que ha oído hablar de ella. Es una mujer encantadora, con mucho talento, y una de las asesinas más hábiles con las que me he topado jamás. Por cierto, ¿he mencionado que es la chiquilla del cardenal, y que él la adora? Sí, es verdad, Arzobispo. Eso cambia la perspectiva de la situación, ¿verdad?

Borges asumió una pose de bravura.

–Bah –dijo, con un desdeñoso de la mano–. Estoy al corriente del linaje de Lucita... ¿y quién no? El chiquillo no siempre sigue los pasos de su sire, o seguiríamos acechando en el castillo de Lasombra en Sicilia, esperando a que Montano nos trajese campesinos para la cena. ¿Hay alguna razón en particular para que intente asustarme con noticias ya viejas, Templario?

Talley inclinó la cabeza burlonamente.

–Ah, hubiese debido saber que estaría bien informado. ¿Pero no le parece curioso, Excelencia, que la Arzobispo Vykos llegase como la enviada del Cardenal Monçada, pero que fuera al Arzobispo Polonia a quien el cardenal comunicó mi llegada, la llegada de un regalo del cardenal para los tres? Es más: ¿a qué propósito sirve mi llegada? Oh, sí, proteger a este ilustre trío de la propia hija pródiga del cardenal.

–Se acercó más a Borges, hasta quedar justo ante el rostro del hombre. Unos parches de sombra seguían enmascarando los ojos del arzobispo, y Talley tuvo la clara sensación de que Borges le sentía más que verle–. ¿No resulta fascinante que todos los actores supervivientes de este pequeño entremés estén conectados de algún modo con el cardenal... salvo usted? –Talley giró de pronto, y más

rápido que la vista quedó sentado en la silla que acababa de dejar Borges—. ¿Le hace sentirse... aislado? ¿Nervioso? ¿Preocupado? Bien, debería. —Alzó la mirada hacia la de Borges, que se paseaba por la sala—. Está solo conmigo, Excelencia, y no creo que nadie más salvo Vykos y Polonia conozca nuestro paradero —dijo en voz muy baja—. Si todo fuese un plan del cardenal, estaría usted en grave peligro.

Borges le clavó una mirada de impaciencia.

—Sir Talley, no tengo la menor idea de lo que intenta conseguir aquí, pero sea lo que sea, lo encuentro molesto. Si ha terminado ya de intentar asustarme y no tiene nada nuevo que decir, puede marcharse. Si, por el contrario, ha decidido tomarse sus deberes en serio, hágalo. ¿Me he explicado con claridad?

Talley asintió.

—Perfectamente. Debo decir que es agradable verle tratar con alguien molesto sin que intente destruirle de inmediato. Empezaba a desesperar, pero esto me da esperanzas. Si sigue así, tiene una oportunidad... pequeña, pero una oportunidad.

Con un bufido, Borges se sentó sobre la superficie de mármol de la mesa que tenía a su espalda..

—No suena demasiado seguro de sí mismo, Talley. Creí que era usted el famoso Sabueso, que podía hacer cuanto le ordenase su amo.

La expresión del arzobispo era bastante agria, y por un momento Talley la encontró humorística. Pero fue sólo un instante, y al siguiente el templario volvió a mostrarse absolutamente profesional.

—Excelencia —dijo cansinamente— alguien cuya identidad ignoramos se ha tomado muchas molestias y gastos para poner a una asesina profesional de extraordinario talento sobre una pista que es probablemente la suya. —Talley observó a Borges con mirada experta, en busca de cambios de expresión, algún tic, el menor indicio de duplicidad. Después de todo, era lo que buscaba aquella serie de especulaciones—. Lucita se ha estado calentando con subordinados para esta operación... al menos, es lo que me parece que ha hecho con MacEllen y Torres.

—¿Rey, muerto? —preguntó Borges con repentino interés—. No

ha sido confirmado.

Talley evitó comprometerse.

–No ha contactado en las tres últimas horas concertadas de llamada. Dos cuerpos, cuyas descripciones encajan con las de sus acompañantes, fueron encontrados en Waterbury, Connecticut. Es una de las ciudades que se suponía que estaba explorando. –Hizo una pausa de un minuto–. Vi las imágenes de los cuerpos: es obra de Lucita. Acabas reconociendo los estilos con el tiempo.

–Ha dicho que encontraron dos cuerpos. Rey pudo haber escapado. –Había un sorprendente tono de esperanza en la voz de Borges, pero se desvaneció rápidamente ante la ceja enarcada de Talle.

–Puede que Torres tenga un talento notable para su edad y linaje –dijo el templario– pero en su mejor noche y la peor de Lucita no podría hacer más que prolongar las cosas unos pocos minutos. Sin ayuda, y yo he visto lo que le ocurrió a sus ayudantes, no tendría ninguna posibilidad. –Hubo otro momento de torpe silencio–. Lo lamento. De haber estado allí, hubiese podido salvarle... pero nadie garantiza que Lucita no hubiese aprovechado para atacarle a usted en mi ausencia...

–Maldita sea, Talley. ¿Cuándo se ha convertido usted en el centro de todo esto? –cortó Borges, dando un puñetazo sobre la mesa–. Mi segundo al mando ha desaparecido y probablemente está muerto, dos de mis mejores soldados son curiosidades para que el forense local les eche un vistazo en su tiempo libre, y usted se disculpa por no haber podido estar en dos sitios al mismo tiempo. Buen Dios, qué hijo de puta tan arrogante... ¿Acaso cree que me dieron la sangre ayer y que estaría indefenso sin usted? ¿Que soy arzobispo porque gané un concurso de popularidad? ¡Por todos los santos, Talley, no sabe con quién está hablando!

Talley parpadeó. Una vez.

–Excelencia –dijo con fría formalidad– quien busque su muerte se ha tomado muchas medidas para asegurarse de que usted, si es efectivamente su blanco, no tenga esperanzas de sobrevivir. Ha contratado los servicios de una asesina contra la que su patrón definitivo en este asunto no puede actuar.

–Él no es mi patrón.

–Monçada es el patrón de todo esto, Borges, y usted no es más que una pequeña parte de ello. Agradezca que le considere que vale la pena conservarle. Mis servicios no son asignados a la ligera, ni suelo actuar como perro guardián. Me llaman el Sabueso por una razón, y es que yo cazo. Si ahora me han atado a usted, es porque la situación es muy difícil. Ahora escúcheme, escúcheme atentamente. Hay un esquema aquí, y eso debería asustarle. Es usted el único a quien me instinto me indica que debo proteger específicamente, y también el arzobispo que tiene menos conexión con el cardenal. Quien haya puesto a esa asesina sobre su pista, a menos que todo sea una farsa y el cardenal esté tan engañado como yo, conoce a Monçada lo bastante bien como para estar al tanto de su debilidad por Lucita, y tiene los recursos necesarios para hacer uso de ese conocimiento. La consecuencia, entonces, es que se trata de alguien que conoce al cardenal y su forma de trabajar... pero hasta ahora no hay indicios de quién pueda ser. –Talley se puso en pie de pronto y empezó a pasearse por la habitación–. Veo muy improbable que su enemigo pertenezca a la Camarilla. La arzobispo Vykos sería el objetivo obvio en tal caso, ya que la Camarilla parece decidida a destruir a los Tzimisce... debe de ser la influencia Tremere. Por otra parte, el Arzobispo Polonia sería el blanco más *lógico*, Pues es el comandante y estratega jefe, y seguramente el enemigo lo sabe. Pero a pesar de todo, el posible objetivo que siento más necesidad de vigilar con cuidado es usted... el Lépido de este pequeño triunvirato. –Borges se agitó al oír la comparación, pero Talley siguió adelante, ignorándole–. Es más, los servicios de Lucita son demasiado caros para requerirlos sólo como una finta, y ella no accedería a ser una mera distracción... es muy consciente de su importancia, ya sabe –dijo con una corta sonrisa desprovista de humor–. En resumen, no encaja. Nada de lo que tenemos apunta a la Camarilla, y las demás opciones tampoco tienen mucho sentido. Usted no tiene importancia para los independientes, salvo por los Setitas, y ellos tienen su propia gente para ocuparse de esas cosas sin necesidad de asumir los costes de contratar a Lucita. Eso deja nuestro propio bando, lo que explicaría cómo se enteró el cardenal, pero no por qué, ni a través de quién. No

se ha presentado una moción ante *Les Amies Noir* para que sea destruido; y, francamente, parecería más probable que usted hubiese contratado a Lucita para eliminar al Arzobispo Polonia.

–¡Yo no necesito asesinos! –explotó Borges, pero Talley se preguntó por los pensamientos ocultos tras aquella tenebrosa fachada. Nadie llegaba a ser arzobispo de nada siendo un idiota, y el Sabueso sospechaba que al menos parte de la actitud de Borges era fingida.

–Por supuesto. Nunca he dicho lo contrario, ¿Qué pruebas podrían señalarle a usted, Excelencia? Pero el Arzobispo Polonia podría ser otra cuestión. Si fue el quien envió a Torres en misión de recono...

–Yo insistí –dijo Borges.

–Ah. Sin duda queriendo ganar algo de gloria para usted mismo y los suyos. Supongo que sabrá que al hacerlo se puso en manos del enemigo: envió fuera a su mejor hombre para que pudiese ser aislado y destruido. Alguien quiere dejarle solo. Presumiblemente, ese alguien también le animó a enviara Torres. Si no fue Polonia, quizá Vykos...

–No, no. –Borges meneó la cabeza, tamborileando con los dedos sobre la mesa–. Vykos quería a Torres para algo totalmente distinto, otro de sus locos planes, y Polonia dijo algo apropiadamente condescendiente... ¿cómo era? Ah, sí: "los buenos oficiales no deberían ser desperdiciados en misiones insensatas", o algo por el estilo. Ya sabe cómo es –añadió irritadamente.

–Ya veo –dijo Talley suavemente. Por dentro, su frustración era cada vez mayor: estaba teniendo poco éxito en su criba de las listas de posibles objetivos y traidores, y cada una seguía con tres nombres. Así que no le quedaba más opción que seguir intentando protegerá todos los arzobispos –. Estupendo –insistió–. Excelencia, debe conservar cerca a la gente que le queda. No deje que nadie le provoque para hacer algo precipitado, pase lo que pase. Puedo impedir que otra gente le mate, pero no puedo impedir que se haga matar usted mismo. Además, tendrá que seguir mis instrucciones siempre que estemos en una situación que yo considere peligrosa. ¿Me entiende?

–Se está tomando muchas libertades, Templario –dijo Borges en tono bajo y peligroso.

–¿Sabe una cosa? Estoy de acuerdo con usted. –De pronto, Talley se sintió harto de todos aquellos malditos arzobispos picajosos y las mezquindades que tanto complicaban su tarea–. Y no lo hago porque me guste usted, Arzobispo Borges. No me gusta. Pero eso no importa. Me han ordenado que le proteja de la Muerte Final, y eso es lo que voy a hacer... si usted me lo permite. Si no, estupendo: declararé la misión un absoluto fracaso, volveré a Madrid y le contaré al cardenal que usted se portó como un bastardo incapaz de cooperar. Y digo "portó" porque no me cabe duda de que, sin mí para defenderle, Lucita cumplirá su contrato y ya estará gastando su ridículamente enorme paga antes de que mi avión aterrice en Europa. Después, sé que el cardenal me dirá cuánto le he decepcionado, y me preguntará que opino de la última jugada de su partida de ajedrez, y si tengo suerte de verdad, me pedirá que me confiase con él. Entonces nos sentaremos para hablar mientras aguardamos la noticia oficial de su muerte.

–Ya veo. –El tono de Borges indicaba claramente que no aprobaba las palabras de Talley ni su forma de decirlas, pero veía algo persuasivo en ellas–. Y si coopero, ¿tengo alguna minúscula posibilidad de supervivencia?

Talley asintió sin decir nada.

–Ah. Entonces parece que no tengo más opción que ponerme en sus capaces manos.

El Sabueso inclinó la cintura en lugar del cuello.

–Si no le importa. Excelencia, voy a salir. Esta habitación es segura por el momento. Por supuesto, recomiendo que haya luces brillantes. Si me necesita, estaré pasillo abajo –dijo. Salió de la sala cerrando la puerta con un audible click.

El Arzobispo Borges se quedó sentado por un momento, y después se levantó y apagó todas las luces. Tarareando sin melodía, se sentó de nuevo para esperar en la oscuridad.

DOMINGO, 29 DE AGOSTO DE 1999, 11:15 PM
LORD BALTIMORE INN, BALTIMORE, MARYLAND

El vampiro que firmaba como "Lucius" estaba, a falta de un término mejor, bastante molesto. Las deliberaciones del último consejo no habían ido como él deseaba, ni mucho menos. Oh, los demás se habían mostrado de acuerdo en que todavía no estaban preparados para tomar posiciones defensivas (una consideración que él pretendía perpetuar *ad infinitum* hasta que toda la Camarilla americana estuviese acorralada en la punta de Long Island o alguna otra posición igualmente desesperada), pero luego las cosas se habían estropeado. Lucius había votado por abandonar Stamford y la costa de Connecticut, alegando que la densidad de población era demasiado baja para que la línea de la costa fuese defendible. El argumento había sido desautorizado desde varias direcciones. El *ferry* de Bridgeport era un acceso a Long Island para un posible contraataque. Stamford tenía una importancia financiera más allá de su tamaño. Los astilleros nucleares de Groton no podían caer en manos enemigas. Bla bla bla, bla bla bla...

Al final, Lucius supo que había sido derrotado. Idealmente, su plan hubiese costado a la Camarilla su principal acceso a Nueva York, aislando Hartford, Worcester y Springfield para ser ocupadas por Polonia cuando se acercase. En lugar de ello, la Camarilla había optado por consolidar sus fuerzas a lo largo de la costa, abandonando Hartford y de hecho todo el centro de Nueva Inglaterra. Hartford sería defendida por una fuerza fantasma al estilo de Buffalo, pues el único ghoul superviviente había informado de bajas relativamente graves en el bando enemigo. Por desgracia, también había dicho que la fuerza atacante era sorprendentemente pequeña, casi como si supieran que la ciudad no estaría muy defendida.

Lucius sabía hasta dónde llevaba aquella línea de lógica, e hizo todo lo posible por desecharla sutilmente. También se tomó un momento para alterar los recuerdos del ghoul todo lo que se atrevió, pues sin duda los demás estarían buscando aquel tipo de cosas. Con suerte, aquello volvería las sospechas en otra dirección. El propio

Lucius contribuyó a la idea de que el débil ataque contra Buffalo significaba que las fuerzas del Sabbat se preparaban para un asalto a gran escala en alguna otra parte, inspirando a todos un estupendo frenesí de pánico. Pero aquello había pasado, y tal y como estaban las cosas Lucius sólo quería estar lejos de todo y de todos. Salió al exterior, apartando de su camino a ghouls y vampiros menos poderosos con una palabra o incluso una simple mirada: su voluntad y el poder de su sangre hacían que saliesen disparados.

Llegó por fin a su refugio, y, disgustado, dio un portazo al cerrar la puerta tras él. Los Cainitas con los que estaba obligado a colaborar allí, con sus mezquinos politiqueos y sus pegajosos ghouls, le asqueaban. Pero el Sabbat tampoco era mejor: había entregado a aquella perra ingrata de Vykos todos los datos que había podido. Disposición de tropas, estrategias, tácticas... todo. ¿Pero mostraba ella algún agradecimiento? ¿La menor migaja de cortesía?

No. En lugar de ello le había amenazado con denunciarle si no le daba más información de la que ya tenía.

Lucius era el tipo de Cainita con un ojo puesto en sus deudas y créditos, y desde su punto de vista, las amenazas de Vykos habían agotado su línea de crédito con él. Ya era demasiado tarde para echarse atrás –los dados ya estaban rodando, al fin y al cabo– pero Vykos necesitaba que le recordasen que el poder fluía en ambas direcciones. Sonriendo de una forma que hubiese hecho huir a un hombre cuerdo, Lucius fue hasta su escritorio, sacó una hoja de papel y comenzó a escribir. Lo hacía con rapidez, aunque no necesariamente con pulcritud, y el papel quedó emborronado varias veces por su exceso de entusiasmo.

La carta era breve y directa, aunque un grafólogo se hubiese puesto pálido ante lo que indicaba la letra de Lucius.

Dobló el papel cuidadosamente y lo metió en un sobre dirigido a "Sascha". Después cerró el sobre y lo selló con cera, desdeñando cualquier sello en favor de un goterón anónimo.

–Jack –llamó mientras observaba cómo se enfriaba la cera–. ¡Jack! ¡Se te necesita!

Unos momentos después, la puerta de la suite se abrió para dejar paso a un vampiro más joven, vestido con lo que Lucius sólo

podía suponer que era la ropa informal de la década.

–¿Otra carta? –El tono de Jack era lacónico, pero sus servicios habían sido ejemplares hasta el momento.

Lucius le entregó el sobre por encima del escritorio. Jack lo cogió por una esquina, como si temiese mancharlo con las huellas de sus dedos. Quizá fuese así.

–La entrega será un poco distinta esta vez, Jack. ¿Estás preparado?

–¿Sí? –dijo Jack, sin aparentar mucho entusiasmo. De hecho, parecía estar a punto de quedarse dormido de pie allí mismo.

–Sí. Vykos se ha mostrado irrespetuosa últimamente. No me gustan esas cosas. Por tanto, debo enseñarle que esa falta de respeto tiene un precio.

–Oh.

–Por consiguiente, Jack, debes entregar esta carta y un mensaje. –Se inclinó hacia delante con un brillo hambriento en los ojos–. Encuentra sus habitaciones. Haz patente mi desagrado. Que vea que mis servidores pueden llegar a todo lo que ella considera sagrado, que puedo destruir a cualquiera al que ella aprecie. ¿Me has entendido?

Jack asintió lentamente.

–Por supuesto. Estaré de vuelta en tres horas –respondió el otro vampiro con una rápida inclinación de cabeza antes de dirigirse hacia la puerta.

–Oh... ¿Jack? –llamó Lucius.

–¿Sí?

–No olvides entregar la carta.

Jack se marchó, con una expresión dolida.

HOTEL PRESIDENTIAL, WASHINGTON D.C.

La esquina de un sobre salía de debajo de la puerta de Vykos cuando la Tzimisce regresó de su almuerzo nocturno.

–¿Héctor? ¿Use? –llamó, cautelosamente.

Ninguno de los ghouls asignados a su puerta estaba presente. Aquello era raro. Sabían que no debían abandonar sus puestos, so pena de incurrir en el extremo descontento de Vykos. Además, los dos habían visto ya las consecuencias de su extremo descontento, por lo que era de suponer que no querrían fomentar tal estado de ánimo.

Observó la carta durante un minuto. Había sido puesta allí como una provocación, pero la cuestión era si habría o no alguna trampa preparada. Estaba claro que se suponía que ella debía hacer algo con el sobre, como tirar de él y activar lo que estuviese conectado al mismo. Frunció el ceño, aplicando delicadamente la oreja a la puerta. No oía ningún movimiento en el interior, aun forzando sus facultades inhumanas hasta el límite, todo lo que oía era el murmullo del aire acondicionado, el gorgoteo del agua en las tuberías y la vaga confusión de voces procedentes de otras plantas y habitaciones.

Todo aquello no significaba nada, por supuesto. Si un asesino Cainita bien entrenado estaba esperando detrás de la puerta, por supuesto que ella no oiría nada. Si había algún tipo de dispositivo electrónico conectado a la carta, no se traicionaría con sonidos que ella pudiera reconocer. La esquina del sobre asomaba bajo la puerta, provocándola. No podía cogerlo sin más, pero tampoco dejarlo allí. En circunstancias normales habría llamado a un ghoul para que se ocupase del asunto, pero ninguno de sus ghouls respondía a sus llamadas.

De pronto, el crujido de unas pisadas sobre la moqueta sorprendió a Vykos. Había olvidado devolver su oído a sus niveles normales, y se apresuró a hacerlo antes de que el intruso hablase. Un volumen normal de conversación sería doloroso, pero un grito podía dejarla sorda.

–Buenas noches, Excelencia. –Era la voz de Talley–. ¿Puedo acercarme?

Vykos sonrió. Aquello era un golpe de suerte: el templario, como

su protector que era, estaba entre los muy pocos que sabían de aquel refugio.

–Por supuesto. Es usted el hombre al que deseaba ver, Sir Talley.

–Talley a secas, por favor –dijo el templario, acercándose con expresión confundida–. Excelencia, ¿dónde están sus guardias? Creía que sus criados se ocupaban de su seguridad, pero no los veo por aquí.

De hecho, Vykos y Talley estaban solos en el corredor. No había señales de lucha, rascones en la pared ni manchas de sangre sobre la moqueta color crema. Sólo un insolente sobre asomando por una puerta bajo la que no tenía que estar.

–Debo confesar que me estaba haciendo la misma pregunta. Vuelvo de una velada de trabajo y no encuentro a mis criados, sino esta carta esperándome. No estoy contenta.

Talley contuvo un impulso de sonreír.

–¿Ha leído la carta?

–Por supuesto que no –respondió ella, irritada–. ¿Acaso me toma por idiota?

El templario hizo un vago gesto conciliador.

–Discúlpeme, Excelencia. En mi actual línea de trabajo, debo hacer hasta las preguntas más idiotas –respondió Talley. Se tocó la barbilla con el dedo índice, frunciendo el ceño, y señaló la carta–, ¿Puedo?

Vykos retrocedió con elegancia.

–Preferiría estar en otra parte cuando lo intente.

Talley se rió.

–Me ofende, excelencia. Como ya sabe, tengo mis recursos.

La forma del templario se fundió en un charco de sombra que, tras un momento de vacilación, se filtró por debajo de la puerta. Cuidando de no tocar la carta, la sombra pasó a su lado. Hubo varios minutos de silencio mientras Vykos aguardaba pacientemente, conformándose con dejar que Talley corriese los riesgos que podían estar esperando allí dentro. La Tzimisce estaba más que razonablemente segura de que podía enfrentarse a casi cualquier cosa, pero una trampa incendiaria o algo por el estilo podía ser muy

dolorosa, y no le gustaba el dolor, al menos el propio. Así que se quedó esperando, mientras se entretenía pensando castigos adecuados para sus ghouls.

La carta desapareció más allá de la puerta con un ruido de roce. Vykos se puso en guardia de nuevo. Oyó el ruido del papel al rasgarse, y las cerraduras de la puerta abriéndose una a una.

Talley abrió la puerta y se quedó allí, con el sobre en la mano.

–Excelencia –dijo en tono casi de disculpa–, puede que quiera ver esto.

Sin esperar una respuesta, se dio la vuelta y caminó hacia el interior de la suite. Allí sí que había señales de lucha, largos arañazos en la madera y fragmentos de yeso y pintura de la pared sobre la moqueta.

Talley alcanzó la puerta y puso la mano sobre el tirador.

–¿Sentía mucho afecto por esos ghouls en particular, Excelencia?

–Eran ghouls, Templario. No me haga perder más tiempo –contestó Vykos–. ¿Me está diciendo que han muerto? Si es así, dígalo y apártese para que pueda ver lo que ha ocurrido.

–Si insiste, Excelencia...

Talley abrió la última puerta.

Los ghouls estaban allí, pulcramente dispuestos sobre la mesa. No había sangre por ninguna parte, ni siquiera en los cadáveres, que habían sido limpiamente desmembrados y vueltos a ensamblar. El resto de la habitación estaba intacto.

Vykos no boqueó, no se estremeció de terror ni juró venganza presa de la cólera. Había visto cosas peores, e incluso había hecho cosas mucho peores en sus laboratorios y mazmorras a lo largo de los siglos.

Pero se sintió furiosa por el insulto.

–¿Lucita? –siseó con los dientes apretados.

–Más bien, creo que se trata de un tal "Lucius". ¿Sería tan amable de verificar esta caligrafía? El tono de la carta es bastante familiar, así que supongo que reconocerá la letra.

Vykos no perdía el control con frecuencia, pero en las raras ocasiones en que lo hacía, los supervivientes describían la visión

como "aterradora". Gruñó en un tono imposiblemente grave y gutural, y arrancó la carta de los dedos de Talley. La hermosa mujer, la cáscara chabacanamente elaborada, se vino abajo por un momento, y en aquel segundo el templario se encontró cara a cara con el verdadero yo de Vykos: una enloquecida y amorfa obsesión, una vieja rabia cubierta de sangre y carne porque eran los únicos materiales a mano, y que estaría encantada de echar a un lado todas las ataduras de la sensatez y la lealtad para destruir a Talley en aquel momento por haber tomado, brevemente, algo que era suyo.

El Lasombra no se movió, aunque en la fracción de segundo entre su percepción de la amenaza y el momento en que la carta le fue arrancada de las manos pasó de estar relajado a dispuesto para la batalla. La sala estaba llena de sombras, y las ventanas ofrecían una perfecta vía de escape si llegaba a ser necesaria, pero esperaba sinceramente que no hiciese falta nada de todo aquello. Si Vykos atacaba, no habría forma de que nadie más entrase allí hasta que uno o los dos hubieran muerto.

–Excelencia –dijo en tono grave y forzado– tranquilícese. Lea la carta si debe hacerlo, aunque yo recomendaría esperar. Sí, la he leído, para asegurarme de que el sobre no tenía ninguna trampa y para ver si había alguna pista sobre lo ocurrido aquí. Lamento haberla ofendido, pero prefiero cumplir con mi obligación y ocuparme adecuadamente de su seguridad.

Elevó las manos lentamente. Detrás de Vykos, las sombras se enroscaron, ansiosas y en silencio, esperando la orden para atacar.

La Tzimisce miró a Talley con ojos enloquecidos. No dijo nada, pero con infinita lentitud, la cordura volvió poco a poco a sus facciones. Su monstruosa carne se plegó de pronto sobre sí misma, revelando los rasgos élficos de Elizabeth Bathory que Vykos había asumido desde su llegada.

–Déme una buena razón para no destruirte, Templario –susurró, con la voz estremecida por el esfuerzo de controlarse–. Nadie me hace esto. Nadie me ve así. Nadie cuenta esto.

Por un instante, Talley consideró el argumento de que la lucha no tendría un resultado seguro, pero se lo pensó mejor. No tenía sentido pinchar el delicado ego de la Tzimisce, no si lo que quería era

calmarla.

–Porque –dijo en tono tranquilizador– no creo que nuestro común patrón lo aprobase, Arzobispo, y porque los dos somos lo bastante viejos y sabios como para saber que arriesgarse a irritar al cardenal es una tontería. Porque sin duda haríamos muy feliz a Lucius al caer en su provocación y luchar entre nosotros. Y porque –sonrió muy amablemente– no podría permitirme pagar los daños que provocaríamos. –Dio un paso atrás, no por casualidad hacia la ventana–. ¿No está de acuerdo, Excelencia?

Los ojos de Vykos parecían haber recuperado la cordura, pero seguía habiendo un frío odio en ellos.

–Por suerte para usted, lo estoy –dijo mirando la carta y tirándola al suelo–. Lucius pagará por esto.

–No esperaba menos de usted. Lucius ha escogido, si es que puedo decirlo, a la Cainita equivocada para intentar "dar una lección" –contestó Talley, sentándose en una silla a respetuosa distancia de la mesa.

–Tiene el poder de hacer cumplir su voluntad, si realmente siente la necesidad de ello. Su ego es tal que por ahora se conforma con pequeñas demostraciones. –Vykos se acercó a la mesa y ocupó una silla. Sus codeos se apoyaron sobre el tablero, a pocos centímetros del mutilado y desnudo cadáver de Ilse–. Esto ha sido una demostración de que considera que no aprecio adecuadamente sus esfuerzos por nosotros. En realidad, es bastante mezquino.

–Contempló los desangrados cadáveres de los ghouls con expresión distante.

–Eso parece, sí –comentó Talley–. Entonces tendrá que ser Hartford.

Vykos asintió distraídamente.

–Se diría que el enemigo prefiere proteger Stamford y los demás enclaves costeros. En Hartford habrá una pantalla similar a la de Buffalo. Es un premio bastante grande, y listo para ser cogido. Además, nos abrirá la puerta de Boston más rápido de lo que anticipaba Polonia. Me pregunto qué planean.

Talley se lamió los labios resecos.

–La verdad es que su estrategia global no me preocupa, salvo

por lo que se refiere a mi misión.

–¿Espera que me crea eso, Talley? –La voz de Vykos sonaba sorprendentemente moderada–. Me cuesta creer que el notable Sabueso no tenga interés en la caza y la conquista.

El templario se encogió de hombros.

–Tendrá que creerlo, Excelencia, pues es la verdad. Aborrezco este continente y a casi todos sus habitantes, y ansío el fin de la guerra porque es la única forma de terminar con mi misión. ¿Quién alcanzará la gloria inmortal en Hartford?

–El Arzobispo Borges, probablemente. Yo sigo sin poder moverme mientras resista la capilla Tremere, y el Arzobispo Polonia debe atender otras muchas cosas. Los líderes de manada y los Panders pueden gritar y decir cuántas ganas tienen de desmandarse, pero tras la destrucción de MacEllen, Hartford necesita ser tomada de manera eficiente y sin pérdidas. Un arzobispo al mando de la operación le dará una cierta solemnidad al asunto, ¿no cree?

La Arzobispo de Washington dejó pasar tres minutos después de que Talley se marchara, y encendió todas las luces de la suite. Recogió cuidadosamente algunos pedazos del cuerpo de Use y los llevó al cuarto de baño. Tarareando para sí, transformó la fría arcilla de la carne de la ghoull en un líquido grumoso que fue a parar a la taza. Después repitió el proceso: al cabo de unos minutos, la taza estaba casi llena. Desapasionadamente, Vykos tiró de la cadena y volvió a por otra carga.

A veces, pensó, el trabajo mecánico era lo mejor después de una velada tensa. Además, podía necesitar la mesa más adelante.

Talley meneó la cabeza de camino al Hyatt. Era un cazador, un rastreador, un asesino. Su trabajo era acabar con las existencias, no preservarlas. Y ahora se enfrentaba a la perspectiva del Arzobispo Borges liderando una partida de guerra contra Hartford. Talley no aprobaba que Borges saliese al exterior, y mucho menos a Connecticut. Pero los arzobispos no iban a cambiar sus planes para satisfacer a un mero templario. Aquella misión le hacía sentir algo raro en las entrañas. No le habían dicho todo, de eso estaba seguro, y no podría trabajar bien sin saber cuanto fuese posible. Malditos fueran todos con sus secretos. Maldito fuera Borges por ser un idiota y un

bravucón, pero no lo bastante para resultar controlable. Maldita fuera Lucita por ser tan buena en lo suyo. Maldito fuera Polonia por su arrogancia, que contribuía a aquella locura. Maldita fuera Vykos por sus juegos y sus aires, y por causar problemas con "Lucius" justo en el peor momento.

–Y maldito sea Su Eminencia el cardenal –murmuró–. Maldito sea por no disciplinar a su chiquilla, por meterme en esto y, sobre todo, por no dejarme una salida.

Washington había entrado en una engañosa calma nocturna, pero Talley se sentía a punto de explotar.

–Malditos sean –dijo a la oscuridad–. Malditos sean todos.

LUNES, 30 DE AGOSTO DE 1999, 2:32 AM
MAIN STREET, HARTFORD, CONNECTICUT

Hartford no era una ciudad amable con sus habitantes de la Estirpe. La ciudad en sí era relativamente pequeña, con un confuso amasijo de calles que convertían el centro urbano en un laberinto para los visitantes primerizos. Cerca, pero separadas, East Hartford y West Hartford se negaban tozudamente a unirse en una sola ciudad, presumiblemente por miedo a bajar el valor de sus propiedades. La I-91 y la I-84 atravesaban la ciudad, más o menos, lo que provocaba constantes embotellamientos de tráfico y continuados accidentes a causa de las salidas mal construidas. El Charter Oak Bridge cruzaba el río Connecticut, aligerando el tráfico de la I-54 y la frontera de Massachusetts, pero la mayor parte de la fachada que presentaba la ciudad al río era sucia, gris y estructuralmente confusa. En resumen, Hartford era difícil para circular, no estaba bien diseñada para alimentarse y generalmente era confusa aun teniendo un mapa.

Lucita, ya en su tercera visita, consideraba de lo más apropiado

que una de las arterias principales de la ciudad se llamase "Asylum Avenue"... avenida Manicomio.

Había pasado varias horas estudiando a su objetivo final. Conocía los datos del expediente sobre los hábitos del arzobispo, sus terrenos de caza favoritos, sus habilidades y recursos, y había salido aquella noche para despejarse antes de planear la operación. Se encontró circulando por el corazón de la ciudad bien pasada la medianoche, observando a los ocasionales jueguistas que salían tambaleándose de sus coches. En otras circunstancias, hubiese podido permitirse algún lujo, pero necesitaba tener la cabeza clara, y una borrachera de segunda mano podía entorpecer su cerebro más tarde. Seguía teniendo algo de hambre, pero un discreto encuentro horas atrás había eliminado lo peor, y ya encontraría a alguien cuando hubiese acabado con el trabajo de aquella noche.

Pero mientras tanto, numerosos ejecutivos de seguros, publicistas y otros moradores del centro de Connecticut pasaban bajo la sombra de la muerte y seguían su camino, sin saber lo cerca que habían estado de la destrucción. Lucita se enorgullecía de ser capaz de moverse entre los mortales sin que se diesen cuenta de que había algo raro en ella. Casi todos los jóvenes Vástagos se apresuraban a conseguir un aura de peligro que los distinguiese de la masa, mientras que los más viejos la adquirían de forma inconsciente: en cuanto uno entraba en una habitación, el ganado percibía la presencia de un lobo entre el rebaño, actuando en consecuencia. Por esa razón, los humanos eran siempre excelentes sistemas de alarma contra las incursiones de otros Vástagos. Eran como los canarios de los mineros, una forma segura aunque cara de detectar la proximidad de un peligro invisible.

Pero Lucita podía confundirse entre la multitud, y aquello la hacía mucho más peligrosa. Por supuesto, podía ser detectada como lo que era, pero sólo si era buscada a propósito. De todas formas, la señal de alarma que movía a muchos vampiros a buscarla era la reacción de los mortales a su alrededor. Aquello facilitaba mucho el trabajo de Lucita.

Pasó junto a lo que había sido un local de los grandes almacenes G. Fox, y después ante un bullicioso restaurante que

anunciaba cerveza casera fría. Al otro lado de la esquina, los coches empezaban a formar una ansiosa cola al abrir sus puertas el Hartford Stage después de otra representación. Más adelante, un paso elevado llevaba la 84 de West Hartford hasta el río. Lucita pudo ver que no había mucho más, así que giró sobre sus pies, olfateando el aire, y emprendió el camino de vuelta.

Posiblemente, aquello daría al hombre que la estaba siguiendo tiempo para recuperar el aliento.

Llevaba varias manzanas siguiéndola, y no lo hacía mal para ser un humano. No se acercaba demasiado, aprovechaba el terreno y sabía encontrar sombras en las que esconderse.

Por desgracia para él, usar las sombras no era lo mejor para enfrentarse a alguien de su clan.

Lucita contuvo el impulso de sonreír. Su súbito giro había asustado al hombre, que se había lanzado a buscar una cobertura. En aquel momento estaba agazapado en un callejón al lado de la cervecería, intentando fundirse con las sombras junto a un contenedor rebosante de basura. Seguramente esperaba a que Lucita pasase de largo y a que el tráfico de la salida del teatro se despejase por fin para tener el campo libre. Si era listo, intentaría arrastrarla al callejón y ponerse manos a la obra allí.

No había duda de que aquel tipo de cosa funcionaría muy bien contra una mujer mortal. Pero por desgracia para el espíritu de la libre empresa callejera de Hartford, Lucita no era ni mucho menos una mujer corriente. Un aguijonazo de hambre le recordó que no había comido demasiado bien: con pasos lentos, se acercó a la emboscada.

El tráfico se había despejado. Un semáforo pasó de verde a rojo para beneficio de la noche. Lucita se detuvo, inclinándose para hacer ver que se ajustaba el nudo del zapato izquierdo.

Sorprendentemente, el atracador no saltó sobre ella. Lucita mantuvo su postura un momento más, y por fin se volvió hacia el callejón. Oyó un amortiguado ruido de forcejeo, seguido por un golpeteo metálico que sólo podía producir una cabeza humana botando repetidamente sobre una tapa de cubo de basura.

–Hijo de puta –murmuró ella, y entró en el callejón. Pudo distinguir dos figuras. Una se movía, y la otra no. La que se movía se

volvió hacia ella y siseó. Su rostro era una horrible masa de cicatrices y llagas, y sus ojos tenían un resplandor rojo. Dejó caer el cuerpo del atracador al suelo y dio un paso hacia Lucita. Unas largas y crueles garras salieron de sus dedos, reflejando la luz del cartel de neón rojo de enfrente.

–No me impresiona –dijo Lucita–. Eres lento y chapucero.

–¿Qué demonios... –dijo el Nosferatu, abandonando su pose agresiva–. Oh, mierda. Eres de la Estirpe. ¿Quién demonios eres? No he visto que te hayas presentado al... Espera. ¿Lucita?

Ella contó hasta diez, primero en español y después en latín.

–Vas a explicarme por qué conoces mi nombre, ¿de acuerdo? Y después me explicarás qué estás haciendo aquí, y por qué no debería hacerte lo que has hecho tú con mi cena.

–¿Con él? –El pequeño y feo vampiro bajó la mirada hacia los destrozados restos de lo que había sido un atracador–. Maldita sea. Supongo que debía habérmelo figurado. Le vi siguiendo a una bonita dama, y las órdenes del príncipe son mantener limpio el centro de la ciudad porque quiere atraer inversores, y... –La voz del Nosferatu se perdió en el aire al ver la desdeñosa expresión de Lucita–. Bueno, lo que sea. Te conseguiré otro enseguida. Al lado de la estación de autobuses es un sitio estupendo.

Lucita empezó a dar golpecitos con los dedos sobre la pared de ladrillo del callejón. Su irritación era palpable.

–Aún no has contestado a mis preguntas: tienes diez segundo para hacerlo. Nueve. Ocho. Siete.

–Conozco tu nombre porque trabajo para Schreck... Bueno, trabajo con gente que trabaja para Schreck, al menos por el momento... ¡vale, vale! Tengo un mensaje de Schreck para ti. Se suponía que debía dártelo en tu hotel, pero iba a tener que esperar hasta más tarde. Entonces vi a este tipo ahí, y... ¡jurrkk!

Lucita agarró al vampiro por el cuello, apretando, y le alzó contra la pared con una fuerza impresionante. Los pies del Nosferatu se agitaban salvajemente a medio metro del suelo, sin ningún efecto. Aunque se debatió desesperadamente, arañando las manos de Lucita, ella no aflojó la presa.

–Para ya –dijo Lucita secamente– o haré que te sujeten las

sombras. ¿Preferirías eso? –El Nosferatu sacudió la cabeza con violencia en señal de negación, al menos tanto como pudo–. Bien. Ahora tendré que sentarme con el señor Schreck en algún momento y recordarle que no emplee a idiotas. Si tienes un mensaje, lo entregas. Inmediatamente. No hablas de asuntos confidenciales a menos que estés en un lugar confidencial, y este callejón no lo es. No aceptas identificaciones sin pruebas: ¿cómo sabías que yo era Lucita, porque me parecía a una foto que has visto? ¿Y si hubiera sido un modelacarnes, entonces qué?

Soltó al Nosferatu, que cayó junto al cadáver del atracador, con una boqueada refleja. Lucita hizo un gesto rápido y seco y las sombras del callejón empezaron a cerrarse sobre ellos.

–Esta noche has tenido suerte. Soy exactamente quien tú crees que soy, y aceptaré tu mensaje ahora. ¿Cuál es?

El Nosferatu miró las sombras que se cernían sobre él y gimoteó, intentando enroscarse sobre sí mismo.

–¡Se supone que debo decirte que te quedes en Hartford, que puede que el objetivo venga hacia aquí! Van a asaltar la ciudad como hicieron con Buffalo, y él estará ahí. –Una de las sombras, más atrevida que las demás, se frotó contra la arrugada carne de su brazo–. ¡Oh, Dios mío, no! ¡Haz que se vaya, te lo he dicho todo!

Lucita pensó por un momento. No quería quedarse allí ni un segundo más de lo necesario: ni siquiera en circunstancias normales era su tipo de ciudad. Por otra parte, Schreck le había sugerido dos noches antes que fuese allí, y ahora aconsejaba paciencia. Hasta el momento, su información había sido bastante precisa. Si la presa iba a ir hacia ella, podía esperarla.

Además, tenía otra fuente para confirmar los movimientos de su presa, una fuente que estaba casi segura llevaba al Sabbat.

Habiendo tomado una decisión, se volvió hacia el tembloroso vampiro, ya casi cubierto por las sombras.

–Muy bien, gracias por tu amabilidad al traerme el mensaje. Me aseguraré de comunicar al señor Schreck que has cumplido el encargo.

Cerró los dedos de la mano derecha formando un puño, y las sombras se contrajeron imitando el gesto. Hubo un breve y repulsivo

crujido, y luego la oscuridad volvió a su lugar de origen. Lucita observó los cadáveres, consideró lo repleto que estaba el contenedor, y se alejó caminando dignamente.

MARTES, 31 DE AGOSTO DE 1999, 1:31 AM
HYATT REGENCY, CAPITOL HILL, WASHINGTON, DC

–¿Exactamente cuánta información sobre las defensas le dio su informador en el consejo, Arzobispo? –La voz de Borges traicionaba una cierta irritabilidad, pero aquello era todo. Talley le miró, rogando en una silenciosa plegaria que el temperamento del hombre no llegase más lejos, al menos no aquella noche. Había demasiado trabajo que hacer.

Vykos empujó un pequeño fajo de papeles a través de la mesa con expresión distante. Por suerte, el plano de Hartford que había sobre el tablero no se arrugó.

–Todo lo que me enviaron está ahí, Arzobispo Borges. Sabemos tanto como ellos por lo que se refiere a su número y sus fuerzas. La mayoría de los Cainitas de la ciudad serán evacuados mañana por la noche, dejando sólo una rudimentaria defensa de chiquillos recién creados y ghouls suicidas.

Borges lanzó una mirada a Talley, que asintió, y alargó la mano hacia los papeles. Durante varios minutos no hubo más sonido que el rumor de las hojas y diversos gruñidos de aprobación o desaprobación emitidos por el Arzobispo, aparentemente sin darse cuenta.

–Mmmh... ¿Veinte vampiros recién Abrazados, una docena de ghouls, y nada más? –dijo por fin–. Podríamos barrer la ciudad con una sola manada. –Parecía satisfecho de sí mismo al dejar los papeles de nuevo sobre la mesa.

–Podríamos –dijo Vykos– y al hacerlo confirmaríamos a la Camarilla que, de nuevo, sabíamos exactamente con qué nos íbamos

a encontrar. Un error así podría descubrir a mi contacto, y perderíamos uno de nuestros mejores recursos. –Su rostro no mostraba señal alguna del disgusto que teñía su voz.

–Cierto. Y por eso debemos atacar con una fuerza abrumadora. ¡Hemos de ahogarles en sangre, llenar las calles de enemigos!

–Borges estaba de pie, con la cara enrojecida al imaginar una victoria que aún no había llegado–. Nada de bajas como en Buffalo: ¡los erradicaremos a todos mediante la fuerza y el número!

–No podría estar más de acuerdo –añadió Polonia–. El ataque debe ser aplastante, y en lugar de encomendárselo a un subordinado, creo que un arzobispo debería ir al frente. Es usted el líder perfecto –dijo mirando a Borges.

El Arzobispo de Miami, cuyos procesos mentales parecían haber alcanzado a su fanfarronería, hizo una pausa ante la sugerencia y volvió a sentarse.

–¿Mando personal, en el terreno?

–No es una buena idea –dijo Talley de inmediato. Había esperado que Vykos sugiriese algo así... pero ¿también Polonia?

–No hay gloria sin riesgo –señaló Polonia–. Y con usted a su lado, Talley, estoy seguro de que el Arzobispo Borges no tendrá nada que temer. En cualquier caso, yo debo atender unos asuntos en Nueva York... llevo fuera demasiado tiempo... y Vykos está ocupada con los Tremere aquí en Washington.

Talley gruñó. Borges, incómodamente agitado en su asiento, parecía atrapado entre la amenaza de Lucita por un lado y la posibilidad de aplastar a sus enemigos por el otro.

–Vallejo puede supervisar el asedio contra los Tremere tan bien como yo –dijo Vykos de pronto–. Si sirve para que todos se sientan más tranquilos, acompañaré al Arzobispo Borges, como simple observadora, por supuesto. Con dos arzobispos, cuya sola presencia define la palabra "matanza", y una fuerza considerable, deberíamos disipar las sospechas de que tenemos un informador, sobre todo si esta vez retrasamos el ataque. –La voz de Vykos sonaba neutra, pero divertida.

Borges se volvió hacia sus pares, y luego hacia la desapasionada cara de Talley.

–Aun así –dijo– llevaremos un buen número de tropas, y la Arzobispo Vykos y yo nos aseguraremos de permanecer a la vista. No espero que la velada sea un ejercicio para ninguno de nosotros, pero de todas formas será bueno para su informador que nos vean en el campo de batalla. –Borges torció la cabeza, con un gesto de pájaro, hacia su guardaespaldas–. Y confío en que Sir Talley nos mantenga a salvo mientras tanto.

Talley frunció el ceño un momento.

–Podré hacerlo si ustedes no se arriesgan demasiado, Excelencia. Lo digo ahora para no verme obligado a recordárselo más tarde.

Borges asintió, desechando la objeción con un gesto.

–Sí, sí. Lo entiendo. Le aseguro que no correré riesgos innecesarios, y confío en que la Arzobispo Vykos hará lo mismo.

–Muy bien –dijo Talley. Sonaba resignado y no muy convencido. Borges lo ignoró.

–Arzobispo Vykos, ¿le gustaría incluir a alguno de los suyos en la operación? Quizá el Sastrecillo tenga alguna mascota que quiera probar, o puede que alguno de sus seguidores se sienta inquieto y quiera disfrutar de una noche de ejercicio en el campo. Estaba pensando que con tres manadas, aparte de nuestra propia presencia, será suficiente. Podríamos usar la universidad, el centro cívico y este cruce como puntos de partida.

–No sabemos dónde estará situado el enemigo, Arzobispo. ¿Por qué no esperamos a que nos lo diga mi contacto? –La voz de Vykos sonaba cansada: era obvio que lamentaba haber accedido a formar parte de aquello.

–El enemigo es la Camarilla. Todos lo que debemos hacer es encender unos cuantos fuegos y poner en peligro su preciosa Mascarada, y vendrán corriendo a nosotros. –Borges golpeó el mapa con el dedo un par de veces–. Me gusta la idea, ahora que lo pienso: si hacemos que ataquen nuestras posiciones, perderán toda la ventaja de las defensas que puedan haber preparado. Funcionaría. Ahora, en cuanto a la sincronización...

Talley dejó de escuchar a Borges, y empezó a pensar formas de sacar del peligro a los dos arzobispos cuando las cosas se pusieran

feas. El plan era pasable pero torpe, pues no tenía en cuenta muchas posibilidades. Las preocupaciones eran muy numerosas: la presencia de Lucita había sido cuidadosamente evitada a lo largo de la sesión –Talley había intentado sacar el asunto en varias ocasiones, y Vykos y Borges habían cambiado de tema todas las veces–; quizá Lucius hubiese decidido enseñar otra lección a Vykos enviando información falsa y dejando que la ofensiva del Sabbat cargase contra una motosierra con la forma de Theo Bell; la implicación de Vykos en otros asuntos, así como la conveniente ausencia de Polonia también era inquietante. Y así con todo.

Pero los arzobispos, ensordecidos por su arrogancia y su sensación de superioridad, no parecían inclinados a escucharle. No, lo mejor, decidió, sería esperar hasta que las cosas pareciesen peligrosas y entonces sacar al objetivo del terreno si Lucila aparecía... *cuando* apareciese. El resto del ataque podría tener éxito o no por sus propios medios, pero era su trabajo lo que preocupaba a Talley.

–¿No está de acuerdo, Sir Talley?

El templario salió de sus meditaciones para ver a ambos arzobispos mirándole de forma rara, aunque quizá por distintos motivos.

–Por supuesto, Excelencia. En este caso es como usted dice.

Vykos pareció sorprenderse un poco. Borges sonrió satisfecho de sí mismo.

Y Talley deseó que la lucha empezase de una vez para no tener que seguir escuchando aquello.

Lucita estaba de pie en una esquina de West Hartford, observando la entrada del campus universitario. El césped estaba de color marrón, el cartel era feo y sólo se veía un montón de plazas de aparcamiento. Aquello significaba que no habría cobertura cerca, que era lo que quería ella. Sacó su teléfono y marcó un número que le habían dado algún tiempo atrás, cuando empezó todo el asunto. Tendría que abandonar otro número cuando terminase la llamada, pero Schreck parecía encantado de proporcionarle todo lo que necesitase para evitar ser rastreada.

Además, el lacayo de Schreck le había dicho que se quedase por Hartford. Ya había pasado más de una semana desde entonces, y aún no había señales de su objetivo. Quizá su *otro* cliente tuviese mejor información.

La llamada conectó haciendo varios clics. Tras la consabida serie de pitidos y chirridos, un cauteloso "¿Hola?" fue la respuesta.

–Buenas noches.

–Ah, doña Lucita. Es una alegría tener noticias tuyas. –La voz del vampiro al otro extremo de la línea era pulida y educada–. ¿Puedo serle útil de alguna forma?

–En realidad se trata de una pequeñez: me pregunto si podría darme usted algún indicio de por dónde andará mi objetivo las próximas noches.

Hubo una pausa.

–¿Y por qué iba a saber yo eso, doña Lucita?

–Porque quien maneja sus hilos lo sabe, ¿verdad? No estoy tan ciega como para no ver lo que tengo delante. ¿Quién es? ¿Polonia? ¿Vykos? ¿Alguno de los idiotas de peso de Ciudad de México?

Otra pausa.

–Me temo que no tengo ni idea de lo que me habla. Lo lamento profundamente.

–Y yo lamento que sea tan mentiroso. Así que dígame: ¿dónde estará?

–En cuestión de dos semanas, puede que Hartford sea un buen sitio para cazar. Confío en que le baste con esa información.

–No voy a mentirle: no me basta, pero tendré que conformarme. Muy bien. Gracias por su amabilidad.

–Ha sido un placer.

La línea se cortó con un chasquido. Lucila plegó el teléfono y lo guardó. Después cruzó la calle al trote hacia el campus. Siempre era bueno conocer el terreno, y además estaba hambrienta.

**MARTES, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 12:27 PM
FACULTAD DE DERECHO, UNIVERSIDAD DE CONNECTICUT,
WEST HARTFORD, CONNECTICUT**

Hartford se moría por partes, pero los síntomas estaban casi todos muy bien disimulados. Había un incendio en el Centro Cívico, y otro en el exterior de la estación de la CBS en el centro de la ciudad. Las puertas de madera exquisitamente labrada de la biblioteca habían sido aplastadas por un camión cuyo conductor había perdido el control del vehículo, pero no parecía haber heridos. Los policías que no estaban atendiendo las otras crisis de la ciudad emprendieron la búsqueda del conductor, que al parecer había huido a pie de la escena del accidente. Había disparos en el cementerio Monte Sión, y una colisión múltiple bloqueaba el Charter Oaks Bridge en dirección este. Un atropello con fuga y resultado de muerte había tenido lugar en la I-91, justo al norte de la salida de la I-84. La lujosa galería comercial de Corbin's Corners, al oeste de la ciudad, estaba siendo saqueada por una banda de adolescentes que los guardias de seguridad decían no haber visto nunca. Una fiesta en el campus universitario había degenerado en un tumulto, y un autobús se había averiado justo en frente de la comisaría de Asylum Avenue, de forma que nadie podía entrar ni salir.

En algún lugar de aquel caos meticulosamente organizado, Talley había podido convertirse de nuevo en el Sabueso.

El plan inicial había previsto que los comandantes de la operación –Borges, Vykos y el propio Talley– permanecerían lejos de

la acción, dirigiendo a las tropas sin ponerse en la línea de fuego. Además, al insistir en que Vykos y Borges se mantuviesen cerca, Talley había reducido la capacidad de cada uno de actuar contra el otro (por si alguno planeaba hacerlo), mejorando sus propias posibilidades de protegerlos. En teoría, la presencia de Talley bastaría para hacer que ambos arzobispos se comportasen, aunque no era una garantía absoluta.

Los problemas empezaron con un disparo afortunado. Algún francotirador de la Camarilla dejado como pantalla de la retirada había logrado descubrir la ubicación del centro de mando Sabbath, empezando a tirar contra el trío de enormes ghouls de guerra que Vykos había llevado consigo como precaución. La cabeza de uno de ellos reventó con el segundo disparo.

Seguida por los dos ghouls restantes, Vykos empezó a dar un rodeo para atacar al francotirador por el flanco. Cuando Talley se opuso a ello en términos muy claros, arzobispo y templario estuvieron a punto de llegara las manos al respecto, su discusión puntuada por los disparos del rifle. Vykos insistió en atacar a pesar de las protestas de Talley.

–¡Estupendo! –escupió el Sabueso–. Si quiere hacerse matar, cuidaré de Borges.

Cuando Talley se volvió hacia el otro arzobispo para decirle que se quedase allí, descubrió que se había ido.

Quizá la sangre fresca derramada por los ghouls se hubiese combinado con la excitación de la batalla para provocarle un frenesí, o quizá Borges estuviese de humor guerrero. En cualquier caso, se había marchado.

Talley soltó una sarta de maldiciones, breve pero sentida. Tenía dos opciones: seguirá Vykos, que había desdeñado su consejo y avanzaba con sus dos ghouls de guerra, o intentar encontrar y proteger a Borges, que también había ignorado las advertencias de Talley, pero estaba solo y había sido puesto al mando, convenientemente, por Polonia y Vykos. La Tzimisce había demostrado a lo largo de los siglos su capacidad para cuidar de sí misma; Borges, por decirlo suavemente, no lo había hecho tan bien.

A fin de cuentas, en realidad no había opción.

Así que Talley se lanzó hacia la noche iluminada por los incendios para encontrar a Borges. Matar a todo el que se cruzase en su camino sería simplemente un premio adicional.

MARTES, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 1:36 AM
PARK TERRACE, HARTFORD, CONNECTICUT

Talley no era el único cazador en las calles aquella noche. Silenciosamente y sin esfuerzo, Lucita pasaba de una sombra a otra, observando. Vio sin emoción alguna cómo un rugiente ghoul de guerra aplastaba a alguien que llevaba un uniforme de policía hasta convertirlo en una pulpa sanguinolenta, y después volcaba su coche patrulla como medida adicional. Las llamas lamían el vehículo, iluminando toda la escena en rojo y amarillo. Contempló sin decir nada a una manada de *antitribu* aullando salvajemente en Pope Park, disparando contra todo lo que se movía y aniquilando a la escuadra de Brujah recién creados que saltó de los árboles contra ellos. Vio con el ceño fruncido a Vykos haciendo pedazos a un hombre que se había puesto en su camino, simplemente por el delito de estar en el lugar y el momento equivocados. Ninguna de sus fuentes le había dicho que Vykos fuese a estar allí.

Pero no veía a Borges por ninguna parte. Sabía que estaba allí, pues oía su nombre con frecuencia. A pesar de las llamadas, el arzobispo no aparecía. Había muestras de su presencia por todas partes –sobre todo cuerpos destrozados, mezclados con el trabajo más pulcro de Talley– pero el arzobispo en sí era tan escurridizo como el humo.

Por suerte, Talley no lo era. A falta de algo mejor que hacer –la defensa de la ciudad no era asunto suyo, aparte de la eliminación del Cainita que dirigía el ataque– empezó a seguir al Sabueso en sus

movimientos de la escena de una carnicería a la siguiente. De vez en cuando, Talley se detenía y examinaba el rastro dejado por Borges, pero generalmente se mantenía en movimiento, rápido, furioso y mortífero. En ocasiones, Lucita le veía causar daños sorprendentemente graves en su camino, y poco a poco se dio cuenta de que no era la única que andaba buscando a Borges. El arzobispo se había soltado de la correa y estaba suelto en la ciudad, Dios sabía dónde.

Se hubiese reído de no haber temido revelar su presencia a Talley. Lucita sabía que era una suerte que el Sabueso estuviese preocupado, pues de lo contrario la hubiese descubierto: no dudaba de que Talley consideraría infinitamente preferible detenerla a encontrar al arzobispo errante antes de que se hiciese daño. Después de todo, si ella estaba ocupada, ¿quién más en la ciudad iba a poder no sólo dañar a Borges, sino matarle?

Conocía la respuesta a aquella pregunta, por supuesto, pero no perdió tiempo con especulaciones al respecto.

Mientras tanto, cada vez estaba más claro que Talley buscaba a Borges en medio de las llamas y el caos. Lucita tenía tres opciones: podía seguir a Talley hasta dar con Borges con la esperanza de eliminar al arzobispo antes de que él pudiese intervenir, actuar por su cuenta con la esperanza de encontrar a Borges antes que Talley, o abortar la operación y aguardar otra oportunidad.

Le llevó una fracción de segundo decidir que lo mejor sería seguir a Talley. Estaba saciada y había descansado bien, mientras que el Sabueso tenía que tratar de vez en cuando con las complicaciones que Borges había dejado a medias en su prisa o en su frenesí. Además, Talley seguía la pista a toda prisa, sin parar para alimentarse. El propio Borges estaba dejando un impresionante rastro de sangre a su paso, lo que indicaba sin duda que estaba recurriendo a su vitae: a juzgar por la cantidad de sangre que manaba de las heridas y salpicaba las paredes, el Arzobispo de Miami tampoco se detenía para comer. Cuando Talley alcanzase por fin a su protegido, y Lucita con él, ambos hombres estarían débiles. Hambrientos. Incapaces de rechazar un ataque continuado. Con suerte, también podría eliminar a Talley para siempre. A su querido sire no le gustaría

que rompiese uno de sus juguetes favoritos, pero Talley era un factor demasiado inestable para dejar que circulase libremente. Si se presentaba la oportunidad de eliminarle, la aprovecharía, y ya enviaría más tarde una tarjeta de pésame a Monçada.

A unas pocas manzanas de distancia, alguien bramaba rabiosamente. Un grito de terror acompañó al rugido, elevándose con él en la noche. Talley ni siquiera se molestó en detenerse y mirar. Sencillamente se lanzó a la carrera hacia allí a una velocidad inhumana. Lucita sonrió como una loba y le siguió sin hacer ruido.

MARTES, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 1:38 AM
PARK TERRACE, HARTFORD, CONNECTICUT

Talley había pasado casi una hora maldiciendo por lo bajo sin parar, desde el mismo instante en que aquel idiota de Borges se había metido en la refriega. En circunstancias normales, hubiese dado con él en cuestión de minutos, pero las circunstancias distaban mucho de ser normales. Borges era un equipo de demolición encarnado en un solo vampiro, pero aquello no era lo que requería la situación. Tras él, las tropas avanzaban atropelladamente a falta de un mando coordinado. Cada vez que una manada superaba la menor resistencia, sus componentes sentían la necesidad de celebrarlo ruidosamente e incendiar lo que tuviesen a mano. Aquello no tenía ninguna utilidad salvo ocultar la pista de Borges y colapsar las calles más importantes, por no mencionar la muerte en la hoguera de algunos Sabbat demasiado imprudentes o demasiado entusiastas. Sólo el olor de la sangre en el aire le guiaba, pero por suerte aquello era bastante para el Sabueso.

La otra complicación era el hecho de que no todas las víctimas de Borges hubiesen muerto. Algunas demostraban una sorprendente capacidad de lucha cuando Talley pasaba a su lado en pos del

arzobispo. Uno de los caídos se hizo el muerto hasta que Talley estuvo casi encima de él, y entonces le metió dos balas en el brazo izquierdo. Talley se puso a cubierto y envió un tentáculo de sombra desde debajo de un buzón de correo para aplastar al hombre (no tuvo tiempo de ver si se trataba de un Cainita, un ghoul o un espectador inocente aficionado a las armas) hasta dejarlo hecho una pasta inidentificable. Otras víctimas se limitaban a gemir, y Talley se tomaba un segundo para despacharlas de un solo golpe: al fin y al cabo, nunca podía decirse quién estaba fingiendo, y después de aquella primera sorpresa Talley quería asegurarse de que no habría ninguna más. Hasta el ghoul más débil podía distraerle en el peor momento con una bala o una embestida, y distracciones era lo que menos necesitaba si iba a enfrentarse a Lucita.

Más chillidos y gritos de rabia llegaron desde la distancia. Talley se concentró por un momento en cerrar las heridas que le habían abierto las balas y redobló su velocidad con la esperanza de alcanzar a Borges y hacerle salir del combate. Esperaba que el arzobispo se resistiera, lo que le daría ocasión de dejarle inconsciente a golpes.

Consideró la idea de forzar la voluntad del arzobispo para llamarle, pero si Borges estaba metido en una pelea seria, como por ejemplo con Lucita, la alteración psíquica provocada por la llamada podría ser la diferencia entre esquivar un golpe y casi esquivarlo. Talley no se atrevería a correr aquel riesgo mientras Borges no estuviese seguro. Aunque el arzobispo no fuese el objetivo de Lucita –lo que seguía siendo una posibilidad– había puesto en peligro toda la operación con su salida, y aún podía hacer que lo mataran. Talley estaba seguro de que la Camarilla cambiaría gustosa Hartford por un arzobispo.

Mientras se lanzaba hacia delante, el Sabueso se hizo una pequeña promesa: cuando Borges estuviese fuera del campo de batalla, iba a sacarle la mierda no muerta a golpes a aquel cretino. Borges iba a sobrevivir a aquella batalla, al menos si Talley podía decir algo al respecto, pero iba a desear no haberlo hecho.

Los gritos se extinguieron y Talley bajó la cabeza para un *sprint* final. Con algo de suerte, aquel grito sería Borges saliendo de su frenesí. Si no, significaba que Lucita acababa de encontrarle. En

cualquier caso, Talley quería estar allí. Corrió, como un loco.

MARTES, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 1:43 AM
PUTNAM STREET, HARTFORD, CONNECTICUT

El Arzobispo Borges miró a su alrededor con una son risa de satisfacción en el rostro. Había al menos tres vampiros muertos esparcidos ante él. Los tres estaban en diversos estados de descuartizamiento, y a uno de ellos le faltaban todos los miembros. Habían luchado bien, con una desesperada e irracional ferocidad, pero no habían tenido ni una oportunidad. Azuzar unos caniches contra un oso gris no era más estúpido que pedir a unos vampiros inexpertos y recién salidos del Abrazo que detuviesen a un arzobispo en el cénit de su poder.

Aquel cruce no tenía nada de especial, y Borges no tenía idea de por qué los vampiros habían muerto en su defensa. Quizá tuviese algún significado emocional, o simplemente se hubiesen perdido. En cualquier caso, habían tenido la mala suerte de encontrarse con el Arzobispo Borges en pleno ataque de locura. Uno se las había arreglado incluso para arañarle la cara con una garras rudimentarias, pero Borges había cogido el brazo del chico en pleno ataque, rompiéndolo como un palito.

Tras la caída del primer atacante, Borges había cargado contra el segundo a una velocidad inhumana. Mientras su oponente intentaba un torpe gancho, él se había dejado caer sobre una rodilla, lanzando un directo con todas sus fuerzas. Hubo un crujido amortiguado y el vampiro gritó de dolor al doblarse en una forma impropia del torso humano. Mientras el hombre caía, Borges lanzó un puñetazo hacia arriba que conectó con su barbilla, casi arrancándole la cabeza.

El primer vampiro volvió a atacarle por detrás, aullando y sujetando su brazo roto. Borges se volvió para coger la cabeza del

muchacho entre las manos. Mientras el vampiro se debatía impotente, Borges la hizo girar bruscamente hacia la izquierda y fue recompensado por el sonido de las vértebras al romperse. Después la torció hacia la derecha con el mismo resultado, para dejar caer el estremecido cadáver a sus pies.

El tercer vampiro escogió aquel momento para atacar... alertando a Borges con su grito. El arzobispo casi rió al ver a su adversario, un hombre de mediana edad con un espantoso traje marrón, su rostro retorcido en una monstruosa máscara por el odio y el frenesí. El vampiro saltó contra Borges, que se agachó, giró y cogió el tobillo del hombre cuando pasaba junto a él. El impulso del salto era tan grande que Borges pudo usarlo para sus propios fines, haciendo girar al hombre y estrellándole contra el suelo de hormigón. Sin detenerse, Borges hizo girar el tobillo de su enemigo, y siguió haciéndolo. El crujido no fue muy distinto al del cuello de su amigo, pero permitió al hombre soltar un pequeño grito. Borges rugió de triunfo y se ocupó de la rodilla del vampiro, que tampoco tardó en romperse, y después todo se había perdido en una roja neblina de recuerdos...

Borges parpadeó. Talley le dio otra bofetada, lo bastante fuerte como para romper la mandíbula de un hombre más débil.

–Maldito cretino inútil e insensato –dijo el templario–. ¿Por qué demonios ha salido corriendo así? No, no me lo diga. Ya se ha pintado una diana en la espalda para Lucita, y no quiero que permanezca aquí más de lo necesario. Nos vamos, Arzobispo. Nos vamos ahora mismo. –Cogió la mano de Borges y tiró de ella como alguien sacaría de una tienda a un niño que se portase mal–. Y cuando le haya sacado de esto, quiero que se arrodille y se pase una hora dando gracias a Dios por haber sido encontrado por mí y no por Lucita. *Vamos*.

Borges liberó su mano, y Talley le miró con disgusto.

–Está yendo demasiado lejos, Templario –dijo el arzobispo con dureza–. ¡He ganado esta batalla, y usted intenta robar mi gloria para Vykos haciéndome salir del campo! ¡No voy a tolerarlo!

Talley ya había tenido suficiente.

–¡Estupendo! Tiene usted toda la razón. Tengo dos balas en el hombro porque me importa una mierda qué idiota de ustedes se lleva

el mérito de tomar una ciudad que ni la Camarilla considera que valga la pena defender. Brillante, arzobispo, absolutamente brillante. Ahora no diga nada y venga conmigo –dijo. Unas franjas de sombra salieron de todos los rincones para aferrar a Borges. Antes de que el hombre pudiese siquiera protestar, quedó bien atado y cayó en silencio sobre la acera. Rápidamente, Talley se acercó al cuerpo tendido y se lo puso bajo el brazo. Era el momento de salir del campo de batalla, y la única forma de que el arzobispo se moviese rápido sería llevándolo como equipaje.

Talley se sintió repentinamente harto y asqueado de todo aquello. Los últimos minutos, con el ataque de Borges en particular, habían reforzado una cierta sospecha que el templario tenía desde tiempo atrás. Decidió que protegería a Borges hasta el final de la batalla, encontraría a Vykos para acabar con el asunto, y después cogería el siguiente vuelo nocturno a Madrid. Allí le diría a Monçada lo que había descubierto, y que el cardenal tendría que encontrar otro perro faldero para aquella clase de misiones. Después se iría a la Selva Negra y pasaría un mes de vacaciones cazando lupinos. Cualquier cosa sería mejor que quedarse atrapado en aquella venenosa telaraña de celos y deliberada estupidez.

Siguió avanzando hacia el punto de reunión preestablecido, cargando con Borges tan fácilmente como un hombre llevaría un periódico doblado bajo el brazo. Lucita no se había presentado aún, y el Sabueso se preguntó por primera vez si no se habría equivocado y Polonia sería el verdadero objetivo. Apretó el paso, con el ceño fruncido. Pronto, nada de aquello importaría. Podía ver ya el punto de reunión. Siguió avanzando: aquello estaba a punto de terminar.

Y entonces un gran muro de negrura cayó alrededor de Talley, como todas las medianoches de un siglo a la vez.

CRUCE DE WEST Y PARK STREET WEST, HARTFORD, CONNECTICUT

Lucita contempló la breve discusión entre Talley y Borges, a punto de soltar una carcajada. Si no era un truco, no podía haber pedido una ocasión mejor. Borges estaba atado como un niño y Talley parecía resuelto a sacarle de la ciudad cuanto antes. Lo único que tenía que hacer era esperar al momento oportuno, y Borges sería suyo sin problemas.

Terminaría en cuestión de segundos.

De pronto, Lucita vaciló. Un grito apenas audible cruzó el aire. Ella conocía aquel sonido: era uno de los ghouls de guerra favoritos de Vykos, cazando, y estaba cerca. La asesina maldijo en silencio a su sire y la persistencia de sus herramientas, y soltó las sombras: no podía permitirse esperar más. Un globo de neblina salió de las cloacas para envolver a Talley. El templario ni siquiera tuvo tiempo de gritar antes de ser rodeado por las sombras.

Borges cayó al suelo, sus ataduras desvaneciéndose en cuestión de segundos. Se puso en pie y miró a su alrededor. Lucita hubo de reconocerle el mérito de hacerse cargo de la situación desde el primer vistazo.

–*Me cago en su madre* –dijo el arzobispo, retrocediendo un paso.

Lucita no perdió el tiempo: saltó desde su atalaya, con tentáculos de sombra tras ella, lanzados en busca de su presa.

Borges hizo lo más sensato. Corrió. Canalizando la poca vitae que le quedaba, el Arzobispo de Miami puso pies en polvorosa. Sin una palabra, Lucita abandonó las sombras y corrió tras él.

El miedo le daba alas a Borges. Lucita era más ágil y mejor corredora, y estaba mejor alimentada que él, pero el terror hacía volar su objetivo. Borges se metió por un callejón, salió por el otro lado, dejó atrás unas obras y giró a la izquierda.

Lucita le siguió con tanta seguridad y presteza como una leona cazando a un antílope. Manzana a manzana, iba acortando distancias hasta ir sólo un paso por detrás de Borges.

El arzobispo miró a su espalda, estuvo a punto de tropezar, y dio un acelerón final. Lucita lanzó un golpe, y, tras fallar, hizo que un

pequeño zarcillo de sombra se enredase en los pies de Borges.

El hombre cayó al suelo, deslizándose unos cinco metros sobre la acera. Intentó ponerse en pie, pero Lucita ya estaba sobre él.

–Mis disculpas, Arzobispo –dijo–. Si eso le ayuda a calmar el dolor, será recordado postumamente por haber logrado una gran victoria. –Echó la mano hacia atrás para el golpe de gracia, y sintió que algo agarraba su muñeca. Sorprendida, se dio la vuelta para ver una franja de sombra envolviendo su antebrazo, tirando de ella hacia atrás...

...Talley.

–Tu gordo padre te dijo que no ibas a sufrir daño, Lucita. Supongo que tendré que disculparme ante él por matarle, ¿no? –Tiró del tentáculo, y Lucita cayó de espaldas sobre el asfalto. Una mancha de sangre se extendió por el hombro del Sabueso, pero él pareció ignorarla.

Borges se alejaba medio a rastras.

–Corra, Borges –dijo Talley–. Corra mucho y muy rápido, y rece por que no volvamos a encontrarnos. –Hizo otro movimiento, y la franja de oscuridad en torno a la muñeca de Lucita se apretó con una fuerza capaz de romperle los huesos.

Lucila hizo todo lo posible por ignorarla. Alargó su otra mano hasta el tobillo derecho, donde llevaba siempre un cuchillo arrojadizo. Gritando de dolor, lanzó el arma contra Talley. El tiro iba desviado, pero el Sabueso perdió una fracción de segundo para estimar su trayectoria, una fracción de segundo durante la que no prestó atención a Lucila, y que era todo el tiempo que ella necesitaba.

Otra sombra hizo trizas la de Talley, y la asesina rodó hacia la izquierda mientras su adversario lanzaba otra.

Lucita encontró un ladrillo suelto y se lo tiró. El tentáculo de sombra lo desvió en el aire, pero aquello le dio otro preciosos segundo para ponerse en pie y preparar el contraataque. Media docena de sombras salieron de las bocas de alcantarilla y de debajo de los coches para envolver al templario. Talley gruñó y se disolvió en una sombra para escapar. Mientras tanto, Lucita empezó a correr tras Borges.

La suerte estaba con ella. El arzobispo se las había arreglado

para ponerse en pie, pero no había llegado muy lejos. Uno de sus tobillos estaba roto por el cepo de sombra que le había hecho caer; sería un pobre final para alguien de su rango. Vio que Lucita se acercaba y apresuró el paso, con el miedo pintado en el rostro. Unas sombras se formaron a medias a su alrededor, para desvanecerse después en la nada: el miedo y el dolor le impedían controlarlas.

Lucita no intentó atraparlo, sino que invocó a la oscuridad, sin prestar atención al hambre cada vez mayor que sentía royendo su interior. Un par de tentáculos salieron disparados tras el arzobispo herido, sólo para ser apartados por otros que debían de pertenecer a Talley. Sin detenerse siquiera para mirar, Lucita se lanzó hacia Borges. Algo se enredó en su tobillo e hizo que cayese al suelo. Ensangrentada, consiguió darse la vuelta y ver que un tambaleante Talley había conseguido tumbarla con una sola hebra de oscuridad.

El rostro de Lucita se oscureció por la ira. Talley estaba claramente agotado: no le quedaba nada. Ella estaba cansada, pero aún conservaba fuerzas para ocuparse de él y después de Borges. En todo caso, probablemente podría destruir al arzobispo con las manos desnudas. Cerrando los ojos, dejó de resistirse. El tentáculo tiró de ella, palmo a palmo, acercándola a Talley, envolviendo cada vez una mayor parte de su pierna mientras lo hacía. Era mortífero, ella lo sabía. Incluso Fátima hablaba de él con respeto, y Fátima no solía respetar a ningún *Franj*. Lucita conocía su habilidad y su determinación... pero ahora estaba además enfadado. Podía estar cansado, sin sangre y herido, pero seguía siendo el Sabueso.

Lucita cerró el puño, y una sombra salió de debajo de un coche para acercarse a ella. La alimentó con su fuerza y le ordenó que golpease a Talley. A su manera, la sombra entendió y se dispuso a obedecer. Negra como la noche y terrible, se echó hacia atrás para atacar.

Un bestial rugido sonó a espaldas de Talley. El Sabueso resistió la tentación de darse la vuelta para mirar, y en lugar de ello esquivó el tentáculo de sombra disparado contra su corazón. Lucita maldijo cuando vio que se tumbaba en el suelo y la sombra le pasaba por encima. Hubo otro grito, y uno de los ghouls de guerra de Vykos cayó al suelo a un metro escaso de Talley. Su rostro estaba

irreconociblemente aplastado por la fuerza del impacto de la sombra, pero aún se movía de alguna forma. Otro ghoul de guerra pasó por su lado, lanzando un bramido de desafío contra Lucita.

–¡Detenla! –gritó Vykos a su horrenda masota desde algún lugar a lo lejos.

Talley se puso en pie de un salto, buscando a la arzobispo Tzimisce sin resultado. El ghoul embistió a Lucita mientras Borges se alejaba a trompicones. Talley oyó un repulsivo crujido, y por un momento pensó que aquella monstruosidad había conseguido lo imposible. Entonces el puño de Lucita salió por la espalda de la criatura con un húmedo ruido de succión, y el ghoul se estremeció en su agonía.

Talley no podía atender a nada que no fuese su misión. Saltó contra Lucita, pero lo hizo una fracción de segundo demasiado tarde: la asesina le arrojó el corpachón del ghoul. El peso del cadáver le hizo tambalearse y perder un momento precioso para apartarlo a un lado. Mientras tanto, Lucita se lanzó sobre Borges, que alzó una débil mano para protegerse. Lucita le atacó con salvajismo animal, desdeñando los medios más complicados que sus garras y colmillos para destrozarse el brazo, el pecho y la garganta del arzobispo. Un agudo gemido se elevó en el aire mientras Borges intentaba apartarla. Después hubo un terrible silencio.

Talley embistió a Lucita con todas sus fuerzas, un momento demasiado tarde. La asesina cayó tendida sobre el asfalto, pero las facciones de Borges ya se estaban descomponiendo: el Arzobispo de Miami estaba completa e irrevocablemente muerto.

Lucita se puso en pie, pero no antes de que Talley estuviese de nuevo sobre ella. El Sabueso le cogió la cara con la mano izquierda, dejando un rastro de surcos sangrientos cuando ella se liberó. Talley aulló de rabia y frustración, un sonido escalofriante, cuando Lucita se levantó: lanzó un puñetazo que ella pudo bloquear, pero su segundo golpe dio en la rodilla de la asesina, casi rompiéndola. Talley sonrió como un lobo, describiendo un giro a la izquierda para explotar la pierna herida de su adversaria. Lucita se dio la vuelta como pudo para seguir frente a él.

Con expresión torva, Lucita evaluó la situación mientras Talley

amagaba otra patada a su rodilla. La esquivó dolorosamente, y luego tuvo que evitar un gancho que le hubiese arrancado la cabeza de haber dado en el blanco, Borges estaba muerto. Ella estaba mucho más débil de lo que quería, había necesitado muchas sombras para matar al arzobispo y distraer a Talley. Y el Sabueso estaba a punto de ganarse de nuevo su reputación. Era el momento de marcharse.

Con una fuerza nacida de la desesperación, lanzó una patada con giro contra Talley. Aunque él la esquivó, Lucita aprovechó aquellos instantes para enviar sangre a su maltrecha rodilla. El templario probó otra combinación de golpes, pero ella consiguió evitarlos todos, y convertir su última esquivada en una huida a la carrera. Talley lanzó un grito de rabia y salió tras ella. Si Lucita recordaba bien la ciudad, el río no estaría lejos: sólo tenía que pasar otra hilera de edificios, cruzar la autopista, y estaría a salvo. Tras ella, el templario cargaba a toda velocidad, su agotamiento enmascarado por la ira y la sed de sangre.

Lucita se metió por un callejón entre dos almacenes. Con un bramido, Talley hizo que una sombra se interpusiese en su camino, pero sus fuerzas se estaba agotando, y la barrera se desvaneció antes de que la asesina llegase a ella. Mientras corría, Lucita iba volcando cajas, cubos de basura y todo lo que podía encontrar para frenar a Talley. Pero el templario avanzaba a través de los obstáculos como si no fuesen nada.

La autopista estaba un poco más allá, elevada por su lado. El tráfico en dirección sur era fluido, pero el que iba hacia el norte todavía estaba afectado por los accidentes de las horas anteriores. Lucita musitó una oración de agradecimiento y saltó por encima del muro y la valla de seguridad. Esquivó un Bonneville negro y salió a la carrera. Gastando sus últimas reservas de sangre, cruzó los cuatro primeros carriles. A su espalda, Talley avanzaba como una máquina: los coches circulaban a su alrededor, tocando el claxon. Uno de ellos le rozó con el parachoques. El templario giró sobre sí mismo, pero siguió andando, implacable.

La chiquilla de Monçada no miró atrás. Saltó sobre maletero de un coche y pasó por encima de los vehículos detenidos tan rápido como pudo. En cuestión de segundos estaba al otro lado de la

autopista, en medio de las hierbas de la orilla del río. Talley agotado o no, seguía tras ella.

Lucita se arriesgó a echar una última mirada a su perseguidor. El rostro del Sabueso, claramente visible a sólo unos pasos, era la esencia del odio. Sólo había una salida.

Mandó un beso a Talley y se arrojó a las cenagosas aguas del río Connecticut. Las ondas de su zambullida desaparecieron casi instantáneamente. Se había ido.

Talley la buscó unos segundos demasiado tarde. Podía ir tras ella, pero encontrarla en aquella corriente de barro que pasaba por ser un río sería casi imposible. Además, pensó amargamente, ya tenía lo que de verdad había ido a buscar. Monçada había estado en lo cierto: Borges había resultado ser prescindible. ¿Y Vykos? Vykos había demostrado un notable sentido de la oportunidad, sabiendo cuándo desaparecer y cuando entrar de nuevo en escena. Era una coincidencia fascinante, si de verdad era una coincidencia. Por alguna razón, Talley lo dudaba.

El templario tenía la sospecha de que sabía lo bastante para terminar con aquella maldita misión. Disgustado, se quedó sentado junto a la orilla del río en espera de compañía: no tardó mucho en llegar.

Vykos parecía adecuadamente preocupada al reunirse con él. El Sabueso se dio la vuelta para mirar a la Tzimisce con cansado aborrecimiento.

–¿En qué estaba pensando exactamente allí atrás?

Vykos le devolvió la mirada.

–Intentaba mejorar sus posibilidades, Templario. No creí que se opusiera a recibir un poco de ayuda.

–Me opongo a ser casi pisoteado sin previo aviso, y me opongo a las molestias azuzadas contra mí. Vamos, lleva visitados bastantes campos de batalla para actuar mejor de como lo ha hecho esta noche. Se está volviendo chapucera. –El tono de Talley era cortante, a pesar de su suavidad.

–No había tiempo para hacer otra cosa, Talley. No olvide cuál es su lugar, y no pretenda darme lecciones.

Talley ignoró la advertencia implícita en las palabras de la

Tzimisce.

–No olvido nada, Arzobispo Vykos. Nada en absoluto.

Ambos se quedaron en silencio por un momento. En la ciudad, el ruido de las sirenas y el humo se elevaban en el aire cargado de hollín. Los hombres de Borges estaban erigiéndole una verdadera pira funeraria, aunque aún no supieran que había muerto.

–¿Ha escapado? –preguntó Vykos suavemente.

Talley asintió.

–Como si eso fuese una sorpresa para Su Excelencia. Se ha zambullido en el río, y sin duda llegará hasta el mar. No me extrañaría que nadase todo el camino hasta Florida y robase los puros de Borges.

Hubo otra pausa.

–Hemos tomado la ciudad –dijo Vykos por fin.

–*Usted* la ha tomado. Espero que la disfrute. Ahora yo he de volver con nuestro patrón y explicarle todo lo que ha ocurrido

–respondió Talley con una sonrisa no muy agradable–. Todo, incluyendo cómo sabía Lucita dónde encontrar a su presa.

Vykos le devolvió la sonrisa, tan vacía y artificial como una máscara de Halloween.

–Estoy segura de que el cardenal se mostrará comprensivo, teniendo en cuenta la imposible naturaleza de su misión.

El templario se puso en pie y miró a Vykos, todavía sentada.

–Me marchó, Excelencia –dijo al fin–. Y está usted en lo cierto: sé que el cardenal lo *entenderá*.

Con infinito cuidado y dignidad, se dio la vuelta y emprendió el camino de regreso.

A lo lejos, la explosión de un automóvil llenó la noche... y el ruido fue casi lo bastante fuerte para ahogar la carcajada de Vykos.

MARTES, 21 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 3:56 AM

CRUCE DE LA 99 CON LA I-91, WEST HARTFORD, CONNECTICUT

Lucita salió del agua a tres kilómetros río abajo. Había planeado aquella ruta de escape por si las cosas salían mal, y daba gracias de haberlo hecho. Se quitó la ropa mojada y volvió a tirarla al río. Las prendas flotaron por un momento y después se hundieron, presumiblemente para seguir su camino hacia Long Island. Nada de lo que abandonaba había pasado suficiente tiempo con ella para que un enemigo pudiese usar artes taumatúrgicas contra ella; estaba segura de ello.

Anduvo hasta donde había guardado un juego de prendas secas y otras cosas que podía necesitar. La bolsa negra estaba allí donde la había dejado, pegada con cinta a la parte alta del tronco de uno de los numerosos árboles junto al río. Ágil como un gato, trepó al árbol y recuperó sus cosas. Dejó caer la bolsa al suelo y saltó tras ella. La abrió rápidamente y sacó una muda nueva. Al ponérsela dejó de notar el frío de la brisa del río. En realidad, el cambio no era necesario, pero las ropas mojadas resultaban incómodas y Lucita detestaba la incomodidad. Además, el agua podía estropear los asientos de cuero de su coche.

Tras vestirse, volvió a buscar en la bolsa. Sacó unas llaves, una cartera, un puñado de cuchillos y algunos otros objetos que había preparado la noche anterior para una eventualidad así. Todo había ido, e iba a seguir yendo, de acuerdo con el plan.

Se pasó la correa de la bolsa vacía por el hombro y empezó a andar hacia la carretera. Había aparcado el BMW a unas pocas manzanas de la 91, que seguía paralela al río en aquel punto. El tráfico estaba más despejado y era más fácil de esquivar, así que cruzó la autopista hasta llegar a un puesto de helados con un espacioso aparcamiento. Allí era donde había dejado su coche. También tenía uno de alquiler preparado en Hartford, pero algo le había dicho que sería mejor tener el más rápido allí. A medida que los excesos de la noche empezaban a manifestarse con dolores y calambres, se alegró de haber hecho caso a su corazonada; hubiese odiado tener que abandonar el BMW en Hartford.

Mientras se acercaba al descapotable, Lucita se dio cuenta de que había algo puesto bajo el limpiaparabrisas. Era de color naranja brillante, y al principio pensó que se trataba de un ticket de aparcamiento. Unos pasos más le permitieron identificar el objeto, y la risa que había estado conteniendo murió de pronto en su garganta.

No era un ticket. Ni siquiera se trataba de un pedazo de papel. Era un pañuelo naranja, pulcramente atado al limpiaparabrisas como un recordatorio.

Fátima había estado allí. Lucita había pensado en ella poco antes, y ahora no le parecía una coincidencia. Se quedó de pie, inmóvil. ¿Cuánto tiempo llevaría mirando Fátima? ¿Cuánto habría visto?

¿Había estado allí aquella misma noche? Y en tal caso, ¿estaría esperándola?

Una de las luces del aparcamiento escogió aquel instante para parpadear y extinguirse, y aquello hizo decidirse a Lucita. Desenfundó uno de los cuchillos que había sacado de la bolsa y se acercó al coche. Sin un ruido, cortó el pañuelo y lo dejó caer al suelo. Después revisó rápidamente el vehículo en busca de bombas y trampas, en el fondo sin temer que hubiese ninguna –Fátima nunca la mataría de forma tan grosera– y, una vez satisfecha su curiosidad, abrió la puerta y subió al coche. El motor ronroneó al arrancar, y Lucita salió del aparcamiento casi sin que se le notasen las prisas. La 91 hacia el sur estaba a unas pocas manzanas; a su espalda, Hartford enviaba tenues columnas de humo hacia el oscuro cielo.

El señor Schreck va a recibir una llamada muy pronto, decidió Lucita. Y también su otro cliente misterioso. Cogería su dinero y todo lo demás que le habían ofrecido, les diría a los dos que se fuesen al infierno, y se largaría de aquel asqueroso país.

Quizá sea el momento de confesarte de nuevo, susurró algo que podía haber sido antaño la conciencia de Lucita. El momento de visitar a tu sire.

Lucita frunció el ceño y apretó el acelerador mientras la idea seguía resonando en su cabeza. El coche saltó ansiosamente hacia delante, tan ansiosamente como Talley había saltado contra ella poco antes, Pero aquello había terminado. Había cumplido su misión.

E incluso podía pasar por casa para comentarlo con su sire.

MIÉRCOLES, 22 DE SEPTIEMBRE DE 1999, 7:45 PM (HORA LOCAL)
IGLESIA DE SAN NICOLÁS DE LOS SERVITAS, MADRID, ESPAÑA

El confesionario estaba muy oscuro. Según los rumores, el Cardenal Monçada había aplastado hasta la muerte a un gran número de Cainitas allí dentro con su terrible dominio de las sombras, pero Talley no creía en aquellas historias: Monçada era lo bastante fuerte para no tener que recurrir a aquellos trucos. Oyó que la enorme masa del cardenal se deslizaba para ocupar su puesto al otro lado de la partición del confesionario. El ventanuco se abrió con un chasquido.

–¿Sí? –dijo el cardenal.

–Bendecidme, Padre, pues he pecado –musitó Talley–. Han pasado cuatrocientos doce años, tres meses y seis días desde mi última confesión.

Monçada cloqueó su desaprobación.

–Eso es mucho tiempo, hijo mío. Has tenido ocasión de pecar muchas veces. Pero es bueno que hayas vuelto a la Iglesia. Cuéntame, entonces. Dime qué pecados te han mancillado a lo largo de cuatro siglos,

–He matado, Padre. He mentido, he codiciado, he robado. Y he fallado a mi cardenal –confesó Talley con la cabeza gacha. De alguna forma, las sombras parecían acercarse más, aunque el templario se dijo que debía de ser sólo un truco de su imaginación.

Hubo un rumor de ropas.

–Cuéntame más.

–El Arzobispo Borges ha muerto. A manos de vuestra chiquilla.

–Tch. Es una noticia verdaderamente triste, hijo mío. ¿Cómo ha podido ocurrir algo así? –Las sombras alrededor de Talley se

acercaron todavía más.

El templario resumió los acontecimientos de las últimas noches. Le llevó un rato sorprendentemente largo, y se encontró esperando no aburrir a Monçada.

Cuando Talley hubo terminado de hablar, la voz; del cardenal salió del confesionario:

–Fascinante. Y quizá comprensible, teniendo en cuenta las circunstancias. Mucho de lo que me cuentas es extraño, sobre todo el final del juego. –Las sombras se apartaron un poco de Talley, que dejó escapar un aire que no recordaba haber retenido–. Pero el asesinato, el robo, todo lo demás... Son pecados muy graves. Y los cuatro siglos de espera para confesarlos les han dado tiempo para mancillar profundamente tu alma, hijo mío. Tu penitencia no será suave, creo, ni terminará pronto.

Talley agachó la cabeza.

–Lo que digáis, Padre.

Monçada soltó una risita.

–Tendré que pensar en ello. Mientras tanto, reza cinco novenas cada mañana y cinco avemarias cada noche durante los próximos cincuenta años. Hazlo sin fallar ni una vez: tienes muchos pecados que purificar, Talley. *In nomine Patri, et Filii, et Spiritu Santi, ego te absolvo.* Puedes ir en paz.

–Gracias, Padre –dijo Talley. Iba a agacharse para salir del confesionario, pero se detuvo–. ¿Eminencia?

–¿Sí? –contestó Monçada con una voz ronca y apenas audible.

–Creo que sé por qué murió Borges, y quién es el responsable.

–Por supuesto que lo sabes. Me ha sorprendido que no lo incluyeras en tu confesión.

Talley se encogió de hombros.

–No se trataba de un pecado mío, salvo quizá uno de soberbia.

Monçada se rió suavemente.

–Suenas como un jesuíta, todo trucos y sofismas. Habla.

–Polonia hubiese debido ser el objetivo, pero es demasiado fuerte. Incluso las Cortes de Sangre vacilarían antes de atacarle. Borges no era tan fuerte él solo. Sin embargo, al lado de Polonia, con los lazos de su linaje y el odio de los demás, con la promesa de gloria,

poder y sangre, hubiese llegado a ser formidable. Polonia no parecía interesado en tomar a Borges como aliado, pero la posibilidad estaba allí.

–Fascinante.

Talley asintió.

–Lo más sabio hubiese sido hacerle matar en una batalla, o maniobrar para que fuese destruido como castigo por una u otra infracción, pero la sabiduría es un bien escaso. Vykos quería alejar de sí las sospechas cuanto fuese posible, para sembrar la discordia y reforzar su papel. ¿Quién se hubiese atrevido a pensar que ella, vuestra servidora en estos asuntos, se arriesgaría a incurrir en vuestra ira lanzando a vuestra chiquilla contra vuestros otros servidores? Es el plan de un loco... o el de un genio, pero no hay sabiduría en él.

–¿Vykos? Una pena.

–Vykos. Fue ella quien creó la distracción que hizo entrar en frenesí a Borges y me obligó a ir en su busca, de haberme quedado más tiempo en esa miserable muestra de ciudad, estoy seguro de que hubiese encontrado pruebas de que el francotirador que atacó nuestro puesto de mando estaba de alguna forma al servicio de Vykos. Fue ella quien me distrajo en el momento crítico. El oportunismo de Polonia tampoco ayudó mucho, pero en cuanto a quién es el traidor, todas las pistas señalan a vuestra Tzimisce, Eminencia.

Monçada soltó un profundo suspiro.

–Me temía algo así. Lo has hecho bien, mi fiel Sabueso. Verdaderamente bien.

–No tanto. Borges fue destruido ante mis ojos, y Lucita logró escapar. Sospecho que Vykos no era la única actuando. Las otras muertes no tenían su olor. Quizá fuese un engaño, o alguien no relacionado en absoluto. No lo sé, pero sospecho que vuestra chiquilla y yo nunca volveremos a tener una conversación civilizada.

–Es una lástima. –Monçada removió su enorme masa en el confesionario y tosió suavemente–. Me alegra que te encuentres bien, Talley. Y estoy satisfecho contigo. Ahora, vete. Persigue la presa que te apetezca. Creo que no voy a necesitarte en mucho tiempo. Vete con mi gratitud.

Talley parpadeó.

–Por supuesto, Eminencia. Gracias. –Salió torpemente del confesionario: Cristóbal García, un ghoul que llevaba al menos un siglo al servicio de Monçada, estaba esperándole, y le condujo con apropiada gracia y humildad hasta sus habitaciones. La noche siguiente, el templario se marcharía con muestras más tangibles de la gratitud del cardenal, pero por el momento lo único que deseaba era pasar un día durmiendo sin sueños.

Todavía entre las paredes del confesionario, el Cardenal Ambrosio Luis Monçada se envolvió en una capa de sombras, y después en otra. La oscuridad le reconfortaba, y aquello era algo muy difícil de conseguir en los últimos tiempos. Cerró los ojos, cantando para sus adentros una canción sin melodía. Dios y la oscuridad le guardarían, como habían hecho siempre.

–Amén –murmuró, entregándose al sueño y el abrazo de la noche.

{Final vol.06}